Un viaje de novios

Por

Emilia Pardo Bazán

Pueyo

Madrid

1919

Prefacio-I-,-II-,-III-,-IV-,-V-,-VI-,-VII-,-VIII-,-IX-,-X-,-XI-,-XII-,-XIII-,-XIV-

Prefacio

En Septiembre del pasado año 1880, me ordenó la ciencia médica beber lasaguas de Vichy en sus mismos manantiales, y habiendo de atravesar, paratal objeto, toda España y toda Francia, pensé escribir en un cuadernolos sucesos de mi viaje, con ánimo de publicarlo después. Mas acudió alpunto a mi mente el mucho tedio y enfado que suelen causarme lashíbridas obrillas viatorias, las «Impresiones» y «Diarios» donde elautor nos refiere sus éxtasis ante alguna catedral o punto de vista, y arenglón seguido cuenta si acá dio una peseta de propina al mozo, y siacullá cenó ensalada, con otros datos no menos dignos de pasar a lahistoria y grabarse en mármoles y bronces. Movida de esta consideración,resolvime a novelar en vez de referir, haciendo que los países por mírecorridos fuesen escenario del drama.

Bastaría con lo dicho para prólogo y antecedentes de mi novela, que másno exige ni merece; pero ya que tengo la pluma en la mano, me entracomezón de tocar algunos puntos, si no indispensables, tampocoimpertinentes aquí. A quien parezcan enojosos, queda el fácil arbitriode saltarlos y pasar sin demora al primer capítulo de UN VIAJE DENOVIOS, y plegue a Dios no se el antoje después peor que la enfermedadel remedio.

Tiene cada época sus luchas literarias, que a veces son batallas en todala línea—como la empeñada entre clasicismo y romanticismo—y otras seconcretan a un terreno parcial. O mucho me equivoco o este terreno eshoy la novela y el drama, y en el extranjero, la novela sobre todo.Reina en la poesía lírica, por ejemplo, libertad tal, que raya enanarquía, sin que nadie de ello se espante, mientras la escuela denoveladores franceses que enarbolan la bandera realista o naturalista,es asunto de encarnizada discusión y suscita tan agrias censuras comoacaloradas defensas. Sus productos recorren el globo, mal traducidos,peor arreglados, pero con segura venta

y número de edicionesincalculable. Es de buen gusto horrorizarse de tales engendros, ycertísimo que el que más se horroriza no será por ventura el que menoslos lea. Para el experto en cuestiones de letras, todo ello indica algooriginal y característico, fase nueva de un género literario, un signode vitalidad, y por tal concepto, más reclama detenido examen quesempiterno desprecio o ciego encomio.

De la pugna surgió ya algún principio fecundo, y tengo por importanteentre todos el concepto de que la novela ha dejado de ser meroentretenimiento, modo de engañar gratamente unas cuantas horas,ascendiendo a estudio social, psicológico, histórico, pero al caboestudio. Dedúcese de aquí una consecuencia que a muchos sorprenderá: asaber, que no son menos necesarias al novelista que las galas de lafantasía, la observación y el análisis. Porque en efecto, si reducimosla novela a fruto de lozana inventiva, pararemos en proponer como idealdel género las *Sergas de Esplandián* o las *Mil y una noches*. En eldía—no es lícito dudarlo—la novela es traslado de la vida, y lo únicoque el autor pone en ella, es su modo peculiar de ver las cosas reales:bien como dos personas, refiriendo un mismo suceso cierto, lo hacen condistintas palabras y estilo. Merced a este reconocimiento de los fuerosde la verdad, el realismo puede entrar, alta la frente, en el campo dela literatura.

Puesto lo cual, cumple añadir que el discutido género francés novísimome parece una dirección realista, pero errada y torcida en bastantesrespectos. Hay realismos de realismos, y pienso que a ese le falta o másbien le sobra algo para alardear de género de buena ley y durableinflujo en las letras. El gusto malsano del público ha pervertido a losescritores con oro y aplauso, y ellos toman por acierto suyo lo que noes sino bellaquería e indelicadeza de los lectores. No son las novelasnaturalistas que mayor boga y venta alcanzaron, las más perfectas yreales; sino las que describen costumbres más licenciosas, cuadros máslibres y cargados de color. ¿Qué mucho que los autores repitan la dosis?Y es que antes se llega a la celebridad con escándalo y talento, que contalento solo; y aun suple a veces al talento el escándalo. Zola mismo lodice: el número de ediciones de un libro no arguye mérito, sino éxito.

No censuro yo la observación paciente, minuciosa, exacta, que distinguea la moderna escuela francesa: desapruebo como yerros artísticos, laelección sistemática preferente de asuntos repugnantes o desvergonzados,la prolijidad nimia, y a veces cansada, de las descripciones, y, más quetodo, un defecto en que no sé si repararon los críticos: la perennesolemnidad y tristeza, el ceño siempre torvo, la carencia de notasfestivas y de gracia y soltura en el estilo y en la idea. Para mí esZola el más hipocondriaco de los escritores habidos y por haber; unHeráclito que no gasta pañuelo, un Jeremías que así lamenta la pérdidade la nación por el golpe de Estado, como la ruina de un almacén deultramarinos. Y siendo la novela, por excelencia, trasunto de la vidahumana, conviene que en ella turnen, como en nuestro existir, lágrimas yrisas, el fondo de la eterna tragicomedia del mundo.

Estos realistas flamantes se dejaron entre bastidores el puñal y elveneno de la escuela romántica, pero, en cambio, sacan a la escena unacara de viernes mil veces más indigesta.

¡Oh, y cuán sano, verdadero y hermoso es nuestro realismo nacional,tradición gloriosísima del arte hispano! ¡Nuestro realismo, el que ríe yllora en la *Celestina* y el *Quijote*, en los cuadros de Velázquez yGoya, en la vena cómico-dramática de Tirso y Ramón de la Cruz! ¡Realismoindirecto, inconsciente, y por eso mismo acabado y lleno de inspiración;no desdeñoso del idealismo, y gracias a ello, legítima y profundamentehumano, ya que, como el hombre, reúne

en sí materia y espíritu, tierra ycielo! Si considero que aun hoy, en nuestra decadencia, cuando laliteratura apenas produce a los que la cultivan un mendrugo de amargopan, cuando apenas hay público que lea ni aplauda, todavía nos adornannovelistas tales, que ni en estilo, ni en inventiva, ni acaso enperspicacia observadora van en zaga a sus compañeros de Francia eInglaterra (países donde el escribir buenas novelas es profesión, a másde honrosa, lucrativa), enorgullézcome de las ricas facultades denuestra raza, al par que me aflige el mezquino premio que logran losingenios de España, y me abochorna la preferencia vergonzosa que tal vezconcede la multitud a rapsodias y versiones pésimas de Zola, habiendo enEspaña Galdós, Peredas, Alarcones y otros más que omito por no alargarla nomenclatura.

Si a algún crítico ocurriese calificar de realista esta mi novela, comofue calificada su hermana mayor *Pascual López*, pídole por caridad queno me afilie al realismo transpirenaico, sino al nuestro, único que mecontenta y en el cual quiero vivir y morir, no por mis méritos, si pormi voluntad firme. Tanto es mi respeto y amor hacia nuestros modelosnacionales, que acaso por mejor imitarlos y empaparme en ellos, di a*Pascual López* el sabor arcaico, ensalzado hasta las nubes por labenevolencia de unos, por otros censurado; pero, en mi humilde parecer,no del todo fuera de lugar en una obra que intenta—en cuanto es posibleen nuestros días, y en cuanto lo consiente mi escaso ingenio—recordarel sazonadísimo y nunca bien ponderado género picaresco. No tendríadisculpa si emplease el mismo estilo en UN VIAJE DE NOVIOS, de índolemás semejante a la de la moderna novela llamada de costumbres.

Aun pudiera curarme en salud, vindicándome anticipadamente de otro cargoque tal vez me dirija algún malhumorado censor. Hay quien cree que lanovela debe probar, demostrar o corregir algo, presentando al finalcastigado el vicio y galardonada la virtud, ni más ni menos que en loscuentecicos para uso de la infancia. Exigencia es esta a que no estánsujetos pintores, arquitectos ni escultores: que yo sepa, nadie pusotacha a Velázquez porque de sus *Hilanderas* o sus *Niños bobos* noresulte lección edificante alguna. Sólo al mísero escritor entreganférula y palmeta a fin de que vapulee a la sociedad, pero con taldisimulo, que ésta haya de tomar los disciplinazos por caricias, yenmendarse a puros entretenidos azotes. Yo de mí sé decir que en arte meenamora la enseñanza indirecta que emana de la hermosura, pero aborrezcolas píldoras de moral rebozadas en una capa de oro literario. Entre elimpudor frío y afectado de los escritores naturalistas y las homilíassentimentales de los autores que toman un púlpito en cada dedo y se vanpor esos trigos predicando, no escojo; me quedo sin ninguno. Podrá estemi criterio parecer a unos laxo, a otros en demasía estrecho: a mí mebasta saber que, prácticamente, lo profesaron Cervantes, Goethe, WalterScott, Dickens, los príncipes todos de la romancería.

Y perdóname, lector benigno, que a tan ilustres personajes haya traídode los cabellos con ocasión de mis insignificantes escritos. Por venturasuele la vista de una charca recordar el Océano; mas la charca, charcase queda. Harto se lo sabe ella, y bien le pesa de su pequeñez; pero nola hizo Dios más grande, por lo cual echará mano de la resignación que ati te desea, si has de recorrer estas páginas.

EMILIA PARDO BAZÁN

Un viaje de novios

-I-

Que la boda no era de gentes del gran mundo, conocíase a tiro deballesta, a la primer ojeada. No hay duda que los desposados podíanalternar con la más selecta sociedad, al menos por su aspecto exterior;pero la mayoría del acompañamiento, el coro, pertenecía a la clasemedia, en el límite en que casi se funde con la masa popular. Habíagrupos curiosos y dignos de examen, ofreciendo el andén de la estaciónde León golpe de vista muy interesante para un pintor de género ycostumbres.

Ni más ni menos que en los países de abanico cuyas mitológicas pinturasrepresentan nupcias, se notaba allí que el séquito de la novia locomponían hembras, y sólo individuos del sexo fuerte formaban el delnovio. Advertíase asimismo gran diferencia entre la condición social deuno y otro cortejo. La escolta de la novia, mucho más numerosa, parecíapoblado hormiguero: viejas y mozas llevaban el sacramental traje denegra lana, que viene a ser como uniforme de ceremonia para la mujer declase inferior, no exenta, sin embargo, de ribetes señoriles: que elpueblo conserva aun el privilegio de vestirse de alegres colores en lascircunstancias regocijadas y festivas. Entre aquellas hormigas humanashabíalas de pocos años y buen palmito, risueñas unas y alborotadas conla boda, otras quejumbrosicas y encendidos los ojos de llorar, con ladespedida. Media docena de maduras dueñas las autorizaban, sacando deentre el velo del manto la nariz, y girando a todas partes sus pupilasllenas de experiencia y malicia. Todo el racimo de amigas se apiñaba entorno de la nueva esposa, manifestando la pueril y ávida curiosidad quedespierta en las multitudes el espectáculo de las situaciones supremasde la existencia. Se estaban comiendo a miradas a la que mil vecesvieran, a la que ya de memoria sabían: a la novia, que con el traje decamino se les figuraba otra mujer, diversísima de la conocida hastaentonces. Contaría la heroína de la fiesta unos diez y ocho años:aparentaba menos, atendiendo al mohín infantil de su boca y al redondocontorno de sus mejillas, y más, consideradas las ya florecientes curvasde su talle, y la plenitud de robustez y vida de toda su persona. Nadade hombros altos y estrechos, nada de inverosímiles caderas como las quese ven en los grabados de figurines, que traen a la memoria la muñecarellena de serrín y paja; sino una mujer conforme, no al tipoconvencional de la moda de una época, pero al tipo eterno de la formafemenina, tal cual la quisieron natura y arte. Acaso esta superioridadfísica perjudicaba un tanto al efecto del caprichoso atavío de viaje dela niña: tal vez se requería un cuerpo más plano, líneas más duras enlos brazos y cuello, para llevar con el conveniente desenfado el trajesemimasculino, de paño marrón, y la toca de paja burda, en cuyo casco seposaba, abiertas las alas, sobre un nido de plumas, tornasolado colibrí.Notábase bien que eran nuevas para la novia tales extrañezas de ropaje,y que la ceñida y plegada falda, el casaquín que modelaba exactamente subusto le estorbaban, como suele estorbar a las doncellas en el primerbaile la desnudez del escote: que hay en toda moda peregrina algo deimpúdico para la mujer de modestas costumbres. Además, el molde eraestrecho para encerrar la bella estatua, que amenazaba romperlo a cadainstante, no precisamente con el volumen, sino más bien con la libertady soltura de sus juveniles movimientos. No se desmentía en tan lucidoejemplar la raza del recio y fornido anciano, del padre que allí seestaba derecho, sin apartar de su hija los ojos. El viejo, alto, recto yfirme, como un poste del telégrafo, y un jesuita bajo y de edad mediana,eran los únicos varones que descollaban entre el consabido hormiguerofemenil.

Al novio le rodeaban hasta media docena de amigos: y si el séquito de lanovia era el eslabón que une a clase media y pueblo, el del novio tocabaen esa frontera, en España tan indeterminada como vasta, que enlaza a lamesocracia con la gente de alto copete. Cierta gravedad oficial, la tezmarchita y como ahumada por los reverberos, no sé qué inexplicable matizde satisfacción optimista, la edad tirando a madura, signos eran quedenotaban hombres llegados a la meta de las humanas aspiraciones en lospaíses decadentes: el ingreso en las oficinas del Estado. Uno de ellosllevaba la voz, y los demás le manifestaban singular deferencia en susademanes. Animaba aquel grupo una jovialidad retozona, contenida por elempaque burocrático: hervía también allí la curiosidad, menos ingenua ydescarada, pero más aguda y epigramática que en el hormiguero de lasamigas. Había discretos cuchicheos, familiaridades de café indicadas porun movimiento o un codazo, risas instantáneamente reprimidas, aires deinteligencia, puntas de puros arrojadas al suelo con marcialidad, brazosque se unían como en confidencia tácita. La mancha clara del sobretodogris del novio se destacaba entre las negras levitas, y su estaturaaventajada dominaba también las de los circunstantes. Medio siglo menosun lustro, victoriosamente combatido por un sastre, y mucho aliño ycuidado de tocador; las espaldas queriendo arquearse un tanto sinpermiso de su dueño; un rostro de palidez trasnochadora, sobre el cualse recortaban, con la crudeza de rayas de tinta, las guías del engomadobigote; cabellos cuya raridad se advertía aún bajo el ala tersa delhongo de fieltro ceniza; marchita y abolsada y floja la piel de lasojeras; terroso el párpado y plúmbea la pupila, pero aún gallarda laapostura y esmeradamente conservados los imponentes restos de lo queantaño fue un buen mozo, esto se veía en el desposado. Quizás ayudaba elmismo primor del traje a patentizar la madurez de los años: el luengosobretodo ceñía demasiado el talle, no muy esbelto ya; el fieltro,ladeado gentilmente, pedía a gritos las mejillas y sienes de un mancebo.Pero así y todo, entre aquella colección de vulgares figuras deprovincia, tenía la del novio no sé qué tufillo cortesano, ciertodesenfado de hombre hecho a la vida ancha y fácil de los grandescentros, y la soltura de quien no conoce escrúpulos, ni se para enbarras cuando el propio interés está en juego. Hasta se distinguía delgrupo de sus amigos, por la reserva de buen género con que acogía lasinsinuaciones y bromas *sotto voce*, tan adecuadas al caráctermesocrático de la boda.

Anunciaba ya la máquina con algún silbido la próxima marcha; acelerábaseen el andén el movimiento que la precede, y temblaba el suelo bajo lapesadumbre de los rodantes camiones, cargados de bultos de equipaje.Oyose por fin el grito sacramental de los empleados. Hasta entonces lasgentes de la despedida habían conversado en voz queda,confidencialmente, por parejas: el cercano desenlace parecióreanimarlas, desencantarlas, mudando la escena en un segundo. Corrió lanovia a su padre, abiertos los brazos, y el viejo y la niña seconfundieron en un abrazo largo, verdadero, popular, abrazo en quecrujían los huesos y el aliento se acortaba. Salían de las bocas, casiunidas, entrecruzadas y rápidas frases.

—Que escribas... cuidado me llamo... todos los días, ¿eh? No bebas aguafría cuando estés sudando.... Tu marido lleva dinero... pedid más si seacaba.

—No se aflija usted, señor.... Yo haré por volver pronto.... Cuídeseusted mucho, por Dios... atienda usted al asma.... Vaya usted de tiempoen tiempo a ver al señor de Rada.... Si tiene usted algo, un telegramavolando.... ¿Palabra de honor?

Después vinieron los apretones, los besucones, los pucheros delacompañamiento femenino, y el último encargo, y el último deseo....

—Dios os haga dichosos... como patriarcas....

—San Rafael te acompañe, hija.

—¡Quién como tú, chica!, ¡a Francia en un vuelo!

—No te olvides de mi abrigo.... ¿Van en el mundo las medias?¿Confundirás los hilos?

—Mira que las tiras bordadas no sean de ojales, que de esas ya las haypor acá.

—Abre bien esos ojazos, míralo todito, ¡y después nos contarás cadacosa!...

—Padre Urtazu—dijo la desposada llegándose al que su negra fajadeclaraba por jesuita, y, asiéndole la mano, sobre la cual cayeron a untiempo sus labios y dos lágrimas, claras como agua—, pida usted a Diospor mí....

Y acercándose más, añadió bajito:

—Que si papá tiene algo, me lo avise usted, usted ¿verdad? Yo leenviaré a usted las señas de todas partes donde nos detengamos.... No melo descuide usted; ¿irá usted de vez en cuando a ver cómo lo pasa? Sequeda el pobre tan solito....

Alzó el jesuita la cabeza y fijó en la niña sus ojos levemente bizcos,como son los de las personas hechas a concentrar y sujetar la mirada. Ycon la vaga sonrisa distraída de las gentes meditabundas, y en el propiotono confidencial:

—Vete en paz, y Dios Nuestro Señor te acompañe, que es buenacompañante—contestó—. Ya he rezado por ti el itinerario, para quevolvamos tan sanos y satisfechos.... Acuérdate de lo que te avisé,chiquilla; ahora ya somos, como quien dice, una señora casada y derespeto; y aunque nos parece que todo se va a volver florecicas y mielesen el nuevo estado, y nos largamos por esos mundos a echar canas al airey divertirnos.... ¡cuidadito, cuidadito!, puede que donde menos sepiense salte la liebre, y tengamos rabietas, y pruebecitas y trabajosque no tuvimos de niños.... No ser tonta entonces.... ¿eh? Ya sabemosque Aquel que anda por allá arriba moviendo aquellas estrellas tanpreciosas, es el único que nos entiende y nos consuela cuando a Él leparece... mira, en vez de tanto trapo como has metido en las maletas,mete paciencia, ¡chiquilla! mete paciencia. Es mejor aún que el árnica ylos emplastos...; si a quien era tan grande le hizo falta para aguantaraquella cruz, tú que eres chiquitita....

Durara aún la homilía, acompañada de blandos golpecitos en los hombros,a no interrumpirla la trepidación del tren, brusca como la realidad.Produjose confusión momentánea. Se apresuró el novio a despedirse detodo el mundo con cierta llaneza cordial, donde ojos expertos podíanadvertir matices de afectación y superioridad protectora. Al suegroabrazó con un solo abrazo, y recostole en el hombro la mano, pulcramentecalzada con guante de castor, color bronce.

—Escriba usted si se enferma la chica—suplicó con paternal angustia,preñado de lágrimas los ojos, el viejo.

—Pierda usted cuidado, señor Joaquín..., ¡no hay que afectarse, vamos!,cuenta con esa salud.... Adiós, Mendoya, adiós, Santián.... Gracias,gracias. Señor gobernador de la provincia, a

mi vuelta, reclamo esasofrecidas botellas de Pedro Jiménez.... ¡No se haga usted el olvidadizo!Lucía, hay que subirse: el tren andará en seguida, y las señoras nopueden....

Y con ademán cortés y discreto ayudó a subir a la novia, empujándolalevemente por el talle. Después saltó él, sin casi apoyarse en elestribo, arrojando antes el puro a medio fumar.

Ya oscilaba la férrea culebra cuando él penetró en el departamento,cerrando la portezuela tras de sí. El compasado balance fueacelerándose, y el tren completo cruzó ante las gentes de la despedida,dejándoles en los ojos confusos torbellino de líneas, de colores, denúmeros, la visión rápida de las cabezas asomadas a todas lasventanillas. Algún tiempo se distinguió la cara de Lucía, sofocada ybañada en llanto, y su pañuelo que se agitaba, y oyose su voz diciendo:Adiós, papá..., padre Urtazu, adiós, adiós.... Rosario.... Carmen...,abur.... Al fin se perdió todo en la distancia, la escamosa sierpe deltren revelose a lo lejos por una mancha obscura, luego por desmadejadopenacho de turbio vapor, que presto se disipó también en el ambiente.Más allá del andén, extrañamente silencioso ya, resplandecía el cieloclaro, de acerado azul; se extendían monótonas las interminablescampiñas; los rieles señalaban como arrugas en la árida faz de latierra. Un gran silencio pesaba sobre la estación. Quedáronse inmóvileslos acompañantes, como sobrecogidos por el aturdimiento de la ausencia.Fueron los amigos del novio los primeros en moverse y hablar. Sedespidieron del padre con rápidos apretones de mano y frases trivialesde sociedad, un tanto descuidadas en la forma, como dirigidas desuperior a inferior; tras de lo cual, el pelotón entero tomó el caminode la ciudad, reanudando la broma y algazara.

Por su parte, el séquito de la novia empezó a animarse también, y avueltas de algún suspiro y de limpiarse los ojos con los pañuelos y auncon el dorso de la mano, fueron rebullendo los grupos de hormigasnegras, con ánimo de abandonar el andén. La incontrastable fuerza de loshechos las empujaba a la vida real. Hasta el padre sacudió la cabeza,alzó con elocuente resignación los hombros, y rompió el primero a andar.A su lado iba el jesuita, que estiraba su corta estatura para hablarle,sin conseguir, a pesar de sus laudables esfuerzos, que el cerquillo desu corona pasase más allá de los atléticos hombros del viejo afligido.

—¡Vaya, señor Joaquín—decía el padre Urtazu—, que ahora sienta bienesa cara de Viernes santo! ¡No parece sino que a la chica se la llevanrobada y que usted no es gustoso en el enlace! ¡Pues estamos buenos,hombre! ¿No ha sido usted mismo, desgraciado, quien resolvió estecasorio? ¿A qué vienen los gimoteos?

—¡Y si en todo lo que uno hace estuviese seguro del acierto!—pronunciócon ahogada voz el señor Joaquín, balanceando su cuello de toro.

—Eso se mira antes..., ¡pero teníamos tanta prisa..., tanta prisa, queno sé para qué sirven esos pelos blancos y esos añitos que llevamosacuestas! Lo mismito estábamos que los chicos de mi clase cuando lesofrezco contarles algo, que se les despierta la curiosidad... y no lescabe en el cuerpo la impaciencia. A fe de Alonso, que parecía usted lanovia... digo, no; porque la novia, maldito el apuro que....

—¡Ay padre! ¿Si tendría usted razón? usted quería diferir la boda....

—No, poco a poco; cepitos quedos, amigo: yo quería no hacerla. Soy muyclaro.

El señor Joaquín se puso más tétrico aún.

—¡Por vida de la Constitución! ¡Qué aprieto y qué compromiso es para unpadre!...

—Tener hijas—concluyó el jesuita con su vaga sonrisa, adelantando elbelfo labio, en mueca de benévolo desdén. Y añadió—: El peor aprieto esser más terco que una mula, con perdón sea dicho, y creer que el pobrePadre Urtazu sólo entiende de sus piedras y de sus astros y de sumicroscopio, y es un bolonio, un simplón, para aconsejar en la vida....

—No me aflija usted más, Padre. Harto tendré con no ver a Lucía en quésé yo qué tiempo. Sólo me faltaba que también salga mal la cosa, y quepase ella penas....

—Bueno, bueno. Déjese de eso ya: a lo hecho, pecho. Esto dematrimonios, sólo lo ata y lo desata el de arriba. ¿Y quién sabe sisaldrá muy bien, a pesar de todos mis agüeros y mis necedades? Porque¿quién soy yo sino un cegato, un miope? ¡Bah! Esto es como lo que pasacon el microscopio. Mira usted una gota de agua a simple vista ¡y parecetan clara!, vamos, que dan ganas de bebérsela. Pero aplique ustedaquellos lentecicos y... ¡zas, zis!, ya se encuentra usted con losbicharracos y las bacterias que bailan dentro un rigodón.... Pues el queanda por allá, encimita de las nubes, también ve cosas que a los bobosde por acá nos parecen tan sencillas... y para él tienen su *quid*....¡Bah, bah!, él se encargará de arreglarnos las cosas... nosotros, ni quenos empeñemos.

—Lleva usted razón.... Dios sobre todo—aprobó el señor Joaquín,arrancando doliente suspiro de la vasta cavidad de su pecho. Esta noche,con el mal rato, la condenada asma va a darme qué hacer.... Encuentro yala respiración muy corta. Dormiré, si duermo, casi incorporado.

—Llame, llame a ese mala cabeza de Rada... tiene mucho acierto—murmuróel jesuita considerando compadecido, a la luz oblicua del sol de otoño,la inyectada tez y los ojos edematosos del viejo.

Mientras el acompañamiento desfilaba, con lentitud de duelo, por lascalles mal empedradas de León, el tren corría, corría, dejando atrás lasinterminables alamedas de chopos que parecen un pentagrama donde fuesenlas notas verde claro, sobre el crudo tono rojizo de las llanadas. HechaLucía un ovillo en la esquina del departamento, sollozaba sin amargura,con algún hipo, con vehemente llanto de niña inconsolable. Biencomprendía el novio que le tocaba decir algo, mostrarse afectuoso,compartir aquel primer dolor, ponerle término; mas hay en la vidasituaciones especiales, casos en que no tropieza ni se embaraza la gentesencilla, y en que acaso el hombre de mundo y experiencia se convierteen doctrino. Preferible es en ocasiones un adarme de corazón a unaarroba de habilidad; donde fracasan las huecas fórmulas, vence elsentimiento, con su espontánea elocuencia. A fuerza de quebrarse loscascos ideando manera de anudar el diálogo con su esposa, ocurriole alnovio aprovechar una circunstancia insignificante.

—Lucía—le dijo en voz algo turbada—múdate de ventanilla, hija mía,córrete acá; ahí te da el sol de lleno, y es tan malsano....

Levantose Lucía con automática rigidez, pasó al lado opuesto deldepartamento, y dejándose caer de golpe, tornó a cubrir el semblante conel fino pañuelo, y se oyeron otra vez sus sollozos y el anhelar de suseno juvenil.

Levemente frunció el ceño el novio, que no en vano había corridocuarenta y pico de años de la vida cercado de gentes de festivo humor yfácil trato y huyendo de las escenas de lagrimitas y de lástimas ydisgustos que alteraban por extraño modo el equilibrio de sus nervios,desagradándole

como desagrada a las gentes de mediano nivel intelectualel sublime horror de la tragedia. Al gesto con que manifestó suimpaciencia, siguió un alzar de hombros que claramente quería decir:«Caiga el chubasco, que el aguase agota también, y tras de la lluviaviene el buen tiempo». Resuelto, pues, a aguardar que descargase lanube, dio comienzo a minucioso examen de sus enseres de camino,enterándose de si abrochaban bien las hebillas del correaje de la manta,y de si su bastón y paraguas iban en debida y conveniente forma liadoscon el quitasol de Lucía. Cerciorose asimismo de que una cartera decuero de Rusia y plateados remates que pendiente de una correa llevabaterciada al costado, abría y cerraba fácilmente con la llavecica deacero, que volvió a guardar en el bolsillo del chaleco, con cuidadosumo. Después sacó de las hondas faltriqueras del sobretodo el*Indicador de los Caminos de Hierro*, y con el dedo índice, fuerecorriendo las estaciones del itinerario de viaje.

-II-

Es de rigor saber de qué boca partió el soplo que encendió la antorchade aquellas nupcias.

Mancebo, en los verdores de la edad, fuerte como un toro y laboriosocomo manso buey, salió de su patria el señor Joaquín, a quien entoncesnombraban Joaquín a secas. Colocado en Madrid en la portería de unmagnate que en León tiene solar, dedicose a corredor, agente de negociosy hombre de confianza de todos los honrados individuos de lamaragatería. Buscabales posada, proporcionabales almacén seguro para lacarga, se entendía con los comerciantes y era en suma la providencia dela tierra de Astorga. Su honradez grande, su puntualidad y su celo legranjearon crédito tal, que llovían comisiones, menudeaban encargos, ycaían en la bolsa, como apretado granizo, reales, pesos duros ydoblillas en cantidad suficiente para que, al cabo de quince años dellegado a la corte, pudiese Joaquín estrechar lazos eternos con unaconterránea suya, doncella de la esposa del magnate y señora tiempohacía de los enamorados pensamientos del portero; y verificado ya elconnubio, establecer surtida lonja de comestibles, a cuyo frentecampeaba en doradas letras un rótulo que decía: *El Leonés.Ultramarinos*. De corredor pasó entonces a empresario de maragatos;comproles sus artículos en grueso y los vendió en detalle; y a élforzosamente hubo de acudir quien en Madrid quería aromático chocolatemolido a brazo, o esponjosas mantecadas de las que sólo las astorganassaben confeccionar en su debido punto. Se hizo de moda desayunarse conel Caracas y las frutas de horno del Leonés; comenzó el magnate, suantiguo amo, dándole su parroquia, y tras él vino la gente de altocopete, engolosinada por el arcaico regalo de un manjar digno de la mesade Carlos IV y Godoy. Y fue de ver como el señor Joaquín, ensanchandolos horizontes de su comercio, acaparó todas las especialidadesnacionales culinarias: tiernos garbanzos de Fuentesaúco, crasos chorizosde Candelario, curados jamones de Caldelas, dulce extremeña bellota,aceitunas de los sevillanos olivares, melosos dátiles de Almería yáureas naranjas que atesoran en su piel el sol de Valencia. De estasuerte y con tal industria granjeó Joaquín, limpia si no hidalgamente,razonables sumas de dinero; y si bien las ganó, mejor supo despuésasegurarlas en tierras y caserío en León; a cuyo fin hizo frecuentesviajes a la ciudad natal. A los ocho años de estéril matrimonio nacioleuna niña grande y hermosa, suceso que le alborozó como alborozaría a unmonarca el natalicio de una princesa heredera; más la recia madreleonesa no pudo soportar la crisis de su fecundidad tardía, y enfermasiempre, arrastró algunos meses la vida, hasta soltarla de malísimagana. Con faltarle su mujer, faltole al señor Joaquín la diestra mano, yfue decayendo en él aquella ufanía con que

dominaba el mostrador,luciendo su estatura gigantesca, y alcanzando del más encumbrado estantelos cajones de pasas, con sólo estirar su poderoso brazo y empinarse unpoco sobre los anchos pies. Se pasaba horas enteras embobado, fija lavista maquinalmente en los racimos de uvas de cuelga que pendían deltecho, o en los sacos de café hacinados en el ángulo más obscuro de lalonja, y sobre los cuales acostumbraba la difunta sentarse para hacercalceta. En suma, él cayó en melancolía tal, que vino a serieindiferente hasta la honrada y lícita ganancia que debía a su industria:y como los facultativos le recetasen el sano aire natal y el cambio devida y régimen, traspasó la lonja, y con magnanimidad no indigna de unsabio antiguo, retirose a su pueblo, satisfecho con lo ya logrado, y sinque la sedienta codicia a mayor lucro le incitase. Consigo llevó a laniña Lucía, única prenda cara a su corazón, que con pueriles graciascomenzaba ya a animar la tienda, haciendo guerra crudísima y sin treguaa los higos de Fraga y a las peladillas de Alcoy, menos blancas que losdientes chicos que las mordían.

Creció la niña como lozano arbusto nacido en fértil tierra: dijérase quese concentraba en el cuerpo de la hija la vida toda que por su causahubo de perder la madre. Venció la crisis de la infancia y pubertad sinninguno de esos padecimientos anónimos que empalidecen las mejillas yapagan el rayo visual de las criaturas. Equilibráronse en su ricoorganismo nervios y sangre, y resultó un temperamento de los que ya vanescaseando en nuestras sociedades empobrecidas.

Se desarrollaron paralelamente en Lucía el espíritu y el cuerpo, comodos compañeros de viaje que se dan el brazo para subir las cuestas yandar el mal camino; y ocurrió un donoso caso, que fue que mientras elmédico materialista, Vélez de Rada, que asistía al señor Joaquín, sedeleitaba en mirar a Lucía, considerando cuán copiosamente circulaba lavida por sus miembros de Cibeles joven, el sabio jesuita, padre Urtazu,se encariñaba con ella a su vez, encontrándole la conciencia clara ydiáfana como los cristales de su microscopio: sin que se diesen cuentade que acaso ambos admiraban en la niña una sola y misma cosa, vista pordistinto lado, a saber: la salud perfecta.

Quiso el señor Joaquín, a su modo, educar bien a Lucía; y en efecto,hizo cuanto es posible para estropear la superior naturaleza de su hija,sin conseguirlo, tal era ella de buena. Impulsado, por una parte, por eldeseo de dar a Lucía conocimientos que la realzasen, recelando, de otra,que se dijese por el pueblo en son de burla que el tío Joaquín aspirabaa una hija señorita, educola híbridamente, teniéndola como externa en uncolegio, bajo la férula de una directora muy remilgada, que afirmabasaberlo todo. Allí enseñaron a Lucía a chapurrear algo el francés y ateclear un poco en el piano; ideas serias, perdone usted por Dios;conocimientos de la sociedad, cero; y como ciencia femenina-cienciaharto más complicada y vasta de lo que piensan los profanos—, algunalaborcica tediosa e inútil, amén de fea; cortes de zapatillas de pésimogusto, pecheras de camisa bordadas, faltriqueras de abalorio...Felizmente el padre Urtazu sembró entre tanta tierra vana unos cuantosgranitos de trigo, y la enseñanza religiosa y moral de Lucía fue, aunquesumaria, recta y sólida, cuanto eran fútiles sus estudios de colegio.Tenía el padre Urtazu más de moralista práctico que de ascético, y laniña tomó de él más documentos provechosos para la conducta, quedoctrina para la devoción. De suerte que sin dejar de ser buenacristiana, no pasó a fervorosa. La completa placidez de su temperamentovedaba todo extremo de entusiasmo a su alma: algo había en aquella niñadel reposo olímpico de las griegas deidades; ni lo terrenal ni lo divinoagitaban la serena superficie del ánimo. Solía decir el padre Urtazu,adelantando el labio con su acostumbrado visaje:

—Estamos dormiditos, dormiditos; pero ya sé yo que no estamosmuertecitos... y el día en que nos despertemos... tendrá que ver. Diosquiera que para bien sea.

Eran las amigas de Lucía Rosarito, la hija de la fondista doña Agustina;Carmen, la sobrina del magistral, y varias doncellas de análogaposición, entre las cuales muchas soñaban con el blando sosiego, con laapacible uniformidad de la vida conventual, y hacían pintura tentadorade las delicias del claustro, del sentimiento suavísimo del día de laprofesión, cuando coronadas de flores bajo el cándido velo, seofreciesen a Cristo, con el refinado dulzor de añadir: «para siempre,para siempre». Oíalas Lucía sin que una sola fibra de su serrespondiese, vibrando, a aquel ideal. La vida activa la llamaba convoces enérgicas y profundas. No obstante, tampoco la inspiraban deseo deimitarlas otras compañeras suyas, a quienes veía esconder furtivamenteen el corpiño la cartita, o asomarse al balcón prontas, ruborizadas yansiosas. En su infancia, prolongada por la inocencia y la radiantesalud, no cabían más placeres que correr por las alamedas que a Leónrodean, brincar con regocijo, cual pudiera adolescente ninfa retozandopor los valles helenos.

Creía el señor Joaquín a pie juntillas haber dado educación bastante asu hija, y aun le pareció de perlas el destrozo de valses y *fantasías*que sin compasión ejecutaban en el piano sus dedos inhábiles. Por muyrecóndita que la guardase allá en los postreros rincones delpensamiento, no faltaba al leonés la aspiración propia de todo hombreque ejerce humildes oficios, y se ganó con sudores el pan, de que sudescendencia beneficiase tamaños esfuerzos, ascendiendo un peldaño en laescala social. Bien llevaría él en paciencia continuar siendo tan tíoJoaquín como siempre; no tenía ínfulas de ricachón, y era en genio ytrato sencillo con extremo; pero si renunciaba al señorío en su persona,no así en la de su hija; parecíale oír voz que le decía, como las brujasa Banquo: «No serás rey, pero engendrarás reyes.» Y luchando entre elmodesto convencimiento de su falta absoluta de rango, y la certeza moralde que Lucía a grandes puestos estaba destinada, vino a parar a larazonable conclusión de que el matrimonio realizaría la anheladametamorfosis de muchacha en dama. Un yerno empingorotado fue desdeentonces anhelo perenne del antiguo lonjista.

Ni eran estas las únicas flaquezas y manías del señor Joaquín. Otrastuvo, que descubriremos sin miramientos de ninguna especie. Fue quizá lamayor y más duradera su desmedida afición al café, afición contraída enel negocio de ultramarinos, en las tristes mañanas de invierno, cuandola escarcha empaña el vidrio del escaparate, cuando los pies se hielanen la atmósfera gris de la solitaria lonja, y el lecho recién abandonadoy caliente aun por ventura, reclama con dulces voces a su mal despiertoocupante. Entonces, semiaturdido, solicitando al sueño por lasexigencias de su naturaleza hercúlea y de su espesa sangre, cogía elseñor Joaquín la maquinilla, cebaba con alcohol el depósito, prendíafuego, y presto salía del pico de hojalata negro y humeante río de café,cuyas ondas a la vez calentaban, despejaban la cabeza y con la levefiebre y el grato amargor, dejaban apto al coloso para velar y trabajar,sacar sus cuentas y pesar y vender sus artículos. Ya en León, y árbitrode dormir a pierna suelta, no abandonó el señor Joaquín el adquiridovicio, antes lo reforzó con otros nuevos: acostumbrose a beber laobscura infusión en el café más cercano a su domicilio, y a acompañarlacon una copa de *Kummel* y con la lectura de un diario político, siempreel mismo, invariable. En cierta ocasión ocurrió al Gobierno suspender elperiódico una veintena de días, y faltó poco para que el señor Joaquínrenunciase, de puro desesperado, al café. Porque siendo el señor Joaquínespañol, ocioso me parece advertir que tenía sus opiniones políticascomo el más pintado, y que el celo del bien público le comía, ni más nimenos que nos devora a todos. Era el señor Joaquín inofensivo ejemplarde la extinguida especie progresista: a querer clasificarlocientíficamente, le llamaríamos la variedad progresista de impresión. Laaventura única en su vida de hombre de partido, fue que cierto día, unpersonaje

político célebre, exaltado entonces y que con armas y bagajesse pasó a los conservadores después, entrase en su tienda a pedirle elvoto para diputado a Cortes. Desde aquel supremo momento quedó mi señorJoaquín rotulado, definido y con marca; era progresista de los del señordon Fulano. En vano corrieron años y sobrevinieron acontecimientos, yemigraron las golondrinas políticas en busca siempre de más templadaszonas; en vano mal intencionados decían al señor Joaquín que su jefe ynatural señor el personaje era ya tan progresista como su abuela; quehasta no quedaban sobre la haz de la tierra progresistas, que éstos erantan fósiles como el megaterio y el plesiosauro; en vano le enseñaban losmil remiendos zurcidos sobre el manto de púrpura de la voluntad nacionalpor las mismas pecadoras manos de su ídolo; el señor Joaquín, ni poresas, erre que erre y más firme que un poste en la adhesión que al donFulano profesaba. Semejante a aquellos amadores que fijan en la mente laimagen de sus amadas tal cual se les apareció en una hora culminante ymemorable para ellos, y, a despecho de las injurias del tiempoirreverente, ya nunca las ven de otro modo, al señor Joaquín no le cupojamás en la mollera que su caro prohombre fuese distinto de como era enaquel instante, cuando encendido el rostro y con elocuencia fogosa ytribunicia se dignó apoyarse en el mostrador de la lonja, entre un pilónde azúcar y las balanzas, demandando el sufragio. Suscrito desdeentonces al periódico del consabido prohombre, compró también una malalitografía que lo representaba en actitud de arengar, y añadido el marcodorado imprescindible, la colgó en su dormitorio entre un daguerrotipode la difunta y una estampa de la bienaventurada virgen Santa Lucía, queenseñaba en un plato dos ojos como huevos escalfados. Acostumbrose elseñor Joaquín a juzgar de los sucesos políticos conforme a la pautillade su prohombre, a quien él llamaba, con toda confianza, por su nombrede pila. Que arreciaba lo de Cuba: ¡bah! dice don Fulano que es asuntode dos meses la pacificación completa. Que discurrían partidas por lasprovincias vascas: ¡no asustarse!; afirma don Fulano que el partidoabsolutista está muerto, y los muertos no resucitan. Que hay profundaescisión en la mayoría liberal; que unos aclaman a X y otros a Z...Bueno, bueno; don Fulano lo arreglará, se pinta él solo para eso. Quehambre.... ¡sí, que se mama el dedo don Fulano!, ahora mismito van aabrirse los veneros de la riqueza pública.... Que impuestos.... ¡donFulano habló de economías! Que socialismo.... ¡paparruchas! ¡Atrévansecon don Fulano, y ya les dirá él cuántas son cinco! Y así, sin más dudasni recelos, atravesó el señor Joaquín la borrasca revolucionaria y entróen la restauración, muy satisfecho porque don Fulano sobrenadaba, y seapreciaban sus méritos, y tenía la sartén por el mango hoy como ayer.

Dado tal linaje de culto, juzgue el pío lector cuál sería el gozo,confusión y anonadamiento del señor Joaquín, al recibir una mañana a ungrave y apuesto sujeto, encargado de saludarle de parte del mismísimoDon Fulano.

Llamábase el visitante D. Aurelio Miranda, y desempeñaba en León uno deesos destinos que en España abundan, no por honoríficos peorretribuídos, y que sin imponer grandes molestias ni vigilias, abren laspuertas de la buena sociedad, prestando cierta importancia oficial:género de prebendas laicas, donde se dan unidas las dos cosas queasegura el refrán no caber en un saco. Era Miranda de origen y familiaburocrática, en la cual se transmitían y como vinculaban los elevadospuestos administrativos, merced a especial maña y don de gentesperpetuado de padres a hijos, a no sé qué felina destreza en caersiempre de pie y a cierta delicada sobriedad en esto de pensar y opinar.Logró la estirpe de los Mirandas teñirse de matices apagados ydistinguidos, sobre cuyo fondo, así podía colocarse insignia blanca,como roja divisa; de suerte, que ni hubo situación que no les respetase,ni radicalismo que con ellos no transigiera, ni mar revuelto obonancible en que con igual fortuna no pescaran. El mozo Aurelio casinació a la sombra

protectora de los muros de la oficina: antes quebigote y barba tuvo colocación, conseguida por la influencia paterna,reforzada por la de los demás Mirandas. Al principio fue una plaza demenor cuantía, que cubriese los gastos de tocador y otras menudenciasdel chico, derrochador de suyo; en seguida vinieron más pingües brevas,y Aurelio siguió la ruta trillada ya por sus antecesores. Con todo esto,veíase que algo degeneraba en él la raza: amigo de goces, de ostentacióny vanidades, faltabale a Aurelio el tino exquisito de no salir demediano por ningún respecto, y carecía de la formalidad exterior, delcompasado porte que a los Mirandas pasados acreditaba de hombres de sesoy experiencia y madurez política. Comprendiendo sus defectos, tratóAurelio de beneficiarlos diestramente, y más de una blanca y pulcra manoemborronó por él perfumadas esquelas con eficaces recomendaciones parapersonajes de muy variada ralea y clase. Asimismo se declaró granamigote y compinche de algunos prohombres políticos, entre ellos el *donFulano* que ya conocemos. No habló jamás con ellos diez palabrasseguidas que a política se refiriesen: contábales las noticias del día,el escándalo fresco, el último dicharacho y la más reciente caricatura;y de tal suerte, sin comprometerse con ninguno se vio favorecido yservido de todos. Agarrose, como nadador inexperto, a los hombros de tanprácticos buzos, y acá me sumerjo, y acullá me pongo a flote, fuesorteando los furiosos vendavales que azotaron a España, y continuandola tradición venerable de los Mirandas. Pero también la influencia segasta y agota, y llegó un período en que, mermada la de Aurelio, noalcanzó a mantenerle en el único punto para él grato, en Madrid, y hubode irse a vegetar a León, entre el Gobierno civil y la Catedral,edificios que ni uno ni otro le divertían. Lo que singularmente amargabaa Aurelio, era comprender que su decadencia administrativa nacía de otrodecaimiento irreparable, a saber, el de su persona. Cumplida lacuarentena de años, faltábanle ya los billetitos de recomendación o porlo menos no eran tan calurosos: en los despachos de las notabilidadesiba siendo su persona como un mueble más, y hasta él mismo sentíaapagarse su facundia. La madurez se revelaba en él por un salto atrás;íbasele metiendo en el cuerpo la seriedad de los Mirandas; y de amablecalavera, pasaba a hombre de peso. No del todo extrañas a talmetamorfosis debían ser algunas dolencias pertinaces, protesta delhígado contra el malsano régimen, mitad sedentario y mitad febril, tantotiempo observado por Aurelio. Así es que, aprovechando la estancia enLeón, y los conocimientos y acierto singular de Vélez de Rada, dedicosea reparar las brechas de su desmantelado organismo; y la vida metódica yla formalidad creciente de sus maneras y aspecto, que en la corte laperjudicaban revelando que empezaba a ser trasto arrumbado y sin uso,sirviéronle en el timorato pueblo leonés de pasaporte, ganándolesimpatías y fama de persona respetable y de responsabilidad y crédito.

Solía Miranda hacer, de pascuas a ramos, tal cual escapatoria a Madrid,y en una de las últimas encontró al Don Fulano del señor Joaquín—aquien llamaremos Colmenar por respetos a su incógnito—, amostazado yfurioso con otro Don Zutano que se empeñaba en desbaratarle suscombinaciones todas y en echarle por tierra todas sus hechuras. No habíamanera de arreglarse con aquel diablo de hombre, que así cortaba ysegaba en el granado campo de los adictos colmenaristas. El destino deMiranda, a la sazón, estaba comprometidísimo. Pegó Miranda al escucharloun brinco en el muelle diván.

—Nada, hombre—prosiguió Colmenar—: así como te lo digo. Basta que yotenga interés en conservar a uno, para que lo barra él.... Es cosa fija.Y no hay modo de evitarlo. El pega sin duelo.

—Yo—contestó Miranda—, si todo se redujese a salir de León....Porque, la verdad sea dicha, aquel pueblo me encocora, aunque tiene susventajas... Pero si las cosas llegan más allá, lucido quedo.

—No, pues lo probable es que lleguen.... La fortuna es enemiga de losviejos, y nosotros vamos siéndolo ya.... Tú estás muy arruinado de algúntiempo a esta parte. Ese pelo.... ¿Te acuerdas qué famoso pelazo tenías?Pronto recurriremos ambos al aceite de bellotas, como remedio heroico.

—Hombre...—exclamó Miranda atusándose los mechones de las sienes conel ademán belicoso de los pasados días—. Cualquiera pensará que estoycalvo. Pues aún me defiendo muy bien. Los padecimientos me tienen así,un poco....

—¿Estás enfermo? ¡Goteras, chico, goteras!

—Una afección hepática, complicada con.... Pero en aquel puebloanticuado de León di con un facultativo de lo más moderno, unsabio—apresurose a añadir Miranda viendo el gesto aburrido delprohombre, que temía el relato de la enfermedad—. Te aseguro que Vélezde Rada es un prodigio... Materialista cerrado, eso sí....

—Como todos los médicos...—Y Colmenar se encogió de hombros—. ¿Y...qué tal? ¿Haces muchas conquistas en León? ¿Son blandas de corazón lasleonesitas?

—¡Bah! gazmoñillas—pronunció Miranda, que en confianza y reserva sepermitía su poco de irreligiosidad—. Tráenlas los jesuitas embobadascon cofradías y novenas, y andan comiéndose los santos.... Sociedad,poca; cada uno en su casa y Dios en la de todos. No deja, por otraparte, de convenirme, puesto que he menester descanso y método....

Colmenar oía baja la vista, contando los arabescos de la tupidaalfombra.

Alzó al fin la cabeza y diose una palmada en la frente.

—Me ocurre una idea sin ejemplar—dijo, repitiendo la célebre frase delministro portugués.—Chico, ¿por qué no te casas?

—¡No está mala la ocurrencia! ¡Sí, que son baratas las mujercitas enestos tiempos... y lo que viene después! Al que no quiere caldo, taza ymedia: a quedarme sin destino voy quizás, ¡y de casamiento me hablas!

—Tonto, no te propongo mujer que te haga peso, sino que te traigapesos.

Y el prohombre celebró su propio retruécano disparando larga risa.Miranda quedose pensativo mascando la miga de la proposición, cuyasventajas le saltaron a los ojos prontamente. Ningún medio más acertadopara prevenir las embestidas de la mala fortuna y asegurar el dudosoporvenir, mientras no emigrasen del todo los ya ralos cabellos, y nodesapareciese el barniz de gallardía que aún abrillantaba su persona.Por otra parte, León era ciudad que involuntariamente sugería ideasmatrimoniales. ¿Qué hacer sino casarse allí donde todo era calma ytedio, donde la soltería inspiraba desconfianza, donde la másinsignificante aventurilla provocaba los furiosos ladridos delescándalo? Así es que dijo en voz alta:

—Es cierto, chico; en León le entran a uno ganas de casarse y de vivirsantamente.

—Es que para ti—insistió Colmenar—es ya de necesidad el consorcio.Aparte de que eres mayor de edad... (aquí sonrió maliciosamente) y si noquieres llamarte solterón debes pensar en bodas, lo reclama tu salud...y tus pesetas. Si no puedes sostenerte, ¿cómo te las compones? Supongoque no tendrás economías.

—¡Economías yo! *Au jour le jour*—dijo Miranda, pronunciando concierta soltura la frasecilla transpirenaica.

—Pues entonces, *il faut faire une fin*—replicó Colmenar, muysatisfecho de poder lucirse a su vez.

—El caso es dar con la mujer, con el ave fénix—murmuró Mirandameditabundo—. No, lo que es niñas casaderas no faltan; pero yo ahoraperdí el rumbo aquí.... Dime tú....

—¡Niñas de aquí! ¡Líbrete de ellas Dios! Más temibles son que elcólera. ¿Sabes tú las exigencias que tiene cualquiera de esos angelitos?¿Sabes tú cómo las gastan?...

—De modo que....

—La mujer que tú necesitas está en León mismo.

—¡En León!... Sí, en efecto acaso allí sea más fácil.... Pero noveo... Las de Arga, tienen ya novio; Concha Vivares sólo es rica enesperanzas, hay una tía que piensa dejarle su herencia: mas de aquí aque estire la pata.... La de Hornillos... no; la de Hornillos sólo tienepergaminos, y eso no se echa en el puchero....

—Te andas por las alturas... el ramo de señoritas está mal: aguárdate,que voy a decirte....

Levantose Colmenar, y abriendo un cajón de su pupitre, sacó una tira depapel, rancia y amarillosa, cubierta de nombres, que recordaba laslistas de proscripción. Y lista era, en efecto: allí estaban inscritospor riguroso orden alfabético los feudatarios de la gran personalidadcolmenariana, en las diversas provincias de la Península; habíaapellidos que tenían al pie una A mayúscula, que significaba *adicto*;otros señalados con M A, *muy adicto*, alguno llevaba agregada una D,*dudoso*.

El prohombre apoyó el dedo índice en uno de las nombres honrados con laM A.

—Te propongo—dijo Miranda—una niña de pocos años, que acaso llegue, yaún pase, de los dos millones de capital.

Abrió Miranda tamaño ojo, y tendió la mano para apoderarse de labienhadada lista.

—¡Así como suena!—exclamó—. Pero es que no hay como tú para taleshallazgos.

—¿No conoces en León a la persona aquí apuntada?—siguió Colmenarseñalando con la uña el renglón de la lista—. ¿Un viejo muy guapo yfornido, muy tieso aún, Joaquín González, *el Leonés*?

—*¡El Leonés!* Si no hay cosa que más conozca. Varias veces vino aasuntos al Gobierno civil de León. Claro que le conozco. Y ahorarecuerdo; es verdad que tiene una chica, pero en esa sí que no me fijéjamás. Se la ve muy poco.

—Hacen vida modesta. Duplicará el capital en diez años—, ¡paraagenciar es mucho hombre *el Leonés*! Un infeliz, un simplón en lorestante; en política no ve más allá de sus narices el pobre; pero hasabido crearse una fortuna. No tiene sino esa niña y adora en ella.

—¿Y crees tú que no tendrá ya la chiquilla sus amoríos?

—¡Bah... es tan joven! En presentándote tú... con tu buen trato, y tupráctica en tales lides....

—Será una paleta, fea por añadidura.

—Fue su padre arrogante mozo, y su madre una morena agraciada; ¿por quéha de ser fea la chica? Ni hay quince años feos. Estará por desbastar,eso sí; pero entre tú y una modista... cuestión de un mes. Mucho másaptas son las mujeres para civilizarse y pulirse que los hombres..Enséñales el instinto de agradar lo que cien maestros no pudieran.

—¿Y qué dirán de mí todas mis relaciones—sobre todo en León—,viéndome casado con la hija del Leonés?

—¡Bah, bah! eso es cuestión de trasladarse.... En casándoos solicitasbajo cuerda que te lleven a otro sitio... el viejo se queda por allácuidando de las rentas, y tú y la niña os estáis donde nadie sepa si laengendró un archiduque o el verdugo.... Por de pronto, en la luna demiel sales con tu mujer a dar una vuelta por Europa, y así te libras delas hablillas de la primera temporada. Y date prisa, antes que esa panzase ponga esférica, y ese cabello.... ¡Ay! ¡Y cómo pasa el tiempo!Envejecemos que es un dolor.

Miranda contemplaba la punta de su elegante bota de caña clara, yrascábase la frente cavilando.

—Medio de presentarme en esa casa—pronunció al cabo resueltamente—.Son personas de poco trato, y es preciso... yo no voy a pasearle lacalle a la mocosa, supongo.

—Llevarás una visita mía. ¡El viejo te recibirá mejor que al rey!

Y diciendo y haciendo, sentose el prohombre a la mesa atestada deperiódicos, cartas y libros, y tomando un pliego de timbrado papel, dejócorrer la mano garrapateando el blanco folio con su letra precipitada,ininteligible casi, de hombre abrumado de asuntos. Doblolo, deslizándolodentro de un sobre, y sin cerrarlo lo entregó a su amigo.

Al levantarse Miranda para despedirse, acercose a Colmenar, y,hablándole bajo, casi al oído, murmuró:

—Estás bien seguro... bien cierto de lo de... los dos mill....

—¡Me quedé corto! No tienes sino informarte allá. En conciencia, medebes una prima—y al decirlo, reíase el hombre político, y golpeaba aMiranda en las mejillas, cual si de un niño de ocho años se tratase.

Con tan alto patrocinio se presentó Miranda en la pacífica morada delfeudatario colmenarista, siendo en efecto recibido cual lo exigía elvenir de tal persona recomendado. Naturalmente se propuso no aparecer alpronto como candidato a la mano de Lucía. Sobre ser indelicadeza, fueracarencia de tacto; y además pretendía Miranda ante todo estudiar elterreno que pisaba.

Halló ser verdad cuanto le había anunciado elprohombre y aun algo más en lo tocante a bienes de fortuna: vio una casachapada a la antigua, tosca y popular en sus usos, pero honrada en todo,y un caudal sólido y seguro, diariamente acrecido por la celosaadministración del señor Joaquín y su sencillez y parsimonia. Es ciertoque el bueno del Leonés pareció a Miranda hombre de tediosa compañía, entodo vulgar e infeliz, corto de alcances, con sus ribetes de mentecato,pero hubo de sufrirlo, y aun de acomodarse a las ideas del viejo, tantoque éste llegó a no poder tomar café ni leer *El Progreso Nacional*,órgano de Colmenar, sin la salsa de los sabrosos comentarios que Mirandahacía a cada fondo, a cada suelto y gacetilla. Sabía Miranda de memoriael reverso, la cara interna de la política, y explicaba desenfadadamentelas solapadas alusiones, las reticencias hábiles, las sátiras finas queen todo periódico importante abundan y son eterno logogrifo para elcándido suscritor provinciano. De suerte que desde su intimidad conMiranda, gozaba el señor Joaquín el hondo placer de la iniciación ymiraba por cima del hombro a sus correligionarios leoneses, no admitidosen el santuario de la política reservada. Además de estos gustos que ala relación con Miranda debía, esponjábase el buen viejo—que ya sabemoscuán poco tenía de filósofo—cuando le encontraban las gentes mano amano con tan bien portado caballero, íntimo del gobernador y familiarcomensal de las gentes más encopetadas de la ciudad.

Vio Lucía sin disgusto al cortés y afable Miranda, y reparó con puerilcuriosidad el aseo de su persona, su calzado pulcro, sus níveos cuellos,los caprichosos dijes de su reloj y corbata: que toda mujer, compréndaloo no, se paga de exterioridades y menudencias por este estilo. Además,poseía Miranda—y la desplegó—, una ciencia que llamar pudiéramos la deagradar por diversión. Traía a la niña diariamente alguna baratija, paraella desconocida hasta entonces, ya un cromo, ya una fotografía, yalindas flores, ya números de periódicos ilustrados, ya novelas de FernánCaballero o de Alarcón; y las graciosas chucherías que por las puertasde la anticuada casa se entraban, como partículas de la vida moderna,eran otras tantas bocas encomiadoras del dadivoso. Acertó éste a ponerseal nivel de conversación de Lucía, y mostrose muy enterado de cosasfemeniles, infantiles dijera mejor; y llegó el caso de que la niña leconsultase acerca de su peinado, de sus trajes, y Miranda muy serio ledispusiese bajar o subir dos centímetros el talle o el moño. Talesincidentes variaban un poco los iguales días de la doncellita leonesa,prestando atractivo al trato de su disimulado pretendiente.

En León causó al principio sorpresa grande que el currutaco Mirandaeligiese por amigo a un señor Joaquín, hombre en cuyos cuadrados hombrosparecía soldada y remachada la chaqueta; más presto anduvo la malicia elcamino necesario para llegar a racional explicación del fenómeno, ycomenzó Lucía a recibir larga broma de sus compañeras, que la aturdían afuerza de glosar la pasión del señor de Miranda, sus atenciones, susobsequios y rendimientos. Recibió ella la descarga risueña ysosegadamente, sin un sonrojo, sin perder minuto de sueño, sin que ellatir del corazón se le acelerase cuando Miranda, desahogado siempre,repicaba la campanilla o entraba haciendo ruido con las flamantes botas.Como ningún amoroso requiebro de Miranda vino a confirmar los dichos delas gentes, estaba Lucía descuidada y tranquila lo mismo que decostumbre. Pero Miranda, resuelto ya a dar cima a su empresa, yconsiderando suficiente la preparación, un día, después de haber tomadocafé y leído *El Progreso Nacional* con el señor Joaquín, le pidióredondamente a su hija.

Quedose el Leonés hecho un papanatas, sin saber qué decir ni qué caraponer. Realizábase del todo su sueño: el ingreso de Lucía en la esferaseñoril tan ambicionada. Mas seamos justos con el señor Joaquín: no lefaltó, en tan supremos instantes, la percepción lúcida de ciertos puntosnegros de la boda. Vio las edades diferentes, la hacienda de Mirandaincógnita, y clara y cierta la rica

dote de su hija; en suma, tuvointuiciones pasajeras del cálculo inicuo que envolvía la demanda. Eldemandante se mostró hábil estratégico previniendo en cierto modo lasospecha, y anticipándose a los pensamientos del padre.

—Yo—dijo—no tengo bienes de fortuna; poseo mi carrera, eso sí(Miranda había aprovechado los primeros años de su juventud haciéndoselicenciado en Derecho, como suele la mayoría de los españoles), y si eldestino me faltase, me sobran ánimos para trabajar y abrir bufete conmuy lucida clientela en Madrid. Deseo que mi mujer goce de cómodaposición, pero para ella, por ella sola; nada para mí; yo me basto a mímismo. La diferencia de caudal me retrajo mucho tiempo de pedir a Lucía;pero pudo más el afecto que me inspira tan preciosa e inocentecriatura.... Así y todo, a no asegurarme Colmenar que usted es personadesinteresada y de ánimo generoso, no me decidiera nunca....

—El señor Colmenar me favorece más de lo que merezco—respondió muyhueco el Leonés—; pero estas cosas han de pensarse.... Dese usted unavuelta por ahí....

—Dentro de quince días vendré a saber su resolución—repusodiscretamente Miranda cogiendo el sombrero.

Pasolos dado a Satanás, porque era ciertamente ridículo para un hombrede sus ínfulas y categoría pedir la hija de un tendero de ultramarinos,y haber de esperar, como quien dice, en la antesala de la lonja, a quese dignasen abrirle la puerta. Entretanto, el señor Joaquín, leyendosolo el periódico y paladeando solo el café, venía a echarle muy demenos, e íbase arraigando en su mente la idea de la boda. Cada díaconsideraba más adecuado para yerno al amigo de Colmenar. Con todo, hizolo que suelen las gentes que gustan de seguir su inclinación sincontraer responsabilidad: asesorarse con algunas personas acerca delasunto, esperando que su aprobación le escudase. Hubo de salirlefrustrado el intento. El Padre Urtazu, consultado primero, exclamó consu franqueza navarra:

—A gato viejo rata tierna. No se pierde el don almibarado y pulido.¿Pero no ve, desgraciado, no ve que el merengue ese puede ser padre deLucía? ¡Sabe Dios las liebres que en su vida habrá corrido! SantísimaVirgen ¡qué de historias llevará escondiditas en los bolsillos dellevitín!

—Pero usted, ¿qué haría en mi caso, Padre Urtazu?

—¿Yo? Pensarlo, en vez de quince días, un año; ¡y otro año después, porlo que pudiera tronar!

—¡Por vida de la Constitución! Usted, Padre, no ha notado los méritosdel señor don Aurelio.

—Los méritos... los méritos.... ¡vaya unos méritos! ¡Pch, pch! ¡Si esmérito ir todo sopladico, y enseñando diez centímetros de puño decamisa... y darla de mozalbete, estando peor que yo, que canas tengo,pero al menos no se me cae la hoja!

Y el Padre Urtazu se tiraba enérgicamente de los cortos cabellosentrecanos que en sus sienes crecían, fuertes como matas de abrojos.

—¿Qué dice a eso la chica?—interrogó después de súbito.

—No hemos hablado aún....

—¡Pues eso es lo primero, desgraciado! ¡Ay, que con los años se nos vareblandeciendo la mollera! ¿A qué aguarda?

Vélez de Rada fue todavía más terminante y categórico.

¡Casar a su hija de usted con Miranda!—gritó enarcando las cejas ycolérico y descompuesto—. ¡Está usted loco! ¡El mejor ejemplar de razaque de diez años a esta parte encontré! ¡Una niña que tiene glóbulosrojos en la sangre, bastantes para surtir a cuantas muñequillas anémicasse pasean por Madrid! ¡Una estatura! ¡Un equilibrio! ¡Unos diámetros! Ycon Miranda, que... (aquí la discreción profesional selló los labios delmédico, y reinó silencio en la estancia.)

—Señor Rada...—osó decir el señor Joaquín, que no entendía bien.

—¿Sabe usted, sabe usted cuál es el deber del padre que tiene una hijacomo Lucía? Pues buscar, como otro Diógenes, un hombre que enconstitución y riqueza de organismo la iguale, y unirlos. ¿Le parece austed que con este descuido que hay en los enlaces, con los sacrílegosconsorcios que solemos presenciar entre naturalezas pobres, viciadas,enfermas, y naturalezas sanas, es posible que muy pronto, a la vuelta detres o cuatro generaciones, sobrevenga la decadencia fatal de estospueblos de Europa? O qué, ¿se puede impunemente transmitir a nuestrostataranietos veneno y pus, en vez de sangre?

Salió el señor Joaquín del gabinete del Esculapio un tanto asustado,pero aún más confuso, sirviéndole únicamente de consuelo el pensar quelas desdichas vaticinadas a su prosapia no ocurrirían hasta dentro de unsiglo lo más pronto. Y el último percance que en sus consultasmatrimoniales le esperaba, fue con una hermana suya viejísima, en susmocedades planchadora y hoy pensionada y socorrida de su hermano. Lainfeliz, que arrastrado, había con su difunto vida de perros, exclamó encascajosa voz, alzando las secas manos y meneando la cabeza temblona:

—¿Miranda? ¿Miranda? Será un pillo, un condenado: ¡todos los hombresson unos condenados! que los parta un ra....

No quiso oír más el Leonés, y dio por terminadas las consultas.

Faltaba el fondo de la cuestión, el parecer de Lucía. Quebrábase elpadre la cabeza en busca de un medio diplomático de averiguarlo, cuandola misma niña se lo proporcionó.

—Papá—interrogó un día con la mejor fe del mundo—, ¿estará enfermo elseñor de Miranda? Hace días que no viene por aquí.

Asió de los cabellos la ocasión el Sr. Joaquín y expuso los planes deMiranda. Lucía escuchaba atenta, con la sorpresa pintada en susbrillantes ojos.

—Mire usted—pronunció al cabo—. Pues acertaban Rosarito y Carmela alasegurar que el señor de Miranda venía a esta casa por mí. ¡Pero, quiénlo dijera!

—Vamos, hija; ¿qué le contesto a ese señor?—preguntó afanoso elLeonés.

—¿Papá... qué sé yo? Nunca pensé que quisiera casarse conmigo.

—Pero a ti.... ¿te gusta el señor de Miranda?

—Sí que me gusta. Todavía es muy buen mozo, declaró Lucía connaturalidad.

—¿Y su genio... y su trato...?

—Muy obsequioso, muy amable.

—¿Te repugna la idea de que viviese siempre aquí... con nosotros?

—No tal. Al contrario. Si me divierte mucho cuando viene.

—Pues.... ¡por vida de la Constitución! ¡Tú también estás enamorada delseñor de Miranda!

—Mire usted.... ¡eso sí que me parece que no! Yo no he pensado despacioen esas cosas, ni sé cómo será el enamorarse; pero se me figura que debeser así... más de bullanga, y que entrará... vamos, más de prisa y másrecio.

—Pero esos amores de bullanga, ¿qué falta hacen para ser buenoscasados?

—Yo supongo que ninguna. Para ser buenos casados, dice el Padre Urtazuque lo preciso es la gracia de Dios... y paciencia, mucha paciencia.

El padre le dio, con su ancha diestra, una palmadita en la mejilla.

—Hablas como un libro... por vida de la Const.... ¿conque, según eso,voy a darle un buen rato al señor de Miranda?

—¡Ay, padre! El asunto merece pensarse: ¡hágame usted el favor depensarlo por mí! ¿Qué entiendo yo de bodas, ni de?...

—Pues mira, ya eres grandullona.... Eres demasiado simplota tú.

—No—exclamó Lucía posando en el viejo su clara mirada—: si no es quesoy simple, es que no quiero entender; ¿lo oye usted? Porque si comienzoa cavilar en esas cosas, doy en no comer, en no jugar, en no dormir...Esta noche de fijo no pegaría ojo... y después dice el señor de Rada, enlatín, que enfermo del cuerpo y que vendré a enfermar del alma.... Noquiero acordarme sino de mis juegos, y de mis lecciones; de eso no,padre, porque se me va adelgazando, adelgazando el magín, y me pasohoras enteras con las manos cruzadas, sentada, hecha un poste.... Elcaso es que cuando me da por ahí, se me antoja que ni todos los hombresdel mundo juntos valen lo que un novio como me finjo yo al mío... quetampoco está en el mundo, ¡no crea usted! está allá en unos palacios, yen unos jardines muy remotos.... En fin, no sé explicarme; ¿ustedcomprende?

—¡Te habrán metido en la cabeza ser monja, como Águeda, la niña de ladirectora del colegio!—gritó el señor Joaquín, con ira.

—¡Ca!... no señor—murmuró Lucía, cuya tez animada y encendida parecíafresquísima rosa—. No sería monja por un imperio.... No me llama Diospor ese camino.

—Está visto—pensó el señor Joaquín para su capote—: hierve la olla; aesta chica hay que casarla. Y en voz alta: pues siendo así, niña, creoque no debes hacer un desaire al señor de

Miranda. Es todo un señor... yen política, ¡vamos, es mucho olfato el suyo! ¿A ti no te desagrada?

—Ya he dicho que no—repuso Lucía, en tono más tranquilo.

La misma tarde fue el Leonés a llevar en persona a Miranda lasatisfactoria respuesta.

Colmenar escribió al señor Joaquín una carta que tuvo que leer. Y notranscurridos muchos días, dijo Miranda al presunto suegro, en tonosatisfecho y confidencial:

—Nuestro amigo Colmenar apadrina; delega en usted y envía esto para lanovia.

Y sacó de su estuche de raso un abanico de nácar, cuyo delicado país deencaje de Bruselas temblaba al aliento como la espuma del mar al soplode la brisa. Referir lo orondo que se puso el señor Joaquín, fueraempresa superior a las fuerzas humanas. Pareciole que la personalidad*prohómbrica* del insigne jefe de partido, repentinamente y por arte debirlibirloque se confundiera con la suya; creyose metamorfoseado,idéntico con su ídolo, y no cupo en su pellejo, y borráronse los recelosque a veces sentía aún pensando en el cercano desposorio. Ganoso de noquedarse atrás de Colmenar en generosidad, amén de señalar pingüesalimentos a Lucía, le regaló una suma redonda, destinada a invertirse enel viaje de novios, cuyo itinerario trazó Miranda, comprendiendo a Parísy a ciertas bienhechoras aguas minerales, recetadas tiempo atrás porRada, como remedio soberano para la diátesis hepática. La idea del viajeno dejó de parecer extraña al señor Joaquín. Al casarse él, no hizoexcursión más larga que el trayecto de la portería a la lonja. Peroconsiderando que su hija entraba en superior rango, hubo de admitir losusos de la nueva categoría, por singulares que fuesen. Miranda se lopintó así, y el señor Joaquín convino en ello: las inteligenciasmedianas ceden siempre al aplomo que las fascina.

El que conozca un tanto las ciudades de provincia, imaginará fácilmentecuánto comentario, cuánta murmuración declarada o encubierta provocó enLeón la boda del importante Miranda con la obscura heredera del exlonjista. Hablose sin tino ni mesura; quién censuraba la vanidad delviejo, que harto al fin de romper chaquetas, quería dar a su hija viso ytono de *marquesa* (Miranda parecía a no pocas gentes el tipo clásicodel marqués). Quién hincaba el diente en el novio, hambrón madrileño,con mucho aparato y sin un ochavo, venido allí a salir de apuros con lasonzas del señor Joaquín. Quién describía satíricamente la extraña figurade Lucía la mocetona, cuando estrenase sombrero, sombrilla y cola larga.Mas estos runrunes se estrellaban en la orgullosa satisfacción del señorJoaquín, en la infantil frivolidad de la novia, en la cortés y mundanareserva del novio. Fiel Lucía a su programa de no pensar en la bodamisma, pensaba en los accesorios nupciales, y contaba gozosa a susamigas el viaje proyectado, repitiendo los nombres eufónicos de pueblosque tenía por encantadas regiones; París, Lyón, Marsella, donde lasniñas imaginaban que el cielo sería de otro color y luciría el sol dedistinto modo que en su villa natal. Miranda, a cuenta de un empréstitoque negoció contando satisfacerlo después a expensas del generososuegro, hizo venir de la corte lindas finezas, un aderezo de brillantes,un cajón atestado de lucidas galas, envío de renombrado sastre deseñoras. Mujer al cabo Lucía, y nuevos para ella tales primores, más deuna vez, como la Margarita de *Fausto*, se colgó ante un espejillo lospreciosos dijes, complaciéndose en sacudir la cabeza a fin de quefulgurasen los resplandores de los pendientes y las flores de pedreríasalpicadas por el obscuro cabello. En esto se solazan las mujeres cuandoson niñas, y todavía muchísimo tiempo después de dejar de serlo. PeroLucía no era niña para siempre.

-III-

Seguía corriendo el tren, y la desposada no lloraba ya. Apenas seadvertían en su rostro huellas de llanto, ni sus párpados estabanenrojecidos. Así acontece con las lágrimas que vertemos por las primeraspenillas de la vida: llanto sin amargura, rocío leve, que antes refrescaque abrasa. Comenzaban a entretenerla las estaciones y la gente que seasomaba curiosa a la portezuela, escudriñando el interior deldepartamento. Llovía preguntas sobre Miranda, el cual daba pormenores detodo, esmerándose en divertirla, y entreverando con las explicacionesalguna terneza, que la niña escuchaba sin turbarse, pareciéndolenaturalísimo que el esposo mostrase afecto a la esposa, sin que el másleve oscilar de su corpiño delatara la dulce confusión que el amordespierta. Hallábase ya en su centro Miranda, habiendo cesado los llorosy reaparecido el buen humor y el temple normal del ánimo. Satisfecho detal resultado, hasta bendecía interiormente a una de sus causas, unavejezuela que con enorme banasta al brazo se coló en el departamentoalgunas estaciones antes de Palencia, y cuya grotesca facha ayudó allamar la sonrisa a los labios de Lucía.

Al llegar a Palencia, dejolos la vejezuela y subió un hombre grave,decentemente vestido, silencioso.

—Se parece a papá—dijo Lucía en voz baja a Miranda—. ¡Pobrecillo!—Yesta vez sólo un suspiro pagó la deuda del amor filial.

Caía ya la noche; andaba el tren lentamente, como si temblase de pavoral confiarse a los raíles, y observó Miranda que llevaba notableretraso.

—Llegaremos a Venta de Baños—pronunció volviendo la hoja del*Indicador*—mucho más tarde de lo que se acostumbra.

—Y en Venta de Baños...—interrogó Lucía.

—Podemos cenar... si nos dan tiempo. En circunstancias ordinarias, nosólo se cena, sino que hasta se descansa un rato, esperando el otrotren, el expreso, el que ha de llevarnos a Francia.

—¡A Francia! (Lucía palmoteó como si escuchase nueva inesperada ygratísima.) Reflexionando después, añadió en voz grave—: Pues lo que esyo tengo ganas de cenar.

—Cenaremos, cenaremos: al menos para cenar espero que nos alcanzará elrato que dure la parada.... ¿Hay apetito, eh? Ello es que... que tú nohas probado casi nada hoy....

—Con la prisa y el ahogo... y atender a que sirviesen bien loschocolates... y la pena de dejar al pobre papá, y de verle tanalicaído... y también....

—¿Qué más?

—¡Y vamos! que eso de casarse no sucede todos los días... y es naturalque trastorne un poco... es cosa grave, muy grave, ya me lo avisó elPadre Urtazu..., y así es que yo anoche no pegué ojo, y conté todas lashoras, las medias y los cuartos que dio el cuco de la antesala... a cadacampanada que oía.... ¡tam, tam!, exclamaba yo ¡maldito! aguárdate, quevoy a taparme la cara con las

sábanas, y a llamar el sueño, y novolverás a hacer de las tuyas..., pero ni por esas. Ahora, como ya pasó,es lo mismo que cuando hay que saltar un foso muy ancho: se salta,¡zas!, y ya no se piensa en ello. ¡Se acabó!

Miranda se reía, sentado próximo a su novia, mirándola de cerca yhallándola muy linda, transformada casi con el tocado de viaje y laanimación que encendía sus mejillas y arrebolaba su fresca tez. Lucíatambién comenzaba a recobrar la antigua familiaridad con Miranda, algointerrumpida últimamente por la novedad de la situación respectiva deambos.

—No se ría usted de mis tonterías, señor de Miranda—murmuró la niña.

—Hazme el favor de no equivocarte, hija... me llamo Aurelio, y debeshablarme de tú como yo a ti.... ¿sabes?

Todo este diálogo pasaba en discreto tono, a media voz, inclinados eluno hacia el otro ambos interlocutores, con misterioso y casi amantesilabeo. El testigo de vista, silencioso, recostado en un ángulo,imponía a la plática de los esposos, plática llana y corriente, ciertaintimidad y secreto que acrecentaban su atractivo, dándole visos detierno coloquio. Las mismas cosas, dichas en alto, serían indiferentes ysencillas por demás. De ordinario sucede así, que no sean las palabrasimportantes en sí mismas, sino por el tono con que se pronuncian y ellugar en que se colocan, a la manera de menudas piedrecillas queincrustadas convenientemente en la labor de mosaico, ya dibujan unárbol, ya una casa, ya un rostro.

Detúvose al cabo el tren en Venta de Baños, y las luces de la estaciónmostraron su encendida pupila a través de la niebla leve de sosegadanoche de otoño.

—¿Es aquí? ¿Es aquí donde nos bajarnos y se cena?—preguntó Lucía, aquien el suceso, nuevo para ella, de una cena en la estación, abría a untiempo apetito y curiosidad.

—Aquí—contestole Miranda en tono mucho menos regocijado—. ¡Ahora,cambio de tren! ¡Los suprimiría todos! No hay cosa más incómoda. Busqueusted el equipaje para que no se lo lleven a Madrid... mueva usted todosesos embelecos....

Diciendo lo cual, cogió de la red manta, saco y lío de paraguas; peroLucía con su juvenil vigor y sus hábitos de hija del pueblo arrebatolede la mano lo más pesado, el saco, y brincando, ligera como un ave, alsuelo, dio a correr hacia la fonda.

Sentáronse a la mesa dispuesta para los viajeros, mesa trivial, selladapor la vulgar promiscuidad que en ella se establecía a todas horas; muylarga y cubierta de hule, y cercada como la gallina de sus polluelos, deotras mesitas chicas, con servicios de té, de café, de chocolate. Lastazas, vueltas boca abajo sobre los platillos, parecían esperarpacientes la mano piadosa que les restituyese su natural postura; losterrones de azúcar empilados en las salvillas de metal, remedabanmateriales de construcción, bloques de mármol blanco desbastados paraalgún palacio liliputiense. Las teteras presentaban su vientrereluciente y las jarras de la leche sacaban el hocico como niños malcriados. La monotonía del prolongado salón abrumaba. Tarifas, mapas yanuncios, pendientes de las paredes, prestaban al lugar no sé quéperfiles de oficina. El fondo de la pieza ocupábalo un alto mostradoratestado de rimeros de platos, de grupos de cristalería recién lavada,de fruteros donde las pirámides de manzanas y peras pardeaban ante elverde fuerte del musgo. En la mesa principal, en dos floreros de azulporcelana, acababan de mustiarse lacias flores, rosas tardías, girasolesinodoros. Iban llegando y ocupando sus puestos los viajeros,

contraídode tedio y de sueño el semblante, caladas las gorras de camino hasta lascejas los hombres, rebujadas las mujeres en toquillas de estambre,oculta la gentileza del talle por grises y largos impermeables,descompuesto el peinado, ajados los puños y cuellos. Lucía, risueña, consu ajustado casaquín, natural y sonrosada la color del semblante,descollaba entre todos, y dijérase que la luz amarillenta y cruda de losmecheros de gas se concentraba, proyectándose únicamente sobre su cabezay dejando en turbia media tinta las de los demás comensales. Lestrajeron la comida invariable de los fondines: sopa de hierbas, chuletasesparrilladas, secos alones de pollo, algún pescado recaliente, jamónfrío en magrísimas lonjas, queso y frutas. Hizo Miranda poco gasto demanjares, despreciando cuanto le servían, y pidiendo imperativo y en vozbastante alta una botella de Jerez y otra de Burdeos, de que escanció aLucía, explicándole las cualidades especiales de cada vino. Lucía comióvorazmente, soltando la rienda a su apetito impetuoso de niño en día deasueto. A cada nuevo plato, renovabásele el goce que los estómagos noestragados y hechos a alimentos sencillos hallan en la más leve novedadculinaria. Paladeó el Burdeos, dando con la lengua en el cielo de laboca, y jurando que olía y sabía como las violetas que le traía Vélez deRada a veces. Miró al trasluz el líquido topacio del Jerez, y cerró losojos al beberlo, afirmando que le cosquilleaba en la garganta. Pero sugran orgía, su fruto prohibido, fue el café. No acertaremos jamás losmínimos y escrupulosos cronistas del señor Joaquín el Leonés, cuál fuesela razón secreta y potísima que le llevó a vedar siempre a su hija eluso del café, cual si fuese emponzoñada droga o pernicioso filtro: casotanto más extraño cuanto que ya sabemos la afición desmedida, el amorque al café profesaba nuestro buen colmenarista. Privada Lucía de gustarde la negra infusión, y no ignorante de los tragos que de ella se echabasu padre al cuerpo todos los días, dio en concebir que el tal brebajeera el mismo néctar, la propia ambrosía de los dioses, y sucedíale aveces decir a Rosarito o a Carmela:

—Deja, que en casándome, yo tomaré café. ¡Pues no!

No era muy genuino, ni muy aromático el del fondín de Venta de Baños; ycon todo eso, al introducir en sus labios por vez primera la cucharilla,al sentir el leve amargor y el tibio vaho que la penetraban, experimentóLucía hondo estremecimiento, algo como una expansión de su ser, cual sia un tiempo se abriesen sus sentidos, semejantes a capullos de arbustoque a la vez florecen todos. La copa de *chartreuse*, bebida despacio,le dejó en la lengua y en los dientes un aroma penetrante yfortalecedor, una sed grata, ligerísima, que apagaban los sorbos últimosdel café, saturados del fino polvillo que en remolinos lentos sedepositaba en el fondo de la taza.

—¡Si viniese papá ahora—murmuró—, qué diría!

Miranda y Lucía fueron los últimos en alzarse de la mesa. Los restantesviajeros se desparramaran ya por el andén a fin de coger sitio en elexpreso, que acababa de llegar y detenerse, vibrante aún de su rápidamarcha, en la estación.

—Vamos—advirtió Miranda—, vamos, que el tren va a salir.... No sé sihallaremos un departamento desocupado.

Emprendieron su peregrinación, recorriendo la línea de vagones, en buscadel departamento vacío. Halláronle, al fin no sin trabajo, y tomaronposesión de él, arrojando sus fardos en los almohadones. La luz opacadel farol, filtrándose a través de la cortinilla de azul tafetán; elgris uniforme y mate del forro, que parecía blanquecina colgadura; elsilencio, la atmósfera reposada, sucediendo a la claridad brutal y a laconfusa batahola del fondín, convidando estaban a apacible sueño ysosiego. Desabrochó Lucía la goma de su sombrero, colocándolo en la red.

—Estoy aturdida—dijo pasándose la mano por la frente—. Me pesa algola cabeza; tengo calor.

—Los licores.... Las bebidas—respondió festivamente Miranda—.Descansa un instante, mientras facturo el equipaje. Es formalidadprecisa aquí....

Diciendo esto, levantó uno de los cojines del coche; metió debajo sumanta enrollada para que formase cabecera, alzó el brazo de sillón quedividía los dos cojines, y añadió:

—¡Una cama pintiparada!

Sacó Lucía del bolsillo un pañolito de seda, con esmero doblado, loextendió delicadamente sobre el cojín, y se tendió reclinando la cabezaen donde el pañuelo impedía el roce con el paño sobado del forro.

—Si me duermo—advirtió a Miranda—, despiértame cuando pase algo dignode verse.

—Pierde cuidado—contestó Miranda riéndose—. Vuelvo en seguida.

Quedose Lucía sola, cerrados ya los ojos, embargadas por grato sopor laspotencias. Fuese el movimiento del tren, fuese el insomnio de lasvísperas nupciales, fuese el hábito de acostarse en León a aquella mismahora de diez y media de la noche, o todas estas cosas juntas, ello esque el sueño caía sobre ella como un manto de plomo. Aflojábanse sustirantes nervios, y corría por sus venas esa inexplicable sensación decalor rítmico, que anuncia que el curso de la sangre regulariza, y queel reposo comienza. Hizo Lucía la señal de la cruz, entre dos bostezos,murmuró un Padrenuestro y un Avemaría, y dio principio a una oraciónaprendida en el devocionario, y escrita en detestables versos, quecomienza:

Del párvulo tierno,
cándido e inocente,
Dios justo y clemente
el sueño me dad...

Operaciones todas que si habían de espantar la somnolencia, la atrajeronmás y más. De la boca de Lucía se exhaló leve suspiro; su mano cayóinerte, y la niña se quedó sepultada en el sueño más suelto y profundo,cual si entre blandas sábanas lo gozase.

Entregábase mientras tanto Miranda a la importante tarea de facturar elequipaje, no escaso, compuesto de dos baúles mundos, una sombrerera y uncajón especial de tela y cuero, a propósito para guardar de arrugas elplanchado de sus camisas de vestir. Fuerza fue esperar pacientemente elturno de bultos rotulados A. M., frente al gran mostrador, donde sealineaba respetable fila de maletas, cajas y cajones de toda especie queiban trayendo a hombros los mozos de la estación, agobiados, hinchadaslas venas del cuello. Cuando llegaban al mostrador, dábanse prisa asoltar la carga de golpe, con movimientos brutales, haciendo crujir lamadera de los baúles y gemir y rechinar los aros de hierro que laafianzan. Al cabo logró Miranda que llegase su vez, y ya con el talón enel bolsillo, saltó del andén a la vía triple buscando su departamento.Costole algún trabajo, y abrió en balde varias puertas antes de dar conél; al abrirlas, solía asomarse una cabeza, y una voz áspera decir:«está lleno.» En otros departamentos vio formas confusas, genteacurrucada en los rincones o tumbada en los cojines. Al fin acertó,reconoció su sitio.

El cuerpo de Lucía, tendido sobre la improvisada cama, era complementode la paz, de la quietud de aquella movible alcoba. Miranda consideró asu desposada un rato, sin que se le ocurriesen las cosas sentimentales ypoéticas que la situación parecía sugerir.

—Es guapa de veras esta chica—pensaba el hombre maduro y experto—.Sobre todo, tiene su tez la pelusa de los albérchigos cuando no les hantocado y cuelgan aún en la rama. Ese diablo de Colmenar parece queadivina todas las cosas... otro me hubiera dado los millones con algunavirgen y mártir de cuarenta años.... Pero esto es miel sobre hojuelas,como suele decirse.

Al glosar así su dicha, quitábase Miranda el sombrero y buscaba en losbolsillos del sobretodo la gorrilla de viaje roja y negra a cuarterones.Hay movimientos que por instinto nos recuerdan otros, cuando losejecutamos. El antebrazo de Miranda, al descender, notó un vacío, lafalta de algo que antes le estorbaba. Y el dueño del antebrazo, aladvertirlo, dio brusco salto, y empezó a mirarse de abajo arriba, y lasmanos trémulas recorrieron y palparon el pecho y la cintura sin hallarnada; y la boca, impaciente y colérica, soltó en voz ahogada tacos,ternos y votos redondos; y el puño cerrado hirió la desmemoriada frente,como evocando el recuerdo con aquel cachete expresivo: llamado así elrecuerdo, acudió por último; al cenar, habíase quitado la cartera, quele molestaba para comer, y puéstola a su lado sobre una silla vacante.Allí debía de estar. Era forzoso recogerla. Pero, ¡y el tren que iba asalir! Ya roncaban las chimeneas, bufando como erizados gatos, y dos otres silbos agudos preludiaban la marcha. Miranda tuvo un segundo deindecisión.

—Lucía—dijo en voz alta.

Y contestole sólo el respirar igual y fuerte de la niña, indicando unsueño tenaz y hondo.

Entonces se decidió prontamente, y con agilidad digna de un muchacho deveinte años, saltó a la vía y rompió a correr hacia la fonda. No es paraperdida cartera como aquella, repleta de dinero en sus formas másvariadas y seductoras: oro, plata, billetes de Banco, letras. Seprecipitaba.

Extinguido ya la mayor parte del alumbrado en el fondín, sólo ardía unabomba en cada cuádruple mechero; los mozos charlaban sentados en losrincones, o conducían perezosamente a la cocina obeliscos de platosgrasientos y sucios, y montones de arrugadas servilletas. En la mesagrande, casi vacía, se alzaban solitarios los altos floreros, y a la luzescasa era lúgubre la mancha blanca del enorme mantel, semejante a unsudario. Sobre el mostrador, un quinqué de petróleo despedía en torno uncírculo de claridad anaranjada, concreta, y el amo delestablecimiento—sirviéndole de pupitre la tableta de mármol—, escribíaguarismos en una gran agenda. Miranda, azorado, se llegó a él,acercándose mucho, tocándole casi:

—Caballero...—preguntó con voz anhelante—¿ha visto usted por ahí...han recogido los mozos?...

El amo alzó el rostro, rostro franco, patilludo y vulgar.

—¿Una cartera? Sí, señor.

Respiró anchamente el amigo de Colmenar.

—¿Es de usted?—interrogó receloso el fondista.

—¡Mía, sí! Démela usted sin pérdida de tiempo: va a salir el tren....

—Tenga usted la bondad de facilitarme alguna seña....

—Color encarnado obscuro... de piel de Rusia... broches plateados....

—Basta, basta—dijo el fondista, que tomó de un cajón del mostrador lapreciosa prenda, entregándola honradamente a su poseedor legítimo. Elcual, no parándose a reconocerla, se la colgó en un abrir y cerrar deojos, sepultó la mano en el bolsillo del chaleco, y sacando un puñado demonedas de plata, las desparramó sobre el mármol, exclamando: «para losmozos.» La acción fue tan rápida, que algunas rodaron, y después dedanzar sobre la lisa superficie, vinieron a aplanarse con sonoro tañido.Aún duraba el argentino repique y ya Miranda volaba. En su aturdimientono acertaba con la puerta.

—Que sale el tren, caballero—le gritaron los mozos—. Por aquí... poraquí....

Lanzose desatinado al andén: el tren, con pérfida lentitud de reptil,comenzaba a resbalar suavemente por los rieles. Miranda le enseñó lospuños, y un sentimiento de impotente y fría rabia apoderose de suespíritu. Así perdió un segundo, un segundo precioso. El andar delconvoy se aceleraba, como el columpio que, empezando a oscilar, describea cada paso curvas más abiertas, y vuela con brío mayor por los aires.Precipitadamente y sin mirar al terreno, saltó Miranda a la vía, paraalcanzar los vagones de primera, que en aquel punto desfilaban ante susojos, como mofándose de él. Quiso lanzarse al estribo, pero al tocarlefue despedido a la vía con gran violencia, y cayó, sintiendo agudo yrepentino dolor en el pie derecho. Quedose en el suelo, medioincorporado, profiriendo una imprecación de esas que en España loshombres más preciados de distinguidos y elegantes no recelan tomar dellenguaje patibulario de los facinerosos. El tren, rugiente, majestuoso yveloz, cruzó ante él, despidiendo la negra máquina centellas de fuego,semejantes a espíritus fantásticos danzando entre las tinieblasnocturnas.

Pocos momentos después de que Miranda bajó a recoger su cartera, habíaseabierto la puerta del departamento donde quedaba Lucía dormida,penetrando por ella un hombre. Llevaba éste en la mano un maletín, quedejó caer a su lado, sobre los cojines. Cerrando la portezuela, sentoseen un ángulo, pegada la frente al vidrio, frío como el hielo y empañadopor el rocío de la noche. No se veía más que la negrura exterior, queapenas contrastaba la confusa penumbra del andén, el farolillo delguarda que lo recorría, y los mustios reverberos aquí y allí esparcidos.Cuando el tren rompió a andar, pasaron unas chispas, rápidas comoexhalaciones, ante el cristal en que apoyaba su rostro el reciénllegado.

-IV-

Al cual no dejó de parecer extraña y desusada cosa—así que, cesando decontemplar las tinieblas, convirtió la vista al interior deldepartamento—el que aquella mujer, que tan a su sabor dormía, sehubiese metido allí en vez de irse a un reservado de señoras. Y a estareflexión siguió una idea, que le hizo fruncir el ceño y contrajo suslabios con una sonrisa desdeñosa. No obstante, la segunda mirada quefijó en Lucía le inspiró distintos y más caritativos pensamientos. Laluz del reverbero, cuya cortina azul descorrió para mejor examinar a ladurmiente, la hería de lleno; pero según el balanceo del tren, oscilaba,y tan pronto, retirándose, la dejaba en sombra, como la hacía surgir,radiante, de la obscuridad. Naturalmente se concentraba la luz en lospuntos más salientes

y claros de su rostro y cuerpo. La frente, blancacomo un jazmín, los rosados pómulos, la redonda barbilla, los labiosentreabiertos que daban paso al hálito suave, dejando ver los nacarinosdientes, brillaban al tocarlos la fuerte y cruda claridad; la cabeza lasostenía con un brazo, al modo de las bacantes antiguas, y su manoresaltaba entre las obscuridades del cabello, mientras la otra pendía,en el abandono del sueño, descalza de guante también, luciendo en eldedo meñique la alianza, y un poco hinchadas las venas, porque lapostura agolpaba allí la sangre. Cada vez que el cuerpo de Lucía entrabaen la zona luminosa, despedían áureo destello los botones de cinceladometal, encendiéndose sobre el paño marrón del levitín, y se entreveía, atrechos de la revuelta falda, orlada de menudo volante a pliegues, algodel encaje de las enaguas, y el primoroso zapato de bronceada piel, concurvo tacón. Desprendíase de toda la persona de aquella niña dormidaaroma inexplicable de pureza y frescura, un tufo de honradez quetrascendía a leguas. No era la aventurera audaz, no la mariposuela devuelo bajo que anda buscando una bujía donde quemarse las alas; y elviajero, diciéndose esto a sí mismo, se asombraba de tan confiado sueño,de aquella criatura que descansaba tranquila, sola, expuesta a ungalanteo brutal, a todo género de desagradables lances; y se acordaba deuna estampa que había visto en magnífica edición de fábulas ilustradas,y que representaba a la Fortuna despertando al niño imprevisoraletargado al borde del pozo. Ocurriósele de pronto una hipótesis: acasola viajera fuese una *miss* inglesa o norteamericana, provista derodrigón y paje con llevar en el bolsillo un revólver de acero de seistiros. Pero aunque era Lucía fresca y mujerona como una Niobe, tipo muycomún entre las señoritas *yankees*, mostraba tan patente en ciertospormenores el origen español, que hubo de decirse a sí mismo el que laconsideraba: «no tiene pizca de traza de extranjera.» Mirola aun buenrato, como buscando en su aspecto la solución del enigma; hasta que alfin, encogiéndose levemente de hombros, como el que exclamase: «¿Qué meimporta a mí, en resumen?», tomó de su maletín un libro y probó a leer;pero se lo impidió el fulgor vacilante que a cada vaivén del cochejugaba a embrollar los caracteres sobre la blanca página. Se arrimónuevamente entonces el viajero a los helados cristales, y se quedó así,inmóvil, meditabundo.

El tren seguía su marcha retemblando, acelerándose y cuneando a veces,deteniéndose un minuto solo en las estaciones, cuyo nombre cantaba lavoz gutural y melancólica de los empleados. Después de cada paradavolvía, como si hubiese descansado, y con mayores bríos, a manera decorcel que siente el acicate, a devorar el camino. La diferencia detemperatura del exterior al interior del coche, empañaba con un velo detul gris la superficie del vidrio; y el viajero, cansado quizá defundirlo con su hálito, se dedicó nuevamente a considerara la dormida, ycediendo a involuntario sentimiento, que a él mismo le parecía ridículo,a medida que transcurrían las horas perezosas de la noche, ibaimpacientándole más y más, hasta casi sacarle de quicio, la regaladaplacidez de aquel sueño insolente, y deseaba, a pesar suyo, que laviajera se despertara, siquiera fuese tan sólo por oír algo queorientase su curiosidad. Quizá con tanta impaciencia andaba mezcladabuena parte de envidia. ¡Qué apetecible y deleitoso sueño; qué calmabienhechora! Era el suelto descanso de la mocedad, de la doncellezcándida, de la conciencia serena, del temperamento rico y feliz, de lasalud. Lejos de descomponerse, de adquirir ese hundimiento cadavérico,esa contracción de las comisuras labiales, esa especie de trastornogeneral que deja asomar al rostro, no cuidadoso ya de ajustar susmúsculos a una expresión artificiosa, los roedores cuidados de lavigilia, brillaba en las facciones de Lucía la paz, que tanto cautiva yenamora en el semblante de los niños dormidos. Con todo, un puntosuspiró quedito, estremeciéndose. El frío de la noche penetraba, auncerrados los cristales, a través de las rendijas. Levantose el viajero,y sin mirar que en la rejilla había un envoltorio de mantas, abrió

supropio maletín y sacó un chal escocés, peludo, de finísima lana, quedelicadamente extendió sobre los pies y muslos de la dormida. Volvioseésta un poco sin despertar, y su cabeza quedó envuelta en sombra.

Fuera, los postes del telégrafo parecían una fila de espectros; losárboles sacudían su desmelenada cabeza, agitando ramas semejantes abrazos tendidos con desesperación pidiendo socorro; una casa surgíablanquecina, de tiempo en tiempo, aislada en el paisaje como monstruosatesta de granítica esfinge; todo confundido, vago, sin contornos,flotante y fugaz, a imitación de los torbellinos de humo de la máquina,que envolvían al tren cual envuelve a la presa el aliento de fuego decolérico dragón. Dentro del coche silencio religioso; dijérase que eraun recinto encantado. El viajero corrió el transparente azul, cubriendola lámpara; recostose en una esquina cerrados los ojos, y, estirando laspiernas, las apoyó en el asiento fronterizo. Así pasaron estaciones yestaciones. Dormitaba él un poco, y después, asombrado del silencio ylargo sopor de Lucía, levantábase, receloso de que la hubiesesobrecogido un síncope. Iba a ella, inclinándose, y otra vez tornaba asu rincón, habiendo percibido el ritmo acompasado del pacífico respirarde la niña.

Difusa y pálida claridad comenzaba a tenderse sobre el paisaje. Ya sediscernía la forma de montañas, árboles y chozas; la noche se retirababarriendo las tembladoras estrellas, como una sultana que recoge su velosalpicado de arabescos argentinos. El estrecho segmento de círculo de laluna menguante se difumaba y desvanecía en el cielo, que pasaba deobscuro a un matiz de azul opaco de porcelana. Glacial sensación corriópor las venas del viajero, que subió el cuello de su americana y llególos pies instintivamente al calorífero, tibio aún, en cuyo seno de metaldanzaba el agua, produciendo un sonido análogo al que se oye en la calade los buques. De improviso se abrió bruscamente la puerta deldepartamento, y saltó dentro un hombre ceñudo, calada la gorra de doradogalón, en la mano una especie de tenacilla o sacabocados de acero.

—¡Los billetes, señores!—gritó en voz seca e imperiosa.

El viajero echó mano a su chaleco y entregó un trozo de cartón amarillo.

—¡Falta uno! El billete de la señora. ¡Eh, señora!, ¡señora! ¡Elbillete!

Agitábase ya Lucía en su asiento, y echando abajo el chal escocés eincorporándose, se frotaba asombrada los ojos con los nudillos, a lamanera de las criaturas soñolientas. Tenía revuelto y aplastado el pelo,y muy encendido el lado del rostro sobre que reposara; una trenza sueltale descendía por el hombro, y, destrenzándose por la punta, ondeaba entres mechones. Arrugada la blanca enagua, se insubordinaba bajo elvestido de paño; un lazo de un zapato se había desatado, flotando ycubriendo el empeine del pie. Lucía miraba en derredor con ojos vagos einciertos; estaba seria y atónita.

—¡El billete, señora! ¡Su billete de usted!—seguía gritándole elempleado, con no muy afable tono.

—El billete...—repitió ella. Y de nuevo tendió la vista en torno, sinlograr sacudir totalmente el estupor del sueño.

—Sí, señora, el billete—reiteró más desapaciblemente aún el empleado.

—¡Miranda.... Miranda!—exclamó Lucía por fin, enlazando sus dispersosrecuerdos de la víspera. Y registró con los ojos todo el departamento,estupefacta al no ver a Miranda allí.

—El señor de Miranda tendrá mi billete—dijo dirigiéndose al empleado,como si éste hubiese de conocer forzosamente a Miranda.

El empleado, desorientado, se volvió hacia el viajero, tendida ladiestra.

—No me llamo Miranda—murmuró éste.

Y como viese al empleado furioso, dispuesto a interpelar a Lucía congrosero ademán, añadió:

—¿Venía alguien con usted, señora?

—Sí, señor...—contestó Lucía, atribulada ya—. Pues claro está quevenía... venía don Aurelio Miranda, mi marido...—y al decirlo, sonrioseinvoluntariamente, de lo nueva y peregrina que se le figuraba talexpresión en su boca.

—Muy niña parece para casada—pensó el viajero; pero recordando elanillo que había visto lucir en el meñique, añadió en alta voz:

—¿De dónde venían ustedes?

—De León. Pero qué, ¿no está? ¡Virgen Santa! Caballero... dígameusted... permitame....

Y olvidando que el tren andaba, iba a abrir la portezuela rápidamente,cuando el empleado la detuvo asiéndola del brazo con vigor.

—Eh, señora—dijo en voz ruda—, ¡pues no ve usted que se mata! No sepuede salir ahora. ¿Está usted loca? Y acabemos, que yo necesito elbillete.

—No lo tengo; ¡cómo he de hacer, si no lo tengo!—pronunció Lucíaacongojada, preñándosele de lágrimas los ojos.

—Tendrá usted que tomarlo en la primera estación, y pagar multa.

Y el empleado gruñó más fuerte.

—No moleste usted más a la señora—dijo el viajero terciando muy atiempo, que ya empezaban a rodar por las mejillas de Lucía lagrimonescomo avellanas—. ¡So desatento!—prosiguió con cólera—, ¿no ve ustedque ha ocurrido a esta señora un suceso que no podía prever? Ea,márchese usted, o por mi nombre....

—Ya ve usted, caballero, que tenemos nuestra obligación... nuestraresponsabilidad....

—Váyase usted noramala. Tome usted para el billete de la señora.

Diciendo esto, introdujo la diestra en el bolsillo de su americana, ysacó unos papeles grasientos y verdosos, cuya vista despejó al punto elperruno entrecejo del empleado, que al recibir el billete bajó dos otres tonos el diapasón de su bronca voz.

—Perdone usted—dijo al cogerlo y guardárselo en su sucia y desfloradacartera.... La palabra de usted bastaba. Al pronto le desconocí; peroahora recuerdo muy bien de su fisonomía, y caigo en la cuenta de que leconozco mucho, y también he conocido a su padre, señor de Artegui....

—Pues si me conoce—repuso severamente el viajero—, sabrá que gastopocas palabras ociosas.... Abur.

Y empujando al importuno hacia fuera, cerrole la portezuela en lasnarices. Pero súbitamente la abrió otra vez, y ceceando al empleado, queya corría con no vista agilidad por la angosta plataforma de losestribos, gritole en voz sonora:

—¡Psit... psit... eh!, que si hay por esos vagones algún señor deMiranda, avísele usted que aquí está su señora.

Hecho lo cual, se sentó en el rincón, y bajando el vidrio, respiró conansia el vivificante fresco matinal. Lucía, secando sus ojos del segundollanto vertido en el curso de tan pocas horas, sentía extraordinariainquietud de una parte, de otra inexplicable contentamiento. La acciónde l viajero le causaba el gozo íntimo que suelen los rasgos generosos enlas almas no gastadas aún. Moríase por darle las gracias, y no osabahacerlo. Él, entretanto, miraba amanecer, con la misma atención que sifuese el más nuevo y entretenido espectáculo del mundo. Al fin seresolvió la niña a atreverse, y con balbuciente labio dijo la mayortontería que en aquel caso decir pudiera (como suele suceder a cuantospiensan mucho y preparan anticipadamente un principio de diálogo).

—Caballero... es que yo no podré pagarle a usted lo que le debo hastaque encontremos a Miranda. Él llevaba los fondos....

—Yo no presto dinero, señora—contestó apaciblemente el viajero, sinvolver la faz ni dejar de mirar el alba, que rompía por los cielosenvuelta en leves vapores de rosa y nácar.

—Bien... pero no es justo que usted, así, sin conocerme....

El viajero no contestó.

—Y dígame usted, por Dios—añadió Lucía con inflexiones infantiles ensu voz pura—, ¿qué será de Miranda? ¿Qué le parece a usted de misituación? ¿Qué hago yo ahora?

Giró el viajero en su asiento, y quedó frente a Lucía, con aspecto dehombre a quien obligan a ocuparse en lo que no le importa y que seresigna a ello. El timbre fresco de la voz de Lucía le volvió a sugerirla misma reflexión de antes.

—Imposible parece que esté casada. Cualquiera pensará que sale de uncolegio.—Y, de recio, preguntó:

—Vamos a ver, señora; ¿dónde dejó usted a su marido? ¿Lo recuerdausted?

—¿Qué sé yo? Si me dormí....

—¿Y dónde se durmió usted? ¿No lo sabe usted tampoco?

—En la estación donde cenamos.... En Venta de Baños. Miranda se bajó afacturar el equipaje, y me dijo que descansase un rato, que procurasedormir....

—¡Y lo ha procurado usted bien!—murmuró con una media sonrisa elviajero—. Duerme usted desde allá... cinco horas seguidas, de untirón....

—Pero... es que ayer madrugué tanto.... Estaba rendida.

Y Lucía se frotó los ojos, cual si otra vez sintiese en ellos la comezóndel sueño. Después buscó en su moño dos o tres horquillas, recogiéndosecon ellas la rebelde trenza.

—¿Me ha dicho usted—interrogó el viajero—que venían ustedes de León?

—Sí, señor.... La boda fue a las once de la mañana; pero yo tuve quemadrugar para disponer el refresco...—refirió Lucía con su sencillez deniña no hecha al trato social—. Las tres y media eran cuando salimos deLeón....

El viajero la miraba, empezando a comprender el enigma. La niña le dabala clave de la mujer.

—Debí figurármelo—dijo para su sayo—. ¿Llegaron ustedes juntos hastaVenta de Baños?—preguntó a Lucía después.

—Sí, sí... allí cenamos. Miranda se quedó sin duda facturando....

—No puede ser.... La operación de facturar termina siempre a tiemposuficiente para que los viajeros tomen el tren.... Algún incidenteimprevisto, algún contratiempo debió de ocurrirle.

—¿No le parece a usted... diga usted con franqueza... lo habrá hecho apropósito, eso de dejarme?

Tan pueril y sincera congoja revelaba el semblante de Lucía alpronunciar esto, que la seria boca del viajero hubo de sonreírsenuevamente.

—¡Mire usted!—añadió ella meneando grave y reflexiva la cabeza—; ¡yyo que pensaba que una mujer en casándose tenía quien la acompañase ydefendiese! ¡Quien la diese protección y sombra! Pues si esto sucede alas veinticuatro horas no completas.... No completas. ¡Bien estamos!

—De seguro... de seguro que su marido de usted está más disgustado porlo ocurrido que usted misma. Crea usted que algo sucede que no sabemos,y que explicará la conducta de ese señor.... Miranda. ¿O tendría ustedalgún antecedente, algún motivo para sospechar que... que la quisoabandonar?

—¡Motivo! ¡Quiá! Ninguno. Si el señor de Miranda es una persona formal.

—¿Usted le llama el *señor de Miranda*?

—No... él ya me advirtió ayer que le llamase Aurelio.... Pero como aúnno adquirí confianza... y él tiene más edad.... En fin, no se me venía ala boca.

El viajero puso dique a una marea de preguntas indiscretas que seasomaban a sus labios, y volviose hacia la ventanilla para no perder lahermosa decoración que le ofrecía la Naturaleza. El sol, apareciendosobre la cumbre de una montañuela cercana, disipaba la bruma matutina,que descendía al valle en jirones de encaje gris, y, brillando en unespacio azul clarísimo, alumbraba con luz naciente, fresca y suave. Porlos flancos de granito de la montaña, sembrados de mica que

relucía,bajaba desatado un torrente espumoso; y entre el matiz sombrío de losencinares asomaba un pradillo, de tonos pálidos de hierba temprana,donde pacía un rebaño de ovejas, cuyos blancos cuerpos constelaban laalfombra verde como enormes copos de algodón. Al través del ruidoensordecedor del tren, dijérase que se oían en aquella pintoresca solanaremotos gorjeos de aves y argentino repiquetear de esquilas.

Cuando el viajero hubo mirado largamente el lindo paisaje, que ya seperdía en lontananza, dejose caer, como hombre fatigado, en la esquina,y sus brazos exhaustos pendieron a ambos lados de su cuerpo, mientras sele escapaba del pecho leve suspiro, que más que a pesares sonaba acansancio.

El sol subía y sus rayos comenzaban a travesear en los cristales delcoche, y en las frentes de los dos que lo ocupaban, como invitándoles acontemplarse el uno al otro. Midiéronse, en efecto, instintivamente conla vista, procurando que su mutua curiosidad no fuese advertida, de locual resultó una escena muda y expresiva, representada por ella coninfantil desenfado, y con reserva ceñuda por él.

Era el viajero un hombre en la fuerza de la edad y en la edad de lafuerza. Veintiocho, treinta o treinta y dos años podían haber corridosobre él, sin que fuese dable decir si los representaba. El descoloridosemblante lo tenía aún más pálido en los pómulos, allí donde suelenestar las que en verso se llaman rosas. Con todo esto no parecía deendeble salud, y era bien proporcionado de cuerpo, la barba negra yhermosa, el cabello rebelde a las artes del peluquero, flexible y libre,ondulante por aquí y por acullá, sin simetría ni compás, mas no sincierta colocación propia que caracterizaba y embellecía la cabeza.

Tenía las facciones bien dispuestas, pero encapotadas por unas nubes demelancolía y padecimiento, no del padecimiento físico que destruye elorganismo, pega la piel a los huesos, amojama las carnes y empaña ovidria el globo ocular, sino del padecimiento moral, o mejor dicho,intelectual, que sólo hunde algo la ojera, labra la frente, empalidecelas sienes y condensa la mirada, comunicando a la vez descuido yabandono a los movimientos del cuerpo. Esto último era lo que en elviajero se notaba más.

Eran todas sus actitudes y ademanes como de hombre rendido y exánime.Algo había descompuesto y roto en aquel noble mecanismo, algún resortede esos que al saltar interrumpen las funciones de la vida íntima. Hastaen su vestir percibíase la languidez y desaliento que tan a las clarasrevelaba la fisonomía. No era negligencia, era indiferencia y caimientode ánimo lo que manifestaba aquel traje obscuro de mezclilla, aquellacadena de oro, impropia para un viaje, aquella corbata atada sin esmeroy al caer, aquellos guantes nuevos, de fina piel de Suecia, de colordelicado, que no iban a durar limpios ni diez minutos. Faltábale alviajero la elegancia primorosa e inteligente que cuida de los detalles,que hace ciencia del tocador; veíase en él al hombre que es superior ala propia elegancia porque no la ignora, pero la desdeña: grado decultura por donde se ingresa en una esfera más alta que el buen tono,que al fin y al cabo es categoría social, y quien se eleva por cima delbuen tono, eximese también de categorías. Miranda vestía la librea delbuen gusto, y por eso, antes de reparar en Miranda, se fijaban lasgentes en su ropa, al paso que lo que en Artegui atraía la atención, eraArtegui mismo. Ni la irregularidad del vestir encubría, antes bien,patentizaba, la distinción de la persona: cuantas prendas componían sutraje eran ricas en su género; inglés el paño, holanda la tela de lacamisa, de primera el calzado y guantes. Todo esto lo notó Lucía, máscon el instinto que con el

entendimiento, porque, inexperta y bisoña, nohabía llegado aún a dominar la filosofía del traje, en que tan maestrasson las mujeres.

A su vez la consideraba Artegui como aquel que, volviendo de países nevados y desiertos, mira a un vallecillo alegre que por casualidadencuentra en el camino. Jamás había visto reunidas en nadie tantajuventud, robustez y frescura. A pesar de la noche pasada enferrocarril, estaba el rostro de Lucía más lozano que unas hierbas deSan Juan, y sus cabellos revueltos y a trechos aplastados, le prestabancierto aspecto de ninfa que sale del baño, destocada y húmeda. Reíanselelos ojos, las facciones todas, y el sol, indiscreto cronista de loscutis marchitos, jugaba sin temor entre el dorado imperceptible velloque tapizaba las mejillas de la niña, tiñéndolas con tonos calientes derancio mármol.

Lucía esperaba que la hablasen, y su mirada lo pedía. Pero como elviajero no pareciese dispuesto a realizar sus esperanzas, se resolvióella, pasado algún tiempo, a volver a la carga, exclamando:

—Bien, ¿y qué hago yo? Usted no me dice cómo voy a salir del paso.

—¿Adónde iba usted, señora, con su marido?

—Ibamos a Francia... a las aguas de Vichy, que le habían recetado losmédicos.

—¿A Vichy directamente? ¿No pensaban ustedes detenerse en alguna parte?

—Sí tal, en Bayona. Allí descansaríamos.

—¿Está usted bien segura?

—Segurísima. Me lo explicó cien veces el señor de Miranda.

—Pues en ese caso, diré a usted lo que opino. Indudablemente, su maridode usted, detenido por una circunstancia cualquiera, que no hace alcaso, se quedó en Venta de Baños anoche. Por medida de precaución, leharemos, si usted quiere, un telegrama desde Hendaya; pero lo que yosupongo es que tomará el primer tren que vea salir para Francia,corriendo en busca de usted. Si retrocedemos, se expone usted a cruzarsecon él en el camino, y a perder tiempo, y a molestarse más. Si se quedausted en la primera estación que encontremos, para esperarle allí....

—Eso, eso sería lo mejor.

—No, porque como él no lo sabe, y como han pasado horas y ya estaráandando quizá para unirse a usted, y no podremos avisarle, y el tren sedetiene brevísimos momentos en esas estaciones... no me parece acertado.Además, que tendrían ustedes acaso que quedarse los dos en una estaciónmezquina, esperando otro tren.... Ese recurso no es aceptable.

—Pues discurra usted...—dijo la niña con empeño y confianza, animadapor el «si retrocedemos...» del viajero, que le prometía implícitamenteasistencia y auxilio.

—Seguir a Bayona, señora: es lo único que cabe. Creo que su marido deusted se dirigirá desde luego allí. Nosotros llegamos en el tren de latarde y él en el de la noche. Cuando no ha telegrafiado avisando a ustedde que se vuelva (cosa que pudo hacer), es que sigue.

No puso Lucía objeciones. Ignorante de la ruta, sintió placer singularen entregarse a la ajena experiencia. Callada, se inclinó a laventanilla y siguió la línea escabrosa de la sierra, que se recortaba enel cielo despejado. El tren andaba más despacio cada vez: estabanllegando a una estación.

—¿Qué es esto?—dijo volviéndose a su compañero.

—Miranda de Ebro—contestó él lacónicamente.

—¡Qué sed tengo!—murmuró Lucía—. Diera por un vaso de agua....

—Bajémonos: beberá usted en la fonda—respondió Artegui, a quien elimprevisto suceso comenzaba a sacar de su abstracción. Y saltando elprimero, ofreció el brazo a Lucía, que se apoyó sin ceremonias, y aimpulsos de la sed, echó a correr hacia la cantina, donde algunasbotellas empezadas, naranjas a medio exprimir, tarros de horchata yjarabe, frasquitos de azahar, se disputaban un mostrador cubierto dezinc y unos estantes pintados de amarillo. Sirviéronle el agua, y sindar tiempo a que se disolviese el bolado, la bebió a sorbetones, deprisa; sacudió los mojados dedos, limpiándose después con su pañolito.

Artegui pagó.

—Muchas gracias—dijo ella mirando a su taciturno acompañante—. Agloria me ha sabido. Cuando hay sed.... Muchas gracias, señor don....¿cómo se llama usted?

—Ignacio Artegui—pronunció él con visos de extrañeza.

La ingenuidad suele parecerse al descaro, y sólo el candor de aquellosojos límpidos que se clavaban en él pudo hacer que el viajerodistinguiese entre ambas cosas.

—¿No quiere usted algo más?—murmuró—. ¿Desayunarse? ¿Café ochocolate?

—No, no... lo que es por ahora, no siento apetito.

—Pues espéreme en el coche. Voy a arreglar el asunto de su billete deusted.

Volvió en breve, y el tren comenzó de nuevo su marcha, que de nocheparecía vertiginosa y fatigosa de día. El sol iba ascendiendo a sucenit, y el calor se anunciaba por ráfagas tibias y pesadas, alientos defuego que encendían la atmósfera. Ligero polvillo de carbón, procedentede la máquina, entraba por las ventanas, depositándose en losblanquecinos cojines y en el velo de percal que preservaba el respaldode los asientos. A veces, contrastando con el tufo penetrante del carbónde piedra, venía una bocanada del agreste perfume de los encinares y laspraderías, extendidas a uno y otro lado del tren. Tenía el país muchocarácter: eran las Vascongadas, rudas y hermosas. Por todas partesdominaban el camino amenazantes alturas, coronadas de recias casamatas ofuertes castillos recientemente construidos allí para señorear aquellosindomables cerros. En los flancos de la montaña se distinguían anchaszanjas de trincheras o líneas de reductos, como cicatrices en un rostrode veterano. Altos y elegantes chopos ceñían las bien cultivadasllanuras, verdes e iguales, a manera de un collar de esmeraldas. Deentre el blanco y limpio caserío se destacaban las torres de loscampanarios. Lucía se signaba al verlas.

Al pasar por delante de Vitoria un recuerdo acudió a su mente. Se lotrajeron las largas alamedas que adornan y cercan la ciudad.

—Parecen los árboles de León—murmuró suspirando.

Y añadió en voz más baja, como hablándose a sí misma:

—¡Qué hará ahora el pobre papá!

—¿Se ha quedado su padre de usted en León?—preguntó Artegui.

—Sí, en León.... Si él supiese lo que pasa, tendría un terribledisgusto. ¡Él, que me hizo tantos cientos de encargos y advertencias!Que tuviésemos cuidado con los ladrones... con las enfermedades... conno tomar sol... con no mojarnos.... Vamos, cuando lo pienso....

—¿Es anciano su padre de usted?

—Viejecito, viejecito... pero muy guapo y bien conservado, más hermosoque un oro para mí. Yo logré la suerte de tener el mejor padre de todaEspaña... no ve sino por mis ojos el pobre.

—¿Es usted única, acaso?

—Sí, señor... y huérfana de madre desde que era así—explicó Lucíabajando la extendida mano y colocándola a la altura de sus rodillas—.¡Qué! ¡si aún mamaba cuando se murió mi madre! Y mire usted, esa fue laúnica desgracia que yo tuve; porque por lo demás, personas habráfelices, pero más de lo que yo lo fui....

Artegui posó en ella sus ojos dominadores y profundos.

—¡Era usted feliz!—repitió, como un eco del pensamiento de la niña.

—¡Vaya! Sí que lo era. El Padre Urtazu me decía a veces: cuidado,chiquilla; mira que Dios te lo está pagando todo adelantado, y después,cuando te mueras, ¿sabes tú lo que va a decir? Que no te debe nada.

—¿De suerte que usted—preguntó Artegui—nada echaba de menos en sutranquila existencia de León? ¿No deseaba usted nada?

—Deseaba, sí... algunas veces, sin saber qué. Ahora pienso que lo quedeseaba era esto: salir, variar algo de vida. Pero no me impacientaba,porque me parecía que, tarde o temprano, llegaría a lograrlo; ¿no escierto? El Padre Urtazu solía reírse de mí, exclamando: paciencia, quecada otoñillo trae su frutillo.

—El Padre Urtazu.... ¿es jesuita?

—¡Jesuita... y más sabio! Entiende de cuanto Dios crió. Yo algunasveces, por desesperar a doña Romualda, que es la directora de micolegio, le decía: De mejor gana aprendería con el Padre Urtazu, que conusted.

—¡Y ahora—pronunció Artegui, con la brutal curiosidad de unos dedosque abren a viva fuerza un capullo de flor—, sería usted más feliz quenunca! ¡Digo! ¡Casarse nada menos!

No percibió Lucía el tono irónico que dieron a aquella frase los labiosde su acompañante, y respondió con sinceridad:

—Le diré a usted.... Siempre deseé casarme a gusto del viejecito, y noafligirlo con esos amoríos y esas locuras con que otras muchachasdesazonan a sus padres.... Mis amigas, digo algunas, veían pasar pordelante de su ventana a un oficial de la guarnición.... ¡zas! ya estabantodas derretidas, y carta va y carta viene.... Yo me asombraba de eso deenamorarse así, por ver pasar a un hombre.... Y como al fin nada se medaba de los que pasaban por la calle, y al señor de Miranda ya leconocía, y a padre le gustaba tanto... calculé: ¡mejor! así me libro decuidados, ¿no es verdad? cierro los ojos, digo que sí y ya está hecho...Padre se pone muy contento y yo también.

Artegui se quedó mirándola tan fijamente, que Lucía sintió, digámosloasí, el peso y el calor de aquellos ojos en sus mejillas, y encendiosetoda en rubor, murmurando:

—¡Le cuento a usted cada tontería! Como no tenemos de qué hablar....

Seguía él escudriñando con la vista el franco y juvenil semblante, comouna hoja de acero registra la carne viva. Harto sabía que el desahogo ylibertad revelan quizá más ausencia de malicia que la cautelosa reserva;mas con todo eso, le maravillaba la extremada sencillez de aquellacriatura. Era preciso, para entenderla, observar que la salud poderosadel cuerpo le había conservado la pureza del espíritu. Nuncaenlanguideciera la fiebre aquellos ojos de azulada córnea; nunca secaraaquellos fresquísimos labios la calentura que consume a las niñas en ladifícil etapa de diez a quince. La imagen más adecuada para representara Lucía, era la de un cogollo de rosa muy cerrado, muy gallardo,defendido por pomposas hojas verdes, erguido sobre recio tronco.

Agobiaba el calor, cada vez más sofocante. Al llegar a Alsasua, quejosenuevamente Lucía de sed, y Artegui, ofreciéndole el brazo, la condujo alcomedor de la fonda, recordándole que era razón tomar algo, puesto quetantas horas habían transcurrido desde la cena.

—Dos almuerzos—gritó al mozo, palmoteando para que le atendiesen.

El mozo se acercó, servilleta al hombro; tenía una cara tostada,amilitarada, que reñía con los escarpines de charol y el pelo atusadocon bandolina, librea que el público impone a sus servidores en taleslugares. Hacíale aún más marcial ancha cicatriz, que naciendo en la guíaizquierda del bigote, iba a perderse en el cuello. Miraba el mozofijamente a Artegui, con ojos muy abiertos; hasta que dando un grito, omás bien una especie de alegre latido perruno, exclamó:

—¡Él o el diablo en su figura! ¡Señorito Ignacio! ¡¡Dichosos losojos!!...

—¿Tú por aquí, Sardiola?—murmuró reposadamente Artegui. Almorzaremosbien, porque pondrás cuidado en servirnos.

—Pues sí, señorito, yo por aquí... *Después*—dijo recalcando la frasey bajando la voz—, como todo lo mío lo encontré arrasado... la casahecha cenizas, y el campo perdido... me di a ganar la vida como pude....Y usted, señorito.... ¿Sigue usted a Francia?

—A Francia voy; pero con tu charla nos vamos a quedar sin comer.

—No faltaría más....

Sardiola dirigió a uno de sus compañeros de servilleta algunas palabrasen eúskaro, erizadas de *zetas*, *kas* y *tes*. Fueron al punto servidosArtegui y Lucía, mientras el mozo se apoyaba en el respaldo de la silladel primero.

—¡Con que a Francia! ¿Y la señora doña Armanda? ¿Se conserva bien?

—No muy bien...—contestó Ignacio, nublado más que de costumbre elceño—. Padece mucho.... Cuando la dejé estaba, sin embargo, másaliviada.

—Con su vuelta de usted se pone buena del todo.

Y mirando a Lucía y dándose una razonable puñada en la frente, gritó depronto Sardiola:

—Cuanto más, que.... ¡Bobo de mi!; pues claro que va a sanar la señoradoña Armanda, cuando vea la alegría que se le entra por las puertas. ¡Ayqué gusto verle a usted casado, señorito! ¡Y con tan linda muchacha!¡Para bien sea!

—Majadero—dijo Ignacio, bronco y desapacible—; esta señora no es mimujer.

—Pues es lástima—contestó el vasco, mientras Lucía le mirabarisueña—. Harían ustedes una pareja, que ya, ya.... Ni escogidos. Sóloque la señorita....

—Acabe usted—suplicó Lucía, divertida hasta lo sumo y ocupada enquitar a una mandarina su cubierta de papel de seda.

—¿Lo digo, señorito Ignacio?

Artegui se encogió de hombros. Sardiola, creyéndose autorizado, seexplayó.

—La señorita tiene cara de estar de buen humor siempre... y usted..,¡Usted siempre está así, como si le hubiesen dado cañazo! En eso noemparejarían ustedes bien.

Soltó Lucía la carcajada y miró a Artegui, que sonreía complaciente, locual aún la animó a reír más. El almuerzo prosiguió en el mismo tonocordial, alegrado por la charla de Sardiola, por el infantil regocijo deLucía. Hasta la misma puerta del departamento les siguió el mozo cuandose volvieron a su coche; y a ser Lucía dueña de los brazos de Artegui,los hubiera echado al cuello de Sardiola, a tiempo que éste repetía,entornados los ojos y en el tono con que se reza, si se reza de veras:

—La Virgen de Begoña vaya con usted, señorito..., que encuentre ustedbien a doña Armanda.... Mándeme usted como si fuese un perro, un perrosuyo.... Mire usted, que estoy aquí....

—Bien, bien—dijo Artegui, vuelto ya a su displicente reserva.

Rompió el tren a andar, y quedose Sardiola de pie en el andén, agitandola servilleta en señal de despedida, sin mudar de actitud hasta que elhumo de la chimenea se borró en el horizonte. Lucía miraba a Artegui, yhervíanle las preguntas en los labios.

—Mucho le quiere a usted ese pobre hombre—murmuró al fin.

—He tenido la desgracia de hacerle un favor—contestó Ignacio—, ydesde entonces....

—¡Oiga! ¿A eso llama usted desgracia? Pues muy desgraciado está ustedsiendo desde esta mañana, porque me hizo usted cien favores ya.

Sonriose Artegui de nuevo y miró a la niña.

—No consiste la desgracia—dijo—en hacer el favor, sino en que se loagradezcan a uno tanto.

—Pues yo también padezco del achaque de Sardiola.... ¡y a muchahonra!—declaró Lucía—; ¡ya verá usted!

—¡Bah!... ¡Sólo falta que también me salgan agradecidos sincausa!—respondió Artegui en el mismo tono festivo—. Pase aun cuandohay algún motivo, como con ese infeliz de Sardiola....

—¿Qué hizo usted por él?—preguntó Lucía, incapaz de sellar sus labiospreguntones.

—Poca cosa: curarle una herida, bastante grave.

—¿Aquella cicatriz que tiene que le cruza la mandíbula?

—Justamente.

—¿Es usted médico?

—De afición.... Y por casualidad.

Calló Artegui, y no osó inquirir más Lucía. El calor iba en aumento, máspegajoso cada vez. Parecía el día de otoño sofocante jornada estival, yel polvillo del carbón, disuelto en la candente atmósfera, ahogaba.Intrincábase el país, haciéndose cada vez más montañoso y quebrado. Decuando en cuando penetraban en un túnel, y entonces la obscuridad, elcrujido fuerte del tren, un aire húmedo de subterráneo, colándose en eldepartamento, consolaban algo de la tórrida temperatura.

Lucía se abanicaba con un periódico dispuesto por Artegui en forma deconcha, y leves gotitas transparentes de sudor salpicaban su rosadanuca, sus sienes y su barbilla: de cuando en cuando las embebía con elpañuelo: los mechones del cabello, lacios, se pegaban a su frente.Desabrochose el cuello almidonado, se quitó la corbata, que laestrangulaba, y se recostó, dando indicios de gran desmadejamiento, enla esquina. A fin de refrescar un poco el interior, corrió Artegui lascortinillas todas ante los bajos vidrios, y una luz vaga y misteriosa,azulada, un sereno ambiente, formaban allí, algo de gruta submarina,añadiendo a la ilusión el ruido del tren, no muy distinto del mugir delOcéano. Insensible al cálido día, Artegui levantaba la cortina un poco,se asomaba, miraba el país, los robledales, la sierra, los vallesprofundos. Una vez acertó a ver pintoresca romería. Fue rápido y fugazel cuadro, pero no tanto que no distinguiese a la gente siguiendo elsendero angosto, escapulario al cuello, a pie o en carretas de bueyes,cubiertos con boina roja o azul los hombres, las mujeres tocadas conpañolitos blancos. Parecía el desfile la bajada de los pastores en unNacimiento; el sol claro, alumbrando plenamente las figuras, les daba lacrudeza de tonos de muñecos de barro pintado. Artegui llamó a Lucía, quealzando la cortina a su vez, echó el cuerpo fuera, hasta que unarevuelta del camino y la rapidez del tren borraron el cuadro.

Acontecía que los pícaros de los túneles se solazaban en taparles adredelos mejores puntos de vista de la ruta. Que aparecía un otero, risueño,un grupo de frondosos árboles, una amena vega,

¡paf! el túnel. Y sequedaban inmóviles al vidrio, sin osar hablar, ni moverse, cual si depronto entrasen en una iglesia. Algo familiarizada Lucía ya con elcalor, interesábanle mucho los accidentes de paisaje que a uno y otrolado del tren se extendían. Le agradaron las fábricas de fósforos,altas, enyesadas, limpias, con su gran letrero en la frente; y enHernani batió palmas al divisar a la izquierda un magnífico parqueinglés, con sus macizos de flores resaltando sobre el verde césped, ysus coníferas elegantes, de ramaje simétrico y péndulo. En Pasajes, trasde la monotonía fatigosa de las montañas reposaron al fin los ojos,viendo extenderse el mar azul, un tanto rizado, mientras los buques,fondeados en la bahía, se columpiaban con oscilación imperceptible, yuna brisa marina, acre y salitrosa, estremecía las cortinillas detafetán del coche, aventando el sudor de la frente de los cansadosviajeros. Lucía se quedó embobada ante el Océano, nunca de ella vistohasta entonces, y cuando el túnel—de sopetón y sin pedirpermiso—cubrió el espectáculo con negro velo, permaneció de codos en laventanilla, absorta, las pupilas dilatadas, entreabiertos de admiraciónlos labios.

A medida que corrían las horas y la jornada avanzaba iba Arteguiperdiendo un poco de su estatuaria frialdad, y cada vez máscomunicativo, explicaba a Lucía las vistas de aquel panorama móvil.Escuchaba la niña con el género de atención que tanto agrada y cautiva alos profesores: la del discípulo entusiasta y sumiso a la vez. Arteguiera elocuente, cuando a hablar se resolvía; detallaba las costumbres delpaís, contaba pormenores de los pueblecitos, hasta de los caseríosentrevistos al paso. A su voz, respondían unas pupilas fijas y atentas,un rostro que escuchaba todo él, mudando de expresión según el narradorquería. Fue de suerte, que al bajarse en Irún y oír las primeras sílabaspronunciadas en idioma extraño, Lucía murmuró como con pena:

—¿Pero qué? ¿Hemos llegado ya?

—A Francia, casi—respondió Artegui—; pero aún nos falta un trechoregular hasta Bayona. Aquí se registran los equipajes: es la aduana deIrún. No nos molestarán mucho: los que vienen de Francia a España, sonvíctimas de los carabineros, de nosotros, que vamos de España a Francia,nadie supone que llevemos contrabando, ni ropa nueva....

—Pues yo si la llevo—exclamó Lucía—. Mis galas.... ¿Ve usted aquelmundo grande que han puesto sobre el mostrador? Es el mío... y aquelotro, el de Miranda... y la sombrera....

—Déme usted el talón y las llaves para que registren.

—¿Cómo? ¿El recibo dice usted y las llaves? ¡Si todo lo llevaba consigoMiranda! No tengo nada de eso.

—En tal caso, está usted sin equipaje. Tendrá que quedarse aquí hastaque su marido de usted lo recoja.

Lucía miró a Artegui, el rostro un tanto compungido, y casiinstantáneamente soltó la risa.

—¡Sin equipaje!—repitió.

Y redoblaba el arpegio de sus carcajadas, pareciéndole donosísimoincidente el de quedarse sin equipaje alguno. Hallábase, pues, como unacriatura que se pierde en la calle, y a la cual recogen por caridadhasta averiguar su domicilio. Aventura completa. Niña como era Lucía,así pudo tomarla a llanto como a risa; tomola a risa, porque estabaalegre, y hasta Hendaya no cesó la

ráfaga de buen humor que regocijabael departamento. En Hendaya prolongó la comida aquel instante decordialidad perfecta. El elegante comedor de la estación de Hendaya,alhajado con el gusto y esmero especial que despliegan los francesespara obsequiar, atraer y exprimir al parroquiano, convidaba a laintimidad, con sus altos y discretos cortinajes de colores mortecinos surevestimiento de madera obscura, su enorme chimenea de bronce y mármol,su aparador espléndido, que dominaba una pareja de anchos y barrigudostibores japoneses, rameados de plantas y aves exóticas; fulgurante deargentería Ruolz, y cargado con montones de vajillas de china opaca.Artegui y Lucía eligieron una mesa chica para dos cubiertos, dondepodían hablarse frente a frente, en voz baja, por no lanzar el sonidoduro y corto de las sílabas españolas entre la sinfonía confusa y ligadade inflexiones francesas que se elevaba de la conversación general en lamesa grande. Hacia Artegui de maestresala y copero, nombraba los platos,escanciaba y trinchaba, previniendo los caprichos pueriles de Lucía,descascarando las almendras, mondando las manzanas y sumergiendo en elbol de cristal tallado lleno de agua, las rubias uvas. En su semblanteanimado parecía haberse descorrido un velo de niebla y sus movimientos,aunque llenos de calma y aplomo, no eran tan cansados y yertos comoantes.

Al subir ellos al tren, caía la tarde y el sol descendía con la rapidezpropia de los crepúsculos del otoño. Cerraron las ventanillas de unlado, y los rayos del Poniente vinieron a reflejarse un instante en eltecho del departamento, retirándose después como niños que acaban dehacer alguna jugarreta. Las montañas se ennegrecían, los celajes másremotos eran de color de brasa; luego se apagaban unos tras otros comouna rosa de fuego que fuese soltando sus pétalos encendidos. Languidecióla conversación entre Artegui y Lucía, y ambos se quedaron silenciosos ymustios, él con su acostumbrado aspecto de fatiga, ella sumida enprofundo recogimiento, dominada por la melancolía del anochecer. Crecíala sombra, y de uno de los vagones, venciendo el ruido de la lentamarcha del tren, brotaba un coro apasionado y triste en lengua extraña,un zortzico, entonado a plena voz, por multitud de jóvenes vacos, que,juntos, iban a Bayona. A veces una cascada de notas irónicas y risueñascortaba el canto, después la estrofa volvía, tierna, honda, cual ungemido, elevándose hasta los cielos, negros ya como la tinta. Lucíaescuchaba, y el convoy, despacioso, hacía el bajo, sosteniendo con sutrepidación grave, las voces de los cantores.

La llegada a Bayona sorprendió a Artegui y Lucía como el despertar deprolongado sueño. Artegui retiró aprisa su mano de la asilla del vidrio,donde la apoyaba, y la niña miró atónita a su alrededor. Notó que hacíafresco, y abrochó su cuello y anudó su corbata. Hombres con boina, mozascon el pañolito atado tras del moño, una marea de viajeros de diversacatadura y condición social, se empujaba, se codeaba y bullía en laancha estación. Artegui dio el brazo a su compañera por no perderla enaquel remolino.

—¿Había elegido su marido de usted algún hotel en Bayona?—le preguntó.

—Me parece...—murmuró Lucía recordando—que le oí hablar de una fondade San Esteban. Me fijé porque yo tengo de ese santo una estampa muybonita en mi libro de misa.

—Saint Etienne—dijo Artegui al cochero del ómnibus que, desde elpescante, vuelta la cabeza, aguardaba la orden.

Arrancaron los caballos a su pesado trote percherón, y fueron rodandopor las calles bien enlosadas, hasta detenerse ante un portal estrecho,con sus tiestos de plantas raquíticas, su escalerilla de mármol y susclaros faroles de gas.

Una mujer alta, rubia, limpia, de gorra planchada y encañonada, acudiósolícita a la puerta, apresurándose a dar el maletín de Artegui a unmozo.

—Los señores querrán una habitación—murmuró en francés con su vozmelosa y complaciente.

—Dos—contestó Artegui lacónico.

—Dos—repitió ella en español, si bien con acento transpirenaico—. ¿Ylas *quierren los señoress cuntas*?

—Independientes del todo.

—*Tout a fait... Serrán* servidos.

La dueña llamó a una camarera, no menos que ella pulcra y servicial, ytomando ésta dos llaves de la tabla numerada en que colgaban todas lasdel hotel, echó delante por las escaleras enceradas, y la siguieronArtegui y Lucía.

En el tercer piso se detuvo, no sin algún sobrealiento, y abriendo laspuertas de dos gabinetes contiguos, pero independientes, encendió conpajuelas las bujías colocadas, sobre la chimenea, y fuese. Artegui yLucía permanecieron unos segundos callados, de pie, en la puerta de lashabitaciones. Al fin pronunció él:

—Es natural que quiera usted lavarse y quitarse el polvo, y descansarun rato. La dejo a usted. Llame usted a la camarera, si necesita algo;aquí todas hablan su poco de español.

—Hasta luego—contestó mecánicamente ella.

Así que el batir de la puerta hubo anunciado a Lucía que estaba sola deltodo, y que sus ojos se fijaron en la habitación desconocida, malalumbrada por las bujías, desvaneciósele la especie de mareo del viaje;recordó su cuartico de León, sencillo, pero primoroso como una taza deplata, con su pila, sus santos, sus matas de reseda, su costurero y suarmario de cedro, monumental y atestado de ropa limpia. Vinósele tambiéna la memoria su padre, Carmela, Rosarito, todo el dulce pasado. Sintioseentonces triste, muy triste; la asaltaron miedos y terroresindefinibles, pero fortísimos; pareciole su situación extraña ypeligrosa, preñado de amenazas el presente, obscuro el porvenir. Dejosecaer en una butaca y clavó en las luces la mirada fija y vacía de losque se absorben en penosa meditación.

-V-

Sería pasada una hora, o quizás hora y media, cuando oyó Lucía herir conlos nudillos a la puerta de su cuarto, y abriendo, se halló cara a caracon su compañero y protector, que en los blancos puños y en no sé quéleves modificaciones del traje, daba testimonio de haber ejercido esedetenido aseo, que es uno de los sacramentos de nuestro siglo. Entró, ysin sentarse, tendió a Lucía un portamonedas, amorcillado de purorelleno.

—Aquí tiene usted—dijo—dinero suficiente para cuanto puedaocurrírsele, hasta la llegada de su marido. Como estos días suelen lostrenes sufrir mucho retraso, creo que no vendrá hasta la madrugada; perode todas suertes, aunque no llegase en diez días o en un mes, le alcanzaa usted para esperar.

Mirábale Lucía cual si no comprendiese, y no alargaba la mano para tomarel portamonedas. Él se lo introdujo en el hueco del puño.

—Yo tengo que salir ahora a unos asuntos.... Después cogeré el primertren que salga. Adiós, señora—añadió ceremoniosamente: y dio dos pasoshacia la puerta.

Entonces ya la niña, comprendiendo, y descolorida y turbada, le asió dela manga de la americana, exclamando:

¿Pero qué... cómo? ¿Qué quiere decir eso del tren?

—Lo natural, señora—pronunció con su ademán cansado el viajero—. Quesigo mi ruta; que voy a París.

—¡Y me deja usted así... sola! ¡Sola aquí, en Francia!—gimió Lucía conel mayor desconsuelo del mundo.

—Señora... esto no es ningún desierto, ni corre usted el riesgo menor,tiene usted dinero, es lo único que hace falta en tierra francesa;estará usted muy bien servida y atendida, yo se lo fío....

—Pero.... ¡Jesús, sola, sola!—repetía ella sin soltar la manga deArtegui.

—Dentro de breves horas estará aquí su marido de usted.

—¿Y si no viene?

—¿Por qué no ha de venir? ¿De dónde saca usted que no vendrá?

—Yo no digo eso—balbució Lucía—; sólo digo que si tardase....

—En fin—murmuró Artegui—, yo tengo también mis ocupaciones.... Esfuerza que me vaya.

No contestó Lucía cosa alguna; antes le soltó, y desplomándose otra vezen el sillón, ocultó el rostro entre ambas manos. Artegui se llegó aella, y vio que su seno se alzaba a intervalos desiguales, como sisollozara. Entre sus dedos saltaban gotitas de agua, cual saltan de laesponja al comprimirla.

—Alce usted esa cara—mandó Artegui.

Lucía enderezó el rostro sofocado y húmedo, y a pesar suyo, sonriose alhacerlo.

—Es usted una niña—pronunció él en grave tono—, una niña que no tieneobligación de saber lo que acontece en el mundo. Yo, que lo he visto...más de lo que quisiera, sería imperdonable en no desengañarla. El mundoes un conjunto de ojos, oídos y bocas, que se cierran para lo bueno y seabren para lo malo gustosísimas. Mi compañía le hace a usted ahora másdaño que provecho. Si su marido de usted no tiene un criterioexcepcional—y no hay razón para que lo tenga—, maldita la gracia quele hará encontrarla a usted tan acompañada.

—¡Ay, Dios mío! ¿Y por qué? ¿Qué sería de mí si no le hubiese hallado austed tan a tiempo? Puede que el bárbaro del empleado me metiese en lacárcel. Yo no sé lo que hará el señor de Miranda; pero lo que es elpobre papá... besaría en donde usted pisa. Estoy segura de ello.

Y Lucía, con un movimiento de apasionada y popular gratitud, hizo ademánde inclinarse ante Artegui.

—Un marido no es un padre...—contestó éste—. Lo racional, lo sensato,señora, es que me vaya. Ya telegrafié a Miranda de Ebro para que, en elcaso de hallarse allí su esposo, le digan que está usted aquí en Bayonaesperándole. Pero de fijo estará en camino.

—Márchese usted, pues.

Y Lucía volvió a Artegui la espalda, reclinándose en la ventana decodos.

Permaneció Artegui un rato indeciso, de pie en mitad de la estancia,mirando a la niña, que sin duda se estaba sorbiendo las lágrimassilenciosamente. Al fin se acercó a ella, y hablándole casi al oído:

—Después de todo—murmuró—, no hay para qué se apure usted tanto.¡Guarde usted sus lágrimas, que si vive, tiempo y ocasión tendrán decorrer!

Bajando aún más su voz timbrada, añadió:

—Me quedo.

Volviose Lucía con la rapidez de un muñeco de resorte, y batiendopalmas, gritó como una loca:

—Muchas gracias, muchas gracias, señor de Artegui. ¡Ay!, ¿pero se quedausted de veras? Estoy fuera de mí de contenta. ¡Qué gusto, Dios mío!Pero...—dijo de pronto reflexionando—, ¿puede usted quedarse? ¿No lecuesta ningún sacrificio? ¿No le molesta?

—No—respondió Artegui con faz sombría.

—Aquella señora... aquella Doña Armanda que le aguarda a usted enParís.... ¿le necesitará también?

—Es mi madre—pronunció Artegui.

Y la respuesta pareció a Lucía satisfactoria, aun cuando realmente noresolviese la duda que acababa de expresar.

Artegui, entretanto, rodando un sillón hasta tocar con la mesa, sesentó, y acodándose sobre el tapiz, escondió el rostro entre las manos,meditabundo. Lucía, desde el hueco de la ventana, observaba susmovimientos. Cuando vio que eran corridos hasta diez minutos sin queArtegui diese indicios de menearse ni de hablar, fuese aproximandoquedito, y con voz tímida y pedigüeña, balbuceó:

—Señor de Artegui....

Alzó él el rostro. El velo de niebla cubría otra vez sus facciones.

¿Qué quiere usted?—dijo broncamente.

—¿Qué tiene usted? Me parece que se ha quedado usted así..., muycabizbajo y muy triste... supongo que será por... lo de antes.... Mireusted, si ha de estar usted tan afligido... creo que prefiero que ustedse vaya, sí, señor.

No estoy afligido, estoy... como suelo. ¡Ah!, como usted apenas meconoce, le cogerá de nuevo mi modo de ser.

Y viendo a Lucía que permanecía de pie y con aire contrito, le señaló elotro sillón. Trájolo Lucía arrastrando hasta ponerlo frente al deArtegui, y tomó asiento.

—Hable usted de algo—prosiguió Artegui—; hablemos.... Necesitamosdistraernos, charlar... como esta tarde.

—¡Ah!, ¡esta tarde estaba usted de tan buen humor!

—¿Y usted?

—El calor me agobiaba. Nuestra casa de León es muy fresca: yo soy muchomás sensible al calor que al frío.

—Habrá usted tomado con gusto el lavatorio y las palanganas.... Pareceque se revive, al lavarse después de un viaje.

—Sí, pero...—Lucía se interrumpió—. Me faltaba una cosa muy esencial.

—¿Qué cosa? Colonia, de fijo.... ¡yo me olvidé de traerla a usted mineceser!

—No, señor... el baúl, donde viene la ropa blanca.... No pude mudarme.

Artegui se levantó.

—¿Por qué no lo dijo usted antes?, ¡justamente estamos en el pueblodonde se equipan las novias españolas! Vuelvo pronto.

—Pero.... ¿adónde va usted?

—A traerla a usted un par de mudas.... Debe usted de estar en un potrocon esa ropa.

—¡Señor de Artegui, por Dios!, yo abuso de usted; aguarde....

—¿Por qué no se viene usted conmigo a elegirlas?

Y Artegui presentó a Lucía su toca.

Los escrúpulos de la niña se volaron como un bando de asustadascodornices, y algo vergonzosa, pero más contenta, se colgó del brazo deArtegui prontamente.

—Veremos las calles, ¿verdad?—exclamó entusiasmada.

Y al bajar despacio los encerados y resbaladizos escalones, dijo con unresto de encogimiento y meticulosidad provinciana:

—Por supuesto, señor de Artegui, que mi marido le abonará a usted todosestos gastos....

Artegui, sonriendo, la sostuvo mejor en el brazo, y diéronse a andar porBayona tan cordiales como si en toda su vida otra cosa hubiesen hecho.La noche era digna del día: en el cielo de aterciopelado azulcentelleaban claras y vivas las estrellas; el gas de las innumerablestiendas con que Bayona explota la vanidad de los españoles pudientes ytrashumantes, ponía a las obscuras manzanas de casas un collar de luz, yen los escaparates se lucían, con todos los tonos de la escalacromática, telas ricas, porcelanas y bronces caprichosos, opulentasjoyas. Caminaba la pareja silenciosa, a paso igual y rítmico, midiendoArtegui su andar largo y varonil por el paso más corto de Lucía. En lascalles la gente circulaba de prisa, animada, como el que va a algo quele interesa: no con esa lentitud de los españoles que se pasean portomar el aire y matar el tiempo. Ante los cafés, las mesas al aire libretenían mucho parroquiano, porque la templada atmósfera lo consentía; ybajo la claridad fuerte de los reverberos bullían los mozos sirviendocerveza, café o bavaresa de chocolate, y el humo de los cigarros, y elcrujir de los periódicos que desdoblaban, y las conversaciones, y elsonido seco de las fichas del dominó dando contra el mármol, llenaban devida aquel trozo de acera. De pronto Artegui, al volver una esquina, semetió en una tienda no muy ancha, cuyo escaparate ocupaban casi porentero dos luengos peinadores salpicados de cascadas de encaje y lazosde cinta azul el uno, rosa el otro. Dentro, era una exhibición decuantos objetos componen el tocado íntimo del niño y la mujer. Lascamisas presentaban coquetonamente el adornado escote, ocultando la lisafalda; los pantalones estiraban, simétricas y unidas, una y otra pierna;las chambras tendían los brazos, las batas inclinaban el cuerpo congraciosa laxitud.

El blanco suave y ebúrneo de las puntillas contrastaba con el candor deyeso del madapolán. Alguna cofia de mañana, colocada sobre un pie depalo torneado, lanzaba un toque de colores vivos, de seda y oro, entrelas alburas que cubrían aquel recinto como una capa de nieve.

Hablaba español la dueña de la tienda, semejante en esto a la mayoría delos comerciantes de Bayona; y al pedirle Lucía dos juegos de ropablanca, aprovechó sus conocimientos en la lengua de Cervantes paratratar de embarcarla en más compras. Tomando a Lucía y a Artegui porrecién casados, se puso lisonjera, insinuante, pesadísima, y se empeñóen enseñarles un equipo completo, barato, de lo más distinguido; echósobre el mostrador brazadas de prendas, una marea de randas, debordados, de cintas y de batista. No contenta con lo cual, y viendo queLucía, semianegada en olas de lino, hacía signos negativos con cabeza ymanos, tocó otro resorte y trajo enormes cajas de cartón, que,destapadas, mostraron encerrar gorritas microscópicas, pañales defranela festoneados menudamente, capas de merino y de piqué, faldonesinverosímilmente largos, y otras menudencias que arrebataron a Lucía lasangre al rostro.

Artegui puso fin al ataque pagando los juegos elegidos y dando las señasdel hotel para que se enviasen.

Libres ya, salieron; pero Lucía, enamorada de la hermosura y sosiego dela noche, se mostró deseosa de prolongar algo más el paseo.

Volvieron a cruzar ante los iluminados cafés, bordearon el teatro ytomaron hacia el puente, a tales horas casi solitario. Las luces de laciudad se reflejaban trémulas en el dormido seno del Adour.

—¡Cómo brillan las estrellas!—exclamó Lucía.

Y tirando repentinamente del brazo a Artegui para que se detuviese:

—¿Cuál es—preguntó—aquella que brilla tanto?

—Se llama Júpiter. Es un planeta de nuestro sistema.

—¡Qué bonita y qué resplandeciente! Algunas parece que tienen frío, quetiemblan al brillar, y otras se están quietas, como si nos mirasen.

—Son, en efecto, las estrellas fijas.... ¿Ve usted esa faja de luz quecruza el cielo?

—¿Eso que parece una cinta de gasa de plata, muy ancha?

—Es la Vía Láctea: un conjunto de estrellas, tantas en número, que laimaginación no puede concebirlas siquiera. Nuestro sol es una hormiga deese hormiguero, una de esas estrellas.

—¿El sol... es una estrella?—interrogó asombrada la niña.

—Una estrella fija. Nosotros damos vueltas en torno de ella como locos.

—¡Ay, qué gusto es saber todo esto! En el colegio no nos enseñan nijota de esas cosas, y se reía de mí Doña Romualda cuando le dije que ibaa preguntarle al Padre Urtazu (que siempre está mirando al cielo con uncatalejo muy largo) lo que son las estrellas y el sol y la luna.

Artegui torció a la derecha, siguiendo el malecón, mientras explicaba aLucía esas nociones elementales astronómicas, que parecen novelaceleste, cuento fantástico escrito con letras de lumbre sobre hojas dezafiro. La niña, embelesada, miraba tan pronto a su acompañante, como alfirmamento apacible. Sobre todo, la magnitud y cantidad de los astros laconfundía.

—¡Qué grande es el cielo! Santo Dios de bondad; si así es el material,el visible, ¡cómo será el Empíreo, donde están la Virgen, los ángeles ylos santos!

Artegui sacudió la cabeza, e inclinándose hacia Lucía, murmuró:

—¿Qué le parece a usted del aspecto de esas estrellas? Cualquiera diríaque están tristes. ¿No es verdad que su centellear las hace muysemejantes a una pupila que vierte lágrimas?

—No están tristes—respondió Lucía—; están pensativas, que es cosa muydiferente. Meditan ¡y no les falta en qué! sin ir más lejos, en Dios,que las crió.

—¡Meditar! Lo mismo meditan ellas que ese puente o esos barcos. El*privilegio* de la meditación—Artegui subrayó amargamente la palabra*privilegio*—está reservado al hombre, rey de los seres. Y si en esasestrellas existen—como no puede menos—hombres dotados de todas lasinmunidades y franquicias humanas ¡esos sí que meditarán!

—¿Usted cree que habrá hombres en esos luceros? ¿Serán como nosotros,señor de Artegui? ¿Comerán? ¿Beberán? ¿Andarán?

—Lo ignoro. Una sola cosa puedo asegurarle a usted de ellos; pero esa,con pleno conocimiento y entera certeza.

—¿Cuál?—interrogó la niña curiosamente, mirando, a la vaga luz de losastros, el rostro descolorido de Artegui.

—Que sufrirán como nosotros sufrimos—contestó él.

—¿Cómo lo sabe usted?—murmuró ella impresionada por aquel hondoacento—. Pues a mí se me figura que en las estrellas, que son tanbonitas y lucen tanto, no ha de haber penas, ni riñas, ni muertes, comoacá.... ¡Si allí debe de ser la gloria!—afirmó alzando la mano, paraseñalar al refulgente globo de Júpiter.

—El dolor es la ley universal, aquí como allí—dijo Artegui, mirandofijamente al Adour, que corría, negro y silencioso, a sus pies.

Poco más departieron, hasta volverse al hotel. Hay conversaciones quedespiertan pensamientos profundos y tras de las cuales pega mejor elsilencio que palabras frívolas. Lucía, quebrantados los huesos, sinsaber por qué, se afianzaba fuertemente en el brazo de Artegui, y élandaba despacio, con su aire de indiferencia. Las últimas frases deldiálogo fueron casi desapacibles, casi hostiles.

—¿A qué hora llega el tren de mañana?—preguntó Lucía de pronto.

—El primero, a las cinco o cosa así.

La voz de Artegui era seca y dura.

—¿Iremos a esperarlo, a ver si viene el señor de Miranda?

—Irá usted si gusta, señora; en cuanto a mí, permítame usted que meniegue.

Tan agrio era el tono de la respuesta, que Lucía se quedó sin saber quédecir.

—Van mozos del hotel—añadió Artegui—con usted, o sin usted, a esperara los trenes. No necesita darse el madrugón... a no ser que su ternuraconyugal sea tan viva....

Lucía bajó la frente y se le encendió la faz, como si un hierro hechoascua le aproximasen. Al entrar en el hotel, la dueña se acercó a ellos;su sonrisa, avivada por la curiosidad, era aún más complaciente yobsequiosa que antes. Les explicó que había olvidado un requisito:preguntar el nombre del señor y de la señora y su país, para apuntarloen la lista de viajeros.

—Ignacio Artegui, madame de Miranda, españoles—declaró Artegui.

—Si el señor tuviese una tarjeta—osó decir la hostelera.

Artegui entregó el pedazo de cartulina, y la fondista se deshizo encortesías y cumplimientos, cual si implorase perdón por aquella fórmula.

—Hará usted—ordenó Ignacio—que al esperar mañana al tren de España,pregunten por *monsieur* Aurelio Miranda.... ¡no se olvide usted! que ledigan que *madame* está aquí en este hotel, sin novedad, y que leaguarda.... ¿Entendido?

—*Parfait*—contestó la francesa.

Diéronse las buenas noches Lucía y Artegui en el umbral de susrespectivos cuartos. Lucía, al desnudarse, vio sobre la mesa lospaquetes de sus compras de ropa blanca. Se mudó con delicia, y acostosecreyendo dormir como una bienaventurada, a semejanza de la nocheanterior. Mas no

gozó de tan regalado reposo, sino de un sueño inquietoy desigual. Acaso la novedad del lecho, su propia blandura, hicieron enLucía el efecto que suelen hacer en las personas habituadas a la vidamonástica, de quienes se puede decir con paradójica exactitud que lacomodidad les incomoda.

-VI-

Al despertar a Lucía con un bol de café con leche, diole la camarera,por primer noticia, la de que *monsieur* Miranda no había venido en eltren de España. Saltó del lecho, y se vistió en un decir Jesús, tratandode reanudar sus dispersos recuerdos, y mirando la habitación con lasorpresa que suelen los que, no habiendo viajado nunca, amanecen enlugar desacostumbrado y nuevo. Miró al reloj de sobremesa: eran lasocho. Salió al pasillo, y tecleó suaves golpecitos en la puerta delcuarto de Artegui.

Estaba éste en mangas de camisa, terminando sus operaciones de tocador,y al oír que llamaban, enjugose aprisa manos y rostro, se echó por loshombros la americana y fue a abrir.

—Don Ignacio... buenos días. ¿Estorbo?

—No por cierto. Entre usted, si gusta.

—¿Está usted vestido ya?

—O poco menos.

—¿Sabe usted que no vino el señor de Miranda?

—Ya me lo han advertido.

—¿Qué me dice usted de eso? ¿No es una cosa muy rara?

Ignacio no contestó. Comenzaba, en efecto, a parecerle algo y aun algosextraña la conducta de aquel recién casado, que así abandonaba a sumujer la noche de novios, dejándola en un vagón de ferrocarril. Porfuerza algún incidente desagradable, imprevisto, había ocurrido alMiranda incógnito, cuyo destino, por singular caso, influía así en elsuyo de cuarenta y ocho horas acá.

—Voy—dijo—a telegrafiar a todas partes, a las principales estacionesde la línea, a Alsasua, a.... ¿quiere usted que telegrafíe a León, a supadre de usted?

—¡Dios nos libre!—exclamó Lucía—; capaz es de tomar el tren paravenir a buscarme, y de ahogarse en el camino con el asma... y con eldisgusto. No, no.

—De todas suertes, voy a dar los pasos..

Y Artegui embutió los brazos en los de su americana, y echó mano alsombrero.

—¿Va usted a salir?—preguntó Lucía.

—¿Quiere usted algo más?

—¿Sabe usted... sabe usted que ayer era sábado y que hoy es domingo?

—Así suele suceder todas las semanas—contestó Artegui con afableburla.

—No me entiende usted.

—Pues explíquese. ¿Qué se le ocurre?

—¿Qué se me ha de ocurrir sino ir a misa como todo el mundo?

—¡Ah!—exclamó Artegui. Y después añadió—: Pues es cierto. Y quiereusted....

—Que usted me acompañe. No he de ir sola a misa, me parece.

Sonriose Artegui una vez más, y la niña reparó cuán de perlas caía lasonrisa en aquel rostro, apagado y tétrico de ordinario. Era como laaurora cuando pinta de rosa los pardos montes; como el rayo del solcuando rasga los crespones de un día brumoso. Vivían los ojos, vivíanlas mejillas sumidas y pálidas, renacía la juventud en aquel semblantemarchito por tribulaciones misteriosas, y empañado por perpetuos celajesobscuros.

—Debía usted estar siempre risueño, Don Ignacio—exclamó Lucía—.Aunque—añadió reflexionando—del otro modo se parece usted más a usted.

Artegui, risueño y solícito, le ofreció el brazo, pero ella no quisocogerse. Al llegar a la calle anduvo muy callada, con los ojos bajos,echando de menos la protectora sombra del negro velo de su manto deencaje, que le cubría las mejillas, dándole tan modesto porte, cuando enLeón cruzaba bajo las bóvedas medio derruidas y llenas de andamiaje dela catedral. La de Bayona le pareció linda como un dije de filigrana;pero no pudo oír en ella tan devotamente la misa: se lo estorbaba lapulcritud esmerada del templo, semejante a caja primorosa; los coloresvivos de las figuras neobizantinas pintadas sobre oro en el crucero, ola novedad de aquel coro descubierto, de aquel tabernáculo aislado y sinretablo, el moverse de los reclinatorios, el circular de lasalquiladoras de sillas. Parecíale estar en un templo de culto diversodel que ella profesaba. Una Virgen blanca, con filetes de oro en elmanto, que presentaba el divino infante en una de las capillas de lanave, la tranquilizó algo. Allí rezó buena porción de salves, deshojólas rosas sangrientas del rosario, los místicos lirios de la letanía.Salió del templo con ligero paso y alegre corazón. Lo primero que vio ala puerta fue a Artegui, contemplando con interés la gótica forma de laportada.

—Ya he puesto cantidad de telegramas a las diversas estaciones,señora—dijo descubriéndose cortésmente al verla—. En especial a la másimportante, Miranda de Ebro. Me he tomado la libertad de firmar con sunombre de usted.

—Gracias... pero ¿qué? ¿no oyó usted misa? exclamó la niña mirándoleatenta al rostro.

—No, señora. Vengo, como le he dicho a usted, de la oficina detelégrafos—contestó él evasivamente.

—Pues dese usted prisa si quiere alcanzarla. En este mismísimo instantesalía el sacerdote revestido....

Contrajose levemente la faz de Artegui.

—No oigo misa—repuso entre grave y chancero—. A menos que ustedmanifestase formal empeño... en cuyo caso....

—¡No oír misa!—pronunció la niña, y veló sus pupilas el asombro, yturbose toda—. ¿Y por qué no oye usted misa? ¿No es usted cristiano?

—Supongamos que no lo fuese—balbució él muy quedo, como reo queconfiesa su crimen ante el juez, y meneando melancólicamente la cabeza.

—¡Pues qué es usted.... Dios mío!

Y Lucía cruzó acongojada las manos.

—Lo que el Padre Urtazu llamaría... un incrédulo.

¡Ah!—gritó ella con ímpetu—. El Padre Urtazu diría que son unosmalvados los incrédulos todos.

—Pudiera añadir el Padre Urtazu que todavía son más infelices.

—Es verdad—replicó Lucía trémula aún, como arbusto sacudido por elcierzo—. Es verdad: todavía más infelices. El Padre Urtazu no diría, deseguro, otra cosa. ¡Y tan infelices como son! ¡Madre mía del Rosario!

Inclinó la niña la pensativa frente, y quedose anodada, aturdida por elgolpe repentino. El sentimiento religioso, dormido hasta entonces, contodos los demás, en el fondo de su alma plácida y serena, despertábasepotente al impensado choque. Iban mezcladas dos sensaciones: de punzantelástima la una, de terror y repulsión la otra. Quería apartarseespantada de Artegui, y aun se derretían de compasión sus entrañas sóloal mirarlo. La gente salía de misa; vertía el pórtico ondas y ondashumanas, y Lucía, en pie, no acertaba a separarse de aquella catedral,erguida y blanca como una mártir cristiana en el circo. Le presentóArtegui en silencio el brazo, y ella, dudosa al pronto, aceptó por fin,caminando ambos automáticamente en dirección al hotel. La mañana, untanto encapotada, prometía temperatura menos cálida y más grata que lade la víspera. Corría regalado fresquecillo, y tras del celaje brumosoadivinábase la sonrisa del sol, como suele columbrarse el amor al travésdel enojo.

—Está usted triste, Lucia—dijo Artegui a la niña afectuosamente.

—Un poco, Don Ignacio—y Lucía arrancó del pecho doliente suspiro—. Yusted tiene la culpa—añadió en blando son de amenaza.

—¿Yo?

—Usted, sí. ¿Por qué dice usted esas tonterías que no pueden ser?

—¿Que no pueden ser?

—Sí, señor. ¿Cómo es posible que no sea usted cristiano? Vamos, que nodice usted lo que siente.

—¿Qué le importa a usted eso, Lucía?—exclamó él, llamándola segundavez por su nombre—. ¿Es usted acaso el Padre Urtazu? ¿Soy yo alguienque a usted le interese o le importe? ¿Le han de pedir a usted cuenta demi alma en algún tribunal? ¡Niña!, eso a usted no le va ni le viene.

—¡No que no! ¡Vaya, Don Ignacio, que hoy está usted de lo más... de lomás desatinado! ¡Que no me ha de importar a mí que usted se condene o sesalve, que usted sea cristiano o judío!

—Judío... lo que es judío no lo soy—respondió Artegui, tratando de daral diálogo giro festivo.

—Es lo mismo... renegar de Cristo es ser judío en suma.

—Dejémonos de eso, Lucía; no quiero verla a usted con ese gesto; ¡sepone usted fea!—dijo en tono desahogado él, aludiendo por vez primera alas condiciones físicas de Lucía—. ¿Qué desea usted ahora? ¿Quiereusted que la lleve a ver alguna curiosidad de este pueblo? ¿El hospital?¿Los fuertes?

Hablaba afable cual nunca, y Lucía se aplacó, como las crespas olas alcubrirlas capa de aceite.

—¿No podríamos salir a dar una vuelta por el campo? Me muero por losárboles.

Artegui torció hacia el teatro, ante cuyo pórtico aguardaban dos o trescochecillos de los llamados cestos. Hizo breve seña al más próximo, y elauriga vasco, alzando su fusta, halagó con ella el anca de las tarbesasjaquitas, que, la cerviz enhiesta, se prepararon a arrancar. SaltóLucía, recostándose en el ligero vehículo, y Artegui se acomodó a sulado, ordenando:

—Camino de Biarritz.

Salió el carruaje veloz como un dardo, y Lucía cerró los ojos, gozandoen no pensar, en sentir las rápidas caricias del viento, que echabaatrás las puntas de su corbata, los undívagos mechones de su cabellera.Pintoresco y ameno, el camino merecía, no obstante, una mirada. Erancultivadas tierras, casas de placer con picudos techos, parques inglesesde fresco césped y menuda grama, amarillenta ya, como de otoño. Aldivisar torcida vereda que, desviándose de la carretera, culebreaba porentre los sembrados, detuvo Artegui con un grito al cochero, y dio aLucía la mano para que descendiese. Buscó el vasco el abrigo de unastapias donde parar sin riesgo el sudoroso tronco, y Artegui y Lucía seinternaron a pie siguiendo el senderito, ella delante, recobrada sualegría infantil, su gozar inocente en el cansancio del cuerpo. Lacautivaba todo, las flores del trébol, que salpicaban de una lluvia depintas carmesíes el verdinegro campo; las manzanillas tardías y losacianos pálidos en las lindes, las digitales que cogía risueñahaciéndolas estallar con las dos manos, los rizados airones del apio,las acogolladas coles, puestas en fila, separada cada fila por un surco,semejante a una trinchera. La tierra, de puro labrada, abonada,removida, tenía no sé qué aspecto de decrepitud. Sus poderosos flancosparecían gemir, sudando una humedad viscosa y tibia, mientras en loslinderos incultos, al borde del caminillo, quedaban aún rinconesvírgenes, donde a placer crecían las bellas superfluidades campestres,las gramineas vaporosas, las florecillas multicolores, los agudoscardos.

No cabiendo juntos por la angosta senda, iban Lucia y Artegui uno trasotro, si bien Artegui a veces se echaba a campo traviesa, sin granrespeto de la ajena propiedad. Detuvo al fin la niña su indisciplinadacarrera al pie de espesos mimbrales, que, creciendo al borde de unpantano, sombreaban pendiente ribazo muy mullido de hierba, y desde elcual se oteaba todo el paisaje recorrido. Dejáronse caer en el naturaldiván, y vieron tenderse ante ellos la vega, como

remendada de varioscolores, según eran los de las verduras que en cada heredad secultivaban. En la blanca cinta de la carretera distinguieron un puntonegro: el cesto con las jacas. No picaba el sol; su luz se cernía por unvelo de nubes, y la campiña tenía tonos mates, verdes glaucos,amarilleces areniscas, lejanías delicadamente cenicientas, suavesmatices que se copiaban en la ciénaga tranquila.

—Esto es muy hermoso, Don Ignacio—dijo Lucía por decir algo, puespesaba sobre su alma el silencio, la soledad profunda del lugar—. ¿Nole gusta a usted?

—Sí que me gusta—contestó Artegui distraídamente.

—Bien que a usted parece que no le gusta nada.... Siempre está ustedcomo cansado... es decir, cansado no, es más bien triste. Mireusted—siguió la niña, asiendo de un flexible mimbre y divirtiéndose encoronarse con la obediente rama—, ¡a que no es usted capaz de creer quesu tristeza se me va pegando, y que también yo me hallo así... no sécómo, preocupada, vamos! Diera... lo que no sé por verle contento y...natural, como son todos los hombres. Usted no tiene el mirar ni la caracomo los demás, Don Ignacio.

—Pues viceversa—respondió él—; a mí se me comunica su alegría deusted, y a veces aún gasto mejor humor del que usted misma gastaría.También el júbilo es contagioso.

Díjolo atrayendo a sí otra rama de mimbre que descortezó con las uñas,arrojando las tiras de película tierna al pantano, y mirando fijamentelos círculos que en el agua abrían al caer.

—Claro está que sí—afirmó Lucía—. Y si usted quisiera ser franco, siusted se decidiese a... confiarme lo que así le aflige, vería cómo en unsantiamén le disipaba yo esa sombra que tiene en la cara. No sé por quése me figura que tanta seriedad, tanto ceño, tanto caimiento de animo,no nace de que usted sea desdichado de veras, sino allá de.... ¡qué séyo!, de niñerías, de ideas sin ton ni son que le bullen a usted en loscascos. ¿A que acerté?

—Tan plenamente—exclamó Artegui soltando la rama de mimbre y asiendola mano de la niña—, que ahora me confirmo en creer que los seres purosposeen cierta presciencia, cierta intuición maravillosa y singularísima,negada a los que conocemos, en cambio, el triste misterio del vivir.

Lucía, seria e inmutada, miraba a su compañero de viaje.

—¡Lo ve usted!—acertó a pronunciar por fin, buscando en los ángulos desu boca la sonrisa, y hallándola a duras penas—. De modo que ya pasarontodas esas ideas sin fundamento, que son como los castillos de naipesque me hacía padre siendo yo chiquita; soplaba, y, ¡patatás!, al suelo.

—En eso yerra usted, hija—dijo Artegui soltándole la mano con uno desus lánguidos movimientos de autómata—. Es lo contrario lo que sucede.Cuando nace y se engendra la tristeza de alguna causa, puede desaparecersi la causa cesa; pero si la tristeza brota espontáneamente como esasmalas hierbas y esos juncos que usted ve al borde del pantano; si estáen nosotros; si forma la esencia de nuestro ser mismo; si no seencuentra aquí ni allí solamente, sino en todas partes; si ninguna cosade la tierra alcanza a darle alivio, entonces... créame usted, niña, elenfermo está desahuciado. No hay esperanza.

Hablaba sonriente, pero era su sonrisa semejante a la luz que alumbra unnicho.

—Pero, sepamos...—interrogó Lucía a pesar suyo con angustiosa y febrilcuriosidad—. ¿Pesa sobre usted alguna desdicha? ¿Alguna pena grande?

—Ninguna de las que el mundo llama tales.

—¿Tiene usted familia... que le quiera?

—Mi madre me adora.... ¡y si no fuese por ella!—declaró Arteguiabandonándose, como mal de su grado, a la dulce corriente de laconfianza.

—¿Y su padre de usted?

—Murió años ha. Era vascongado, emigrado carlista, hombre de grandeenergía, de muchos ánimos: internáronle en Francia, viose pobre y solo,trabajó como se había batido... como un león, hasta llegar a poderestablecer una vasta agencia de comercio, enriquecerse, adquirir enParís casa propia, y casarse con mi madre, que es de una familiadistinguida de Bretaña, legitimista también. No tuvieron más hijo queyo: me adoraron, sin descuidar mi educación ni excederse en mimos ylocuras; estudié, vi mundo; dije que quería viajar, y me abrió mi madresu bolsa anchamente; tuve, hombre ya, algún capricho, muchos caprichos,y se cumplieron. He visto los Estados Unidos y el Oriente, sin hablar deEuropa; paso los inviernos en París, y los veranos suelo visitar España;mi salud es buena y no soy viejo. Ya ve usted que soy lo que suele lagente denominar... un mimado de la fortuna, un hombre feliz.

—Es cierto—dijo Lucía—; pero ¡quién sabe si por eso mismo estaráusted así! He oído decir que para que el pan sepa bien hay que ganarlo:verdad que yo no lo gano, y hasta ahora no me amargó.

—Tiempo hubo—murmuró Artegui como respondiéndose a sí mismo—en quecreí provenía mi indiferencia de la seguridad de mi vida, y en que deseédeberme a mí mismo, a mí solo, el subsistir. Dos años rehusé losauxilios de mis padres, y, entrando en calidad de socio industrial enuna gran empresa, dime a trabajar con ardor. Gané más de lo necesario;me seguía, como rendida amante, la suerte; pero aquella especulación sintregua ni entrañas me provocaba náuseas, y quise probar alguna labor enque entendimiento y cuerpo fuesen unidos, y en que la ganancia noalcanzase más que a no dejarme morir de hambre. Estudié la medicina, y,aprovechando la guerra que a la sazón ardía en el Norte de España, vineal cuartel de Don Carlos. El nombre de mi padre me abrió todas laspuertas y me dediqué a ejercer en los hospitales....

—¿Fue entonces cuando curó usted a Sardiola?

—Exactamente. Tenía el pobre diablo un metrallazo horrible: partida lamejilla, interesada la mandíbula, y desangrándose a más andar por laarteria. Una cura difícil, pero afortunadísima. Muchas hice entonces, yfue aquel el tiempo en que menos me acosó el cansancio moral. Pero encambio....

Artegui se detuvo, temeroso de proseguir.

—Diga usted, diga usted—interrogó Lucía ansiosamente.

—¡Para qué, señora! ¿para qué? Ni sé por qué le he contado a usted yatantas cosas ridículas, y para usted, probablemente, ininteligibles...como son los sueños del demente para los cuerdos.

—No, señor—declaró Lucía ofendida—; le entiendo a usted muy bien, yen prueba de ello voy a adivinar eso que se calló. ¡Verá usted quesí!—gritó, cuando Artegui hubo meneado sonriendo la cabeza—. Usted seaburrió menos en esa temporada en que fue médico de afición; pero encambio... con ver tanto muerto, y tanta sangre, y tanta barbaridad, aúnse volvió usted más... más judío que antes. ¿No es así? ¿Di o no di enello?

Artegui la miró, y con mudo asombro frunció el entrecejo sin replicar.

—¿Y quiere usted que le diga? Pues eso, eso es lo que usted tiene, ypor lo que está usted tan a mal con la suerte y consigo mismo. Si ustedfuese buen cristiano podría usted estar triste, pero... de otra manera,vamos, de otra manera; con tristeza más dulce y más resignada. Porquequien espera irse al cielo, sabe sufrir acá y no se desespera.

Y como Artegui, silencioso y apretados los labios volviese a otra partela cabeza, murmuró la niña, en voz suave como una caricia:

—Don Ignacio, el padre Urtazu me ha dicho que había unos hombres que noquerían admitir lo que la Iglesia enseña y creemos nosotros, pero queallá... a su manera, a su capricho, en fin, adoraban a un Dios que ellosse forjaban... y creían en la otra vida también, y en que el alma nomuere al morir el cuerpo.... ¿Es usted de esos?

Él no respondió palabra, y doblando violentamente dos o tres ramas demimbre, hízolas estallar. Cayeron inertes los tronchados troncos; perounidos aún por la corteza, quedaron colgando como rotos miembros deinválido.

—¿Tampoco es usted de esos?—siguió la niña volviéndose hacia él, conlas manos juntas, semiarrodillada en el ribazo—. ¿Tampoco así creeusted? Don Ignacio, de veras, ¿no cree usted en nada? ¿En nada?

Levantose Ignacio de un brinco, y, quedándose en pie sobre la parte máselevada del ribazo, dominando el paisaje todo, pronunció lentamente:

—Creo en el mal.

De lejos, era escultural el grupo. Lucía, anonadada, casi de hinojos,cruzadas las manos, imploraba: Artegui, alzado el brazo, erguido elcuerpo, mirando con doloroso reto a la bóveda celeste, pareciera unpersonaje dramático, un rebelde Titán, a no vestir el traje llano yprosaico de nuestros días. Más entoldado cada vez el celaje, seacumulaban en él nubarrones plomizos, como enormes copos de algodón enrama, hacia la parte donde caían Biarritz y el Océano. Ráfagassofocantes cruzaban, muy bajas, casi a flor de tierra, doblegando lostallos de los juncos y estremeciendo el agudo follaje de los mimbrales asu hálito de fuego. Poderoso gemido exhalaba la llanura al percibir lossignos precursores de la tormenta. Dijérase que el mal, evocado por lavoz de su adorador, acudía, se manifestaba tremendo, asombrando a lanaturaleza toda con sus anchas alas negras, a cuyo batir pudieranachacarse las exhalaciones asfixiantes que encendían la atmósfera.Lóbrego y obscuro, como la luna de un espejo de acero, el pantanodormía, y las florecillas acuáticas se desmayaban en sus bordes. La vozde Artegui, más intensa que elevada, resonaba entre el pavorososilencio.

—En el mal—repetía—, que por todas partes nos cerca y envuelve, de lacuna al sepulcro, sin que nunca se aparte de nosotros. En el mal, quehace de la tierra vasto campo de batalla, donde no

vive cada ser sin lamuerte y el dolor de otros seres; en el mal, que es el eje del mundo yel resorte de la vida.

—Señor de Artegui...—balbució débilmente Lucía—, usted, según creo,dará culto al demonio, negándoselo a Dios.

—¡Culto! no, ¿he de dar culto al poder inicuo que, guarecido en lasombra, conspira al daño común? Luchar, luchar con él quiero ahora ysiempre. Usted le llama demonio: yo el mal, el dolor universal. Yo, sécómo se le vence.

—Con fe y buenas obras—exclamó la niña.

—Muriendo—respondió él.

Quien de lejos divisara aquella pareja, mancebo galán y lozanadoncellita, departiendo solos en la vega frondosa, tomáralos, a buenseguro, por enamorados novios; y no creyera que hablaban de dolor ymuerte, sino de amor, que es la vida misma. Artegui, de pie, se veíaclaramente en los garzos ojos que hacia él alzaba Lucía, ojos que, apesar de la obscuridad del cielo, parecían salpicados de pajuelasluminosas.

—¡Muriendo!—repitió ella, como el árbol repercute el sonido del golpeque le hiere.

—Muriendo. El dolor no concluye sino en la muerte: sólo la muerte burlaa la fuerza creedora que goza en engendrar para atormentar después a suinfeliz progenitura.

—No le entiendo a usted—murmuró Lucía—; pero tengo miedo—. Y sucuerpo temblaba todo como los mimbrales.

Artegui no contestó palabra: mas una voz grave y poderosa, retumbando enlos cielos, se unió de pronto al extraño dúo. Era el trueno, queestallaba a lo lejos, solemne y terrible. Lucía exhaló un gemido depavor, cayendo con la faz contra la hierba. Desgarráronse las nubes, yanchas gotas de agua cayeron, sonando como goterones de plomo líquido enla crujiente seda de las frondas de mimbre. Bajose rápidamente Artegui,y tomando con nervioso vigor a Lucía en sus brazos, dio a correr sinmirar por dónde, saltando zanjas, atravesando barbechos, pisando apios ycoles, hasta llegar, azotado por la lluvia, perseguido por el trueno quese acercaba, a la carretera. El cochero renegaba del mal tiempoenérgicamente cuando Artegui depositó a Lucía casi exánime en elasiento, subiendo a toda prisa el hule, para guarecerla algo. Las jacas,espantadas, salieron sin aguardar la caricia de la fusta, y, aguzadaslas orejas y ensanchando las fosas nasales, arrancaron hacia Bayona.

-VII-

Lucía acababa de secarse ante la chimenea encendida por Artegui en sucuarto. Los cabellos, antes empapados y pegados a la frente, comenzabana revolar ligeros en torno de sus sienes; su ropa humeaba aún, pero yael benéfico calorcillo, penetrándola, le restituía la acostumbradasoltura. Sólo la pluma del sombrero, lastimosamente alicaída,atestiguaba los

estragos de la arroyada, a despecho de la prolijidad conque su dueña, aproximándola a las llamas, intentaba devolverle lasgráciles roscas.

En una butaca yacía Artegui, cual siempre, yerto, abandonado a lainercia de sus ensueños. Reposaba sin duda la fatiga de haber prendidofuego a los cepos que tan regocijadamente ardían, y pedido té yservídolo, mezclándole unas gotas de ron. Silencioso y quieto ahora,posaba los ojos en Lucía y en el fuego, que daba móvil fondo rojo a sucabeza. Mientras Lucía sintió el peso de la mojada ropa y la prensióndel calzado húmedo, mantúvose también muda y encogida, tiritando,creyendo escuchar aún el redoble de los truenos y sentir los picotazosde las múltiples agujas de la lluvia en sus mejillas.

Poco a poco la suave influencia del calor fue desatando sus miembrosentumecidos y paralizada lengua. Adelantó los pies, luego las manos,hacia la hoguera; sacudió las enaguas, con objeto de enjugarlas porigual, y finalmente, sentose en el suelo a la turca para mejor gozar delfuego, que contempló fija y absorta, oyéndole crujir y viendo lostroncos pasar de color de brasa al negro.

—¿Don Ignacio?—dijo de pronto

—¿Lucía?

—¿A que no sabe usted lo que estoy pensando?

—Usted dirá.

—Son tan raras las cosas que desde anteayer me suceden; está tan fuerade sus naturales caminos mi vivir desde estos días; tan singular einaudito me parece lo que usted dijo allá... junto al pantano, queimagino si me quedaría dormida en Miranda de Ebro, y no habré despertadoaún. Yo debo estar todavía en el vagón, es decir, allí estará mi cuerpo,pero mi alma se escapó y sueña tales tonterías... a la fuerza.

—No sé qué tenga de particular cuanto a usted acontece: antes tienemucho de vulgar y sencillo. Se queda atrás su marido de usted; y yo, quepor casualidad la encuentro entonces, la acompaño hasta que él venga. Nimás ni menos. No hagamos novela.

Artegui hablaba con su entonación lenta y desdeñosa de costumbre.

—No—insistió Lucía—, si lo extraño no es lo que me ha sucedido. Loque hallo inusitado, es usted. Vamos, Don Ignacio, que usted bien loconoce. Yo nunca vi a nadie que pensase lo que usted piensa, ni que lodijese; y por eso a veces—murmuró cogiéndose la frente con ambasmanos—suele pasarme por acá la idea de que estoy soñando aún.

Levantose Artegui del sillón y acercose al fuego. Su gallarda estaturacrecía al reflejo de la lumbre, y a Lucía, sentada en el suelo,pareciole más alto que de ordinario.

—Importa—dijo él inclinándose—que le pida a usted perdón. Yo noacostumbro decir ciertas cosas al primero que llega; pero a personascomo usted todavía menos. He soltado mil necedades, que con razónasustaron a usted. Sobre ser inconveniente, es de mal gusto y hastacruel, lo que hice. Procedí como un necio y me pesa de ello: créalousted.

Lucía, levantando el rostro, le miraba. El resplandor de la lumbredoraba su cabello castaño, y teñía de rosa toda su carne: brillábanlelos ojos, que alzaba, obligada por la postura.

—Tengo—prosiguió Artegui—dos temperamentos, y suelo obedecerlesirreflexivamente, como un niño. Por lo regular, soy como era mi padre,muy firme de voluntad, muy reservado y dueño de sí mismo; pero a vecesdomina en mí el temperamento materno. Mi pobre madre padeció siendo muyjoven, allá en su castillote de Bretaña, ataques de nervios, melancolíasy trastornos que nunca ha logrado curar del todo, si bien se aliviaronalgo después de mi nacimiento. Ella soltó parte del mal, y yo le recogí;¡qué mucho que en ocasiones obre y hable, no como hombre, sino como niñoo mujer!

—Eso es, Don Ignacio—exclamó Lucía—, que en sana razón no pensaríausted lo que... lo que dijo allí.

—Yendo con usted—prosiguió él—, con una criatura joven y leal, queama la vida y siente, y cree, ¿quién me metía a mí a hablar de nadatriste, ni exponer desvaríos abstrusos, convirtiendo el paseo encátedra? ¡Ridiculez igual! soy un majadero. Lucia—añadió connaturalidad y sin la menor expresión de amargura—, usted dispensa mifalta de tino, ¿no es cierto?

—Sí, Don Ignacio—murmuró ella bajo.

Artegui arrastró el sillón, y sentose cerca del fuego también, alargandomanos y pies hacia la llama.

—¿No siente usted frío ya?—preguntó a Lucía.

—No, señor. Un calor muy agradable, al contrario.

—¿A ver esas manos?

Lucía, sin levantarse, entregó sus manos a Artegui, que las halló tibiasy suaves, y las soltó presto.

—Con la lluvia—añadió—, no pude llevarla a usted un poco más lejos,hacia la parte de Biarritz, donde hay tan bonitas quintas y parques alestilo inglés. Ni hemos disfrutado casi de la hermosa campiña. ¡Qué bienolían los henos y los tréboles! Y la tierra. El olor de la tierralabrada es algo acre, pero muy grato.

—Lo que olía bien, eran unas mentas que vi al borde del pantano. Sientono haberme traído ramas.

—¿Quiere usted que vaya por ellas? Pronto estaría de vuelta....

—¡Jesús, María y José! ¡Qué disparate, Don Ignacio! ¡ir ahora por lasmentas!—dijo Lucía; pero el placer de la oferta tiñó de púrpura surostro.

—¿Oye usted cómo diluvia?—agregó por mudar de asunto.

—La mañana no anunciaba este turbión—repuso Artegui—. Es muy húmedatoda Francia en general, y esta cuenca del Adour no desmiente la regla.¡Lástima no haber podido recorrer Biarritz! Hay allí palacios ycomercios monísimos. La llevaría a usted a ver la Virgen que, desde unaroca, parece que sosiega el Océano.... Más hermosa idea artística no sepuede dar.

—¿Cómo? ¿la Virgen?—preguntó muy interesada Lucía.

—Una estatua erigida sobre unos peñascos.... Al ponerse el sol, es unefecto maravilloso: la estatua parece de oro, y la rodea un mar defuego.... Es una aparición.

—¡Ay, Don Ignacio! ¿me llevará usted mañana?—gritó Lucía, dilatadoslos ojos con el afán y alzando sus manos suplicantes.

—Mañana...—Artegui se quedó otra vez pensativo—. Pero,señora—pronunció ya con diverso tono—, ¡hoy debe llegar su marido deusted!

—Es verdad.

Cesó de suyo el diálogo, y ambos interlocutores miraron el fuego, y aúnArtegui le añadió leña, porque menguaba. Crujieron los inflamadostizones, y algunos se abrieron, hendiéndose como la granada madura;saltaron mil chispas, y medio se desmoronó el ígneo edificio bajo elpeso de los nuevos materiales. Lamió suavemente la llama el recientepasto que le ofrecían, y al fin comenzó a clavarle sus lenguas de áspid,arrancando con cada beso ardiente un chasquido de dolor. Aunque no fuesetodavía muy remota la hora meridiana, estaba el aposento casi obscuro,tal era al exterior el aguacero y el negror del cielo.

—No ha almorzado usted, Lucía—recordó de pronto Artegui,levantándose—. Voy a decir que le traigan a usted el almuerzo aquí.

—¿Y usted, Don Ignacio?

—Yo... almorzaré también, abajo, en el comedor. Es ya muy hora.

—Pero ¿por qué no almuerza usted aquí, conmigo?

—No, abajo—replicó él avanzando hacia la puerta.

—Como usted quiera... pero yo no tengo ganas. No me traiga usted nada.Estoy... así, vamos, no sé cómo.

—Tome usted algo... ha cogido usted frío y le conviene entrar enreacción.

—No... aún si usted almorzase aquí, me animaría tal vez—, insistióella con tenacidad de niña voluntariosa.

Encogiose Artegui de hombros como aquel que se resigna, y tiró delcordón de la campanilla. Cuando un cuarto de hora después entró elcamarero con la bandeja, ardía el fuego más que nunca claro yregocijado, y las dos butacas, colocadas a ambos lados de la chimenea, yel velador cubierto de níveo mantel, convidaban a la dulce intimidad delalmuerzo. Brillaban las limpias copas, las garrafas, la salvilla, lasvinagreras, el aro de plata del mostacero: los rábanos, nadando en finaconcha de porcelana, parecían capullos de rosa; el lenguado fritopresentaba su dorado lomo, donde se destacaba el oro pálido de lasruedas de limón, y el verde chamuscado de las ramas de perejil; losbisteques reposaban sangrientos en lago de liquida manteca; y en lastransparentes copas de muselina destellaba el intenso granate delBorgoña y el rubio topacio del Chateau-Iquem. Al entrar y salir; aldejar cada plato, o recogerlo, reíase el camarero, para su sayo, de laenamorada pareja española, que quería habitación aparte, para luegoalmorzar así,

mano a mano, al halago de la lumbre. A fuer de francés deraza, el sirviente aprovechaba la situación, subiendo el gasto. Habíapresentado a Artegui la lista de los vinos, y se permitía indicaciones yconsejos.

—El señor querrá Champagne helado.... Se lo traeré en garrafa, es máscómodo.... Las ananas que hay en la casa son excelentes: voy a traer...El Málaga nos llega directamente de España: ¡oh! el vino de España...¡clac! no hay como la España para vinos....

Y fueron viniendo botellas, aumentándose copas a la ya formidablebatería que cada convidado tenía ante sí; anchas y planas, como las delos relieves antiguos, para el espumante Champagne; verdes y angostas,finísimas, para el Rhin; cortas como dedales, sostenidas en breve pie,para el Málaga meridional. Apenas llegó Lucía a catar dos dedos de cadavino; pero los iba probando todos por curiosidad golosa; y, un tantopesada ya la cabeza, olvidando deliciosamente las peripecias del paseomatinal, se recostaba en la butaca, proyectando el busto, enseñando alsonreír los blancos dientes entre los labios húmedos, con risa debacante inocente aún, que por vez primera prueba el zumo de las vides.La atmósfera de la cerrada habitación era de estufa: flotaban en ellaespirituosos efluvios de bebidas, vaho de suculentos manjares, y elcalor uniforme, apacible de la chimenea, y el leve aroma resinoso de losardidos leños. Lindo asunto para una anacreóntica moderna, aquella mujerque alzaba la copa, aquel vino claro que al caer formaba una cascadaligera y brillante, aquel hombre pensativo, que alternativamenteconsideraba la mesa en desorden, y la risueña ninfa, de mejillasencendidas y chispeantes ojos. Sentíase Artegui tan dueño de la hora,del instante presente, que, desdeñoso y melancólico, contemplaba a Lucíacomo el viajero a la flor de la cual aparta su pie. Ni vinos, nilicores, ni blando calor de llama, eran ya bastantes para sacar de suapático sueño al pesimista: circulaba lenta en sus venas la sangre, y enlas de Lucía giraba pronta, generosa y juvenil. Hermoso era, sinembargo, para los dos el momento, de concordia suprema, de dulce olvido;la vida pasada se borraba, la presente era como una tranquila eternidad,entre cuatro paredes, en el adormecimiento beato de la silenciosacámara. Lucía dejó pender ambos brazos sobre los del sillón; sus dedos,aflojándose, soltaron la copa, que rodó al suelo, quebrándose concristalino retintín en el bronce del guardafuego. Riose la niña de lafractura, y, entreabiertos los ojos y clavados en el techo, se sintióanonadada, invadida por un sopor, un recogimiento profundo de todo suser. Artegui, en tanto, mudo y sereno, permanecía enhiesto en su butaca,orgulloso como el estoico antiguo: acre placer le penetraba todo, elgoce de sentirse bien muerto, y cerciorarse de que en vano la traidoraNaturaleza había intentado resucitarle.

Y así se estuvieran probablemente hasta sabe Dios cuándo, a no abrirsede golpe la puerta, apareciendo en ella un hombre; no el camarero, nimenos el esperado Miranda, sino un mozalbete de algunos veinticuatro oveinticinco años, mediano de estatura, pronto y desenfadado de modales.Traía el sombrero puesto, y lo primero que se veía de su persona era elreluciente alfiler de la corbata, y las botas de caña clara, atrevidas,cortas, un tanto manolescas. Causó la entrada de este nuevo personajeuna transformación a vista en la escena: mientras Artegui se levantabafurioso, Lucía, vuelta a la conciencia de sí misma, pasó las manos porlas sienes, enderezose en el sillón adoptando actitud reservada, perocon las pupilas vagas aún, perdidas en el espacio.

—Hola, Artegui.... ¿Usted por aquí? Lo veo, lo veo ahora mismo en latablilla, y vengo a escape...—pronunció imperturbable el recién venido.Y de pronto, haciendo como que reparaba en Lucía, inclinose con soltura,descubriéndose, sin añadir otra palabra.

—Señor Gonzalvo—respondió Artegui recatando el enojo bajo un tonoglacial—, muy amigos nos habremos vuelto desde que no nos vemos. EnMadrid....

—¡Usted siempre tan inglés, tan inglés!—pronunció sin turbación niencogimiento el mancebo—. Mire usted; ya sabe usted que soy franco,franco; en Madrid andábamos cada cual a nuestro negocio y a nuestrogusto; pero en el extranjero, en el extranjero agrada encontrarpaisanos. En fin, dispense usted; dispense usted; veo que vine amolestarle; lo siento por la señora....

Nueva reverencia, mientras sus ojos entornados se cosían cínicamente alrostro de Lucía, alumbrado por los moribundos tizones.

—No, espere usted—gritó Artegui levantándose y asiéndole de una mangasin ceremonia, al ver que volvía la espalda. Ya que ha entrado ustedaquí sin más ni más, es preciso que sepa usted que no me coge en ningunaaventura escandalosa, ni de eso nace mi enojo por su importunidad.

—Hombre, hombre, hombre; si yo no pregunto...—dijo él encogiéndose dehombros.

—Me importa un bledo lo que creyese usted de mí.... Pero esta señoraes... una mujer honrada; por incidentes que no son del caso viene sola,y la acompaño hasta entregársela a su esposo....

Y viendo la media sonrisa de su interlocutor, añadió:

—Le aconsejo a usted que me crea, porque mi reputación de verídico esquizás la única que en el mundo aprecio....

—Le creo a usted; le creo a usted...—dijo sencilla y sinceramente elmozo—; usted pasa por algo raro, raro; pero muy franco también...Además, yo soy práctico, práctico, práctico en la materia, y biendistingo las verdaderas señoras....

Díjolo haciendo tercera vez venia a Lucía, con gentil desembarazo.Levantose ella, instintivamente digna, y serio y compuesto el rostro ledevolvió el saludo. Artegui se adelantó entonces, y soltó la fórmulasacramental:

—El señor don Pedro Gonzalvo, la señora de Miranda.

Miranda.... Sí, sí, lo he visto, lo he visto abajo escrito en latablilla también... conozco un Miranda que se habrá casado estos días...solterón, solterón....

—¿Don Aurelio?—preguntó Lucía a pesar suyo.

—Justo.... Le trato mucho, mucho.

—Es mi marido—murmuró ella.

Encendiéronse rápidamente en una llamarada de curiosidad las mejillasdel mancebo, y clavó de nuevo en Lucía sus ojos chicos examinándolaimplacablemente.

—Miranda.... ¡Ah! ¡Conque es usted la señora, la señora de AurelioMiranda!—repitió, sin ocurrirsele decir más. Pero, discretamenteindicadas, le bullían en los labios las preguntas de tal modo, queArtegui se impuso la penitencia de narrarle todo la acaecido de pe a pa.Escuchaba él, refrenando con su práctica del mundo, la risa maliciosaque le asomaba a las facciones. Era

evidente que al mozo calaverilla ledivertía infinito el cómico percance conyugal del calaverón rancio. Unrayo de sol vergonzante rompía las pardas nubes, y recortaba sobre elfondo obscuro la cabeza linfática, rubia, la tez pecosa, las faccionesdelicadas, pero no exentas de rasgos característicos, del mancebo. Susmanos blancas y femeniles atormentaban la cadena de acero del reloj, yen el meñique de una de ellas rojeaba grueso carbunclo, al lado de otroaro inocente, sortija de colegiala, sobrado estrecha para el dedo, unacrucecica de perlas sobre un círculo de oro.

—Y, en resumen, ¿de Miranda, no se sabe nada, nada?—preguntó oído elrelato.

—Nada hasta hoy—afirmó gravemente Artegui.

—Hombre, es divino ¡es divino!—masculló el mozalbete entre dientes,riéndose más bien con los ojos que con la boca—. ¡Lance igual! Estaráchistoso Miranda; estará chistoso.

Artegui le miraba fijamente, sorprendiendo en sus pupilas la risaindiscreta. Con solemne seriedad, le interrogó:

—¿Es usted amigo de Don Aurelio Miranda?

—Sí, mucho, mucho...—ceceó rápidamente Gonzalvo, que solía alpronunciar comerse dos o tres letras de cada palabra, repitiendo encambio la palabra misma dos o tres veces, lo que hacía galimatíasperegrino, sobre todo cuando hablaba colérico, barajando o suprimiendovocablos enteros:

—Mucho, mucho—prosiguió—. En todas partes, hombre, en todas partes,me lo encontraba en Madrid.... Fue una temporada del, ¿cómo se llama?,del Veloz Club, del Veloz Club, y estaba abonado con nosotros, con losmuchachos, a ése, vamos... a Apolo, a Apolo.

—Me felicito—exclamó Artegui sin menguar un ápice en seriedad—. Pues,señora—siguió volviéndose a Lucía—, ya tiene usted aquí lo que tantole hubiera convenido encontrar dos días hace: un amigo de su esposo, quecon harta más razón, motivo y derecho que yo, puede servirla de rodrigónhasta que el señor Miranda aparezca.

A esta inesperada salida, Gonzalvo sonrió inclinándose cortésmente, comohombre de mundo acostumbrado a todo género de situaciones; pero Lucía,con el rostro atónito, encendido aún, se echó atrás, en ademán derehusar la nueva escolta que se le brindaba.

Interrumpió la escena muda el camarero, entrando y presentando a Arteguien una bandejilla un sobre azul, que encerraba un telegrama. No eradable en Artegui palidecer, y, sin embargo, visiblemente se tornaron aúnmás descoloridos sus pómulos al leer, roto el sobre, lo que el partedecía. Nubláronse sus ojos, y por instinto buscó el apoyo de lachimenea, en cuya tableta de mármol se recostó. A este punto, Lucía,vuelta ya de su asombro primero, se lanzaba a él, y poniéndole las dosmanos en los brazos, le suplicaba ansiosamente:

—Don Ignacio, Don Ignacio... no me deje usted así.... Para lo que faltaya.... ¿qué trabajo le cuesta a usted quedarse? Yo no conozco a esteseñor... en mi vida le he visto....

Artegui oía maquinalmente, como oyen los catalépticos. Al fin se desatósu lengua. Miró a Lucía sorprendido, cual si la viese por primera vez, ycon voz debilitada pronunció:

—Me voy a París ahora mismo.... Mi madre se muere.

Sintió ella en el cráneo otro golpe de maza, y quedose sin voz, sinaliento, sin pulsos. Cuando pudo exclamar:

—Pero... su madre de usted.... ¡Dios mío, qué desgracia tangrande!—estaba Artegui ya en la puerta, sin oír las ceceosas ofertas deservicio que le prodigaba Gonzalvo.

—¡Don Ignacio!—gritó la niña al ver poner la mano en el pestillo.

Cual si a aquella voz vibrante se despertase la memoria del desdichadohijo, volvió pies atrás, fue derecho a Lucía, y sin pronunciar palabracogiole las dos manos, y las prensó entre las suyas, con enérgico y mudoapretón. Así se estuvieron breves segundos sin acertar a decirse unafrase de despedida. Lucía quiso hablar; pero parecíale que un dogal muysuave, de seda, se ceñía a su garganta, estrangulándola cada vez más. Deimproviso la soltó Artegui; ella respiró, adosándose a la pared,aturdida.... Cuando miró en torno, no estaba en la habitación sinoGonzalvo, que leía entre dientes el telegrama, olvidado por su dueñosobre la mesa.

—Pues es verdad, pues es verdad.... Y está en castellano, murmuraba:«La señora bastante grave. Desea venga señorito.... Engracia.» ¿Quiénserá esta Engracia, esta Engracia?¡Ah! ya sé: el ama de cría deArtegui... el ama, de fijo. ¡Hombre, hombre! pues no sé si cogerá elexpreso, el expreso (esta palabra en labios de Gonzalvo sonaba así:*epés*). Las dos y media... hace poco llegó el de España... aún tienetiempo.

Guardó otra vez el lindo reloj esqueleto con cifras grabadas en amboscristales, y volviendo los ojuelos a Lucía, añadió:

—Lo siento por usted; por usted, señora; ahora soy yo su escolta.... Lomejor es que se venga usted conmigo; aquí tengo a mi hermana, a mihermana, y las pondré a ustedes juntas.... No está.... No está bien unaseñora así, sola en una fonda....

Gonzalvo tendió el brazo, y Lucía, pasivamente, iba a apoyarse en él;pero se abrió de nuevo la puerta, y el camarero, con actitud teatral,anunció:

—*Monsieur* de Miranda.

Era, en efecto, el asendereado novio, cojeando de la pierna derecha,pudiendo apenas sentar el pie, porque los agudos dolores de la luxación,consecuencia ingrata del salto a la vía, se renovaban al apoyar laplanta en el suelo. Perdida así la gallardía del andar, los cuarenta ypico se asomaban implacables a todas las líneas del rostro: la tristeraya de tinta de los bigotes resaltaba sobre la marchita tez; el párpadocaído, hundidas las sienes y desaliñado el cabello, parecía el ex buenmozo una de esas desmanteladas torres, bellas a la luz crepuscular, peroque a mediodía todas se vuelven grietas, ortigas, zarzales y lagartos. Ycomo Lucía se quedase dudosa, indecisa, sin acertar ni a darle losbuenos días, ni a arrojarse en sus brazos, Gonzalvo, censor eterno ysempiterno del matrimonio, desenlazó la extraña situación disparando larisa, y adelantándose a dar un abrazo jocoserio a aquella lamentablecaricatura del esposo que llega.

-VIII-

Pocos días en Bayona bastaron para que Miranda se aliviase notablementede la dolorosa luxación, y a que Pilar Gonzalvo y Lucía se conociesen ytratasen con cierta confianza. Pilar hacía rumbo, como Miranda, a Vichy;sólo que mientras Miranda quería que las aguas enseñasen a su hígado aelaborar el azúcar en justas y debidas proporciones para no dañar a laeconomía, la madrileñita iba a las saludables termas en demanda departículas férreas que coloreasen su sangre y devolviesen el brillo asus apagados ojos. Hambrienta como toda persona débil, como todoorganismo pobre, de excitaciones, novedades y acontecimientos,divirtiole en extremo la relación nueva de Lucía, y las raras peripeciasde su viaje, y el registro de sus galas de novia, que visitó sinperdonar una, examinando los encajes de cada chambra, los volantes decada traje, las iniciales de cada pañuelo. Además, la simplicidad francade la leonesa le brindaba campo virgen e inculto donde plantar todas lasflores exóticas de la moda, todas las plantas ponzoñosas de lamaledicencia elegante. Tenía Pilar, de edad entonces de veintitrés años,la malicia precoz que distingue a las señoritas que, con un pie en laaristocracia por sus relaciones y otro en la clase media por susantecedentes, conocen todos los lados de la sociedad, y así averiguanquién da citas a los duques, como quién se cartea con la vecina deltercero. Pilar Gonzalvo era tolerada en las casas distinguidas deMadrid; ser tolerado es un matiz del trato social, y otro matiz seradmitido, como su hermano lo era: más allá del tolerar y del admitirqueda aún otro matiz supremo, el festejar; pocos gozan del privilegio deque los festejen, reservado a las eminencias, que no se prodigan y sedejan ver únicamente de año en año, a los banqueros y magnatesopulentos, que dan bailes, fiestas y misas del gallo con cena después, alas hermosuras durante un breve y deslumbrador período de plenaflorescencia, a los políticos que están en puerta como los naipes.Personas hay admitidas, que un día, de repente, se hallan festejadas porcualquier motivo, por un peinado nuevo, por un caballo que ganó en lascarreras, por un escándalo que las gentes susurran bajito y piensan leeren el rostro del feliz mortal. De estos éxitos efímeros Perico Gonzalvotuvo muchos: su hermana, ninguno, a despecho de reiterados esfuerzospara obtenerlos. Ni logró siquiera subir de tolerada a admitida. Elmundo es ancho para los hombres, pero angosto, angosto para las mujeres.Siempre sintió Pilar la valla invisible que se elevaba entre ella yaquellas hijas de grandes de España, cuyos hermanos tan familiar eíntimamente frisaban con Perico. De aquí nació un rencor sordo, unido ano poca admiración y envidia, y se engendró la lenta irritación nerviosaque dio al traste con la salud de la madrileña. El paroxismo de un deseono saciado, las ansias de la vanidad mal satisfecha, alteraron sutemperamento, ya no muy sano y equilibrado antes. Tenía, como suhermano, tez de linfática blancura, encubriendo el afeite las muchaspecas: los ojos no grandes, pero garzos y expresivos, y rubio elcabello, que peinaba con arte. A la sazón, sus orejas parecían de cera,sus labios apenas cortaban, con una línea de rosa apagado, la amarillezde la barbilla, sus venas azuladas se señalaban bajo la piel, y susencías, blanquecinas y flácidas, daban color de marfil antiguo a losralos dientes. La primavera se había presentado para ella bajo malísimosauspicios; los conciertos de Cuaresma y los últimos bailes de Pascua, delos cuales no quiso perder uno, le costaron palpitaciones todas lasnoches, cansancio inexplicable en las piernas, perversiones extrañas delapetito: derivaba la anemia hacia la neurosis, y Pilar masticaba, ahurtadillas, raspaduras del pedestal de las estatuitas de barro queadornaban sus rinconeras y tocador. Sentía dolores intolerables en elepigastrio; pero por no romper el hilo de sus fiestas, calló como unamuerta. Al cabo, hacia el estío, se resolvió a quejarse, pensandoacertadamente que la enfermedad era pretexto oportuno para un veraneoconforme a los cánones del buen tono. Vivía Pilar con su padre y con unatía paterna; ni uno ni otro se resolvieron acompañarla; el padre,magistrado jubilado, por no dejar la Bolsa, donde a la chita callandorealizaba sus jugaditas modestas y felices; la tía, viuda y muy dada ala

devoción, por horror de los jolgorios que sin duda le preparaba susobrina como método curativo. Recayó, pues, la comisión en PericoGonzalvo, que, cargando con su hermana, hubo de llevársela al Sardinero,contando con que no faltarían amigas que allí le relevasen en su oficiode rodrigón. Así fue: sobraban en la playa familias conocidas que seencargaron de zarandear a Pilar, y de llevarla de zeca en meca. Masdesgraciadamente para Perico, los baños de mar, que al pronto aliviarona su hermana, concluyeron, cuando abusó de ellos y quiso nadar y meterseen dibujos, por abrir brecha en su débil organismo, y comenzó a cansarseotra vez, a despertar bañada en sudor, a sentir desgano, al par quecomía vorazmente raros manjares. Lo que más la asustó fue ver que se lecaía el pelo a madejas. Al peinarse, se enfurecía, y llamaba a gritos aPerico, pidiéndole un remedio para no quedarse calva. Un día el médicoque la visitaba llamó aparte a su hermano, y le dijo:

—Es preciso que tenga usted tino con su hermanita. Que no tome másbaños.

—¿Pero está de cuidado, de cuidado?—interrogó el mozo abriendo cuantopodía sus ojos chicos.

—Podrá estarlo muy en breve.

—¡Diablo, diablo, diablo! ¿usted cree que tiene una tisis, unatisis?—(*tiziz* pronunciaba Perico.)

—No digo tanto: opino que aún no se halla interesado el pulmón, pero enel momento menos pensado la sangre se agolpa allí, la congestiónsobreviene, y... a cada instante se dan casos de ese género. Hay en ellaun terrible empobrecimiento de la sangre: está con el pulso de un pollo:hay además una sobreexcitación nerviosa que se acentúa periódicamente, yuna honda perturbación gástrica.... Si valiese mi parecer, aprovecharíanustedes el otoño para tomar unas aguas....

—¿Panticosa, Panticosa?

—En este caso tengo, por preferibles los manantiales ferruginosos deVichy.... La anemia es el primer enemigo que hay que combatir, y laindicación gástrica está también atendida en esas aguas.... En segundotérmino, Aguas-Buenas o Puertollano... pero no se descuide usted: enesta quincena ha perdido terreno, y la alopecia y el sudar son síntomasmuy característicos....

Y como Perico se retirase cabizbajo, añadió el doctor:

—Sobre todo pocas excitaciones... nada de bailar, ni de nadar... reposomoral... ni música, ni novelas.... Las aldeanas que padecen el mal de suhermana de usted se curan con agua, donde echan un manojo de clavos, oescoria de fragua.... La civilización hace artificioso todo: si quieresanar, que no trasnoche, que no ande en funciones... el corsé flojo, lostacones anchos....

—Sí, sí, pide peras al olmo, al olmo—ceceaba Perico por lo bajo—.Cualquier día se pone mi señora hermana un alfiler menos, un alfilermenos, aunque se la lleve pateta.

Cuando Pilar supo la decisión del Esculapio, colgárse del cuello dePerico, en un arranque de amor fraternal no manifestado hasta entonces.Hizo mil monerías felinas, se volvió dulce, obediente, prudentísima entodo, prometiendo cuanto se le exigía y más aún.

—Periquín, reprecioso, anda, mono, ¿verdad que me llevas? Anda, di quesí, bobo, anda. ¡Si vales tú más que todas las cosas! Anda, ¿quéPuertollano ni qué...? Vamos a Francia, ¡qué gusto,

señor! ¡parecementira! ¡Qué dirán cuando lo sepan Visitación y las de Lomillos! No, yaves tú, cuando el médico lo dice, hay que hacerlo.... ¿Qué te voy aestorbar siempre cosida a ti? Hombre, yo encontraré amigas: ¿no ha deestar allí nadie conocido? Yo me ingeniaré, verás. Voy a hacerme untraje de tela cruda, que hasta allí.... Bueno, bueno, hombre, no tepongas hecho una sierpe.... Si ya sé que tengo que guardar método, yacostarme temprano... a las ocho con las gallinitas: ¿qué más pides?¡Ay, qué rico hermano me dio Dios! ¡Así todas se me mueren por él!

—¿Si pensarás, si pensarás tú que me la das con tus lagoterías? Anda,déjame en paz... te llevo porque es preciso, preciso, si no ¿quién teaguanta en invierno? Pero a ver cómo somos formales, formales... o tequemo esos moños malditos... al fin nunca vas sino hecha una cursi, unacursi....

Devoró la injuria Pilar, como devoraría en tales circunstancias otra másfuerte aún, y sólo pensó en el elegante viaje que con tanto lucimientocoronaba sus expediciones veraniegas. Gonzalvo padre, que amén de lajubilación no carecía de bienes, aflojó los cordones de la bolsa, no sinrecomendar la parsimonia y economía a su hija: en los asuntos de Pericono se metía nunca, pasábale una pensión mensual, y hacía como si noviese que Perico, recibiendo como uno, gastaba como diez, la daba depríncipe y jamás pedía aumento de sueldo.

Con esto, los dos hermanos salieron en triunfo del Sardinero paraFrancia y detuviéronse en Bayona, en el hotel de San Esteban, dondetuvimos la honra de conocerles. Vio el cielo abierto Perico cuando supoque Miranda y su mujer seguían a Vichy, y comprendió que Lucía era lapersona más a propósito para relevarle en acompañar a Pilar, y aún parahacer de enfermera en caso de necesidad. Desde luego fomentó el trato delas dos, y concertaron salir reunidos para Vichy.

Las noticias dadas por su hermano acerca de Lucía y Miranda lograronaguzar singularmente la hambrienta curiosidad de la anémica, y su olfatofino percibía no sé qué emanaciones novelescas en los sucesos acaecidosal matrimonio. El hermano y la hermana habían conferenciado largamenteacerca del asunto, a medias palabras, atreviéndose a veces a lanzar unaexpresión más viva y cruda, riéndose entrambos. Era uno de los gocesmayores de Lucía las conversaciones que a veces pasaba con Perico cuandoél se dignaba tratarla, no como a una chiquilla, sino como a mujerhecha, y le comunicaba detalles, anécdotas y sucesos de lo que por loregular no llegan a oídos de las doncellitas educadas con ciertaseveridad y recato. Perico y su hermana, no muy tiernos y afectuososentre sí, se entendían a maravilla en el terreno de las picardigüelas, ya veces la hermana completaba la frase picante, detenida en labios delhermano por unas miajas de la reserva que inspira la mujer aún al hombremenos capaz de tenerla. Experimentaba Pilar malsana fruición en recorreraspectos del cosmorama de la vida, donde nunca fijaban sus ojos lashijas de los grandes de España por ella tan envidiadas, y que, porentonces, viviendo en la claustral atmósfera de sus palacios, vigiladassiempre por la institutriz rígida, llevan en la frente, a losveinticinco años, el sello de su altiva inocencia.

—Pues yo—decía Perico a Pilar—subí al cuarto de Artegui, porque laverdad, la verdad, me dio curiosidad cuando me dijeron que tenía unachica muy guapa, muy guapa, consigo.

—Claro que era para dar curiosidad a la mismísima estatua deMendizábal, hombre.... Ese Artegui, a quien nunca se le conoció un maltrapicheo....

—No, si es un raro, un raro. Riquísimo, y hace vida de fraile. Si yotuviese sus onzas, sus onzas.... ¡ole con ole!

—Pero di, ¿y te parece a ti, que no hay gato encerrado en lo de Arteguiy Lucía?

—¡Pch! no—silbó Perico, que a diferencia de su hermana, no eramaldiciente, sino cuando se irritaba contra alguno—. Ese Artegui tienesangre de horchata, de horchata, y estoy segurísimo de que ni esto, niesto le ha dicho. (Y chasqueó la uña del pulgar contra uno de suspaletos,)

—La verdad es que ella es una cursi destemplada.... Pero vamos acuentas, Periquín: ¿no me dijiste tú que se quedó muy triste, y todaturulata, cuando él se fue y entró Miranda después?

—Pero ponte en el caso, ponte en el caso.... Miranda parecía la estampade la herejía....

—No, no quisiera verme en el caso—exclamó Pilar riendo a carcajadas.

—Luego el muy papanatas, hizo lo que todos los gallos, lo que todos losgallos que están de mal humor...—siguió Perico riendo a su vez—. Sihabía de ponerse agradable, de decirle algo a la pobre chica... le soltóuna filípica como para ella sola, para ella sola, porque no se habíavuelto a Miranda de Ebro, de Ebro, a cuidarle la pata desencolada...También sólo a él se le ocurre desmayarse por una torcedura, y notelegrafiar a su mujer avisándola.... Y le preguntó con un aire trágico,trágico: «¿dónde anda tu solícito acompañante?» Estaba el hombrecelestial.

—¿Ves? Pues tiene celos el marido. Lo decía yo.... Si tú eres uninocentón.

—¡Hija, hija, hija! ¡Cualquiera me la pega a mí, a mí, en esascuestiones! Te digo, te digo, que no tenían nada Artegui y Lucía, yLucía....

Ahora mismo apuesto cuatro onzas, cuatro onzas....

—Pues yo—recalcó Pilar con su insistencia de enfermo lúcido—, aseguroque lo que es ella... ella... a él no le he visto, que si le viese,sabría.... Pero ella... cada suspiro le oí... y esos no son por Miranda.Está a veces tan pensativa.. aunque otras se alegra y ríe, y es unachiquilla....

—¡Bah, bah, bah! no digo yo que a ella, allá en sus adentros, susadentros... pero tú no entiendes de esto... yo te afirmo que lo que estener, no han tenido nada, nada... si sabré yo....

—Y yo también...—afirmó cínicamente Pilar—. Bueno, los dosacertamos... no hubo nada... pero está.... ¿cómo dicen de las palomas enel tiro? Tocada en el ala.

—¡Bah! ¡Bah!—silbó de nuevo Perico, indicando su desdén hacia todosentimentalismo, ensueño o análoga nimiedad amorosa—. Eso no vale nada,nada... como no le esperen a Miranda peores ratos... tiene bemoles,bemoles, eso de torcerse una pata, y esperarse dos días a que laenderecen, enderecen... dejando a su novia andar por esos mundos.... Esdivino, divino. Lo que le carga a él, es que se sepa, que se sepa... yole doy cada solo....

—No, mira, no le enfades.... Ya sabes que nos vinieron como llovidosdel cielo....

—No te ocupes, hija, no te ocupes.... Si lo cierto es que Miranda novive, no vive sin mí, porque se aburre, se aburre, y sólo yo le quito elesplín, el esplín, el esplín, hablándole de sus conquistas.... Y estáhecho una plasta.... Falta le hace beberse medio Vichy... meterse ahoraen floreos, a su edad, a su edad....

No era aburrimiento lo que tenía Miranda: era su mal del hígado,furiosamente exacerbado con el despecho de la ridícula aventura quecortó el viaje de novios. Sus sienes verdeaban, sus ojeras

se teñían dematices amoratados, la bilis se infiltraba bajo la piel, y así como unacasa nueva hace parecer más vetustas las que están a su lado, así lalozana juventud de Lucía acentuaba el deterioro del marido. Verificábaseen Lucía la encantadora transición de niña a mujer; sus movimientos, máslentos y reposados, tenían mayor gracia; al paso que en él, la madurezse trocaba en vejez, más bien que por los años, por la ruina de laorganización. Mostrábase Lucía con él tanto más afectuosa, cuanto más leveía roído por los achaques, y cuanto más notaba en su rostro lashuellas del padecimiento cruel. No la arredraban ciertos despegos,ciertas durezas inexplicables de Miranda; servíale piadosa yfilialmente, hablábale con dulzura, hacíale ella misma los remedios y levendaba el pie lastimado, con la devoción con que vestiría a una santaimagen. Era feliz y hasta se conmovía, cuando él hallaba bien colocadoel apósito. Al fin Miranda pudo andar sin riesgo. Las lujaciones duranpoco, aunque en la edad de Miranda sean más tenaces. Diéronle de alta, ytodos se dispusieron a tomar la ruta de Vichy. La estación adelantaba:estaban casi a mediados de Septiembre, y esperar más era exponerse a laspersistentes lluvias de aquel clima. Por encargo de Miranda el ama delhotel escribió a la villa termal, encargando hospedaje. Con verbosidadenteramente francesa convenció a Miranda y a Perico de que debíanalojarse en un *chalet*, por evitar a las damas la enojosa promiscuidadde la mesa redonda de hotel, y para que se encontrasen como en su propiacasa. Repartido entre las dos familias, no sería exorbitante el coste ylas ventajas muchas. Conviniéronse en ello, y Miranda hubo de pedir lacuenta del gasto hecho en el hotel, que le trajeron escrita en casiindescifrables garrapatos. Cuando logró entenderlos llamó al ama.

—Aquí—dijo apoyando el dedo sobre las patas de mosca—hay un error; seequivoca usted en contra suya. A la señora le pone usted los mismos díasde estancia que a mí, y en realidad tiene dos más.

—Dos más... contestó el ama reflexionando.

—Sí, señora; ¿no llegó dos días antes?

—¡Ah! tiene el señor razón... pero es que *Monsieur* Artegui, los dejópagados.

Lucía, que a la sazón doblaba algunas prendas de ropa para colocarlas ensu baúl, volvió repentinamente la cabeza, como ave al reclamo. Susmejillas estaban encendidas.

—¡Pagados!—repitió Miranda, en cuya pupila mortecina y térrea seencendió breve chispa—. ¡Pagados! ¿Y con qué derecho, señora? Quisierasaberlo.

—Señor, eso no me concierne... (*ce n'est pas mon affaire*)—exclamó lafondista, acudiendo, para mejor explicarse, a su idioma natal—. Yorecibo viajeros, ¿no es eso? Viene una dama con un caballero, ¿no eseso? Me paga la estancia de esa dama al marcharse, y yo no le preguntosi tiene o no derecho para pagar, ¿no es eso? Él paga, y basta (*voilátout*).

—Pues—pronunció Miranda, alzando la voz—lo de la señora lo pago yo, ynada más; y usted me hará merced de girar una letra a... ese señor,devolviéndole lo cobrado.

—El señor será bastante amable de dispensarme...—protestó la fondista,despedazando sin compasión, en su aturdimiento, la sintaxiscastellana—. Yo me rehúso a lo que el señor propone, yo soyverdaderamente desolada, pero esto, no se hace, esto no se hizo jamás ennuestras casas.... Sería una falta, una grave falta, Monsieur Arteguitendría razón de quejarse.... Yo demando bien perdón al señor....

—Váyase usted al demonio—contestó en castizo castellano Miranda,volviendo las espaldas a su interlocutora, y olvidando, como solía, suspostizas finuras de salón ante la herida de su amor propio.

Lucía aun vendó aquella noche el pie, casi sano ya, de Miranda. Hízolocon el tino y delicadeza que acostumbraba; pero al apoyar en su rodillala planta de su marido para mejor poder colocar la compresa y ceñir lastiras de goma elástica a la articulación, no sonreía como las demásveces. Silenciosa llenó el caritativo deber, y al levantarse del suelo,exhaló leve suspiro, como el que desahoga, cumplida alguna tarea de quecuerpo y espíritu por igual recibieron cansancio.

-IX-

El *chalet* alquilado en Vichy por las dos familias, Miranda y Gonzalvo,llevaba el poético letrero de *Chalet de las Rosas*. A fin de justificarel nombre, sin duda, corrían por todos sus calados balaústres airososfestones de rosal enredadera, al extremo de cuyas ramas oscilaban lascabecitas lánguidas de las últimas rosas de la estación. Habíalas colorbarquillo bajo, realzadas por la nota de fuego de las bengalas, y lasrosas enanas, de matiz de carne, parecían rostros microscópicos, quemiraban curiosos a las vidrieras del *chalet*. En el jardinete, ante elperistilo, era una gentil confusión de rosas de todos los tonos ytamaños. Las *Maimaison* descollaban rosadas y turgentes, como unhermoso seno; las té se deshacían, dejando pender sus desmayadospétalos; las de Alejandría, erguidas y elegantes, vertían su copa deesencia embriagadora; las musgosas reían irónicas con sus labios decarmín, al través de una barba tupida y verde; las albas desafiaban a lanieve con su fría y cándida belleza, con su rigidez púdica de flores debatista. Y entre sus lindas hermanas, la exótica viridiflora ocultabasus capullos glaucos, como avergonzándose del extraño color alagartadode sus flores de su fealdad de planta rara, interesante tan sólo para elbotánico.

Tenía el *chalet* los dos pisos de rigor; el entresuelo repartido encomedor, cocina, salita y un angosto recibimiento; el principal dedicadoa dormitorios y cuartos de aseo. A la altura del principal corría unabalconada, calada como finísimo encaje, que se repetía en el entresuelo,cubierta casi por las enredaderas. Delgada verja de hierro aislaba el*chalet* por la parte que daba a la vía pública, avenida plantada deárboles; por donde confinaba con otras casas y jardines, hacían el mismooficio unas breves tapias. A la entrada de la verja, sobre sendascolumnas de mármol gris, dos niños de bronce alzaban sus bracitosgordezuelos para sostener una bomba de cristal mate, que protegía unmechero de gas. Comprendíase a primera vista que el *chalet*, con susdelgadas paredes de madera, mal defendería a sus habitantes del frío delinvierno y los calores del verano; pero en la estación de otoño,templada y benigna, aquella caprichosa construcción, orlada de franjasde menuda crestería, trabajada como un juguete de sobremesa, engalanadade fresca guirnalda de rosales, era el albergue más coquetón y donosoque puede imaginar la mente, el nido más adecuado para una pareja deenamoradas tórtolas. Yo siento tener que dar a tan lindos edificios, queen Vichy abundan, el nombre extranjerizo de *chalet*; pero ¿qué hacer sien castellano no hay vocablo correspondiente? Lo que aquí denominamoschoza, cabaña o casa rústica, no significa en modo alguno lo que todo elmundo entiende por *chalet*, que es una concepción arquitectónicapeculiar a los valles helvéticos, donde

el arte, inspirándose en laNaturaleza, reprodujo las formas de los alerces y pinabetes, y losdelicados arabescos del hielo y la escarcha, bien como los egipciostomaron de la flor del loto los capiteles de sus pilones, En Vichy los*chalets* se construyen con el exclusivo objeto de alquilarlosamueblados a los extranjeros. La conserje del *chalet* se encarga delgobierno de casa, de la compra y aun de guisar: el conserje atiende a lalimpieza, corta las ramas del jardinete, guía las enredaderas, barre lascalles enarenadas, sirve a la mesa y abre la puerta. Instaláronse, pues,los Miranda y los Gonzalvo si más cuidado que el de entregar al conserjesus abrigos de viaje y sentarse en sus respectivos puestos en elcomedor.

Aunque Lucía, y sobre todo Pilar, se sentían un tanto fatigadas dellargo trayecto en ferrocarril, no dejaron de entusiasmarse con labelleza de la morada que les deparaba el destino. El balcón, sobre todo,les parecía delicioso para hacer labor y para leer. Acordábase Pilar decuantas acuarelas, países de abanico y estampas sentimentales habíavisto, que representasen el ya trivial asunto de una joven cuya cabezaasoma por entre un marco de follaje. Lucía, a su vez, comparaba su casade León, antigua, maciza, y lóbrega, con aquella vivienda, donde todoera flamante y gentil, desde los encerados relucientes pisos hasta lascortinas de cretona azul rameadas de campanillas rosa. Al otro día de lallegada, cuando Lucía saltó del lecho, fue su primer cuidado salir albalcón, de allí al jardín, recogiéndose la bata con unos alfileres parano mojarla en el húmedo piso. Halló a las rosas acabaditas de salir delbaño de rocío, tersas, muy ufanas, adornadas cada cual con su collar deperlas o de diamantes. Fue oliéndolas una por una, pasándoles los dedospor las hojas sin atreverse a cortarlas; dábale mucha lástima pensarcómo se quedaría la mata, huérfana de su flor. A aquella hora apenasolían las rosas: era más bien un aroma general de humedad y frescura,que se elevaba del césped de las plantas, y del conjunto de árbolesvecinos. Haylos en Vichy por todas partes; a la tarde, cuando Lucía yPilar recorrieron las calles de la villa termal para informarse de sutraza, lanzaron exclamaciones de contento al dar a cada instante con unasombra, una alameda, un parque. Pilar opinaba que Vichy tenía aspectoelegante; Lucía, menos entendida en elegancias y modas, gustabasencillamente de tanto verdor, de tanta Naturaleza, que reposaba susojos, moviéndola a veces a imaginar que, a despecho de sus callesconcurridas, de sus tiendas brillantes, era Vichy una aldea, dispuesta apropósito para contentar sus exigencias secretas e íntimas de soledad.Aldea formada de palacios, adornada con todo el refinamiento decomodidad y lujo inteligente que caracteriza a nuestro siglo; pero alfin aldea.

A un tiempo comenzaron Pilar y Miranda la temporada termal, si bien conmétodo tan distinto como lo requería la diferencia de sus males. Mirandahubo de beber las aguas hirvientes y enérgicas de la *Reja-Grande*,sometiéndose a la vez a un complicado sistema de afusiones locales,baños y duchas, mientras la anémica absorbía a pequeñas dosis la picantelinfa, gaseosa y ferruginosa del manantial de las *Señoras*.Estableciose desde entonces una lucha perenne entre Pilar y los que laacompañaban. Eran necesarios esfuerzos heroicos para contenerla eimpedir que hiciese la vida de las bañistas del gran tono, que ocupabanel día entero en lucir trajes y divertirse. Desde este punto de vista,fue funesta a Pilar la presencia en Vichy de seis u ocho españolasconocidas que aún aprovechaban allí el fin de la estación. Era pasado yalo mejor y más brillante de ésta; las corridas, el tiro de pichón, lasgrandes excursiones en calesas y ómnibus al Borbonés, comenzadas enAgosto, concluían en los primeros días de Septiembre. Pero quedaban aúnlos conciertos en el Parque, el gran paseo por la avenida pavimentada deasfalto, las fiestas nocturnas en el Casino, el teatro, que, próximo acerrarse, se veía más concurrido cada vez. Pilar se moría por reunirse ala docena de compatriotas de distinción que revoloteaban en el

efímerotorbellino de los placeres termales. El médico de consulta a quien sehabían dirigido en Vichy, al par que recomendaba las distracciones aMiranda, prohibía severamente a la anémica todo género de excitación,encargándole mucho que procurase aprovechar el carácter semi rural de lavilla para hacer vida de campo en lo posible, acostándose con lasgallinas y madrugando con el sol. Exigía este régimen mucha constanciay, sobre todo, una persona que, continuamente al lado de la rebeldeenferma, no descuidase ni un segundo el obligarla a seguir lasprescripciones del facultativo. Ni Miranda ni Perico servían para elcaso. Miranda cubría las formas sociales exhortando a Pilar a «cuidarse»y «no hacer tonterías», todo ello dicho con el calor ficticio quemuestran los egoístas cuando se trata de la salud ajena. Perico seenojaba de ver a su hermana echando en saco roto las advertencias deldoctor, cosa que podía alargar la cura, y por ende la estancia en Vichy,pero no era capaz de vigilarla y de atender a que cumpliese las órdenesrecibidas. Decíale a veces:

—Me alegraré de que te lleven los demonios, los demonios, y de queestés este invierno color de limón seco, de limón seco.... Tú loquisiste, pues aguántalo....

La única persona que se consagró a que Pilar observase el régimensaludable, fue, pues, Lucía. Hízolo movida de la necesidad de abnegaciónque experimentan las naturalezas ricas y jóvenes, a quienes su propiaactividad tortura y han menester encaminarla a algún fin, y del instintoque impulsa a dar de comer al animal a quien todos descuidan, o a cogerde la mano al niño abandonado en la calle. Al alcance de Lucía sóloestaba Pilar, y en Pilar puso sus afectos. Perico Gonzalvo nosimpatizaba con Lucía, encontrándola muy provinciana y muy poco mujer encuanto a las artes de agradar. Miranda, ya un tanto rejuvenecido por losfavorables efectos de la primer semana de aguas, se iba con Perico alCasino, al Parque, enderezando la espina dorsal y retorciéndose otra vezlos bigotes. Quedaban pues frente a frente las dos mujeres. Lucía sesujetaba en todo al método de la enferma. A las seis dejaba pasito ellecho conyugal y se iba a despertar a la anémica, a fin de que elprolongado sueño no le causase peligrosos sudores. Sacabala presto albalcón del piso bajo, a respirar el aire puro de la mañanita, y gozabanambas del amanecer campesino, que parecía sacudir a Vichy,estremeciéndole con una especie de anhelo madrugador. Comenzaba muytemprano la vida cotidiana en la villa termal, porque los habitantes,hosteleros de oficio casi todos durante la estación de aguas, tenían queir a la compra y apercibirse a dar el almuerzo a sus huéspedes cuandoéstos volviesen de beber el primer vaso. Por lo regular, aparecía elalba un tanto envuelta en crespones grises, y las copas de los grandesárboles susurraban al cruzarlas el airecillo retozón. Pasaba algúnobrero, larga la barba, mal lavado y huraño el semblante, renqueando,soñoliento, el espinazo arqueado aún por la curvatura del sueño de plomoa que se entregaran la víspera sus miembros exhaustos. Las criadas deservir, con el cesto al brazo, ancho mandil de tela gris o azul, pelobien alisado—como de mujer que sólo dispone en el día de diez minutospara el tocador y los aprovecha—, iban con paso ligero, temerosas deque se les hiciese tarde. Los quintos salían de un cuartel próximo,derechos, muy abotonados de uniforme, las orejas coloradas con tantofrotárselas en las abluciones matinales, el cogote afeitado al rape, lasmanos en los bolsillos del pantalón, silbando alguna tonada. Unavejezuela, con su gorra muy blanca y limpia, remangado el traje, barríacon esmero las hojas secas esparcidas por la acera de asfalto; seguíalaun faldero que olfateaba como desorientado cada montón de hojas reunidopor la escoba diligente. Carros se velan muchísimos y de todas formas ydimensiones, y entreteníase Lucía en observarlos y compararlos. Algunos,montados en dos enormes ruedas, iban tirados por un asnillo deimpacientes orejas, y guiados por mujeres de rostro duro y curtido, quellevaban el clásico sombrero borbonés, especie

de esportilla de paja condos cintas de terciopelo negro cruzadas por la copa: eran carros delechera: en la zaga, una fila de cántaros de hojalata encerraba lamercancía. Las carretas de transportar tierra y cal eran más bastas ylas movía un forzudo percherón, cuyos jaeces adornaban flecos de lanaroja. Al ir de vacío rodaban con cierta dejadez, y al volver cargados,el conductor manejaba la fusta, el caballo trotaba animosamente yrepiqueteaban las campanillas de la frontalera. Si hacía sol, Lucía yPilar bajaban al jardinete y pegaban el rostro a los hierros de laverja; pero en las mañanas lluviosas quedábanse en el balcón, protegidaspor los voladizos del *chalet*, y escuchando el rumor de las gotas delluvia, cayendo aprisa, aprisa, con menudo ruido de bombardeo, sobre lashojas de los plátanos, que crujían como la seda al arrugarse.

Mas el tiempo se empeñó en festejar a las viajeras, y poco después de sullegada a Vichy brindoles los más espléndidos y apacibles días quequepan en otoño, estación de serenidad, sobre todo cuando comienza.

Despejada y clara la atmósfera, el calor benigno, las plantas en laplenitud de su coloración y riqueza, las tardes entrelargas y lasmañanas alegres, aprovechose Lucía de tan buenas circunstancias pararesolver a Pilar a salir al campo, según lo dispuesto por el doctor.Entraba en la medicación el que Pilar anduvíese a lomos de borrico, afin de que el trotecillo desigual le sirviera de ejercicio moviendo susangre, sin causarle fatiga; y aunque la enferma aborrecía con toda sualma semejante cabalgadura, y hasta salir del pueblo iba a pie a costade arrastrarse trabajosamente, consentía en montar, apenas se hallabafuera de poblado. El sacudimiento la agitaba, y sonroseábanse unasmiajas sus mejillas. Lucía hallaba en ello ocasión de bromas.

—¿Ves cómo es bueno montar en caballos briosos? Estás muy reguapa:pareces otra: mira, para hacer una conquista, no tenías más que darteuna vueltecita así, por delante del Casino, cuando está tocando laorquesta.

—¡Qué horror!—exclamaba la anémica dando un grito—. Si me viesen lasde Amézaga.... ¡ellas, que nunca van sino en charabán o en milor!

Dirigíanse las dos amigas, ya hacia la *Montaña Verde*, ya hacia elcamino de *las Señoras* o hacia el manantial intermitente de Vesse. La*Montaña Verde* es el punto más elevado de las inmediaciones de Vichy.Está la montañuela cubierta de vegetación, pero de vegetación baja, aflor de tierra, de suerte que, vista de lejos, se les figuraba cabeza degigante con cabellera corta y espesísima. Ya en la cúspide, subían almirador y manejaban el gran anteojo, registrando el inmenso panorama quese extendía en torno. Las suaves laderas, tapizadas de viñas, bajabanhasta el Allier, que culebreaba a lo lejos como enorme sierpe azul. Enlontananza, la cadena del Forez erguía sus mamelones donde la nieverefulgía cual una caperuza de plata; los gigantes de Auvernia, vaporososy grises, parecían fantasmas de neblina; el castillo de Borbón Bussetsurgía de las brumas con sus torreones señoriales, avergonzando alpacifico palacio de Randán, con todo el desdén de un Borbón legítimohacia la rama degenerada de los Orleáns. El camino de *las Señoras* erala excursión favorita de Lucía. Estrecha vereda, sombreada por espesosárboles, sigue dócil el curso del Sichón, deteniéndose cuando al río sele antoja formar un remanso y torciéndose en graciosas curvas como latranquila corriente. A cada paso corta la monotonía de las hileras dechopos y negrillos algún accidente pintoresco: ya un lavadero, ya unacasita que remoja los pies en el río, ya una presa, ya un molino, ya unacharca de patos. El molino, en particular, parecía dispuesto por unpintor efectista para algún lienzo de naturaleza perfeccionada. Vetusto,comido de húmeda y verdegueante lepra, sustentado en postes de maderaque iba

pudriendo el agua, brillaba sobre el edificio la rueda, como elojo disforme sobre la morena y rugosa frente de un cíclope. Erandestellos de la enorme pupila las gotas de refulgente argentería líquidaque saltaban de rayo a rayo, a cada vuelta; y el quejido penoso que lapesada rueda exhalaba al girar, completaba el símil, remedando el hálitodel monstruo. Un puente lanzado con osadía sobre el mismo arco de lacatarata que formaba la presa dejaba ver, al través de su tablazón maljunta, el agua espumante y rugiente. En la presa bogaban con pachorrahasta media docena de patos, e infinitos gorriones revolaban en el aleroirregular del tejado, mientras en el obscuro agujero de una de lasdesiguales ventanas florecía un tiesto de petunias. Quedábase Lucíamuchos ratos mirando al molino, sentada en el ribazo opuesto, arrulladapor el ronquido cadencioso de la rueda y por el blando chapaleteo delagua batida. Pilar prefería el manantial intermitente que leproporcionaba las emociones de que era tan ávido su endeble organismo.Llegábase al manantial por un ameno sendero; ya desde el puente se cogíabella perspectiva. El Allier es vasto y caudaloso, pero muy mermado a lasazón por los calores estivales; sólo en los puntos más anchos del caucellevaba agua, y el resto descubría el álveo formado de arena enprolongadas zonas blancas. A lo más rápido de la corriente, obscurospeñascos se interponían, originando otros tantos remolinos; saltaba elagua, espumaba un punto colérica, y después seguía mansa y sesga como decostumbre. En lontananza se descubría extensa vega. Dilatadas praderías,donde pacían vacas y borregos, estaban limitadas al término delhorizonte por una línea de chopos verde pálido, muy rectos y agudos, ala manera de los árboles contrahechos de las cajas de juguetes; losmimbrales, en cambio, eran rechonchos y panzones, como bolas de verdorsombrío rodantes por la pradera. Completaba la lejanía la cima de la*Montaña Verde*, recortándose sobre el cielo con cierta dureza depaisaje flamenco en sus contornos exactos y marcados, de un verdeobscuro límpido. A la margen del río se veía bajar y subir el brazoderecho de las lavanderas, como miembro de marioneta movido porresortes, y se oía el plas acompasado de la paleta con que azotaban laropa. Por el agrio talud de la ribera ascendían lentos carros cargadosde arena y casquijo, y cruzaban después el puente, bañado en sudor eltiro, muy despacio, sonando a largos intervalos las campanillas. Pasabanlas aldeanas auvernesas, vestidas de colores apagados, la esportilla depaja puesta sobre la blanca escofieta, conduciendo sus vacas, cuyosubres henchidos de leche se columpiaban al andar, y que, posando unamirada triste en los transeúntes, solían pegar una huida de costado, untrote de diez segundos, tras de lo cual recobraban la resignación de supaso grave. En la esquina del puente, un pobre, decentemente vestido ycon trazas de militar, pedía limosna con sólo una inflexión suplicantede la voz y un doliente fruncimiento de cejas.

Conforme dejaban atrás el puente, llegando a internarse en la frondosaalameda que a Vesse conduce, dilatábasele el corazón a Lucía, creyendohallarse de veras en el campo. Estaban allí los árboles menossimétricos, limpios y derechos que en Vichy; más desigual el suelo de laruta; más virgen la hierba de los linderos; menos barnizadas, pulidas yflamantes las quintas y hoteles que ambos lados del camino guarnecían.Ninguna mano celosa barriera las hojas secas que hacían natural y blancaalfombra, ni los parches de boñiga de vaca caídos a trechos comodescomunales obleas negras. De tiempo en tiempo veíase algún cobertizo,en cuya sombra relucían los aperos de labranza y el rústico y potenteolor de la fecunda tierra labradía penetraba en los pulmones, sano yfuerte como las robustas hortalizas que vegetaban en los huertospróximos. Corta distancia había desde el puente al manantialintermitente. Cruzaban el zaguán de la casita, entraban en el jardín yse dirigían al cenador cubierto de viña virgen, que el pilónresguardaba. Hallábase el pilón vacío, y el tubo de bronce del surtidorno despedía ni gota de agua. Pero Pilar sabía de antemano la hora delsingular fenómeno, y calculaba con exactitud. El tiempo que tardaba

enpresentarse estábase ella inclinada sobre el pilón, palpitante, muda,haciendo un embudo al oído con la diestra.

—Ya viene: lo he sentido, ya silbó—decía Lucía como si de algún dragónse tratase.

—Verás cómo no viene por cinco minutos—respondía con seguridad Pilar.

—Te digo que sí, mujer... si ya borbotea.

—¿A ver? No, no. Es el ruido del viento que sacude los arbustos. Tú vesvisiones.

Seguíase breve pausa y completo silencio. Una espera trágica.

—¡Chist! Ahora, ahora—gritaba la anémica palmoteando—. ¡Ahora sí queviene! ¡Y con alma!

En efecto, oíase un borboteo extraño, después un silbido agudo, y unchorro de agua hirviente, que despedía intolerable olor sulfuroso, selanzaba, espumante, recto y rápido, hasta la cúpula misma del altocenador. Vaho espeso cubría el pilón, enturbiando la atmósfera, queapestaban las emanaciones del azufre. Así ascendía impetuoso el raudalhasta que comenzaba a menguar su fuerza. Entonces la furia de laimpotencia le hacía dar saltos desiguales, convulsiones de epiléptico enque se torcía irritado, espumarajeando, con desesperada proyección alfin, caía domado y exánime, despidiendo sólo a intervalos un escasochorro, separado por largos espacios, como las llamaradas postrimeras dela luz que se extingue. Terminaba su agonía con dos o tres hipos delsurtidor, a cuyo orificio se asomaba el chorro, sin conseguir lanzarsefuera. No volvería ya el manantial a correr en diez horas lo menos.

Disputaban frecuentemente Lucía y Pilar sobre la conclusión delfenómeno, como sobre su comienzo.

—Ya paró. Va a dormir. Buenas noches, caballero—exclamaba Lucíasaludándole con la mano.

—¡No, mujer, quia! Aún ha de asomar tres o cuatro veces las narices.

—Qué, si no puede.

—Que sí puede. Verás tú si todavía echa unas *salivillas*, como dice elasistente de un primo mío artillero. ¡Chist! Oye, oye cómo aún ronca.Una, dos, tres.... Ahora escupe.

—Cuatro, cinco, seis... vaya, ya no vuelve; está el pobre muy cansado.

—Ahora no: ya dio las boqueadas.

A la vuelta solían las amigas hallar el puente más animado que a la ida.Era el momento en que tornaba de sus expediciones campestres la gente deVichy y los bañistas, y abundaban los jinetes, llevando sus monturas alpaso, luciendo los pantalones de punto y las abrochadas polainas, sobrelas cuales relucía la nota brillante del estribo y del espolín. Algúnsociable, semejante a ligera canoa, corría arrastrado por su gallardotronco de jacas bien iguales, bien lustrosas de pelo y lucias de cascos,y ufano de su elegante tripulación; entreveíanse un instante anchaspamelas de paja muy florecidas de filas y amapolas, trajes claros,encajes y cintas, sombrillas de percal de gayos colorines, rostrosalegres, con la alegría del buen tono, que está siempre a diapasón

másbajo que la de la gente llana. Esta gozaban los expedicionarios de apie, en su mayor parte familias felices, que ostentaban satisfechas lalibrea de la áurea mediocridad, y aun de la sencilla pobreza: el padre,obeso, cano, rubicundo, redingote gris o marrón, al hombro larguísimacaña de pescar; la hija, vestido de lana obscura, sombrerillo de negrapaja con una sola flor, en la izquierda el cestito de los anzuelos ydemás enseres piscatorios, y llevando de la diestra al hermanito, aquien pantalones y chaqueta quedaron ya muy cortos, y que luce la cañade las botinas, y levanta orgulloso el cubo donde flotan los simplespeces víctimas del mortífero pasatiempo de su padre.

Tanto agradaban a Lucía el puente y el río, que a propósito andabadespacio al pasarlos. La cortina de verdor del parque nuevo se tendíaante su vista. Un tiempo fueron pantanos todo aquel hermoso jardín,hasta que los potentes diques, colocados por Napoleón III para evitar lainundación que seguía a cada crecida del Allier, y el saneamiento delterreno, lo habían transformado en un lugar paradisíaco. Los árbolesselectos, bien nutridos, tenían en su mayor parte tonos de felpa verde,intensos y aterciopelados; pero algunos amarilleando ya, se encendían alsol poniente como pirámides de filigrana de oro. Otros eran rojizos, deun rojo teja, que en las partes heridas por el sol se hacía carmín. Laanémica solía manifestar, al volver del paseo, el capricho de ir un ratoa sentarse en los bancos del parque. Por lo regular, allí había gente, yalguno de los españoles de la colonia, conocidos de Perico o de Miranda,hacíase acaso el encontradizo, y las saludaba y dirigía algunas frasesde ritual. A veces se aparecían también, a guisa de sorprendentescometas, las ricas cubanas de Amézaga, con sus sombrerosextraordinarios, sus sombrillas monumentales y sus atavíos caprichosos,destilados siempre a la quinta esencia de la moda. Pilar las distinguíade cien leguas, por sus famosos sombreros, imposibles de confundir conotro tocado alguno. Eran como dos budineras grandes, cubiertas todas definísimas y menudas plumas encarnadas: un pájaro natural, una especie defaisán disecado con primor, contorneaba el ala, torciéndose con gracia aun lado de la cabeza. Tan singular adorno, semi-indostánico sentaba biena la palidez tropical y a los ojos de fuego de las dos cubanitas. Cuandose aproximaban, Lucía daba un codazo a Pilar, diciéndole sin asomo demalicia:

—Mira... ahí vienen los pajarracos de esas amigas tuyas.

La presencia de las Amézagas, como les llamaba Perico, determinabasiempre en Pilar una especie de fiebrecilla que la dejaba postradadespués para dos horas. Al divisarlas a lo lejos, se componíainstintivamente el pelo, sacaba el pie calzado con zapatito Luis XV detafilete, y paseaba su mano nerviosa por los morenos encajes de supañoleta, haciendo destacar la flechilla de turquesas que la prendía.Trababan conversación, y las de Amézaga hablaban como con pereza ydesdén, mirando al cielo o a los transeúntes, e hiriendo la arena con elcuento de las sombrillas. Respuestas cortas e indolentes «hija, quéquieres»; y «estuvo magnífico», «gente, como nunca»; «pues ya se ve queestaba la sueca»; «raso crema y granadina heliotropo combinados»; «comosiempre, dedicadísimo a ella»; «sí, sí, calor»; «vaya, me alegro que lopases bien, hija»; contestaban a las afanosas preguntas de Pilar. Luegose alejaban las cubanas, con carcajadillas discretas, con mediaspalabras, taconeando firme y moviendo un ruge-ruge de telas frescas y deropa fina. Un cuarto de hora lo menos quedaba Pilar murmurando de laspetimetras y de alguien más también.

—¡Cada día más exageradas y más estrepitosas! Vamos, ¿te gusta a ti esetraje tan raro, con una cabeza de pájaro igual a la del sombrero, en elremate de cada frunce? Parecen un escaparate del Museo de HistoriaNatural.... ¡Hasta en el abanico una cabeza de pájaro! No se concibe

queWorth haya ideado ese mamarracho.... Yo creo que los hacen en casa, conla doncella, y después dicen que se los mandó Worth....

—No, si aseguran que su padre es un banquero riquísimo de la Habana....

—Sí, sí, tiene más ingenios que ingenio—pronunció Pilar repitiendo unchiste que todo el invierno había rodado por Madrid a propósito de lasAmézagas.

—Ello no cabe duda que los pájaros son un adorno bien extraño.... Yotambién tengo uno en un sombrero.

—Sí, en una toca; pero es diferente. Además, una señora casada puedepermitirse ciertas cosas, que en el traje de las solteras....

—Por eso hizo bien Perico en no comprarte aquel abrigo bordado decuentas de colores que se te antojó. Era muy llamativo.

—No hay nada de eso... era distinguidísimo.... ¿qué entiendes tú deesas cosas?

—Yo, nada—respondía Lucía risueña.

—¡El traje de la sueca sí que sería bonito... crema y heliotropo! ¡megusta la combinación!... ¡Pero qué escándalo está dando con Albares...un hombre casado! Buena necesidad que tendrán los dos de las aguas....

—Mujer, yo le oí decir a tu hermano que ella no le hace maldito elcaso.

—¡Bah!, no parece sino que no están dando un cuarto al pregonero desdeque llegaron. Albares es un tonto, forrado de lo mismo, que se muere porapariencias.... El caso es que todo el mundo en Vichy habla de ellos.

Lucía se quedaba pensativa, fija la pupila en las canastillas de floresdel parque, que parecían medallones de esmalte prendidos en una falda deraso verde. Formábanlas diversas variedades de colios; los del centrotenían hojas lanceoladas y brillantes, de un morado obscuro, rojopúrpura, rojo ladrillo, rojo de cresta de pavo, rojo rosa. Al borde, unahilera de *ruinas de Italia* destacaba sus medallitas azuladas sobre elverde campesino, gayo, húmedo, de la hierba. Los alerces y los pinoslárices formaban en algún rincón del parque un grupo nemoroso, suizo,dejando caer sus mil brazos desmadejados, hasta besar lánguidamente elsuelo. Las catalpas, majestuosas, filtraban entre su claro follaje losúltimos rayos del poniente, y manchillas movedizas y prolongadas de orodanzaban a trechos sobre la fina arena de la avenida. Era unrecogimiento de iglesia, impregnado de misterio, un silencio grave,poético, solemne, y parecía sacrilegio turbarlo con una frase o unademán.

Los paseantes comenzaban a retirarse, y el leve crujido de la arenarevelaba sus pasos lejanos. Pero ambas amigas acostumbraban, como sueledecirse, llevarse las llaves del parque, porque justamente a la puestadel sol era cuando Lucía lo encontraba más hermoso, en aquellamelancólica estación otoñal. Bajos ya y moribundos los rayos solares,caían casi horizontalmente sobre los pradillos de hierba, inflamándolosen tonos ardientes como de oro en fusión. Los obscuros conos del alercecortaban este océano de luz, en el cual se prolongaban sus sombras.Deshojábanse los plátanos y castaños de Indias, y de cuando en cuandocaía, con golpe seco y mate, algún erizo, que, abriéndose, dejaba rodarla reluciente castaña. En las grandes

canastillas, que se destacabansobre el fondo de césped, las pálidas eglantinas, a la menor brisaotoñal, soltaban sus frágiles pétalos, las verbenas se arrastrabanlánguidas, como cansadas de vivir, descomponiendo con sus caprichosostallos la forma oval del macizo; los ageratos se erguían, todos llovidosde estrellas azules y los peregrinos colios lucían sus exóticos matices,sus coloraciones metálicas y sus hojas atigradas, semejantes a escamasde reptil, ya blancas con manchas negras, ya verdes con vetas carne, yaamaranto obscuro cebradas de rosa cobrizo. Profundo estremecimiento,precursor del invierno, atravesaba por la Naturaleza toda, y dijéraseque antes de morir, quería vestirse sus más ricas galas: así la viñavirgen tenía tan espléndido traje de púrpura, y el álamo blanco elevabacon tal coquetería el penacho de cándidos airones de su copa; así lacoralina se adornaba con innumerables sartas y zarcillos de sangrientocoral, y las cinias recorrían toda la escala de los colores vivos consus festoneadas enaguas. El maíz listado sacudía su brial de seda verdey blanca a rayas, con melodioso susurro, y allá en las lindes de lapradera bañada por el sol, unos arbolillos tiernos inclinaban su jovencopa. De tal suerte mullían las hojas secas el piso de las calles, quese enterraba Lucía hasta el tobillo, con placer. El roce de su trajeproducía en ellas un ruido continuo, rápido, parecido a la respiraciónjadeante de alguien que la siguiera; y presa de pueril temor, volvía aveces el rostro atrás, riéndose al convencerse de su ilusión. Hojashabía muy diferentes entre sí: unas, obscuras, en descomposición,vueltas ya casi mantillo: otras secas, quebradizas, encogidas; otrasamarillas, o aun algo verdosas, húmedas todavía, con los jugos deltronco que las sustentara. Hacíase la alfombra más tupida al acercarse alos parajes sombríos del borde del estanque, cuya superficie rielabacomo cristal ondulado, estremeciéndose al leve paso del aura vespertina,y rizándose en mil ondas chiquitas en choque continuo las unas con lasotras.

Grandes sauces se inclinaban, llorosos y desconsolados, hacia el agua,que reproducía el blando columpiar de las ramas trémulas, entre lascuales se veía el disco del sol, y sus rayos, concentrados por aquellaespecie de cámara obscura, herían la pupila como saetas. En un remansodel estanque, enorme macizo de malangas ostentaba su vegetaciónexuberante y tropical, y sus gigantescas hojas, abiertas como abanicosde tafetán verde, se mantenían inmóviles. Cisnes, patos y ánadesbogaban, aquéllos con su acostumbrada fantástica suavidad, balanceandoel largo cuello, éstos graznando desapaciblemente, todos con rumbo a laorilla apenas Lucía y Pilar se acercaban,—en demanda de mendrugos depan, que engullían atragantándose y alzando al aire la cola—. La isletay el pino que en ella crecía lanzaban a la superficie del estanquemisteriosa sombra. Un haz de cañas se elevaba esbelto, y a su lado, lasagudas poas sacudían su escobillón de terciopelo castaño.

Regalada frescura subía del agua. Era la nota característica delpaisaje, dulce melancolía, blando adormecimiento, el reposo de la madreNaturaleza cuando, fatigada de la continua gestación del estío, seprepara al sopor invernal. Lucía había dejado de ser niña; los objetosexteriores le hablaban ya elocuentemente, y comenzaba a escucharlos; elparque la sumía en vaga contemplación. Su alma parecía desasirse delcuerpo, como se desase del tronco la hoja, y vagar como ella sin objetoni dirección, entregada a la delicia del anonadamiento, al dulzor de nosentirse existir. ¡Y cuán grata debía de ser la muerte, si parecida a lade las hojas; la muerte por desprendimiento, sin violencia,representando el paso a más bellas comarcas, el cumplimiento de algúnanhelo inexplicable, oculto, allá, en el fondo de su ser! Cuando talesideas en tropel se le venían a la mente, un pajarillo descendía de unárbol, y oíase el batir de sus alas en el aire. Andaba algún tiempo abrincos por las calles de arena rebotando en las hojas secas; alacercársele Lucía daba de pronto un voleteo yendo a posarse en la cimamás alta de las acacias rumorosas.

-X-

Solía la voz de la anémica romper el encanto.—Eh, chica.... ¿en quéestarás tú pensando? ¡Qué románticas son estas niñas criadas enprovincia!

Los ojos agudos y perspicaces de Pilar se clavaban, al decir esto, en lafisonomía de Lucía, descubriendo en ella una sombra leve, una especie develadura parda desde la frente y las sienes a las ojeras, y ciertohundimiento en las comisuras de la boca. Su curiosidad enfermiza sedespertaba, infundiéndole deseos de disecar, por solaz y pasatiempo,aquel corazón. Habíale dicho la infalible penetración mujeril muchascosas, e incapaz de contentarse con la adivinación discreta, quería laconfidencia. Era una emoción más que se brindaba a sí propia en el cursode la estación termal.

—¡Qué sé yo en qué pensaba! En nada—contestaba Lucía apelando alexpediente más vulgar y siempre más socorrido.

—Pues parece a veces que estás tristona, monísima... y no sé de qué;porque estás precisamente en lo más bonito de la luna de miel...¡Cáspita! ¡Quién como tú! Miranda es muy agradable; tiene tan buentrato, se presenta tan bien....

—Eso sí, muy bien—repitió como un eco Lucía.

—Y está chocho por ti.... ¡Vaya! ¡si eso se ve! Él anda por allí muchocon mi hermano.... Pero chica, ¿qué quieres? Así son todos loshombres... El caso es que mientras están con una gasten buen humor y lehablen con cierto mimo.... Y que no sean celosos.... No, Miranda eso síque lo tiene de bueno: celoso, no es.

Pusose Lucía color de brasa, y bajándose, cogió un puñado de hojassecas, maniobra que le sirvió para disimular su confusión. Después seentretuvo en reducirlas a polvo entre el índice y el pulgar, soplandopara aventarlo más presto.

—Y cuidado—prosiguió Pilar—que otro en su caso.... No, mira, si yofuese hombre, no sé lo que hubiera hecho... eso de que un caballeroacompañase a mi novia tantos días... así, mano a mano... y precisamentecuando....

A este golpe directo y brutal, alzó Lucía la frente, y posó en su amigala mirada cándida, pero digna y aun severa, que a veces solía chispearen sus ojos. Pilar, diestra en táctica, retrocedió para saltar mejor.

—Es verdad que conociéndote a ti... y a él, cualquiera sería tanconfiado como Miranda.... Tú, ya se sabe, una santita, un angelín deretablo... y él... él es un caballero chapado a la antigua, a pesar desus manías... más fama tiene que el Cid. ¡Ya viene de atrás! Yo leconozco mucho, hace tiempo—aseveró Pilar, que como todas las jóvenes dela clase media introducidas en la buena sociedad, tenía prurito deconocer al mundo entero.

—¿Tú... le conoces hace tiempo?—murmuró Lucía, subyugada y ofreciendoa la anémica el brazo para que se apoyase.

—Sí, mujer. Va cada año a Madrid, a veces por todo el invierno, perogeneralmente un mes o dos de primavera. De sociedad gusta poco; leconvidaron a algunas casas, porque parece que su padre, el cabecilla,era una persona distinguida de las Provincias, y está emparentado conlos Puenteancha, y con los Mijares, que son Urbietas de apellido... perose vendía tan caro, que en todas partes se andaban pereciendo portenerle.... Una vez, porque bailó un rigodón en casa de Puenteancha conIsabelita Novelda, hubo broma toda la noche... le dijeron que ya podíadomar osos y tomar a Plewna sin artillería.... Isabelita estaba máshueca que... y luego resultó que era que la Puenteancha se lo habíapedido por favor, y él le había contestado: bueno, bailaré con laprimera que encuentre... encontró a Isabelita, y zas, la invitó....Cuando se supo, ¡figúrate la tontuela de Isabelita qué cara pondría!Ella que estaba persuadida de haber hecho una conquista... se le alargóla nariz más de lo que la tiene, que no es poco.... ¡ja, ja!...

La risa de la anémica se volvió tos, una tosecilla que le rascaba lagarganta y la sofocaba, obligándola a sentarse en un banco rústico delos muchos que en el parque había. Lucía le dio blandos golpecitos enlas espaldillas, y permaneció silenciosa, no queriendo pronunciarpalabra que torciese el giro de la conversación. Sus ojos interrogaban.

—Ej... ej... te aseguro que fue un chasco famoso...—continuó Pilarcalmándose—. A la Noveldita le vendrían de perlas los cientos de milesde francos que el padre reunió para el hijo... pero ¡dicen que no legustan las mujeres!

—No le gustan...—repitió Lucía, como si aquel pronombre no pudieraaplicarse sino a una persona sobreentendida, pero no nombrada.

—Añaden que, eso sí, es un hijo como pocos... a su madre la trae enpalmas. Ella cuentan que es una señora muy fina, de la aristocraciafrancesa... muy delicaducha de salud, y aun creo que allá en susjuventudes....

La anémica se apoyó el índice en la frente, con expresivo ademán.

—Parece que el padre quiso que el chico fuese español, y trajo a sumujer a dar a luz a Ondarroa, de donde es él... le hicieron hablarcastellano siempre y vascongado con su ama de cría... me lo ha contadoPaco Mijares, que como es pariente suyo, sabe todo eso....

Lucía se bebía con avidez aquellas palabras y aquellos detalles nadaimportantes en sí.

—Tiene extravagancias y caprichos muy particulares.... Hubo un tiempoen que se le antojó trabajar, y entró en una casa de comercio....Después estudió medicina y cirugía, y tengo entendido que deja tamañitosa Rubio y a Camisón.... En Madrid se iba a los hospitales, por gusto, aestudiar.... En la guerra hizo lo mismo. ¿Sabes tú dónde me loencontraba yo a veces en Madrid? Pues en el Retiro, mirando al estanquegrande fijamente.... ¿Qué tienes, chica?

Lucía, con los ojos cerrados, mortecina la color, se recostaba en eltronco del plátano que sombreaba el banco. Cuando abrió los párpados, lasombra de sus sienes era más marcada, y su mirar vago, como de personaque vuelve en sí de un síncope.

—No sé.... Es que a veces parece que me quedo así, sin sentido.... Escomo si me arrancasen el estómago—balbució.

—«Ciertos son los toros»—pensó Pilar—; «¡bien madruga la bendición deDios!»—añadió para sí, descaradamente.

La noche se venía a más andar, un soplo helado movió el follaje; las dosdamas se abrocharon, estremeciéndose, sus abriguillos de paño café conleche, a tiempo que dos bultos negros se destacaban al fin de laavenida. Eran Miranda y Perico, que se asombraron de hallarlas allí tantarde.

—¡Bonito modo, bonito modo de curarse! ¡Demonios! ¡Si no coges unapulmonía, una pulmonía como para ti sola! Anda, loca, vente, vente.

Levantose Pilar, decaída, muriéndose, y fue a cogerse del brazo deMiranda. Perico ofreció el suyo a Lucía, cuya robustez se habíasobrepuesto ya el desfallecimiento momentáneo.

—Dudo que pueda mañana beber las aguas—dijo Lucía a su acompañante—.Estuvo hoy algo excitada... y ahora viene la reacción de cansancio....

—¿A que resucita, a que resucita si la dejo ir al Casino?

—¡Ay, Periquillo del alma!—gritó la anémica, que con su fino oído noperdía palabra—. ¿Me dejas, eh? ¿Qué daño me ha de hacer eso? Andeusted, Miranda, interceda usted por mí.

—Hombre, alguna vez.... Puede que le sirva de alivio, distrayéndola.

—No haga usted caso, Gonzalvo.... Dice el señor Duhamel que no....¿quién lo sabrá mejor, el médico o ella?

—¿Y usted?—pronunció Perico, con unos asomos de galantería a que leincitaban el anochecer, el marido caminando delante y sus inveteradasmalas mañas—. Y usted, joven y bonita como es, ¿por qué no viene alCasino? Esas galas que se mueren de risa, de risa, en los baúles mundos,estarían mejor luciéndose allí.... Vamos, anímese usted, anímese usted,y yo la traeré un ramo de camelias como el que tenía anoche la sueca.

—No quiero eclipsar a la sueca—exclamó risueña Lucía—. ¿Qué será deella si me presento yo?

—Pues aunque lo diga usted de guasa, de guasa, es la pura verdad...—yPerico bajaba traidoramente la voz—. Vale usted por diez suecas...—yen tono más alto añadió—si Juanito Albares no hiciese tanta majadería,maldito si nadie se acordaba, se acordaba de ella....

Juanito Albares, como le llamaba amistosamente Perico, era duque, grandede España dos o tres veces, marqués y conde no sé cuántas; dato que esmuy digno de ser tenido en cuenta por los biógrafos del eleganteGonzalvo.

—¿Dónde tiene usted los ojos, hombre?—exclamó Lucía con su franquezacastellana—. ¡Valor se necesita para decir eso!, es hermosísima lasueca; en cualquier parte, emboba a la gente. Más blanca es que laleche, y luego unos ojos....

—No te fíes de blancuras—intervino Pilar—. Habiendo en el mundotoalla de Venus y blanco de Paros.... Es demasiado mujerona.

—Demasiado alta—afirmó Perico como el zorro de las uvas.

—Pierda usted cuidado—decía bajito Miranda a Pilar—. Conquistaremos aese hermano fiero, e irá usted una noche al Casino: ¡no faltaba otracosa! ¿Se había usted de marchar de Vichy sin ver el teatro, y sinasistir al concierto? Eso sería inaudito.

—¡Ay, Miranda! usted es mi ángel salvador. Si no hay otro medio delograrlo, nos escapamos usted y yo una noche... un rapto... hay quehacer como en las novelas... traerá usted un corcel, me subiré a lagrupa, y, ¡hala!, que nos pillen... encerramos con llave primero aPerico y a Lucía, y allí se quedan haciendo penitencia.... ¿eh? ¿Qué leparece a usted?

Cuando llegaron ante la verja del *chalet*, cuyos mecheros de gasbrillaban ya entre la sombra de los árboles, Miranda dijo para sí:

—Ésta es más entretenida que mi mujer. Al menos dice algo, aunque seantonterías, y está de buen humor, a pesar de que tiene medio pulmón sabeDios cómo....

—Esta chica es más sosa que el agua, que el agua—pensó a su vez Pericoal separarse de Lucía.

Ínterin llegaba el esperado día de asistir a la fiesta nocturna, Pilarse acostumbró a pasar un par de horas en el salón de Damas del Casino,de una a tres de la tarde generalmente. Es el salón de Damas unatractivo más del hermoso edificio donde se reconcentra la animacióntermal; allí las señoras abonadas al Casino pueden refugiarse, sin temora invasiones masculinas; allí están en su casa, y son reinas absolutas,tocan el piano, bordan, charlan, y a veces se deslizan hasta el lujo deun sorbete o de alguna confitura o bombón que roen con igual deleite quesi fuesen ratoncillos sueltos en un armario de golosinas. Es un harén demoras civilizadas, un gineceo no oculto en la pudorosa sombra del hogar,sino descaradamente implantado en el sitio más público que darse puede.Allí concurrían y se congregaban todos los astros hembras del firmamentode Vichy, y allí encontraba Pilar reunida a la escasa, pero brillantecolonia hispano americana; las de Amézaga, Luisa Natal, la condesa deMonteros: y se formaba una especie de núcleo español, si no el másnumeroso, tampoco el menos animado y alegre. Mientras alguna rubiainglesa ejecutaba en el piano trozos de música clásica, y las francesasasían de los cabellos la ocasión de lucir primorosas labores decañamazo, dando en ellas tres puntos por hora, las españolas, másfrancas, aceptaban la holgazanería completa, dedicándose a hablar y amanejar el abanico. Una magnífica esfera geográfica, colocada al extremodel salón, parecía preguntarse cuál era su objeto y destino en semejantelugar; y en cambio, los retratos de las dos hermanas de Luis XVI,Victoria y Adelaida, *damas* tradicionales de Vichy, sonreían, empolvadala cabellera, rosadas y benévolas, presidiendo el certamen de frivolidadcontinua celebrado a honra suya. Eran murmullos como de voleteos depájaros en pajarera, ruido de risitas semejante a sartas de perlas quecaen desgranándose en una copa de cristal, sedoso crujir de países deabanico, estallido seco de varillajes, ruedecillas de sillón que unpunto corrían sobre el encerado piso, ruge-ruge de faldas, que parecíaestridor de alitas de insecto. Embalsamaban la atmósfera leves auras degardenia, de vinagre de tocador, de sal inglesa, de perfumería Rimmel.No se veían sino dijes y prendas graciosas abandonadas sobre sillas ymesas; sombrillas largas, de seda, muy recamadas de cordoncillo de oro;cabás y estuches de labor, ya de cuero de Rusia, ya de paja con moños yborlas de estambre; aquí un chal de encaje, allí un pañuelo de batista;acá un ramo de flores que agoniza exhalando su esencia más deliciosa;acullá un velito de moteado tul, y encima las horquillas que sirven paraprenderle.... El grupo de españolas, capitaneado por Lola Amézaga, queera muy

resuelta, tenía cierta independencia e intimidad, bien distintade la reserva secatona de las inglesas: y aún entre ambos bandos seadvertía disimulada hostilidad y recíproco desdén.

De mucha diversión había servido a las españolas ver cómo las inglesassacaban muy formales un periódico, tamaño como la sábana santa, delbolsillo, y se lo leían de la cruz a la fecha.

No había podido obtener Pilar que Lucía la acompañase al salón de Damas;cortedad y encogimiento de niña educada en provincia se lo vedaban,haciéndole temer más que al fuego a aquellas mujeres curiosas queexaminarían su tocado como el diestro confesor los repliegues de laconciencia del penitente. Pilar, en cambio, estaba allí en su elemento yesfera natural. Su voz algo aflautada sólo rendía el pabellón ante elceceo cubano de la Amézaga capitana.

Oigamos el concertante.

—Pues éste lo compré hoy—decía Lola remangando desenfadadamente lamanga de su vestido de muselina rosa con lazos de raso granate obscuro,y enseñando un brazalete de cuyo aro pendía un cochinillo retorcido derabo y potente de lomo, ejecutado en fino esmalte.

—Yo lo tengo en imperdible—añadía Amalia Amézaga, señalando a otromarrano no menos lucio, que hozaba entre los encajes de su corbata.

—¡Válgame Dios! ¡qué moda más fea!—exclamaba Luisa Natal, hermosurapróxima al ocaso, y muy atenta a no usar perifollo alguno que su bellezano realzase—. Yo no me pondría semejantes bichos; ¡se acuerda uno delmondongo! ¿verdad, condesa?

Hizo un signo aprobativo la condesa de Monteros, española rancia, devotay un tanto severa.

—Yo no sé qué van a inventar ya—pronunció reposadamente—. He visto enesas tiendas elefantes, lagartos, ranas y sapos, y hasta arañas; en fin,los animalejos más asquerosos en adornos de señoritas. En mis juventudesno nos pagábamos de tales extravagancias; buenos brillantes, bonitasperlas, algún corazón de rubíes.... ¡ah! también usábamos los camafeos;pero era un capricho precioso... se grababa en ellos el retrato de unomismo... o alguna virgen, algún santo.

Reinó breve silencio; las Amézagas no se atrevían a replicar, subyugadaspor el señorío de aquella autorizadísima voz.

—Mire usted, condesa—dijo Pilar al cabo, satisfecha de hallar unmotivo para desesperar a las Amézagas—, lo bonito, es ese agujón deLuisa.

Luisa sacó de su moño el clavo de oro, con cabeza de amatista,constelada de diamantes chiquititos.

—Otro igual tenía ayer la sueca—explicó al ponerlo en manos de lacondesa—. Llevaba todo el juego: pendientes, collar de bolas deamatista y el agujón. Reguapísima que estaba la mujer con eso y el trajeheliotropo.

—¿Ayer de noche?—preguntó Pilar.

—Sí, en el teatro. El otro, penado y muerto como de costumbre... a lasdiez hizo su entrada en el palco, presentándole el ramo consabido decamelias y azaleas blancas... dicen que le cuesta sus setentafranquillos por noche.... Es un aditamento regular al coste de lapensión en el hotel....

—Ese sobrino mío no tiene vergüenza ni decoro—afirmó gravemente lacondesa de Monteros.

—¡Un hombre casado!—dijo Luisa Natal, que hacía excelente menaje consu marido, ciego cumplidor de todos los caprichos de su mitad.

—¿Y se sabe por fin si la sueca es hija o mujer de ese barón de...de... nunca puedo acordarme de su nombre... vamos, de ese viejo que andacon ella?—interrogó la condesa, entrando por fin en la corriente decuriosidad que la arrastraba, a pesar de su digna actitud.

—¿De Holdteufel?—pronunció con acento cantarín Amalia Amézaga—. ¡Bah,quién lo puede averiguar!, pero según la libertad que le deja, másparece su esposo que su padre.

—Se necesita descaro—prosiguió con discreta y risueña indignaciónLuisa Natal—, para ser así la comidilla de todo el mundo....

—¡Toma!—dijo la voz de flauta de Pilar—. Pues eso quiere él, ¿qué secreían ustedes?; el toque y el gustazo están en dar que hablar.

—Siempre fue Juanito así, muy farfantoncillo—murmuró la condesaenternecida al recordar a su sobrino, cuando hecho un diablotraviesísimo de diez años, iba a su casa a darle jaqueca pidiendo milchucherías.

—Hasta anteayer....

El grupo se estrechó: acercáronse unos a otros los sillones, y por uninstante se oyó el cadencioso chirriar de las ruedas sobre el piso.

—Anteayer...—siguió Amalia Amézaga en tono algo más bajo—fue ésta altiro de pistola....

—¿Tiras ahora?—preguntaron a un tiempo Pilar y Luisa Natal.

—Un poco... por distraerme...—Y Lola se atusó el negro flequillo,cortado recto a un dedo de distancia de las cejas, que la asemejaba a unpaje de la Edad Media, realzando su cara descolorida de hija de lostrópicos y sus grandes ojos, infantiles, pero de niño malicioso yprecoz.

—Pues...—siguió Amalia, viéndose religiosamente escuchada—allíestaban Jiménez y el marquesito de Cañahejas, y *Monsieur Anatole*...y todos leían y comentaban un suelto del *Fígaro*, en que se refería lasensación causada en una de las estaciones termales más elegantes deFrancia y de Europa, por el loco amor de un magnate español a una damasueca....

—Pone iniciales no más—agregó Lola—; pero es claro como la luz.... Ydice, por más señas: «*ce digne petit fils du Comte d'Almaviva se ruineen fleurs*...»

Un coro de risas sofocadas brotó del círculo. Lola sabía decir las cosascon cierto ceceo y cierto parpadeo, que las mejoraba en tercio y quinto.

—¿Y ella, qué tal, se ablanda?—preguntó Pilar.

—¿Ella?—repuso Lola—. ¡Ah!, todas las noches, al recibir el ramo, lecontesta lo mismo, invariablemente: *Jrasiás, señor duque, trop amable.*

Redoblaron las carcajadas. Hasta la condesa se sonreía, con el abanicoabierto delante por decoro.

—¡Chist!—pronunció Luisa Natal—. ¡Ahí viene!

—¡La sueca!—exclamó Pilar.

Todas volvieron el rostro, en extremo conmovidas. La puerta del salón deDamas se abría solemnemente; un elegante y correcto anciano, con blancaspatillas y delicadamente afeitado el resto de la faz, se quedó en elumbral en diplomática postura; una mujer alta y gallarda penetró en elrecinto; acrecentaba su clásica beldad el negro traje de tafetán, muyceñido y golpeado de azabache; sobre su frente de diosa, el sombrero detul con espigas de oro, parecía mitológica diadema; era su andar noble ysoberano, y sin cuidarse de saludar a nadie, se fue hacia el piano,vacante a la sazón, y sentándose, comenzó a interpretar magistralmenteunas mazurcas de Chopín. La postura patentizaba lo brioso de su talle,los largos y tornátiles brazos, las caderas, los omoplatos que, a cadapulsación de la blanca mano, se dibujaban vigorosamente bajo el ajustadocorpiño.

—¿No es cierto—dijo por lo bajo Pilar a Luisa Natal—que si LucíaMiranda se vistiese como ella, se parecerían algo, así en las formas?

—¡Bah!—murmuró Luisa Natal—, la Mirandita no tiene pizca de chic.

Brotó entonces del grupo de inglesas ese enérgico silbido que en todoslos idiomas significa: «¡Silencio!: cállense ustedes, y oigan, o dejenoír siquiera.» Las españolas se dieron al codo, y prosiguieronimpertérritas con sus cuchicheos.

—¿No veis aquello?—decía Lola Amézaga.

—¿El qué... el qué... el qué?—preguntaron todas.

—¿Qué ha de ser?, Albares. Allí, allí, en los vidrios.... Condisimulo... que no lo note....

Por la parte de las vidrieras, que caían a la azotea del Casino, veíase,en efecto, un rostro de pisaverde, imberbe casi, destacándose entre lablancura de porcelana de primorosa camisa y nívea corbata de batista,cuyo triángulo cerraba una de esas ágatas llamadas *ojo de gato*, a quedio tan fabuloso valor el capricho de los elegantes de dos o tres añosacá. Traje de mañana de un gris humo suave y exquisito, hongo definísimo castor, una flor de gardenia en el ojal, guantes de gamuzaflamantitos, tal era el atavío del indiscreto que así registraba elsalón de Damas. Advertíase en su tipo mezcla singular de debilidad yfuerza, cuerpo de sietemesino y músculos de Hércules. La gimnasia, laesgrima, la equitación, la caza, debían haber endurecido aquel organismoque la Naturaleza hiciera endeble, enteco casi. La estatura era corta;los miembros delicados y femeniles; pero la musculatura, de acero.Conocíase esto en el modo de caerle la ropa, en no sé qué corte viril delas rodillas y los hombros; además, se traslucía en aquel hombre laaltiva superioridad que dan juntamente la riqueza, el nacimiento y elhábito de ser obedecido.

Mas si esperaba el duque algún fruto de acechar así por los cristales,cayole la pascua en viernes, porque la sueca, después de haber tocadocon gran sosiego y maestría hasta media

docena de mazurcas, se levantócon no menor majestad de la desplegada al entrar, y sin volver elrostro, tomó hacia la puerta. Ésta se abrió como por obra de un conjuro,y el diplomático de blancas patillas se presentó afable y serio,ofreciendo el brazo. Fue una salida de reina, très réussie, como decíanen el grupo de francesas.

—¡Parece la princesa Micomicona!—dijo Lola Amézaga, que aquella mañanano se había pasado menos de dos horas al espejo, ensayando el regio modode andar de la sueca.

—¡Qué empaque!—observó Luisa Natal—. No, buena moza, ya lo es.¡Cuidado con el talle! ¡Y qué manos! ¿No se las habéis reparado?

—Yo la miro poco—contestó Pilar—. No le doy ese plato de gusto. ¡Sóloadopta esos ademanes teatrales para llamar la atención!

—¡Fresco se ha quedado Albares!—exclamó Amalia—. ¡Ella ni se enteróde que estaba ahí!

Todas se volvieron a mirar hacia las vidrieras. Ya no se hallaba allí elduque.

—Ahora se habrá ido escapado a intentar verla en el Parque. ¿Vamos aconvencernos?

—Sí, vamos, vamos; la escena será chistosa.

Levantáronse, y recogieron aprisa abanicos, sombrillas y velos,precipitándose hacia la puerta.

—Eh, ¡señoritas!—decía la condesa de Monteros—. No corran ustedestanto, yo no soy tan joven como ustedes, y voy a quedarme atrás. Afe—añadía entre dientes—que cuando le eche la vista encima a mi señorsobrino, le espeto lo que viene al caso, por matar así a disgustos aaquella pobre Matilde que es un ángel.

Mientras se solazaba Pilar de manera tan conforme a sus inclinaciones,aguardábala Lucía en el balcón del *chalet*. A aquella hora, nadieestaba en casa, ni Miranda, ni Perico; el Casino se los había tragado atodos. Apenas cruzaba un transeúnte por la retirada calle. Sólo se oía,entre el silencio, el estridor monótono de la máquina de coser que lahija de la conserje manejaba. En el jardín, las rosas, embriagadas delcalor bebido durante la mañana entera, se deshacían en perfumes; hastalas frías rosas blancas tenían matices rancios, como de carne pálida,pero carne al fin. De todo el coro de aromas se formaba uno solo,penetrante, fortísimo, que se subía a la cabeza, como si fuera lafragancia de una rosa no más, pero rosa enorme, encendida, que exhalabade su boca de púrpura hálito fascinador y mortal. Lucía empezaba porcoser, al sentarse; pero al cuarto de hora la almohadilla se caía de suregazo, escapabásele el dedal del dedo, y vagarosa la pupila, permanecíacon los ojos fijos en los macizos de rosales, hasta que al fin suspárpados se cerraban, y recostando la frente en las ramas que tapizabanel balcón, abandonábase a la delicia de aquella atmósfera embalsamada,sin oír, sin ver, respirando no más. Dos meses antes, no hubiera podidoestarse quieta media hora; los jardines la convidaban a correr. Ahora,por el contrario, la incitaban a dejarse estar así, inmóvil, yanonadada, como el güebro ante el sol.

Una tarde, Pilar, al volver de su club, la halló como nunca pensativa.

—Tonta—le dijo—¿en qué cavilas? Si vinieses al Casino, te divertiríasmucho.

—Pilarcita—murmuró Lucía echándole al cuello los brazos—, ¿meguardarás un secreto si te lo digo?

Encendiéronse los ojos de la anémica.

—¡Pues no! Desahoga ese corazón, mujer.... Entre nosotras, ¿verdad?,todo puede contarse.... Yo he visto tantas cosas... nada me sorprende....

—Escucha...—dijo Lucía—. Quisiera saber, a toda costa, cómo sigue lamadre del señor don Ignacio Artegui.

Retrocedió Pilar desorientada; y riéndose en seguida con su cínico reír,exclamó:

—¿No es más que eso? ¡Vaya un secreto! ¡Gran puñado son tres moscas!

—Por Dios—suplicó apurada Lucía—, que a nadie se lo indiques.... Yome muero por saberlo, pero si se entera... alguien.... Miranda, o así....

—¡Eh! boba, yo lo sabré pronto, y sin informar a nadie.... Tengo milmedios de averiguarlo.... Te prometo que saldrás de la curiosidad....

Pilar dio dos o tres golpecitos en la barbilla a Lucía, que estaba gravey aun algo confusa.

—¿Paseamos hoy, señora enfermera?—interrogó la anémica.

—Sí, y beberás leche en Vesse. Pero coge otro traje de más abrigo, porDios: eres capaz de resfriarte.... ¿No has notado qué bien huelen lasrosas? En León apenas las hay: me acuerdo de que las que podía coger selas ponía todas a la Purísima que tengo en mi cuarto.

-XI-

Era el Casino para Perico y Miranda, como para todos los ociosos de lacolonia, casa y hogar durante la temporada termal. En conjunto el granedificio se asemejaba a un concierto de voces que convidasen a laexistencia rápida y fácil de nuestro siglo. El espacioso peristilo, lafachada principal con su vasta azotea, su jardinete reservado, dondevegetan en graciosas canastillas exóticas plantas, y sus ricos ycaprichosos adornos renacientes de blanquísima sillería; las altascolumnas de bruñido pórfido que el interior sustentan; las muellesbutacas y los anchos divanes; los cupidillos traviesos (símboloartístico de efímeros amores que suelen vivir el espacio de una quincenade aguas) que corren por la cornisa del gran salón de baile, orevolotean en el azul de los anchos recuadros del teatro; el oroprodigado en toques hábiles, como puntos de luz, o en luengos listones,como rayos de sol; las grandes ventanas de límpidos cristales, todo, ensuma, ayudaba a la fantasía a representarse un templo ateniense,corregido y aumentado con los beneficios y goces de la civilizaciónactual. Quien mirase el Casino por su fachada sur, podía ver desde luegoel numen que allí recibía culto y sacrificios: la Ninfa de las aguas,inclinando la urna con graciosa actitud, mientras salen a sus pies deentre un cañaveral dos amorcillos, y uno de ellos, alzando una valva,recoge la sacra linfa que de la urna copiosamente fluye. Sacerdotes yflamines del templo de la Ninfa son los mozos del Casino, que a la menorseñal, a un movimiento de labios, acuden tácitos y prontos con lo que sedesea: cigarros, periódicos, papel,

refrescos, hasta las aguas, quetraen a escape, en un tanque vuelto boca abajo sobre un plato, a fin deque no pierdan su preciosa temperatura ni sus gases.

Prefería Miranda el salón de lectura, donde hallaba cantidad deperiódicos españoles, incluso el órgano de Colmenar, que leía dándosetono de hombre político. A Perico se le encontraba con más frecuencia enotro departamento tétrico como una espelunca, las paredes color deavellana tostada, los cortinajes gris sucio con franjas rojas, donde unahilera de bancos de gutapercha moteada hacía frente a otra hilera demesas, cubiertas con el sacramental, melodramático y resobadísimo tapeteverde. Así como la marea al retirarse va dejando en la playa orlasparalelas de algas, así se advertían en los respaldos de los bancos degutapercha roja series de capas de mugre, depositadas por la cabeza yespaldas de los jugadores, señales que iban en aumento desde el primerbanco hasta el último, conforme se ascendía del inofensivo *piquet* alvertiginoso *écarté*, porque la hilera empezaba en el juego de sociedad,acabando en el de azar. Los bancos de la entrada estaban limpios, encomparación de los del fondo. Aquella pieza donde tan nefando culto setributaba a la Ninfa de las aguas fue testigo de hartas proezas dePerico, que, por su semejanza con todas las de la misma laya, no merecennarrarse. Ni menos requiere ser descrito el espectáculo, caro a losnovelistas, de las febriles peripecias que en torno de las mesas sesucedían. Tiene el juego en Vichy algo de la higiénica elegancia delpueblo todo, cuyos habitantes se complacen en repetir que en su villanadie se levantó la tapa de los sesos por cuestión del tapete verde,como sucede en Mónaco a cada paso; de suerte que no se presta la saladel Casino a descripciones del género dramático espeluznante; allí elque pierde se mete las manos en los bolsillos, y sale mejor o peorhumorado, según es de nervioso o linfático temperamento, pero convencidode la legalidad de su desplume, que le garantizan agentes de laAutoridad y comisionados de la Compañía arrendataria, presentes siemprepara evitar fraudes, quimeras y otros lances, propios solamente degaritos de baja estofa, no de aquellas olímpicas regiones en que setalla calzados los guantes. Es de advertir que Perico, aun siendo de losque más ayudaban a engrasar y bruñir con la pomada de su pelo y el frotede sus lomos los bancos de gutapercha, no realizaba el tipo clásico deljugador que anda en estampas y aleluyas morales y edificantes. Cuandoperdía, no le ocurrió jamás tirarse de los cabellos, blasfemar nienseñar los puños a la bóveda celeste. Eso sí, él tomaba cuantasprecauciones caben, a fin de no perder. Análogo es el juego a la guerra:dícese de ambos que los decide la suerte y el destino; pero harto sabenlos estratégicos consumados que una combinación a la vez instintiva yprofunda, analítica y sintética, suele traerles atada de manos y pies lavictoria. En una y otra lucha hay errores fatales de cálculo que en unsegundo conducen al abismo, y en una y otra, si vencen de ordinario loshábiles, en ocasiones los osados lo arrollan todo y a su vez triunfan.Perico poseía a fondo la ciencia del juego, y además observabaatentamente el carácter de sus adversarios, método que rara vez deja deproducir resultados felices. Hay personas que al jugar se enojan oaturden, y obran conforme al estado del ánimo, de tal manera, que esfácil sorprenderlas y dominarlas. Quizá la quisicosa indefinible quellaman vena, racha o cuarto de hora no es sino la superioridad de unhombre sereno y lúcido sobre muchos ebrios de emoción. En resumen:Perico, que tenía movimientos vivos y locuacidad inagotable, pero dehielo la cabeza, de tal suerte entendió las marchas y contramarchas,retiradas y avances de la empeñada acción que todos los días se librabaen el Casino, que después de varias fortunitas chicas, vino a caerle unfortunón, en forma de un mediano legajo de billetes de a mil francos,que se guardó apaciblemente en el bolsillo del chaleco, saliendo de allícon su paso y fisonomía de costumbre, y dejando al perdidoso dado areflexionar en lo efímero de los bienes terrenales. Aconteció esto alotro día de aquel en que Lucía manifestara a Pilar tal interés por lasalud de la madre de Artegui. Era Perico naturalmente

desprendido, amenos que careciese de oro para sus diversiones, que entoncesescatimaría un maravedí, y avisando a Pilar que estaba en el salón deDamas, reuniose con ella en la azotea, y le dijo dándole el brazo:

—Para que no salgas siempre con que no te compré nada en Vichy, anda,vente; te voy a hacer un regalo.

—¿Un regalo?—y Pilar abrió desmesuradamente los ojos.

—Un regalo, sí señor; no parece sino que es el primero. Pide por esaboca, por esa boca.

—¿Pero es de veras? ¡Qué rico de Pe-ri-co!—exclamó la anémicacantando—. ¿Me comprarás lo que se me antoje?

—Vamos a las tiendas—exclamó él, y echó a andar.

Pilar dudó buen rato, como los niños ante una bandeja de dulcesdiversos; por último se decidió, eligiendo dos gotitas de agua para lasorejas, y un espejo portátil de oro cincelado, joya caprichosa ynovísima, que se colgaba de la cintura y sólo la sueca llevaba aún enVichy. Al regresar a casa con sus compras, brillaban de tal suerte losojos de la anémica y estaban sus mejillas tan encendidas, que Perico ledijo:

—El demonio sois las señoras mujeres. En dándoos un sonajero o uncascabel, un cascabel, os curáis de todos los males. Me río yo de labotica, de la botica. Ahora no te duele el estómago.

—Periquillo.... ¡Eres tú la flor de la canela! Mira, estoy loca decontenta... y si quisieras.... ¿eh? Di que sí.

—Si quisiese.... ¿Se te antoja algo más? No, hijita, basta por hoy,basta.

—No, nada de compras... pero esta noche... quería ir al concierto alucir el espejo... mira tú, ni las de Amézaga ni esa jamona de LuisaNatal lo tienen... ni sabían que en Vichy lo hubiese... van a quedarsede una pieza... anda, Periquín; que sí, ¿verdad? Una vez, hombre...anda.

Lucía pidió casi de rodillas a Pilar que renunciase al peligroso goceque anhelaba. Era precisamente la ocasión más crítica; Duhamel esperabaque la Naturaleza, ayudada por el método, venciese en la lucha, y acasoquince días de voluntad y tesón decidiesen el triunfo. Pero no hubomedio de persuadir a la anémica. Pasó el día en un acceso de fiebreregistrando su guardarropa; al anochecer, salió del brazo de Miranda;llevaba un traje que hasta entonces no había usado por ligero yveraniego en demasía, una túnica de gasa blanca sembrada de claveles detodos colores; pendía de su cintura el espejillo; en sus orejasbrillaban los solitarios, y detrás del rodete, con española gracia,ostentaba un haz de claveles. Así compuesta y encendida de calentura yvanidoso placer, parecía hasta hermosa, a despecho de sus pecas y de lapobreza de sus tejidos devastados por la anemia. Tuvo, pues, gran éxitoen el Casino; puede decirse que compartió el cetro de la noche con lasueca y con el lord inglés estrafalario, del cual se contaba que teníaalfombrada con tapiz turco la cuadra de sus caballos y baldosado depiedra el salón de recibir. Gozosa y atendida, veía Pilar una fiesta delas *Mil y una noches* en el Casino constelado de innumerables mecherosde gas, en el aire tibio poblado con las armonías de la magnificaorquesta, en el salón de baile donde los amorcillos juguetones del techose bañaban en el vaho dorado de las luces. Jiménez, el marquesito deCañahejas y *Monsieur Anatole*, se

disputaron el placer de bailar conella. Miranda reclamó un rigodón, y para colmo de dicha y victoria, lasAmézagas se reconcomían mirando de reojo el espejillo, dije que sólobrillaba sobre dos faldas: la de Pilar y la de la sueca. Fue, en suma,uno de esos momentos únicos en la vida de una niña vanidosa, en que elorgullo halagado origina tan dulces impresiones, que casi emula otrosgoces más íntimos y profundos, eternamente ignotos para semejantescriaturas. Pilar bailó con todas sus parejas como si de cada una deellas estuviese muy prendada; tanto brillaban sus ojos y tal expansiónrevelaba su actitud. Perico no pudo menos de decirle *sotto voce*:

—¿Bailas, eh? ¡Veremos mañana qué dice Duhamel!... Estará celestial,celestial. Mañana me escapo, me escapo. De fijo, revientas, revientas,revientas como un triquitraque.

—No lo creas. ¡Me siento tan bien!—exclamó ella bebiéndose un vaso degrosella que le presentaba el hispanófilo *Monsieur Anatole*.

A la mañana siguiente, cuando Lucía fue a despertar a Pilar, retrocediótres pasos sin querer. Tenía la anémica la cabeza enterrada de un ladoen las almohadas, y dormía con sueño inquieto y desigual; en las orejas,pálidas como la cera, resplandecían aún los solitarios, contrastando sublancura nítida con los matices terrosos de las mejillas y cuello.Rodeaba los ojos un círculo negro, como hecho al difumino. Los labios,apretados, parecían dos hojas de rosa seca. El conjunto era cadavérico.Por las sillas andaban dispersas prendas del traje de la víspera: loszapatos, de raso blanco, vueltos tacón arriba, estaban al pie del lecho;en el suelo había claveles y el nunca bien ponderado espejillo, causainocente de tantos males, reposaba sobre la mesa de noche. Al tocarLucía suavemente el hombro de la dormida, ésta se incorporó a medias, deun brinco; sus ojos, entreabiertos, tenían velada y sin brillo lacórnea, como si los cubriese la telilla que se observa en los ojos delos animales muertos. Del lecho salía un vaho espeso y fétido; laanémica estaba bañada en copioso sudor.

No pudo levantarse, porque al poner el pie en el suelo le asaltóterrible frío, castañetearon los dientes, y hubo de arroparse otra vez,sintiendo que el sudor se le congelaba en los miembros. Además notóagudo y violento dolor de costado, en términos que para respirar le fuepreciso volverse del lado izquierdo. Temblaba toda, como una vara verde,sin que cuantos abrigos le echaron encima fuesen parte a calentarla unpoco.

De un brinco se trasladó Lucía al cuarto de su marido, que entre duermey vela fumaba un cigarrillo de papel. A Miranda le sentaban bien lasaguas: desaparecían los tonos marchitos de su piel, bajo la cualcomenzaba a infiltrarse un poco de sangre y grasa, dándole esa frescuratrasnochada, gala de las cincuentonas obesas que están todavía de buenver. Tal era para Miranda el resultado físico: el moral era un anhelo dereposo y bienestar egoísta, esa regularidad del hábito, esa tiranía dela costumbre que se impone en la edad madura, y que mueve a tener comodesdicha irreparable el que la comida o el sueño se retrasen media horamás de lo ordinario. El ex buen mozo quería descansar, vivir bien,cuidar de su salud preciosa, y llegar en suma al tipo respetable eimportante de los clásicos Mirandas. Lucía entró como un huracán, yalterada y trémula, le dijo:

—Levántate... ve a ver si coges en casa al señor Duhamel.... Pilar estámalísima.

Miranda se incorporó.

—¡Claro que estará mala la grandísima loca! ¡Pues no bailó anoche comouna descosida! ¡Bien empleado!

Lucía clavó en su marido los ojos atónitos.

—Ve pronto, pronto...—exclamó—. Está con un acceso de frío... sequeja de dolor a un lado, y se le ha tomado la voz....

Miranda se levantó refunfuñando.

—No sé para qué tiene a su hermanito—murmuró al calzarse la botas—.Bien podía ir él.

—Díselo tú, si quieres—pronunció lentamente Lucía, preñados delágrimas los ojos—. Yo no he de entrar a despertar a Gonzalvo. Así comoasí, ya ibas a levantarte para beber las aguas.

—Lo menos en tres cuartos de hora no había para qué. No parece sino queesa chica es la única que tiene aquí que cuidarse. También los demáspadecemos y hemos de observar régimen. Hoy justamente estoy fatal....

Era hábito de Lucía interesarse mucho por la salud de Miranda, ypreguntarle cada día esos pormenores que las madres exigen de sus hijosy que hastían a los indiferentes; pero en esta ocasión le volvió laespalda, y salió encaminándose a la cocina, donde pidió a la conserjeuna taza de tila, que ella misma subió a Pilar.

Duhamel frunció el ceño cuando hubo visto a la paciente. Lo que más ledesagradó fue saber que en el baile había bebido dos o tres refrescos.Era Duhamel un vejezuelo chico y apergaminado, en quien la vida serefugiaba en los ojos relucientes y perspicaces. Pelicano y cejicano,lucía todos sus dientes, largos y rancios como teclas, con el frecuentesonreír.

Era en sus movimientos pronto y escurridizo cual las anguilas, yhabiendo estado en el Brasil con una comisión científica, chapurreaba unpoco el portugués brasileño, empeñándose en hacerlo pasar por español.

—Interrúmpase completamente el método termal, o *tratamento*—dijodirigiéndose exclusivamente a Lucía, a pesar de estar presente elhermano de la enferma, merced a ese instinto infalible de los médicos,que distinguen al punto la persona atenta a sus prescripciones einteresada en ejecutarlas—. Ha obrado mal la enferma, a *doente*, enromper así el régimen prescrito.

—Pero y ahora, ¿qué se le hace?

—Ensayaremos un revulsivo enérgico, *forte.... E um retrocesso aopulmao...* veremos de desviarlo.... ¡*Bon Deus*! ¡bailar, y beberrefrescos! Y ahora tenemos que luchar con el sudor... *O suor esgota-a*.

Pasaba este diálogo entre el doctor y Lucía, a distancia suficiente dellecho de la enferma, a fin de que no oyese palabra. Lucía se enteró muyal por menor de cuanto concernía a la asistencia, de las horas delalimento, de las precauciones que adoptar importaba. Después de aplicara Pilar los medicamentos que el doctor dispuso, arregló el cuartoandando en la punta de los pies, puso cada cosa en su sitio, entornó lascelosías y se instaló al lado de la cama, en una silleta baja de hacerlabor. Pilar estaba muy agitada, y ardía de sed; a cada paso Lucía lellegaba a los labios el

pistero de agua de goma, previamente templada enuna estufilla. Por la tarde vino Duhamel, y se cercioró de que losrevulsivos habían logrado aclarar un poco la voz de la enferma yfacilitar su respiración congojosa. No obstante, la calentura era alta,el sudor se había suprimido. Ocho días duró la congestión pulmonar, ycuando Duhamel ordenó a Pilar levantarse, porque la cama acrecentaba elrecargo y agotaba sus fuerzas, era aquella criatura un espectro; a loscaracteres asaz tristes de la anemia, se unían ahora otros másalarmantes. Al vestirse, sus miembros no sostenían la ropa, que seescapaba del cuerpo como de un maniquí mal relleno. Ella misma seasustó, y en uno de los momentos lúcidos que suelen tener los atacadosdel terrible mal que ya la oprimía entre sus garras, pidió el espejillofamoso, y Lucía, por no contrariarla, se lo presentó de mala gana. Alfijar sus ojos en él, Pilar recordaba cómo se había visto la noche delbaile, con sus claveles, su pelo artísticamente rizado, y la sonrisa deplacer que le iluminaba el rostro. Fue tal el contraste entre lo pasadoy lo presente, entre la cara de ocho días atrás y la de hoy, que Pilar,con rápido movimiento, arrojó al suelo el espejillo. Quebrose la claraluna, y las cinceladuras finísimas del marco se abollaron al golpe.

Poco tardó, no obstante, en volver a apoderarse de ella la pertinazilusión que dulcemente lleva de la mano a los tísicos, vendados losojos, hasta la puertas de la muerte. Eran tan patentes los síntomas delmal, que al verlos en otra cualquiera le hubiese extendido la papeletamortuoria; y con todo eso, Pilar, animada y llena de planes, se creíasujeta únicamente a un resfriado tenaz que había de curarse poco a poco.Tenía tosecilla blanda y continua, expectoración pegajosa, sudores quela menor elevación de temperatura determinaba, y las perversiones delapetito se habían convertido en desgano horrible. Inútilmente laconserje del *chalet* lucía sus primores culinarios, ideando milgolosinas delicadas. Pilar lo miraba todo con igual repugnancia,especialmente los platos nutritivos. Comenzó entonces para las dosamigas una existencia valetudinaria. Lucía no se apartaba de Pilar,sacándola al balcón a respirar el fresco si hacia bueno, acompañándolasi no en su cuarto, procurando entretenerla y hacerle menos tediosas lashoras. Sentía ya la enferma esa impaciencia, ese deseo de mudar de airesy sitios que acosa generalmente a cuantos padecen su mal. Vichy se lehacía insoportable, y más desde que vio que la estación terminaba, quese vaciaba el Casino, que se marchaba la compañía de ópera y queemigraban las brillantes golondrinas de la moda. Las Amézagas vinieron adespedirse de ella y a darle el último mal rato de la temporada; aseguir a Lucía su inclinación, las recibiría en el saloncito bajo,disculpando a Pilar; pero ésta se empeñó en que subiesen a su aposento,y preciso fue ceder. Estaban las cubanitas triunfantes y radiantesporque se iban a París a hacer sus compras de invierno, y de allí alucirlas en los primeros saraos madrileños y en el Retiro, y hablabancon el ceceo y melindre de los días de victoria.

—Sí, chica.... ¿Quién resiste ya aquí? Esto se ha quedado de lo mástonto.... ¡Vaya! Ni alma viviente.... Sí, la krauss se fue; lacontrataron en París.... Un éxito la última noche de *Mignon*... Hayhoteles que ya se han cerrado.... Como comprenderás, la soga tras elcaldero... pues, en marchándose la sueca, ¿iba él a quedarse? HastaEstocolmo irá.... ¡No que no! ¿Pero no lo sabías? El día de la marcha lellenó el coche de ramos... todo un vagón-salón cubierto de gardenias ycamelias.... ¿qué te parece? Ya representa algunos franquillos, ya....Luisa Natal.... ¿adónde sino a Madrid?... ¡Ah! La condesa hace el viajedeteniéndose en Lourdes... una semana lo menos piensa pasar allí.... Sí,Cañahejas va a un castillo de unos parientes de *Monsieur Anatole*,donde cazarán hasta Noviembre.... ¿Jiménez? No sé, chica... Ése siempreanda en misterios y tapujos.... Dicen que si la Laurent, la soprano dela compañía.... Aquella bizca.... No creo ni esto.... Es un jactancioso,alabadizo sempiterno.

—Y tú, ¿te quedas, eh?—añadía Amalia uniendo su ceceo al de Lola—.¿Hasta cuándo, chica...? Pero te vas a secar.... ¡Esto es ahora unmonasterio! Si eso no vale nada.... ¿qué importa un catarro?...Animarse.... Este año tendrá comedias la Puenteancha... la Monteros melo dijo.... Los Torreplana de Arganzón indicaron ya que recibirían losjueves.... Tendremos en el Real a la Patti y a Gayarre; ¡figúrate! Hemosescrito que nos abone, por si no llegamos a tiempo....

—Yo voy a que Worth me haga dos o tres trajecitos... sencillos, porqueno siendo señora casada.... Uno de patinar.... ¡me muero por el*Skating*!... En la Casa de Campo el año pasado.... ¿te acuerdas,Amalia? Aquel día....

—¿Que dijo el rey que te habías lucido?... Sí, pues me acuerdo....¡vaya!

Y la voz de ambas hermanas se fundió en un concierto de risitas deplacer y orgullo; ambas volvían a ver el estanque helado, los árbolescubiertos de encajes de escarcha, la brumosa mañana, y la figura juvenildel rey, con su rostro pálido de frío, su cuerpo esbelto, sus modalessueltos y elegantes, y su sonrisa entre picaresca y cortés, alinclinarse para felicitar a la ágil patinadora.

Dejó la visita a Pilar más impaciente, más calenturienta, más excitadaque nunca. Pilar se consumía; a toda costa quería salir de Vichy, volar,romper el opaco capullo de la enfermedad y presentarse de nuevo,brillante mariposa, en los círculos mundanos. Creía de buena fe poderhacerlo y contaba con sus fuerzas. No menos que ella se impacientabanotras dos personas: Miranda y Perico. Perico, hecho a vivir en perennedivorcio consigo mismo, no podía sufrir la soledad que le obligaba areunirse a sí propio; y por lo que toca a Miranda, terminada sutemporada de aguas, notablemente restablecida su salud, parecíale que yaera hora de acogerse a cuarteles de invierno y de gozar en paz losfrutos de la medicación. Aburríale en extremo ver que su mujer, poraltos decretos señalada para cuidarle a él, se sustrajese en tal maneraa su providencial misión, consagrando días y noches a una extraña,atacada de un mal penoso a la vista y quizá contagioso. Así es queinsinuó a Lucía que era preciso partir y, dejarse allí a los Gonzalvosentregados a su triste suerte; como se deja en un naufragio a los que nocaben en las lanchas. Pero contra todo lo que esperaba, halló en Lucíaprotesta calurosa y enérgica resistencia. Indemnizábase confesado aquelnoble sentimiento, de todo lo que callaba hasta a sí misma.

—¡Sería preciso no tener corazón... no tener corazón! ¡Pobrecita Pilarde mi vida, bien quedaría, por cierto, con su hermano, que ni colocarleuna almohada sabe! ¡Qué sería de ella! Pensarlo sólo me espanta....

—Llamará a una hermana de la caridad... no será la primera—refunfuñóMiranda duramente.

—¡Qué pena... pobre criatura!... Eso es más cruel aún que dejarlamorirse sola, como un perro.

—Pues lo que es ella, maldito si se hubiera quedado por ti, ni por mí,ni por el lucero del alba. Y nosotros, ¿qué obligación tenemos deasistirla? No parece sino que....

—¿No dices que eres amigo de Gonzalvo?—pronunció Lucía clavando losojos en su marido.

—Amistad, así... de sociedad; ¿qué sabes tú de esas cosas? Amistad,como hay muchas.

—Pues entonces, ¿por qué vivimos juntos con los Gonzalvo? Yo no losconocía; pero ahora le tomé cariño a ella, y eso de irme, dejándola tanmala....

—¡Por vida de!... ¿no tiene papá, tía, hermano? ¡que vengan con mildiablos a cuidarla! A nosotros ¿qué nos va en eso? Si tienes vocación deHermana de la Caridad, dijéraslo y no te casaras, hija... tu obligaciónes atender a tu marido y a tu casa, nada más....

—En fin—dijo Lucía alzando el semblante donde las líneas redondeadas yfugaces de la adolescencia comenzaban a trocarse en trazos más firmes—,yo marcharé si tú me lo ordenas; pero convencida de que es una malaacción abandonar así a una amiga, cuando se está muriendo.

Salió del cuarto. En su mente germinaba un concepto singular de laautoridad conyugal: parecíale que su marido tenía derecho perfecto,incontestable, evidente, a vedarte todo género de goces y alegrías, peroque en el sufrimiento era libre y que prohibirle el padecer, el velar yel consagrarse a la enferma, era duro despotismo. De estas ideasperegrinas tienen muchas los desdichados que llegan a refugiarse en eldolor y a proclamarle lugar de asilo. Arreglose, sin embargo, lacuestión mejor de lo que Lucía pensaba, porque aconteció que aquellamisma tarde tomó cartas en ella Perico, resolviéndola con su clásicodesenfado.

—Adiós, chicos—dijo entrando en el cuarto de Miranda vestido de viaje,con polainas de paño, un casquete de fieltro y terciada al hombro unaescopeta de caza de dos cañones.

Y como Miranda lo contemplase con tamaña boca abierta.

—Me he resuelto—explicó—. Vichy está demasiado tonto; y *Anatole* seempeña....

—¿Te vas a Auvernia?

—Al castillo de Ceyssat, de Ceyssat.... Parece que hay liebres y corzosa puñados, a puñados... y en el castillo se pasa bien; hay mucha gente;diez y ocho huéspedes.

Miranda reunió cuanta energía supo en voz y actitud y dijo al animosocazador:

—Pero mira que Lucía y yo habíamos decidido emprender la vuelta paraEspaña... dentro de dos o tres días, a lo sumo... y como Pilar está así,delicada... tu presencia es necesaria aquí.

—Anda a paseo ¡a paseo!—exclamó Perico, fiel a su sistema de franquezay desahogo—. ¿No te podrás aguardar una quincena por darme gusto? ¿Quévas hacer tú en España? Meterte en León, y vegetar, vegetar. Aquí estásen la luna, en la luna de miel.... Nada, nada; os dejo a mi hermanita,ya sé que estará bien cuidada, bien cuidada. Abur, que es la hora deltren. Te traeré una cabeza de corzo para porta-bastón....

—Pero, oye; mira que....

Perico estaba ya en el portal. Miranda le llamó por la ventana; pero élse volvió risueño, le dijo adiós con la mano y echó a correr hacia laestación. Y he aquí cómo de dos egoísmos venció el más osado, ya que noel más fuerte y grande.

Dado estaba Miranda a todos diablos, cuando Duhamel vino a consolarle unpoco, asegurándole que la enferma experimentaba de algunos días acá unosasomos de mejoría, y que debía aprovecharlos regresando a España, enbusca de clima benigno; añadiendo, en su chapurrado franco-portugués,que puesto que él pensaba, como casi todos los médicos de consulta enVichy, salir pronto para París, podrían combinar el viaje juntos, y asívería cómo probaba el movimiento del tren a la enferma, y resolver sinecesitaba descanso, o si resistiría

volver a España de una vez. Parecióacertadísimo a todos el consejo del médico, y Lucía escribió, bajo eldictado de Pilar, una carta a Perico, encargándole estuviese de vueltadentro de quince días justos, término fijado por Duhamel para cerrar sutemporada de consulta en Vichy. El nuevo arreglo templó un tanto elmalhumor de Miranda, consoló a Lucía y regocijó a la enferma, que sobretodas las cosas soñaba con la vuelta a Madrid.

Era cierto: la misma constitución endeble de Pilar, ofreciendo menoscampo al mal, retrasaba la crisis funesta de su padecimiento; y así comoel huracán, que desgaja encinas, sólo encorva las cañas, la tisisentraba con ímpetu menor en aquel cuerpo linfático, que lo hiciera enuno sanguíneo y pujante. La oquedad de un pulmón estaba infestada detubérculos, y tenía ya esas brechas terribles que los facultativosdenominan cavernas; pero el otro resistía aún, si bien en esto depulmones acontece lo que con las manzanas: minutos bastan para perder ala sana, si está al lado de una podrida. De todas suertes, el momentáneoalivio de Pilar era tan patente, que le consentía dar todas las mañanasalgunos cientos de pasos por la calle, cogida del brazo de Lucía; y elalimento no le repugnaba invenciblemente como antes.

-XII-

A la verdad, infundía tristeza en aquellos días de fin de Octubre, elaspecto de Vichy. No eran sino hojas caídas: el Parque, tan animadosiempre, se veía solitario; sólo algunos agüistas tardíos, enfermos deveras, paseaban la acera de asfalto, henchida ayer del roce de ricostrajes y del rumor de alegres conversaciones. Nadie se cuidaba ya derecoger y barrer el amarillo tapiz del follaje, porque Vichy, tanperipuesto y adornado en la estación de aguas, se torna desastrado ydesaliñado no bien le vuelven la espalda sus elegantes huéspedes deestío. Toda la villa semejaba una inmensa mudanza: de los *chalets*,desalquilados ya, desaparecían los adornos y balconadas, para evitar quelos pudriesen las lluvias; en las calles se amontonaban la cal, elladrillo para las obras de albañilería, que nadie osaba emprender enverano por no ensuciar las pulcras avenidas. Las tiendas de objetos delujo iban cerrándose unas tras otras, y dueños y surtido tomaban elrumbo de Niza, Cannes o cualquiera estación invernal semejante. Algunasquedaban rezagadas todavía, y sus escaparates servían de entretenimientoa Lucía y Pilar, cuando esta última salía a sus despaciosos paseos.Entre ellas se señalaba un almacén de curiosidades, antigüedades yobjetos de arte, situado casi frente a la famosa Ninfa, y, porconsiguiente, a espaldas del Casino. Angosta en extremo la tienda,apenas podía encerrar el maremágnum de objetos apiñados en ella, que sedesbordaban, hasta invadir la acera. Daba gusto revolver por aquellosrincones escudriñar aquí y acullá, hacer a cada instante descubrimientosnuevos y peregrinos. Los dueños del baratillo, ociosos casi todo el día,se prestaban a ello de buen grado. Erase una pareja; él, bohemio delRastro, ojos soñolientos, raído levitín, corbata rota, semejante a unacuriosidad más, a algún mueble usado y desvencijado; ella, rubia, flaca,ondulante, ágil como una zapaquilda de desván, al deslizarse entre losobjetos preciosos amontonados hasta el techo. Miraban Lucía y Pilar muyentretenidas la heteróclita mescolanza. En el centro de la tienda sepavoneaba un soberbio velador de porcelana de Sévres y bronce dorado. Elmedallón principal ofrecía esmaltada, sobre un fondo de ese azulespecial de la *pasta tierna*, la cara ancha, bonachona y tristota deLuis XVI; en torno, un círculo de medallones más chicos, presentaba lasgentiles cabezas de las damas de la corte del rey guillotinado; unasempolvado el pelo, con grandes cestos de flores rematando el edificiocolosal del peinado, otras con negras capuchas de encaje anudadas bajola barbilla; todas

impúdicamente descotadas, todas risueñas ycompuestas, con fresquísima tez y labios de carmín. Si Lucía y Pilarestuviesen fuertes en Historia, ¡a cuánta meditación convidaba la vistade tanto ebúrneo cuello, ornado de collares de diamantes o de estrechascintas de terciopelo, y probablemente segado más tarde por la cuchilla;ni más ni menos, que el pescuezo del rey que presidía melancólicamenteaquella corte! La cerámica era el primor de la colección. Había cantidadde muñequitos de Sajonia, de colores suaves, puros y delicados, como lasnubes que el alba pinta; rosados cupidillos, atravesando entre haces deflores azul celeste; pastoras blancas como la leche y rubias como unascandelas, apacentando corderillos atados con lazos carmesíes; zagales yzagalas que amorosamente se requestaban entre sotillos verdegay,sembrados de rosas; violinistas que empuñaban el arco remilgadamente,adelantando la pierna derecha para danzar un paso de minueto;ramilleteras que sonreían como papanatas, señalando hacia el canasto deflores que llevaban en el brazo izquierdo. Próximos a estos caprichosgalantes y afeminados, los raros productos del arte asiático proyectabansus siluetas extrañas y deformes, semejantes a ídolos de un bárbaroculto; por los panzudos tibores, cubiertos de una vegetación de hojasamarillas y flores moradas o color de fuego, cruzaban bandadas depajarracos estrafalarios, o serpenteaban monstruosos reptiles; del fondoobscuro de los vasos tabicados surgían escenas fantásticas, ríos verdescorriendo sobre un lecho de ocre, kioscos de laca purpúrea concampanillas de oro, mandarines de hopalanda recta y charra, bigoteslacios y péndulos, ojos oblicuos y cabeza de calabacín. Las mayólicas ylos platos de Palissy parecían trozos de un bajo fondo submarino,jirones de algún hondo arrecife, o del lecho viscoso de un río; allíentre las algas y fucus resbalaba la anguila reluciente y glutinosa, seabría la valva acanalada de la almeja, coleteaba el besugo plateado,enderezaba su cono de ágata el caracol, levantaba la rana sus ojosfríos, y corría de lado el tenazudo cangrejo, parecido a negro arañón.Había una fuente en que Galatea se recostaba sobre las olas, y suscorceles azules como el mar sacaban los pies palmeados, mientras algunostritones soplaban, hinchados los carrillos, en la retuerta bocina. Aménde las porcelanas, había piezas de argentería antigua y pesada, de esasque se legan de padres a hijos en los honrados hogares de provincia:monumentales salvillas, anchas bandejas, soperones rematados en macizasalcachofas; había cofres de madera embutidos de nácar y marfil,arquillas de hierro labradas como una filigrana, tanques de loza con arode metal, de formas patriarcales, que recordaban los bebedores decerveza que inmortalizó el arte flamenco. Pilar se embobabaespecialmente con las copas de ágata que servían de joyeros, con lasalhajas de distintas épocas, entre las cuales había desde el amuleto dela dama romana hasta el collar, de pedrería contrahecha y finosesmaltes, de la época de María Antonieta; pero Lucía se enamoró sobretodo de los objetos de iglesia, que despertaban el sentimientoreligioso, tan hecho para conmover su alma sincera y vehemente. DosApóstoles, alzado el dedo al cielo en grave actitud se destacaban,fileteados de latón los contornos, sobre dos cristales de colores,arrancados sin duda de la ojiva de algún desmantelado monasterio. En untríptico de rancio y acaramelado marfil, aparecía Eva, magra y desnuda,ofreciendo a Adán la manzana funesta, y la Virgen, en los misterios desu Anunciación y Ascensión; todo trabajado incorrectamente, con esecandor divino del primitivo arte hierático, de los siglos de fe. Adespecho de la rudeza del diseño, gustaba a Lucía la figura de laVirgen, la modestia de sus ojos bajos, la mística idealidad de suactitud. Si poseyese una cantidad crecida de dinero, a buen seguro quela daría por un Cristo que andaba confundido entre otras curiosidades,en el baratillo. Era de marfil también, y todo de una pieza, menos losbrazos; y clavado en rica cruz de concha, agonizaba con dolorosa verdad,encogidos músculos y nervios en una contracción suprema. Tres clavos dediamante trucidaban sus manos y

pies. Lucía le rezaba todos los días unpadrenuestro, y aun solía besar sus rodillas, cuando no la miraba nadie.

No le desagradaban los cuadros; tanto más, cuanto que los comprendía, adiferencia de lo que pasaba con algunos objetos artísticos, que se leantojaban asaz de feos y extravagantes. Claro está que aquel jaquefiero, que espada en mano se arroja sobre su adversario, va a partirleel corazón de una buena estocada. ¡Qué bien amanecía en aquel Daubigny!¡Con qué naturalidad pastaban aquellos carneros de Jacque, tasados enmil francos cada uno!—doce tenía el cuadro—. ¡Qué piececitos tanblancos mojaba en el marmóreo tazón la sultana favorita, de Cala y Moya!La cabeza de niña, estilo de Greuze, era una maravilla de graciainocente. Pues ¿y la riña en una posada flamenca? Era cosa de risa vercómo volaban los tiestos hechos añicos, y rodaban las cacerolas decobre, y los dos gañanes de Van Oustade, deformes y ridículos, repartíanmojicones, menudeaban puñadas y exageraban con lo grotesco de la actitudsu simiaca fealdad.

Pero más aún que el bazar de objetos de arte donde tantas formas ycolores, estilos e ideales artísticos la marcaban al fin y al cabo,gustaba Lucía de un puesto ambulante al aire libre, de los muchos quehabía cerca del Casino, situados al borde de la acera. Representaban lostales puestecillos la industria chica y modesta; aquí un viejo alemánpregonaba vasos de cristal para beber las aguas, y con una rueda deesmerilar, a vista del comprador, grababa en el cristal las iniciales desu nombre; allá un suizo ofrecía juguetes, muñecos, cajitas y plegaderasgrabados en leño de haya por los pastores; acá se feriaban lentes;acullá peines y objetos de escritorio. El predilecto de Lucía era el deun vendedor de piadosas chucherías de Jerusalén y Tierra Santa.Calvarios de nácar con ingenuos relieves, cabos de pluma de raíz deolivo, rematados en figura de cruz, cabezas de la Virgen entalladassobre una concha, broches y dijes de esmaltes con arabescos, tazas denegra piedra del Asfaltites, pastillas de olor; a esto se reducía lacaja portátil. Vendíalo todo un israelita no mal parecido, ojinegro ycetrino mucho, con su fez árabe encarnado sucio, y sus pantalonesbombachos; dulce, insinuante, levantino en todo, chapurreador de muchaslenguas y buen hablador de la castellana, que manejaba con soltura,incurriendo sólo en algún arcaísmo de vez en cuando. Con éste, pues, sedesquitaba Lucía, informándose de la santa aldea de Belén, de la divinamansión de Nazaret, del monte Olivete, de todos los lugares sacrosantos,que apenas creía ella pudiesen estar en la tierra, sino en algúnmisterioso y remoto paraíso. Entre el vendedor y Lucía se estableció asíuna intimidad de diez minutos todas las tardes, al aire libre, y máscuando él la hubo dicho que era cristiano, católico, catequizado einstruido por los franciscanos de Belén. Compró Lucía de cuanto pudohallar en el puesto, hasta un rosario de esas cuentas verdosas y turbiascomo un agua amarga, que no sin gran verdad analógica se llaman lágrimasde Job.

—¡No sé cómo te gusta ese rosario tan feo!—decía Pilar.

—¡Mira!—exclamaba Lucía—. ¡Si parecen lágrimas de veras!

Mas también la golondrina de Levante se voló, en busca de zonas mástempladas. Un día no encontraron ya a Ibrahim Antonio en su sitio decostumbre: probablemente cansado de una jornada sin venta, había cargadocon el surtido y emprendido el camino Dios sabe dónde. Lucía le echó demenos; pero el movimiento de retirada era general; no se veían sinotiendas que se vaciaban y cerraban. Había en las aceras montones depaja, rimeros de recortes de papel de embalaje, cajones y cajas congrandes rótulos que decían: «muy frágil.» Era la tristeza, el desorden,el creciente vacío de una casa mudada. Pilar encontraba tan feo a Vichyde aquel modo,

que ideaba paseos inusitados, que la apartasen de lascalles principales. Una mañana se encaprichó en ir a ver la pastillería,y presenció el nacimiento de dos o tres mil pastillas y bombones; otraquiso visitar las subterráneas galerías que encierran los inmensosdepósitos del agua, y los formidables tubos por donde asciende aalimentar los baños del establecimiento termal. Bajaron estrechaescalera, cuyos últimos peldaños se hundían ya en la obscuridad de lasgalerías. La guardiana les precedía alumbrando con una lámpara deminero, aplastada y de hediondo tufo; Miranda llevaba otra, y unpilluelo que allí se apareció caído de las nubes, encargose de laúltima. Era la bóveda tan baja, que Miranda hubo de inclinar la cabeza,por no deshacerse la frente. Hacía brusco recodo el angosto pasadizo, yse hallaron de pronto en otra galería, abierta como una boca, donde seinternaban los tubos, comidos de orín, gracias a la perenne humedad.Sudaba el techo pálidas y brillantes gotitas de vapor acuoso; a uno yotro lado corría el agua, sobre un lecho de residuos, de fosfatosalcalinos, blancos y farináceos, como nieve recién llovida. A medida queadelantaban por el largo canal subterráneo, calor sofocante anunciaba elpaso de las sobras de la Reja Grande, un raudal hirviente, cuyatemperatura subía más aún en aquella prisión. De las paredes, leprosas,herpéticas, cubiertas de roña caliza, colgaban monstruosas fungosidades,criptógamas preñadas de veneno, cuya blancura ponzoñosa se destacabasobre el muro, como una pupila pálida y siniestra en un rostroamoratado. En los codos de los tubos, polvorientas telarañas se tendían,semejantes a sudario gris de olvidados muertos. Las losas der pavimento,dislocadas, dejaban entrever el agua negra. Sobre sus cabezas oían losexpedicionarios el pisar de la gente, el batir del duro casco de lasbestias. A veces se abría un respiradero, y al través de la reja dehierro filtrábase la luz del día, lívida y cadavérica, amarilleando larojiza de las lámparas. Los tubos, intestinos de aquel húmedo vientre,daban mil vueltas, y tan pronto rastreaban a flor de tierra, parecidos asierpes enormes, como se erguían a la bóveda, remedando los negrostentáculos de un pulpo descomunal. Hubo un instante en que losexpedicionarios salieron de los pasadizos a plaza más despejada; era unaespecie de cueva circular, con tragaluz, y en su fondo bostezaban lasanchas fauces del pozo Lucas, lleno de un agua soñolienta, sombría yhonda. El pilluelo acercó curioso su lámpara. La guardiana le asió delbrazo.

—Eh, amiguito, cuidado con caerse ahí. No sería fácil ir a buscarte acien metros de profundidad que tiene ese agujero.

Lucía, fascinada, se aproximó a la boca. Los gases mefíticos exhaladosdel pozo hacían temblar la llama turbia de las lámparas. Allí no hacíacalor, sino frío; un frío espeso, sin aire respirable. Entráronseresueltamente por otra galería, y abierta una puerta de hierro, seasustaron todos, menos la guardiana, viendo en torno suyo vastaextensión de agua, una especie de lago subterráneo. Ellos estaban sobreangosta tabla echada a manera de puente a lo ancho del depósito.Aquellas aguas, tendidas en su tumba de piedra, tenían quietud ylimpidez lúgubre. La luz de una de las lámparas, dejada exprofeso en laotra orilla por la guardiana para que se viese el grandor del depósito,oscilaba en prolongados rieles sobre la triste transparencia del lago, yremedaba, allá a lo lejos, la tea de un sicario en alguna prisiónveneciana. Tal era de fantástico aquel lago, que reflejaba un cielo degranito, que la imaginación se fingía cadáveres flotando en él.Experimentaban Lucía y Pilar vago temor, y sobre todo, cosa pueril, omejor dicho, eminentemente femenina, les horrorizaba la idea de que enlas estrecheces y revueltas de los pasadizos pudiesen encontrar ratas.Sabían que los depósitos comunicaban con las alcantarillas, y ya dos otres veces palidecieron creyendo ver cruzar una sombra negra, que no erasino la temblona silueta de alguna planta parásita, dibujada en el muropor las luces. De improviso,

ambas exhalaron un grito; no cabía duda;sonaba el chillido agrio y agudo de la rata. Lucía, sobre todo, se quedóun punto con los ojos dilatados, inmóvil; allí no era posible correr yhuir. Pero el pilluelo y la guardiana soltaron la risa; conocían bienaquel silbido, que no era sino el de las botellas de agua mineral que alotro lado de la pared estaban corchando. Con todo, las mujeresrespiraron al salir del sombrío dédalo y ver de nuevo la claridad diurnay sentir el aire fresco que congelaba en su frente las gotas de sudor.

Sólo a un punto iba Lucía sola: a la iglesia de San Luis. Al pronto, eledificio agradó muy poco a la leonesa, habituada a la majestad de susoberbia basílica. San Luis es mezquina rapsodia ojival, ideada por unarquitecto moderno; por dentro la afea estar pintada de charroscolorines; en suma, parece una actriz mundana disfrazada de santa. PeroLucía halló en el templo una Virgen de Lourdes, que la cautivósobremanera. Campeaba en una gruta de floridos rosales y crisantemos, ysobre su cabeza decía un rótulo: «Soy la inmaculada Concepción.» Pocosabía Lucía de las apariciones de Bernardita la pastora, ni de losprodigios de la sacra montaña; pero con todo eso la imagen la atraíadulcemente con no sé qué voces misteriosas, que vagaban entre el gratoaroma de los tiestos de flores y el titilar de los altos y blancoscirios. La imagen, risueña, sonrosada, candorosa, con ropas flotantes ymanto azul, llegaba más al alma de Lucía que las rígidas efigies de lacatedral de León, cubiertas de rozagante atavío. Yendo una tarde caminode la iglesia, vio pasar un entierro y lo siguió. Era de una doncella,hija de María. Rompía la marcha el bedel, oficialmente grave, vestido denegro, al cuello una cadena de plata; seguían cuatro niñas, con trajesblancos, tiritando de frío, morados los pómulos, pero muy huecas delimportante papel de llevar las cintas. Luego los curas, graves ycompuestos en su ademán, alzando de tiempo en tiempo sus voces anchas,que se dilataban en la clara atmósfera. Dentro del carro empenachado deblanco y negro, la caja, cubierta de níveo paño, que constelaban floresde azahar, rosas blancas, piñas de lila a granel, oscilantes a cadavaivén de la carroza. Las hijas de María, compañeras de la difunta, ibancasi risueñas, remangando sus faldellines de muselina, por no ensuciarloen el piso lodoso. El comisario civil, de uniforme, encabezaba el duelo;detrás se extendía una reata de mujeres enlutadas, rodeando a lafamilia, que mostraba el semblante encendido y abotargados los ojos dellorar. Doblaba tristemente la campana de la iglesia, cuando bajaron lacaja y la colocaron sobre el catafalco. Lucía penetró en la nave y searrodilló piadosamente entre los que lloraban a una muerta para elladesconocida. Oyó con delectación melancólica las preces mortuorias, losrezos entonados en plena y pastosa voz por los sacerdotes. Tenían paraella aquellas incógnitas frases latinas un sentido claro: no entendíalas palabras; pero harto se le alcanzaba que eran lamentos, amenazas,quejas, y a trechos suspiros de amor muy tiernos y encendidos. Yentonces, como en el parque, volvía a su mente la idea secreta, el deseode la muerte, y pensaba entre sí que era más dichosa la difunta,acostada en su ataúd cubierto de flores, tranquila, sin ver ni oír lasmiserias de este pícaro mundo—que rueda, y rueda, y con tanto rodar notrae nunca un día bueno ni una hora de dicha—que ella viva, obligada asentir, pensar y obrar.

—Sí, pero ¿y el alma?—preguntábase Lucía a sí misma.

¡Por tan extraño modo, repetía una pobre chica ignorante el filosóficomonólogo del soñador dinamarqués!

—Oh, ¡y qué bueno debe de ser estar muerta!—calculaba Lucía—. DonIgnacio tenía razón en decir que... que no hay felicidad, vamos. ¡Si unosupiese lo que le aguarda en el otro mundo! ¡Dónde andará ahora el almade ese cuerpo que está ahí! ¡Y de qué servirá morirse, si al fin no dejauno de existir y de acordarse de todo cuanto le pasa!

Ello es, que estas locas imaginaciones, ayudadas de los desvelos deenfermera, y acaso de alguna otra causa, marchitaban la tez de Lucía yalteraban su antes regocijado y apacible genio. Miranda, que privado detoda sociedad ya frecuentaba la de su mujer, notó el sello de melancolíaimpreso en sus facciones, y renacieron en él pensamientos nunca del todoextintos desde el malhadado percance del ferrocarril, jamás había dearrancársele por completo aquella espina, que dolorosamente le punzabaen lo más sensible del amor propio, el cual era a su vez lo más vivo desus afectos. A tener Miranda alma mejor templada, ganaría con el amor elcorazón abierto y generoso de la niña leonesa; pero no parece sino quele inspiraba el diablo para hacer todo lo más inoportuno. Dio en hablarásperamente a Lucía y en mostrarle cierto desdén, como si reconociese sucondición inferior. Recordole con embozadas alusiones su esfera social.Espió sus menores actos, le echó en cara el tiempo invertido en cuidar ala hermana de Perico, y, en suma, adoptó el sistema de contrariedad yviolencia, de seguros resultados con las mujeres fáciles y depravadas, aquienes subyuga y enamora. A Lucía la puso a dos dedos de ladesesperación.

Pocos días antes del fijado para la vuelta de Perico, recibió Pilar unacarta suya, que entregó a Lucía, a fin de que se la leyese. Anunciaba sullegada próxima, refiriendo a la vez algunos pormenores de su elegantevida en el castillo de Ceyssat, y entre varias noticias daba la de lamuerte de la madre de Ignacio Artegui, que *Anatole* le había contado,creyendo que le interesaría por tratarse de un compatriota. Añadía quesu hijo la había llevado a enterrar a Bretaña, al mismo castillote deHotidan, en que, trascurriera su niñez. Miranda estaba delante cuando seleyó, este párrafo, y hubo de notar la ojeada rápida que se cruzó entrePilar y Lucía, y la palidez repentina de su mujer. Salió Lucía aquellatarde, y se fue a San Luis, donde pasaría como media hora. Volvió al*chalet*, y entró en su dormitorio, donde tenía recado de escribir;escribió una carta, y guardándosela en el pecho bajó las escaleras abrincos, y tomó a buen paso hacia la calle principal. Anochecía;encendíanse los primeros faroles, y se esparcían por el arroyo lospilluelos, niños de coro de la civilización, voceando los periódicosrecién llegados de Paris. Lucía fue derecha al rojo reverbero delestanco, y acercándose a la caja de madera que hacía de buzón, echó enella la epístola. Al punto mismo, sintió, como una tenaza que le oprimíael brazo y se volvió. Miranda estaba allí.

—¿Qué es esto?—murmuró él con voz sorda—. Sola... aquí.... ¿quéhaces?

—Nada...—pronunció ella balbuciente.

—¿Nada? ¿pues no acabas de echar una carta en el buzón?

—Sí, una carta—contestó ella.

—¿Por qué mentías?—exclamó el marido con iracundo acento, temblándolela barba y los celosos labios.

—No sé lo que dije cuando me lastimaste en el brazo—replicó Lucíarecobrando su entereza—; lo cierto es que eché una carta ahora mismo.

—¿Y por qué no me la diste a mí? ¿Por qué te vienes tú... sola?

—Quise echarla yo misma.

Alguna gente que pasaba volvía la cabeza, para oír el diálogo enirritada voz y extranjero idioma.

—Estamos dando espectáculo—dijo Miranda—. Vente.

Internáronse por callejuelas excusadas, y guardaron silencio elocuentepor espacio de algunos minutos.

—¿Para quién era esa carta?—interrogó al cabo el marido en voz breve.

—Para Don Ignacio Artegui—contestó Lucía en tono reposado y firme.

—¡Ya lo sabía yo!—dijo entre dientes y mascando una imprecaciónMiranda.

—Su madre se ha muerto.... Bien lo has oído hoy.

—Es altamente indecoroso, altamente ridículo—pronunció Miranda, cuyavoz crepitaba como los sarmientos al arder—, que una señora escribaasí, sin más ni más, a un hombre....

—Al señor de Artegui le debo obligaciones y favores—dijo Lucía—que meobligaban a interesarme en sus penas.

—Esas obligaciones, caso de haberlas, me toca reconocerlas a mí. Yo lehubiese escrito....

—Tu carta—objetó con sencillez Lucía—no le hubiera servido deconsuelo, la mía sí; y como no era cuestión de hacer cumplidos, sinode....

—¡Cállate—gritó Miranda desatentado—; cállate y no digasnecedades!—prosiguió con esa grosería conyugal de que no se eximen nilos hombres de buen tono—. Antes de casarte, debieras haber aprendido aconducirte en el mundo, para no ponerme en evidencia y no hacerridiculeces de mal género; pero no sé de qué me quejo; no debí esperarotra cosa, al casarme con la hija de un tendero de aceite y vinagre.

Miranda caminaba a paso desaforado, arrastrando mejor que conduciendodel brazo a su mujer; y casi estaban ya a la puerta del *chalet*. A laafrentosa invectiva, Lucía, descolorida y echando fuego por los ojos, sesoltó violentamente, y quedó parada en mitad del camino.

—Mi padre—exclamó en voz alta, y con más de doscientos sollozosatravesados en la laringe—es honrado, y me enseñó a que también lofuese.

—Pues no se conoce—repuso Miranda con risa irónica y amarga—. Por lastrazas te enseñó a falsificar la honradez como él habrá falsificadocomestibles.

A este postrer metrallazo, Lucía dio a correr, cruzó la verja, subió laescalera no menos de prisa que la había bajado, y se encerró en sucuarto, soltando la rienda al dolor. De lo que pensó en aquella larganoche, que pasó tendida en un sofá, dará idea la siguiente carta, nodestinada seguramente por su autora a la publicidad, ni menos al aplausode las generaciones venideras:

«Querido Padre Urtazu: Las rabietillas que usted me anunció vanempezando a venir, y más pronto y más a montones de lo que yo creía. Lopeor del caso es que, ahora que lo reflexiono bien, me parece que algunaculpa tengo. No se ría usted de mí, por Dios, porque yo me estoysorbiendo las lágrimas al mojar la pluma, y hasta ese borrón, que usteddispensará, es porque se me cayó una sobre el papel. Voy a contárselo austed todo, como si estuviera en esa a sus pies en el confesonario. Seha muerto la madre del Sr. de Artegui. Ya sabe usted por mis cartasanteriores que esto es una desgracia terrible, porque tal vez traigaconsigo otras... ni

imaginarlas quiero, padre. En fin, yo pensé que elSr. de Artegui estaría muy triste, muy triste, y que acaso nadie seacordase de decirle cosas cariñosas, y, sobre todo, de hablarle de Diosnuestro Señor, en quien él no puede menos de creer, ¿verdad, padre? perode quien se olvidará quizás en estos momentos tan crueles.... Llevada deestas consideraciones le escribí una carta, consolándole allá a mimodo.... ¡si viera usted! me parece que se me ocurrieron cosas muybuenas y eficaces... le hablé de que Dios nos manda las penas paraconvertirnos a él; de que son visitas que nos hace; en resumen, todo loque usted me ha enseñado... además le decía que bien podía creer que noera el único en sentir a aquella pobre señora, aquella santa; que yo lalloraba con él, aunque sabía que estaba gozando ahora de la gloria... yque la envidiaba.... ¡ay, eso si que es verdad, Padre! ¡quién como ella!morirse, ir al cielo.... ¡Cuándo lograré yo tal ventura!

Pues volviendo a mi relato, fui a echar la carta al correo, y Miranda mesiguió y me cogió del brazo y me llenó de denuestos, injuriándome mucho,y lo que sentí más, insultando a mi padre. ¡Pobre padre de mi alma! ¡quéculpa tiene él de lo que haga yo! Que no sepa nada, Padre Urtazu, poramor de Dios. Yo me indigné de tal modo, que contesté con altivez, y meencerré en mi cuarto. Estoy como aquel a quien se le ha caído una casaencima.

Mi salud se resiente de todas estas cosas: dígale usted al Sr. Vélez deRada que cuando me vea, ya no le voy a gustar... ahora mismo se me va lacabeza, y noto unos desvanecimientos muy fuertes. Adiós, Padre;aconséjeme usted, porque no sé lo que me pasa. A veces pienso que obrémal, y otras me creo libre de toda culpa. ¿Es pecado la misericordia?Cuando miro dentro de mí, misericordia y nada más encuentro.

Perdone la letra, que me tiembla mucho el pulso. Conteste pronto porcaridad, que nos vamos luego y antes quisiera tener carta de usted. Besasu mano su hija respetuosa en Jesucristo.—LUCÍA GONZÁLEZ.»

Para los que, conociendo el estilo verbal del Padre Urtazu, sientandeseos de enterarse del epistolar que usaba tan claro varón, será cosade gusto la esquela que a continuación se inserta:

«Lucigüela de mis pecados: ay, hija, ¡y qué bien pintamos las cosas paradejar a nuestra personita en el lugar más lucido! Misericordia, ¿eh? ¡yote daré la misericordia! Has hecho mal, remal, en escribir esa cartita ahurtadillas de tu cónyuge, y no me sorprende que él se haya puesto hechoun dragón. Debiste pedirle permiso; y si te lo negaba ¡paciencia! ¿No tehe dicho, mujer, que para ser buena casada, y hacer el viaje en paz,metieses en las maletas un par de arrobas de paciencia? Se nos olvidó, ymire las resultas.... Anda, desgraciada, cómprate ahí la paciencia yusala a pasto, que te irá bien. Tu marido no debió insultar al bonazo detu padre (aunque algo se lo merece, yo me sé por qué); pero repara queestaba airado, y cuando uno se enfada... yo que tengo el genio vivo, meconsidero. Lo dicho: paciencia, y más paciencia; y nada de esquelitas detapadijo. ¿Quién la mete a ella a predicadora? Y no afligirse: Diosaprieta, pero no va a ahogar, que no es ningún verdugo; y puede quecuando menos pienses, te mande consuelos, así, de regalo, y no por tusméritos. Y adiós, que va a salir el correo, y además tengo los pulmonesde una rana en el porta-objetos del microscopio, y voy a ver qué castade respiración gastan las señoras ranas. Acuérdate de rezar un poquito,¿eh? y bajaremos los humos. La bendición de Dios y de San Ignacio seancontigo, chiquilla.—ALONSO URTAZU, S. J.»

Cuando llegó esta amonestación, ya Lucía había hecho por instinto lo queel Padre Urtazu le aconsejaba. Humilde y mansa como una cordera, susmiradas pedían a cada paso perdón. Miranda apartaba de ella los ojos,tratándola con desdén glacial. Lucía, exhausta con tantos

esfuerzos, ycon el esmero incesante a Pilar consagrado, mudaba las rosas de lasmejillas en azucenas, y adelgazaba notablemente, a pesar de comer conbuen apetito. Una mañana, Duhamel la llamó aparte, y la dijo en suchapurrado característico:

—Cuidarse, *menina.... Conservar-se. Vae cair doente...* menosvigilias, menos fatigas, un *somno* regularizado.... Esta asistencia*altera-lhe a sande*.

—¿Cree usted que se me pegará el mal de Pilar?—preguntó Lucía con tansereno acento, que Duhamel se la quedó mirando.

—No, no es eso.... El médico bajó la voz más aun, engolfándose con ellaen larga y misteriosa plática.

Aquella noche contestó Lucía al Padre Urtazu en estos términos:

«Padre querido: ¡bendita sea su boca! no parece sino que tiene usted donde profecía, según acertó al pronosticarme consuelo. Estoy loca dealegría, y no sé lo que escribo casi. Sepa usted que me hallo en cinta,según dice el señor Duhamel, que es un sabio, y no puede equivocarse enesto. Lo que yo tomé por enfermedades, eran las molestias del estado...Sí; ahora lo comprendo muy bien; ¡pero qué tonta soy! ¿Cómo no lo conocíantes? Parece que una cosa tan grande, debía adivinarla sin que nadie melo advirtiese. ¡Un hijo! ¡Pero qué gusto, Padre Urtazu! Desde mañanaempezaré con la canastilla, no vaya el angelito a nacer como Jesús, sinpaños en qué envolverse.... Estoy poniendo tonterías, y lloriqueo, perono como el otro día... hoy es de placer.

Mañana o pasado emprenderemos el viaje; Miranda y yo vamos unos días aParís antes de volver a León (rabiando estoy por verme ahí y contarle apadre la noticia: no se lo diga usted, que quiero sorprenderle yo), y lapobre Pilar y su hermano, a España, si es que se lo consiente el mal, yno tiene que pararse en algún pueblo del camino, y morirse allí quizá.Porque a mí no me engaña su mejoría; está señalada por la muerte. Lo quesiento es tener que dejarla acaso quince o veinte días antes de.... Enfin, estoy tan alegre, que no quisiera pensar en eso. Aplique usted unamisa por mi intención.»

-XIII-

No fue posible a los Gonzalvo proseguir a España, porque ya hacia lamitad de la ruta se sintió Pilar presa de tales congojas y sudores, contales desvanecimientos, arcadas y soponcios, que allí creyeron todosllegado el punto de su muerte; y aún tomaron por feliz suceso el quepudiesen llegar a París, siguiendo el consejo del doctor Duhamel, queles dejó entrever la esperanza de que acaso algunos días de descansorepusiesen las fuerzas de la enferma, consintiéndole emprender la vueltaa su patria. Avinagró el gesto Miranda, que ya se creía libre de lamoribunda, a quien si no cuidaba, le enfadaba ver cuidar; ensanchóseleel corazón a Lucía, mal hallada con la idea de abandonar a su amiga enla antesala, como quien dice, del sepulcro; y Perico se dispuso aconocer París, seguro como estaba de que no faltarían a su hermanacuidados. Por lo que toca a Pilar misma, poseída del extraño optimismocaracterístico de su padecimiento, mostró gran regocijo por visitar lametrópoli del lujo y elegancia, pensando en hacer allí sus comprillas deinvierno, por no ser menos que las currutacas Amézagas.

Llegaron a la gran capital de la república francesa en una mañananebulosa y turbia, y los asaltaron en la estación innumerablescomisionados de las fondas, señalando cada cual al respectivo ómnibus, ypugnando por llevarse consigo a la gente. Encarose uno de estos talescon Miranda y mostrando el rostro atezado, que cruzaba un medianochirlo, dijo en buen castellano:

—Fonda de la Alavesa, señores.... Se habla español... criados españolestambién... se da cocido... calle de Saint Honoré, el sitio máscéntrico....

—Convendrá ir allí...—dijo Duhamel tocando a Miranda en el brazo—. Enesa casa *espanhoa* atenderán más a *la doente*....

—Vamos, pues—contestó Miranda resignadamente, entregando el talón desu equipaje al comisionado—. Escucha—prosiguió dirigiéndose aPerico—, tú y yo nos iremos con el equipaje en el ómnibus de la casa;pero a Lucía y Pilar las vamos a despachar ya en uno de esos simones....Tienen mejor movimiento.

Trasportaron a Pilar casi en brazos, del departamento a la berlina, y elcochero azotó al destartalado jamelgo. El comisionado se instaló en elpescante, no sin muchos encargos y explicaciones hechos antes alpostillón del ómnibus. Cuando después de rodar por anchas y magníficascalles se detuvo el simón frente a la fonda de la Alavesa, saltó Lucíaal suelo ligera como una perdiz, diciendo al comisionado:

—Suplico a usted que me ayude a bajar a esta señorita, que vieneenferma....

Pero fijándose de pronto en la cara de aquel hombre, exclamó dando unagran voz:

—¡Sardiola!

—¡Señorita!—contestó el vasco con no menor alegría, cordialidad ysorpresa—. ¡Yo que no la había conocido a usted! ¡necio de mí! Ya seve, son tantos los viajeros que uno lleva y trae y espera y despide enesa bendita estación.... ¡Jesús!

Y después de considerar a Lucía algunos instantes más, añadió:

—No, ello es que también se ha desfigurado usted mucho.... Si no pareceusted la misma que cuando la acompañaba el señorito Ignacio....

A este nombre, que ninguna voz humana había hecho resonar en sus oídospor tanto tiempo, Lucía se encendió y se puso como una guinda; y bajandolos ojos, murmuró:

—Subamos a nuestras habitaciones.... Pilar, vente. Echame así, un brazoal cuello... otro a Sardiola... apóyate sin miedo, anda.... ¿Quieres quete llevemos a la silla de la reina?

Y el vasco y la valerosa amiga cruzaron las manos y alzaron blandamenteen el improvisado trono a la enferma, que se dejó ir como un cuerpoinerte, recostando la cabeza en el cuello de Lucía y humedeciéndoselocon el viscoso sudor de la calentura. Subieron así las escaleras hastael entresuelo, donde introdujo Sardiola a ambas mujeres en una ancha ydesahogada habitación en que no faltaba su marmórea chimenea, susmonumentales camas colgadas, su alfombra de moqueta algo desflorada yraída a trechos, sus lavabos y sus perchas clásicas. Caía la pieza a unjardinete, en cuyo centro ligero kiosco de madera y cristales servía desala de baño. Depositaron a Pilar en una butaca y Sardiola se quedó enpie esperando órdenes. Su mirada,

negra y reluciente como la de uncachorro de Terranova, se clavaba en Lucía con sumisión y afectoverdaderamente caninos. Ella, por su parte, se mordía los labios pararetener las preguntas que impacientes asomaban a ellos. Sardiolaadivinó, con su instinto fiel de animal doméstico, y previnole el deseo.

—Cuando las señoritas necesiten algo...—dijo tímidamente, como el queno se atreve a hacer un favor—, llámenme siempre—, siempre.... Siestoy en la estación, llamen por Juanilla... es la camarera de estetramo, una muchacha lista como una pimienta.... Pero siempre que yopueda servir de algo... vamos, que me alegraría mucho; basta haber vistoa la señorita con el señorito Ignacio....

Y como Lucía callase, interrogando sólo con el mudo y ardiente lenguajede los ojos, prosiguió el vasco.

—Porque.... ¿no sabe la señorita? ¡Pues si fue el señorito Ignacioquien me colocó aquí! Como la Alavesa se trajo a Juanilla, que es primahermana mía... y a mí me daba, vamos, tanta tristeza de ver corretearlas columnas *guiris* por aquellos picachos adonde solo subíamos, con laayuda de Dios, los mozos del país y las fieras de los montes... y enfin, que me moría de pena en aquella estación... le escribí una carta alseñorito... aún vivía su madre, ¡en gloria la tenga Dios! y me recomendóa la Alavesa... y aquí me tiene usted, tan campante....

Las pupilas de Lucía preguntaban más apremiantes cada vez. Sardiolasiguió:

—Pues, lo que más gusto me daba, era vivir tan cerca del señorito....

—¿Tan cerca?—preguntáronle, sin voz, los ojos brillantes.

—Tan cerca—contestó él complaciente—, tan cerquita, que, ¡si es unregalo! que atravesando ese jardín, se entra en su casa....

Lucía corrió al balcón, y pálida esta vez como la cera, se quedó allímirando con ojos extraviados el edificio que enfrente de sí tenía.Sardiola la siguió, y hasta la enferma volvió la cabeza con curiosidad.

—¿Ve usted?—explicaba Sardiola—. ¿Ve usted este lado del edificio yel otro que hace esquina con él? Pues es la fonda. ¿Pero ve usted eseotro que forma el tercer lado del cuadro? es la casa de Don Ignacio; caea la calle de Rívoli.... ¿Ve usted esas escaleritas que desembocan en eljardín? por ahí se sube al comedor... lo tienen en la planta baja: ¡uncomedor muy hermoso! Toda la casa es muy buena; el padre de Don Ignacioganó muchísimo.... ¿Ve usted ese arbolito que hay ahí, al lado de laescalera? ¿ese platanillo desmedrado? ahí sacaba el señorito a su mamá,que parece que se murió de una cosa que no sé cómo le dicen, pero vamos,que es hincharse mucho el corazón... y como le daban unos ahogos tanfuertes a veces, y se quedaba sin aliento, lo mismo que un pez fuera delagua, había que traerla al jardín... toda la anchura le era poca, ysolía estarse ahí una hora resollando.... ¡Si viera usted al señorito!aquello se llama cuidar a una persona... le sostenía la cabeza, lecalentaba los pies con sus manos, le daba cuatro mil besos por hora, lehacía aire con un abanico.... ¡vamos, era cosa de ver! Alma más buena,no la echó Dios al mundo, ni volverá a echarla en todo el siglo quecorre.... El día que se murió, la santa bendita, quedó tan risueña... ytan natural, y tan guapa, con su pelo rubio... Él si que parecía elmuerto; si lo ponen en la caja, cualquiera lo entierra.

—Calla—ordenaron de pronto los ojos elocuentes.

Y Sardiola obedeció. Era que entraban Duhamel, Miranda y Perico. Duhamelexaminó con minuciosidad aquella pieza, y declarola, en su jergaluso-franca, abrigada, cómoda, baja asaz y ventilada mucho, y en todoconveniente para la enferma. Miranda y Perico se retiraron a la dellado, a asearse, y tácitamente, sin discusión alguna, se resolvió queenferma y enfermera se quedasen juntas, y los dos hombres ocupasen,juntos también, la cámara próxima. Miranda no puso reparo a estesacrificio de Lucía, porque Duhamel, llamándole aparte, le notició quela cosa se iba por la posta, y que apenas creía que la enferma durase unmes: en vista de lo cual propuso él en su corazón de tomar el portantedentro de ocho o diez días, llevándose a su mujer con cualquierpretexto. Pero el hado, que de muy distinta manera tenía resuelto atarlos cabos de estos sucesos, dispuso, sirviéndole de instrumento Perico,que Miranda comenzase presto a hallarse satisfecho, entretenido yregocijado en aquella babilonia y golfo parisiense, por cuyos arrecifesy bajíos le piloteó el pollo Gonzalvo con más acierto y destreza quebuena intención.

—¿Qué demonio, qué demonio vas a hacer ahora metiéndote enLeón?—exclamaba Perico—. Tiempo tendrás de sobra, de sobra, paraaburrirte... mira, aprovéchate ahora.... ¡Si estás muy bueno! Diez años,diez años te quitaron de encima las tales aguas.

Ya sabía el pícaro lo que se hacía. Ni padre, ni tía se mostraban muydispuestos a venir a encargarse de Pilar, y auguraba el contratiempo detener que quedarse de enfermero.... Su mente, fecunda en tretas, lesugirió mil para embelesar a Miranda, en aquella ciudad mágica que ya desuyo emboba a cuantos la pisan. Aprendió el esposo de Lucía losrefinamientos de la cocina francesa en los mejores *restauradores*(ensordezca todo hablista); y con la golosina experta de su edad madura,llegó a tomarse gran interés en que la salsa holandesa fuese mejor aquíque dos puertas más abajo, y en que las setas rellenas se hallasen o noa la época más propia para ser saboreadas. Amén de estos gocesculinarios, aficionose a los teatrillos del género chocarrero que tantoabundan en París: divirtiéronle las canciones picarescas, las muecas delpayaso, la música retozona y los trajes ligeros y casi paradisíacos deaquellas bienaventuradas ninfas que se disfrazaban de cacerolas, deviolines o de muñecos. Hasta se susurra—pero sin que existan datos paraestablecerlo como rigurosa verdad histórica—que el insigne ex buen mozoquiso recordar sus pasadas glorias, y verter una regaderita de aguasobre sus secos y mustios lauros, y eligió para cómplice a cierta ratade proscenio, nombrada Zulma en la docta academia teatral, si bien estáaveriguado que en regiones menos olímpicas pudo llamarse Antonia,Dionisia o cosa así. Tenía ésta tal el salero del mundo para cantar elestribillo (*refrain*) de ciertas tonadas (*chansonnettes*); y era paradescuajarse y deshacerse de risa cuando, la mano en la cintura, lapierna derecha en el aire, guiñados los ojos y entreabierta la boca,despedía una exclamación canallesca, un grito venido en derechura de laspescaderías y mercados a posarse en sus labios de púrpura, para deleitey contentamiento de los espectadores. Ni eran estas las únicas gracias ydonaires de la cantora, antes lo mejor de su repertorio, laquintaesencia de sus monerías, guardábala para la dulce intimidad de losfelices mortales que a aquella Dánae de bambalinas lograban aproximarse,bien provistos de polvos de oro. ¡Con qué felina zalamería menudeaba losgolpecitos en la panza, y llamaba a graves sesentones ratoncillos,perritos suyos, gatitos, *bibis*, y otros apelativos cariñosos yregalados, que a arrope y miel sabían! Pues ¿qué diré del chiste y garboincomparable con que oprimía entre sus dientes de perlas, un pitilloruso, lanzando al aire volutas de humo azul, mientras la contracción desus labios destacaba la arremangada nariz y los hoyuelos de losarrebolados carrillos? ¿Qué de aquella su maestría en ocupar dos sillasa un tiempo sin que propiamente estuviera sentada en ninguna de ellas, ypuesto que reposaba en la

primera el espinazo, en la segunda lostacones? ¿Qué de la agilidad y destreza con que se sorbía diez docenasde ostras verdes en diez minutos, y bebíase dos o tres botellas de Rhin,que no parece sino que le untaban el gaznate con aceite y sebo para quefuese escurridizo y suave? ¿Qué de la risueña facundia con que probaba asus amigos que tal anillo de piedras les venía estrecho al dedo,mientras a ella le caía como un guante? En suma, si la aventura que semurmuró por entonces en los bastidores de un teatrillo, y en la mesaredonda de la Alavesa, parece indigna de la prosopopeya tradicional enla mirandesca estirpe, cuando menos es justo consignar que la heroínaera la más divertida, sandunguera y comprometedora zapaquilda de cuantasmayaban desafinada y gatunamente en los escenarios de París.

Mientras de tal suerte espantaban Perico y Miranda el mal humor, a Pilarse le deshacía el pulmón que le restaba, paulatinamente, como se deshaceuna tabla roída por la carcoma. No empeoraba, porque ya no podía estarpeor, y su vivir, más que vida, era agonía lenta, no muy penosa,amargándola solamente unas crisis de tos que traían a la garganta lasflemas del pulmón deshecho, amenazando ahogar a la enferma. Estaba allíla vida como el resto de llama en el pábilo consumido casi: el menormovimiento, un poco de aire, bastan para extinguirlo del todo. Se habíadeterminado la afonía parcial y apenas lograba hablar, y sólo en voz muyqueda y sorda, como la que pudiese emitir un tambor rehenchido dealgodón en rama. Apoderábanse de ella somnolencias tenaces, largas;modorras profundas, en que todo su organismo, sumido en atonía vaga,remedaba y presentía el descanso final de la tumba. Cerrados los ojos,inmóvil el cuerpo, juntos los pies ya como en el ataúd, quedábase horasy horas sobre la cama, sin dar otra señal de vida que la leve ysibilante respiración. Eran las horas meridianas aquellas en quepreferentemente la atacaba el sueño comático, y la enfermera, que nadapodía hacer sino dejarla reposar, y a quien abrumaba la espesa atmósferadel cuarto, impregnada de emanaciones de medicinas y de vahos de sudor,átomos de aquel ser humano que se deshacía, salía al balconcillo, bajabalas escaleras que conducían al jardín, y aprovechando la sombra deldesmedrado plátano, se pasaba allí las horas muertas cosiendo o haciendo*crochet*. Su labor y dechado consistía en camisitas microscópicas,baberos no mayores, pañales festoneados pulcramente. En faena tansecreta y dulce íbanse sin sentir las tardes; y alguna que otra vez laaguja se escapaba de los ágiles dedos, y el silencio, el retiro, laserenidad del cielo, el murmurio blando de los magros arbolillos,inducían a la laboriosa costurera a algún contemplativo arrobo. El sollanzaba al través del follaje dardos de oro sobre la arena de lascalles; el frío era seco y benigno a aquellas horas; las tres paredesdel hotel y de la casa de Artegui formaban una como natural estufa,recogiendo todo el calor solar y arrojándolo sobre el jardín. La verja,que cerraba el cuadrilátero, caía a la calle de Rívoli, y al través desus hierros se veían pasar, envueltas en las azules neblinas de latarde, estrechas berlinas, ligeras victorias, landós que corrían albrioso trote de sus preciados troncos, jinetes que de lejos semejabanmarionetas y peones que parecían chinescas sombras. En lontananzabrillaba a veces el acero de un estribo, el color de un traje o de unalibrea, el rápido girar de los barnizados rayos de una rueda. Lucíaobservaba las diferencias de los caballos. Habíalos normandos, poderososde anca, fuertes de cuello, lucios de piel, pausados en el manoteo, quearrastraban a un tiempo pujante y suavemente las anchas carretelas;habíalos ingleses, cuellilargos, desgarbados y elegantísimos, quetrotaban con la precisión de maravillosos autómatas; árabes, de ojos queechaban fuego, fosas nasales impacientes y dilatadas, cascos bruñidos,seca piel y enjutos riñones; españoles, aunque pocos, de opulenta crin,soberbios pechos, lomos anchos y manos corveteadoras y levantiscas. Alir cayendo el sol se distinguían los coches a lo lejos por la móvilcentella de sus faroles; pero confundidos ya colores y formas,cansábanse los ojos de Lucía en seguirlos, y con renovada melancolía seposaban en el mezquino y ético jardín. A veces

turbaba su soledad en él,no viajero ni viajera alguna, que los que vienen a París no suelenpasarse la tarde haciendo labor bajo un plátano, sino el mismísimoSardiola en persona, que so pretexto de acudir con una regadera de aguaa las plantas, de arrancar alguna mala hierba, o de igualar un poco laarena con el rodezno, echaba párrafos largos con su meditabundacompatriota. Ello es que nunca les faltó conversación. Los ojos de Lucíano eran menos incansables en preguntar que solícita en responder lalengua de Sardiola. Jamás se describieron con tal lujo de pormenorescosas en rigor muy insignificantes. Lucía estaba ya al corriente de lasrarezas, gustos e ideas especiales de Artegui, conociendo su carácter ylos hechos de su vida, que nada ofrecían de particular. Acasomaravillará al lector, que tan enterado anduviese Sardiola de loconcerniente a aquel a quien sólo trató breve tiempo; pero es deadvertir que el vasco era de un lugar bien próximo al solar de losArteguis, y familiar amigo de la vieja ama de leche, única que ahoracuidaba de la casa solitaria. En su endiablado dialecto platicaban largoy tendido los dos, y la pobre mujer no sabía sino contar gracias de sucriatura, que oía Sardiola tan embelesado como si él también hubieseejercido el oficio nada varonil de Engracia. Por tal conducto vino Lucíaa saber al dedillo los ápices más menudos del genio y condición deIgnacio; su infancia melancólica y callada siempre, su misántropajuventud, y otras muchas cosas relativas a sus padres, familia yhacienda. ¿Será cierto que a veces se complace el Destino en que porextraña manera, por sendas torturosas, se encuentren dos existencias, yse tropiecen a cada paso e influyan la una en la otra, sin causa nirazón para ello? ¿Será verdad que así como hay hilos de simpatía que losenlazan, hay otro hilo oculto en los hechos, que al fin las aproxima enla esfera material y tangible?

—Don Ignacio—decía el bueno de Sardiola fue siempre así. Mire usted,del cuerpo dicen que nunca padeció nada.... ¡ni un dolor de muelas! peroasegura el ama Engracia que ya desde la cuna tuvo una a modo deenfermedad... allá del alma o del entendimiento, o ¡qué me sé yo! Cuandochiquillo ¡le entraban unos miedos al anochecer y de noche, sin sabersede qué! se le agrandaban los ojos, así, así... (Sardiola trazaba en elespacio con sus dedos pulgar e índice una O cada vez mayor), y se metíaen un rincón del aposento, sin llorar, hecho una pelota, y pasábase asíquietecito, hasta que amanecía Dios.... No quería decir sus visiones;pero un día le confesó a su madre que veía cosas terribles, a todos losde su casa con caras de muertos, bañándose y chapuzándose bonitamente enun charco de sangre.... En fin, mil disparates. Lo raro del asunto esque a la luz del sol el señorito fue siempre un león, como todossabemos... lo que es en la guerra daba gozo verle.... ¡bendito Dios! lomismo se metía entre las balas que si fuesen confites.... Nunca usóarmas, sino una cartera colgada donde había yo no sé cuántas cosas:bisturíes, lancetas, pinzas, vendas, tafetán.... Además tenía losbolsillos atestados de hilas y trapos y algodón en rama.... Dígole austed, señorita, que si se ganasen los grados por no tener asco a lospepinillos liberales, nadie los ganaría mejor que Don Ignacio.... Unavez cayó una bomba, así, a dos pasos de él... se la quedó mirando,esperando sin duda a que reventase, y si no lo coge de un brazo elsargento Urrea, que estaba allí cerquita.... Ni en las cargas a labayoneta se retiraba. En una de éstas un soldado *guiri*, ¡maldita seasu casta!, se fue a él derecho con el pincho en ristre.... ¿Qué diráusted que hizo mi Don Ignacio? no se le ocurre ni al demonio.... Loapartó con la mano como si apartase un mosquito, y el muy bárbaro abatióla bayoneta y se dejó apartar. Tenía el señorito entonces una cara....Válgame Dios y qué cara. Entre seria y afable, que el alma de cántaroaquel debió de quedarse cortado.

Después eran pormenores sobre los cuidados del hijo a la madre en suúltima enfermedad.

—Parece que los estoy viendo.... Ahí, ahí, donde usted está, la señoraDoña Armanda; y él, aquí, así, lo mismito que yo, dicho sea con elrespeto que.... Pues se bajaba, y le alzaba los pies y se los apoyaba enun taburete... así, así, y le ponía detrás de la cabeza hasta una docenade almohadas, almohadones y almohadillas, de distintos tamaños yhechuras, todo para acomodarlas a la respiración de la pobre señora....Y los jaropes, y los potingues... digital por aquí, atropina por allá...¡quiá! ni por esas... se murió al fin la infeliz.... ¿Creerá usted queno hizo Don Ignacio ningún extremo? es un pozo; todo se lo guarda, y asíle ahoga eso que va encerrando, encerrando.... A mí no me la pegó con suserenidad... porque cuando me dijo: «Sardiola, me acompañarás esta nochea velarla», me acordé, ¡mire usted, señorita, qué tontería! pues meacordé de un corneta de nuestras filas, que tocaba unas dianas famosascon su instrumento, que era tan claro y tan lleno y tan hermoso... y undía tocó mal, y como nos burlásemos de él, cogió la corneta, y sopló ynos dijo: «Chicos, ha tenido una pena y se ha reventado la pobrecillamía...» Pues mire usted, la misma diferencia de son que noté en lacorneta de aquel majadero de Triguillos, noté en la voz del señorito...usted ya sabe que la tiene muy sonora, que daría gozo oírle mandar lamaniobra... y aquel día... estaba reventada la voz, vamos. En fin, queél amortajó a Doña Armanda, y entre él y yo la velamos, y al amanecer...¡zas! tren especial y a Bretaña con el cuerpo en un ataúd de palo santofileteado de plata: al castillote de qué sé yo qué, a enterrar con suspadres, abuelos y tatarabuelos a la pobre señora.

Lucía, que caída la labor en el regazo escuchaba con vida y alma, púsolatoda en sus ojos para preguntar, mudamente, algo a Sardiola. Elinteligente vasco respondió al punto:

—No ha vuelto desde entonces, y se ignora qué piensa hacer.... Engraciano sabe de la misa a la media.... Bien que él nunca dice nada a personade este mundo de lo que proyecta, ni.... Ahí se está Engracia sola,porque a los demás criados los despidió muy bien galardonados, alpartir.... Ella arregla lo poco... lo nada que hay que arreglar ahí...Abrir alguna vez las ventanas, para que la humedad no se divierta conlos muebles... pasar un plumero....

Volvió Lucía la cabeza, y fijose en las ventanas, cerradas a la sazón,al través de los cuales se veía a intervalos cruzar una figura de mujerprovecta, la cabeza adornada con la tradicional coba guipuzcoana, sujetacon dos agujones dorados.

—Merece cuidarse la casa—prosiguió Sardiola—, porque la tenía comouna taza de plata aquella bendita Doña Armanda... muy bien alhajada, ymuy capaz.... Y ahora que se me ocurre—exclamó dándose fiera palmada enla frente—. Señorita.... ¿por qué no va usted a verla? Yo se lo diré aEngracia... nos la enseñará toda... ea, decídase usted.

—No—contestó débilmente Lucia—para qué....

—¡Para verla! pues claro está.... Verá usted el cuarto del señoritoIgnacio, con sus libros y sus juguetes de chiquillo, que todo loconserva el ama Engracia....

—Bien, Sardiola—respondió Lucía como pidiendo tregua—. Un día que mecoja de humor.... Hoy no estoy para ello. Ya te avisaré.

Andaba Lucía, en efecto, harto cavilosa, por una circunstancia que anadie importaba sino a ella. Duhamel le había notificado que el fin dePilar era inminente, y Pilar, no sospechándolo en lo más mínimo, no dabaindicios de querer disponer su alma para el terrible paso. Hablábanle deDios, y contestaba, en voz apenas perceptible, modas o viajes; queríanlerecordar cosas tristes,

y la desventurada, sin soplo vital casi, decíaalguna festiva ocurrencia, que tomaba color de cementerio al pasar porsus lívidos labios.

Toda la retórica piadosa de Lucía se estrellaba ante la invencible ybenéfica ilusión de la hora postrera. Acudió a Miranda y Pericodemandando ayuda, y ambos se encogieron de hombros, declarándose de todopunto inexpertos y poco a propósito para asuntos tales. Justamente eldía en que se le puso en la cabeza hablarles del asunto, tenían ellosconcertada una cena con Zulma y compañeras no mártires en el máscalentito y retirado gabinete de *Brébant*. ¡Brava sazón de pensar ensemejantes cosas! No obstante, alguien hubo que sacó a Lucía delatolladero; y fue ni más ni menos que Sardiola, que conocía a un jesuitapaisano suyo, el Padre Arrigoitia, y lo trajo en un santiamén. Era elPadre Arrigoitia alto como una caña, encorvado por la cintura, dulcecomo el jarabe y tan pegadizo e insinuante como brusco y desamorado suconterráneo el Padre Urtazu. Entró pretextando una visita de la tía dePilar, volvió manifestando mucho interés por la salud corporal de laenferma, trajo tierra de la santa gruta de Manresa y pastillaspectorales de Belmet, todo junto y envuelto en muchos papelitos, y ensuma, se dio tal maña y arte, que a la semana de conocerle y tratarle,Pilar espontáneamente pidió lo que tanto deseaban darle el jesuita y laenfermera. Al salir el Padre Arrigoitia del cuarto de la que bienpodemos llamar moribunda, después de haber pronunciado las palabras dela absolución, sintió detrás de la puerta el ulular de un congojadopecho, y oyó una voz que decía:

—Gracias... muchas gracias....

Lucía estaba allí y lloraba a mares,

—A Dios sean dadas...—contestó el jesuita afablemente—. Vamos, noafligirse, mi señora Doña Lucía... al contrario. Estamos de enhorabuena.

—No... no, si es de gozo—contestó la enfermera.

Y como la sotana negra y el alto talle fajado se alejasen, hizosuavemente: ce, ce. El jesuita se volvió.

—Yo también, Padre Arrigoitia, me quiero confesar, pronto, pronto.

—¡Ah! bien, bien... pero usted no está en peligro de muerte, gracias alSeñor... en San Sulpicio, confesonario de la derecha, entrando... a susórdenes siempre, señora mía. Volveré, volveré a ver a nuestraenfermita... no hay que llorar.... ¡Parece usted una Magdalena!

Aquella tarde Lucía bajó como de costumbre al jardín. Pero era tal elcansancio que sentían sus miembros y su espíritu, que recostando en eltronco del plátano la cabeza, quedose dormida. Empezó presto a soñar: yes lo raro del caso que no soñaba hallarse en lugar alguno nuevo nidesconocido, sino en el mismo sitio, en el jardinete; únicamente lascaprichosas representaciones del sueño se lo convirtieron de chico yestrecho en enorme. Era el propio jardín, pero visto al través de unacolosal lente de aumento. No se distinguía la verja sino a distanciafabulosa, como una hilera de puntos brillantes, allá en el horizonte; ytal aumento de proporciones acrecentaba la tristeza del mezquino jardín,haciéndolo parecer más bien seco y agostado erial. Recorriéndolo, fijabaLucía la vista en la fachada correspondiente a la casa de Artegui, deuna de cuyas ventanas salía una mano pálida que le hacía señas. ¿Eramano de hombre o de mujer? ¿era de vivo, o de cadáver? Lucía loignoraba; pero los misteriosos llamamientos de aquella diestradesconocida la atraían cada vez más, y corriendo, corriendo, trataba deacercarse a

la casa; pero el erial se prolongaba, detrás de unas callesde arena venían otras, y después de andar horas y horas aún veía delantede sí larguísima hilera de plátanos entecos, cuyo fin no se divisaba, yla casa de Artegui más lejana que nunca. Y la mano hacía señasimpacientes y furiosas, semejante a diestra de epiléptico que se agitaen el aire: sus cinco dedos eran aspas incesantes en girar, y Lucía,desalentada, jadeante, iba a escape, y a cada plátano sucedía otro, y lacasa lejos... lejos... «¡Necia de mi!» exclamaba al fin; «ya quecorriendo no llego nunca... volaré.» Dicho y hecho: como se vuela tanaína en sueños, Lucía se empinaba y.... ¡pim! al aire de un brinco. ¡Ohplacer! ¡oh gloria! el erial quedaba debajo; surcaba la región ambiente,pura, serena, azul, y ya la casa no estaba lejos, y ya se acababan loseternos plátanos, y ya distinguía el cuerpo dueño de la mano... era uncuerpo esbelto sin delgadez, dignamente rematado por una cabeza varonily melancólica... pero que entonces se sonreía cariñosamente, conexpansión infinita.... ¡Cómo volaba Lucía! ¡cómo respiraba a placer enla atmósfera serena! ánimo, poco falta.... Lucía escuchaba el batir desus propias alas, porque tenía alas; y el regalado frescor de las plumasle refrigeraba el corazón.... Ya estaba cerca de la ventana....

Sintió de pronto dos dolores agudos, como una herida gemela hecha condos armas a un tiempo: distinguió una tijera enorme que sobre ella secernía; vio caer al suelo dos alas de paloma blancas y ensangrentadas; ysin ser poderosa a más, cayó ella también, pero de prodigiosa altura; noal suelo del jardín, sino a un precipicio, una sima muy honda, muyhonda.... Allá en el fondo ardían dos lucecicas, y la miraban unos ojoscompasivos de mujer vestida de blanco.... Ni más ni menos que caía en lagruta de Lourdes... no podía ser otra; estaba tal como la había visto enla iglesia de San Luis en Vichy; hasta la Virgen tenía los mismosrosales, los mismos crisantemos.... ¡ay, qué fresca y hermosa era lagruta, con su manantialillo murmurador! Lucía ansiaba llegar... pero laangustia de la caída la despertó, como sucede siempre en las pesadillas.

-XIV-

A pocos días de haberse confesado Pilar, expiró. Fue su muerte casidulce y del todo imprevista, en cuanto careció de agonía. Una flemamayor que las demás cortó su respiración algunos segundos, y apagose ladébil luz de la vida en la exhausta lámpara. Lucía estaba sola con ella,y sosteníale la cabeza para toser, a tiempo que, doblando de pronto elcuello, la tísica entregó el alma. Tiene este horrible mal de la tisistan diversas fases y aspectos, que hay enfermo que al morir cuenta losinstantes que le restan de existencia, y haylo que cae sorprendido en laeternidad, como la fiera en el lazo. Lucía, que nunca había vistomuertos, no pudo imaginar que fuese sino un síncope profundo; creía ellaque el espíritu no abandonaba sin lucha y ansías mayores su vestiduramortal. Salió gritando y pidiendo auxilio; acudió primero Sardiola a susvoces, y meneando la cabeza, dijo: «Se acabó.» Miranda y Perico llegaronen breve; justamente estaban en casa por ser las once, hora de cambiarel lecho por el almuerzo. Miranda alzó las cejas, frunciolas después, ydijo poniendo la voz en el registro grave:

—Era de temer, de temer.... Sí, estaba muy mal.... Pero tan de pronto,señor... si es que parece imposible....

En cuanto a Perico, escondió la cabeza entre las manos, y murmuró más detres docenas de «Jesús, Jesús.... Válgame Dios, válgame Dios.... Quédesgracia, qué desgracia...» y aún debo

añadir, en honra de lasensibilidad del insigne pollo, que se demudó bastante su rostro, ypugnaron por asomar a sus lagrimales, y asomaron al fin, unas cuantasgotas de eso que los poetas llaman rocío del alma. No quise omitir estospormenores, a fin de que no se crea que Perico era malo, siendo así, quede investigaciones y curiosos datos estadísticos resulta que aún valíamás que las dos terceras partes de la prole de Adán. Triste y mustio deveras, se dejó conducir por Miranda a su cuarto, y es cosa averiguadatambién, que en todo el curso de aquel día no entraron en su cuerpo másalimentos que dos tazas de té y un huevo pasado por agua, que la extremadebilidad le obligó a sorber, entrada ya la noche.

El Padre Arrigoitia y el médico Duhamel, de acuerdo con Miranda, yfacultados telegráficamente por la desconsolada familia Gonzalvo,proporcionaron a la muerta cuanto necesitaba ya: mortaja y ataúd. Pilar,vestida de hábito del Carmen, fue extendida en la caja sobre su mismolecho; encendieron luces, y dejáronla, a la española, en la cámaramortuoria, no acatando la costumbre francesa de convertir en capillaardiente el portal, exponiendo allí el cadáver para que todo el que paselo rocíe con una rama de boj que flota en una caldereta de agua bendita.Depósito, exequias y entierro, debían verificarse el día siguiente.

Hízose todo con tal celeridad y tino, que serían las tres de la tarde nomás cuando en la estancia, ordenada ya, y junto al balcón abierto, leíael Padre Arrigoitia en su Breviario las oraciones por los difuntos, yLucía le contestaba entre sollozos «Amén». La llama de los cirios,devorada por la claridad gloriosa del sol, no era más que un puntorojizo, en cuyo centro se distinguía la negra raya del pábilo. A lolejos se escuchaba el sordo rodar de los coches, anunciado antes por elretemblido de los vidrios; y dominando los rumores de la calle, la vozdel jesuita que decía:

—*Qui quasi putredo consumendus sum, et quasi Vestimentum quodcomeditur a tinea....*

Protestando contra el cántico de muerte, el hermoso sol de inviernoenviaba sus rayos a la cabeza inclinada y canosa del sacerdote, yencendía con tonos calientes la nuca de Lucía, inclinada también.

Y continuaba el rezo:

—*Heu mihi, Domine, quia pecavi nimis in vita mea....*

Un rayo de luz más vivo y directo se coló en la cámara, y fue a posarseen la difunta. Estaba Pilar consumida y hecha un mirlo de flaca; nimajestad ni hermosura añadía la muerte a aquel residuo de organismodevorado por la extenuación y la fiebre. La toca blanca hacía resaltarla verdosa palidez de su rostro chupado. Parecía haber encogido ymenguado en estatura. Su expresión era vaga, entre sonrisa y mueca.Veíansele los dientes de marfil. Sobre su pecho destelló, al reflejosolar, el latón de un crucifijo que el Padre Arrigoitia le había puestoentre las manos.

Bien rezarían el jesuita y la amiga cosa de una hora; pero al cabo deese tiempo se levantó el Padre, manifestando que para volver a velarla,necesitaba ir a su casa y despachar algunos urgentes asuntos que lereclamaban. Miró a Lucía, y viéndola descolorida y los ojos hinchados,le dijo bondadosamente:

—Retírese un poco, hija, a descansar... está usted del color de lamuerta. No ordena Dios tratarse así.

—Lo que haré, Padre—respondió Lucía—, será bajar un rato al jardín atomar el fresco.... Juanilla se quedará aquí.... Me arde la cabeza,necesito aire.

De nuevo fijó en ella su mirada el jesuita, y prontamente, acercándose asu oído y silabeando como en el confesonario, murmuró:

—Ahora que esa pobrecita se ha muerto... ya sabe usted mi consejo,¿verdad? ¡Tierra en medio, hija! Esta vecindad... estos aires no leconvienen. A León.... Si me envían allá... la he de felicitar.

Y como Lucía lo mirase elocuentisimamente, añadió:

—Sí, sí... tierra en medio. ¡Cuántas almitas enfermas he curado yo coneso solo! Vaya, hasta luego... hasta cuanto antes. Si, hijita querida,sí; esas cosas las apunta todas Dios en el cielo....

—Padre... quisiera ser aquella...—murmuró Lucía señalando a la muerta.

—¡Virgen mía! no, hija... vivir para servir a Dios... cumpliendo suvoluntad.... Hasta luego, ¿eh?

Cuando Lucía bajó al jardín, pareció éste a sus ojos fatigados dellorar, menos enteco y árido que de costumbre. Las yucas alzaban sucabeza majestuosa, perpetuamente coronada; las hiedras exhalaban levearoma campesino, siempre más grato que el tufo de la cera. El sol iba yaretirándose, pero aún doraba las moharras de las lanzas, en la verja.Sentose Lucía por costumbre bajo el plátano, que, pelado por elinvierno, ya se había quedado sin una mala hoja con que dar sombra. Elreposo de aquel rinconcillo solitario trajo de nuevo los pensamientosfamiliares.. No, Lucía no podía llorar más, sus ojos secos no conteníanlágrima alguna; lo que deseaba era descanso, descanso.... Habíanleprohibido Dios y la naturaleza pensar en la muerte; así es que empleandoingenioso subterfugio, pensaba en un sueño muy largo, que no tuviesefin.... Absorta, vio venir a Sardiola corriendo.

—Señorita... señorita....

El bueno del vasco se asfixiaba.

—¿Qué hay?—dijo ella, y levantó lánguidamente la cabeza.

—Está ahí—dijo Sardiola atragantándose.

—Está... ahí....

Lucía se irguió recta como una estatua y puso ambas manos sobre elpecho.

—El señorito... señorito Ignacio.... Llegó esta mañana... marcha estanoche... adónde no se sabe... no quiso recibirme.... Engracia dice queestá más demudado que cuando salió para Bretaña....

—Sardiola...—pronunció difícilmente Lucía, sintiendo el corazón nomayor que una nuez—. Sardiola....

—Tengo que subir, me están necesitando a cada paso... con la desgraciade hoy, hay mil recados...¿Quiere usted algo, señorita?

Nada....

Y la voz sorda de Lucía expiró en su garganta. Zumbábanle los oídos ygiraban en torno suyo verja, paredes, plátano y yucas. Hay así en lavida momentos supremos en que el sentimiento, oculto largas horas, selevanta rugiente, y avasallador, y se proclama dueño de un alma. Éraloya; pero el alma lo ignoraba por ventura o barruntábalo solamente; hastaque repentina marca de hierro enrojecido viene a revelarle suesclavitud. Aunque el símil pueda parecer profano, diré que acontece conesto algo de lo que con las conversiones: flota indeciso el ánimo algúntiempo, sin saber qué rumbo toma, ni qué causa su desasosiego, hasta queuna voz de lo alto, una luz deslumbradora, de improviso, disipan todaduda. Pronto es el asalto, nula la resistencia, segura la victoria.

Descendía rápidamente el sol a su ocaso, caía sobre el jardín la sombra;Sardiola, el lebrel fidelísimo que había dado el ladrido de alarma, noestaba ya allí. Lucía miró en torno suyo con ojos vagos, y llevose lasmanos a la garganta oprimida. Después convirtió la vista a la fachada,cual si sus macizos muros pudiesen por mágico arte volverse cristal ytrasparentar lo que en su interior guardaban. Quedose fascinada,sofocando un grito antes que naciera. La puerta del comedor estabaentornada. Cosa era esta que sucedía muchas tardes, siempre que al amaEngracia se le ocurría tomar el fresco un rato en el umbral charlandocon Sardiola; pero en tal instante Lucía sintió que la puertaentreabierta la penetraba de terror glacial y de ardiente júbilo a untiempo. Su cerebro, vacío de ideas, sólo encerraba un sonsonete monótonoy cadencioso, repitiendo como la péndola de un horario: «Vino estamañana, se va esta noche...» Y al fin la repetición la irritaba de talmanera, que sólo oía la palabra «noche, noche, noche», palabra queparecía vibrar, como esos puntos luminosos que se ven en las tinieblas,durante el insomnio, y que se acercan y se alejan, sin movimiento detraslación, por el mero sacudimiento de sus moléculas. Apretose lassienes como para detener la tenaz péndola, y lentamente, paso a paso, seencaminó al vestíbulo de casa de Artegui. Al poner el pie en el primerpeldaño de la escalera, la música zumbadora de la sangre le cantaba enlos oídos, como un coro de cien moscardones. Parece que le decía:

—No vayas, no vayas.

Y otra voz silbada y misteriosa, la voz del viento en las ramas secasdel plátano, le murmuraba con prolongado susurro:

—Sube, sube, sube.

Subió. Al llegar al segundo peldaño tropezó pisándose el traje pordelante, y sólo entonces echó de ver que su bata de merino negro,manchada por la asistencia, arrugada por las vigilias, era muy fea y decorte asaz descuidado. Vio, además, que tenía los puños de la chambrahechos un trapo, remojados de lágrimas, y la falda sembrada de hilitosde hacer labor. Se recorrió maquinalmente con ambas manos, sacudiendolos cabos de hilo, y estirose algo los puños, mientras llegaba a lapuerta. En ésta vaciló aún; pero la media obscuridad que ya reinaba ledio ánimos. Empujó las hojas y hallose en una gran pieza lóbrega a lasazón, que no era sino el comedor, y por tener cubiertos los muros deuna imitación del antiguo cuero cordobés, parecía harto más sombría,ayudando a ello los altos aparadores de roble esculpido, y sitiales delo mismo.

—Éste es el comedor—dijo en voz alta Lucía.

Y miró hacia todas partes buscando la puerta. La cual estaba en elfondo, frontera a la que al jardín salía, y Lucía alzó el tupidocortinón y puso la trémula mano en el pestillo, saliendo a un corredorcasi del todo tenebroso. Quedose sin respirar, y lo que es peor, sinsaber adónde se encaminase, y entonces maldijo mil veces de su terquedaden no haber querido visitar antes la casa. De pronto oyó un ruido, unostropezones sonoros, un choque de vajilla y loza.... El ama Engraciafregoteaba sin duda los platos en la cocina. ¿Cómo lo adivinó tan prestoLucía? El entendimiento se aguza en las horas críticas yextraordinarias. Guiada negativamente por el ruido, Lucía siguió andandoen dirección opuesta, hacia el extremo del pasillo, en que reinaba elsilencio. El piso alfombrado apagaba su andar, y con ambas manosextendidas palpaba las dos murallas buscando una puerta. Al fin, sintióceder el muro, y, siempre con las manos delante, penetró en una estanciaque le pareció chica, y donde al pasar tropezó en varios objetos, entreellos unas barras de metal que se le figuraron de una cama. De allí pasóa otra habitación mucho mayor, todavía iluminada por un leve resto deluz diurna, que entraba por alta vidriera. Lucía no dudó ni un instantede su acierto: aquella cámara debía de ser la de Artegui. Habíaestanterías cargadas de volúmenes, preciosas pieles de animalesarrojadas al desdén por la alfombra, un diván, una panoplia de ricasarmas, algunas figuras anatómicas, enorme mesa escritorio con papeles endesorden, estatuas de tierra cocida y de bronce, y sobre el diván unretrato de mujer, cuyas facciones no se distinguían. Medio desmayada sedejó caer Lucía en el diván, cruzando ambas manos sobre el senoizquierdo, que levantaban los desordenados latidos del corazón, ydiciendo en voz alta también:

—Aquí.

Estúvose así un rato, sin pensar, sin desear, entregada sólo al placerde hallarse allí, en donde moraba Artegui. La obscuridad crecía, y alfin viniera a ser completa si el resplandor de un reverbero fronterizono se quebrase en los cristales de la ventana. La vista de la luz hizosaltar en el diván a Lucía.

—Es de noche—exclamó siempre en alto.

Atropelláronse en su mente mil pensamientos. De seguro que ya habríanpreguntado en la fonda por ella. Puede que estuviese de vuelta el PadreArrigoitia; y se volverían locos buscándola en el jardín, en su cuarto,en todas partes. No sabía ella misma por qué se acordaba antes del PadreArrigoitia que de Miranda; pero es lo cierto que su temor principal eradarse de manos a boca con el afable jesuita, que le diría sonriendo:«¿De dónde bueno, hija?» Hostigada por tales imaginaciones, se levantótambaleándose, y diciendo entre dientes:

—No es justo que la muerta esté sola....

Y buscó la salida: pero de pronto se detuvo paralizada, como autómata aquien se acaba la cuerda.... Oyó pasos en el corredor, pasos que seacercaban, pasos fuertes y resueltos: no eran, no, los del ama Engracia.La puerta de la cámara grande se abrió, y entró una persona. Lucía sehallaba ya en la cámara chica, y se quedó detrás de la cortina. Noestaba ésta corrida del todo. Por el resquicio vio que el recién llegadoencendía un fósforo y después la bujía de un candelero; mas la luzsobraba, y ya, sin ella, había conocido a Artegui.

Ahora lo distinguía perfectamente; era él, pero aun más abatido ydesmejorado que cuando por última vez lo vio; velaban su rostro tintascárdenas, y la negra barba lo sumía en un cerco de sombra; sus ojosbrillaban cual si tuviese calentura. Sentase al escritorio y escribiódos o tres

cartas. Estaba frente por frente a Lucía y ella le devorabacon los ojos. A cada carta que cerraba Artegui, decíase:

—Ya le he visto; vámonos.

Y se quedaba. Por fin Artegui se levantó, e hizo una cosa rara; llegoseal retrato colgado sobre el diván, y lo besó. Miró Lucía afanosamente aaquel lugar, y viendo un rostro de dama, pero parecido al de Artegui,murmuró:

—Su madre.

Tras de lo cual, el pesimista abrió un cajón de su mesa-escritorio, ysacó un objeto reluciente y prolongado, que reconoció con el mayoresmero.... Estaba absorto en su ocupación, cuando sintió que le asíandel brazo con fuerza convulsiva, y vio ante sí a una mujer pálida, máspálida que él, ardientes y fijos los ojos como dos carbones encendidos,abierta la boca para hablar... pero muda, muda. Soltó la pistola, quecayó en la alfombra con ruido mate, y estrechó a la mujer.... Cedió eltalle de ésta como una flor tronchada, y hallose con Lucía exánime enlos brazos.

La colocó atónito en el diván, y trayendo de su cuarto de tocador unfrasco de lavanda, se lo vertió entero por sienes y pulsos, rompiéndoleal mismo tiempo los ojales de la bata, en la prisa con que queríaaflojarle el corsé. Ni un momento le ocurrió llamar al ama Engracia; alcontrario, murmuraba muy bajito:

—¿Lucía..., me oye usted? ¡Lucía.... Lucía..., soy yo, yo no más...,Lucía!

Ella abrió los ojos aun turbios y vagos, y contestó, muy quedo también,pero claro:

—Aquí estoy, Don Ignacio. ¿Dónde está usted?

—Aquí..., aquí mismo..., ¿no me ve usted?, aquí, a su lado....

—Sí, sí, ya veo.... ¿Es usted?

—Explíqueme usted este... este milagro, Lucía, por lo que más quiera.¿Cómo vino usted aquí?

—Explicar..., explicar, no puedo, Don Ignacio..., tengo así, lacabeza.... Como estaba usted aquí... quise verle... y yo decía: Pues hede verle.... No, yo no, lo decían cien mil pajaritos dentro de mí...Ellos lo dijeron. Y vine. No sé más.

—Descanse usted—dijo con dulcísima voz Artegui, hablando blandamente,como se habla a los niños—. Apoye usted la cabeza en el almohadón...¿Quiere usted té..., alguna cosa? ¿Se siente usted mejor?

—No, descansar, descansar. Así... así...—Lucía cerró los ojos, yrecostándose en el diván, calló. Artegui la miraba ansioso, dilatadaslas pupilas, y estremecido aún de sorpresa y de asombro. Arreglole eldescompuesto traje, y le puso a los pies un taburete, estirándole labata de manera que se los tapase. Lucía seguía inmóvil, murmurandopalabras en voz baja, divagando un poco aún, pero ya con más ilación, ydiscurso más claro.

—Ni sé cómo llegué al cuarto... tenía miedo, mucho miedo de encontrarcon alguien... con el ama Engracia... pero yo decía: adelante: Sardiolaasegura que se marcha hoy... y si se marcha... tú también te irás aLeón... y ya, en toda la vida, y en la eternidad, Lucía, como no le veasen el

cielo, no sé yo dónde le verás.... Cuando uno piensa cosas asítiene un valor... yo temblaba, temblaba como un azogado: puede que hayaroto algo en el cuartito chico... lo sentiría... y también sentiré queafeen mi conducta el Padre Urtazu y el Padre Arrigoitia... la afearán,sí que la afearán... yo les diré que sólo quería verle un minuto... comole daba la luz en la cara, le vi muy bien: está tan descolorido...¡siempre descolorido! También Pilar lo está... y yo... y todos... y elmundo, sí, el mundo se ha puesto de un color, que... antes era rosa yazul celeste... pero ahora... bueno, pues como quería verle, entré....El comedor es grande. El ama Engracia lavaba la vajilla.... Bien quecorrí. Casualidad fue acertar con su cuarto. Es un cuarto muy bonito.Tiene el retrato de su madre: ¡pobre señora! Duhamel es un gran médico,pero hay males que sólo se curan, digo yo... en el hoyo. Allí todo secura. Qué bien se debe estar allí... y aquí también. Se está muy bien...dan ganas de dormir, porque....

—Duerme, Lucía, mi alma y mi vida—murmuró apasionada y vibrante voz—.Duerme, a mi amparo y no temas. Duerme: ni en el lecho de tu infancia,velada por tu madre, dormiste más segura. Que vengan, que vengan abuscarte aquí.

Como cierva herida a traición por una saeta, brincó Lucía al sonido deaquellas palabras, y abriendo los ojos y pasándose la mano por lafrente, quedose de pie ante Artegui, mirando a todos lados, encendidaspor súbito rubor las mejillas y clara ya la mirada y el entendimiento.

—Pero...—exclamó con tono diferente—yo aquí... sí, ya sé por quévine, y a qué vine, y cuándo... y ya recuerdo también.... ¡Ah, DonIgnacio, Don Ignacio! se asombrará usted y con razón de haberme halladocuando menos lo pensaba.... ¡En qué instante entré! Gracias, Virgen ymadre mía; ya tengo mis cinco sentidos y mi juicio cabal, y puedoecharme a los pies de usted, Don Ignacio, y decirle: por Dios señor, porla memoria de su señora madre, que está en el cielo, por.... ¡no sé porqué! Por todo, no vuelva usted.... ¡Prométame que no volverá a idearquitarse la vida, que puede emplearla tan bien!... Si yo supiese dediscursos, y fuese sabia como el Padre Urtazu, lo diría mejor, perousted me entiende.... ¿verdad que sí? Prométame usted... no volver... novolver....

Y Lucía, desgreñada, patética, hermosa, se arrojó a los pies de Artegui,y abrazó sus rodillas, y se arrastró en la alfombra. A duras penas laalzó el pesimista.

—Usted sabe—dijo confuso—que yo estimaba poco la vida... digo más,que la aborrecía desde que llegué a entender su vacuidad y cuán inútilcarga es para el hombre... y ahora, muerta mi madre y sin tener a nadieque sintiera mi falta....

Dos arroyos de llanto y el anhelar de un pecho fueron la respuesta.Artegui subió a Lucía en vilo al diván y se sentó a su lado.

—No llores—dijo apeándole otra vez el tratamiento—, no llores,regocijate, porque has vencido. ¡Qué mucho, si representas la ilusiónmás cara al hombre, la ilusión única que vale cien realidades, lailusión que sólo se disipa en el regazo de la muerte! ¡La más tenaz einvencible de cuantas la naturaleza dispone para adherirnos a la vida yconservar nuestra especie! Escúchame. No quiero decirte que tú eres paramí la felicidad, porque la felicidad no existe y yo no he de engañarte,pero lo que sí te afirmo es que por ti puede ser digno de un espíritunoble preferir la vida a la muerte. Entre los engaños que a la tierranos apegan, uno hay que ilude más dulcemente con mieles suavísimas, conregalos tan inefables y embriagadores, que es lícito al hombreentregarse a un bien que, con ser fingido, así embellece y dora laexistencia. Óyeme,

óyeme. Huí siempre de las mujeres, porque, conocedordel triste misterio del inundo, del mal transcendente de la vida, noquería apegarme por ellas a esta tierra mísera, ni dar el ser acriaturas que heredasen el sufrimiento, único legado que todo ser humanotiene certeza de transmitir a sus hijos.... Sí, yo consideraba que eraun deber de conciencia obrar así, disminuir la suma de dolores y males;cuando pensaba en esta suma enorme, maldecía al sol que engendra en latierra la vida y el sufrimiento, las estrellas que sólo son orbes demiseria, el mundo este, que es el presidio donde nuestra condena secumple, y por fin, el amor, el amor que sostiene y conserva y perpetúala desdicha, rompiendo, para eternizarla, el reposo sacro de la nada...¡La nada!, la nada era el puerto de salvación a que mi combatidoespíritu quiso arribar.... La nada, la desaparición, la absorción en elUniverso, disolución para el cuerpo, paz y silencio eterno para elespíritu.... Si yo tuviese fe, ¡qué hermosísimo y atractivo y dulce meparecería el claustro! Ni voluntad, ni deseo, ni sentidos, nipasiones... un sayal, un muerto ambulante debajo.... Pero....

Artegui se inclinó a Lucía con inquietud.

—¿Me comprendes?—interrogó de pronto.

—Sí, sí...—dijo ella, y su cuerpo temblaba.

—Pero... pero te vi...—continuó Artegui—. Te vi por casualidad, y porazar también, y sin que de mí dependiese, estuve a tu lado algún tiempo,respiré tu aliento, y sin querer... sin querer... comprendí que.... Noquise confesarme a mí mismo tu victoria, ni la conocí hasta que te dejéen ajenos brazos.... ¡Oh! ¡Cómo maldije mi necedad en no haberte llevadoconmigo entonces! Cuando recibí tu carta de pésame, estuve a dos dedosde ir a buscarte....

Artegui hizo breve pausa.

—Tú fuiste la ilusión.... Sí, por ti hizo otra vez presa en mi alma lanaturaleza inexorable y tenaz.... Fui vencido.... No era posible yaobtener la quietud de ánimo, el anonadamiento, la perfecta ycontemplativa tranquilidad a que aspiraba... por eso quise poner fin ami vida, cada vez más insufrible....

Interrumpiose de nuevo, y añadió, viendo que Lucía callaba:

—Quizá no me comprendas bien.... Son cosas, aunque tan ciertas,obscuras para quien por vez primera las oye.... Pero me entenderás si tedigo llanamente que no moriré, porque te quiero, y me quieres, y ahora,suceda lo que suceda, vivo.

Dijo esto con ímpetu más violento aún que amoroso, y echó sus brazos alcuello de Lucía, y arrimola a sí con fuerza sobrehumana. Creyó ellasentir dos tenazas dulcísimas de fuego que la derretían y abrasabantoda, y reuniendo su vigor nervioso, se desprendió de ellas, quedándosetrémula y erguida ante el pesimista. Su alta estatura, su ademán deindignación suprema, la asemejaran a bello mármol antiguo, si la bata demerino negro no borrase la clásica semejanza.

—Don Ignacio—balbucía la leonesa—usted se engaña, se engaña.... Yo nole quiero a usted... es decir, de ese modo, no, nunca.

—Atrévete a jurarlo—rugió él.

—No... no, me basta decirlo—replicó Lucía con creciente firmeza—. Esono.

Y dio dos pasos hacia la puerta.

—Escúchame un instante—insistió él deteniéndola—. Sólo un instante.Tengo fortuna sobrada; mi viaje, según cree todo el mundo, se verificaráesta noche. Estamos en un país libre, iremos a otro más libre aún. Enlos Estados Unidos nadie le pregunta a nadie de dónde viene, ni adóndeva, ni quién es, ni qué hace. Nos vamos juntos. La vida juntos ¿oyes? lavida. Mira, yo sé que tú lo deseas. Tú estás muriendo por decir que sí.Sé de fijo que no eres dichosa, ni estás bien casada, y que tedesmejoras, y sufres.... No pienses que no lo sé. Sólo yo te quiero, yte ofrezco....

Lucía dio otros dos pasos, pero fue hacia Artegui, y con uno de esosmovimientos rápidos, infantiles, festivos, que suelen tener las mujeresen las ocasiones más solemnes y graves, se apretó la holgada bata en lacintura, y manifestó la curva, ya un tanto abultada, de sus gallardascaderas. Sacudió la cabeza, y dijo:

—¿Cree usted eso? Pues Don Ignacio.... ¡ya mandará Dios quien mequiera!

Ignacio bajó la frente, abrumado por aquel grito de triunfo de lanaturaleza vencedora. Pareciole que era Lucía la personificación de lagran madre calumniada, maldecida por él, que risueña, fecunda, próvida,indulgente, le presentaba la vida inextinguible encerrada en su seno, yle decía: «Tonto de pesimista, mira lo que puedes tú contra mí. Soyeterna.»

—No importa—murmuró él resignado y humilde—. Por lo mismo.... Yo leserviré de padre, Lucía; yo respetaré tus sacros derechos como no losrespetará tu marido, no. Seremos tres dichosos en vez de dos... nadamás.

Cogiola de la falda y la obligó blandamente a sentarse.

—Hablemos así, tranquilos.... Pero, ¿por qué no quieres? Yo no teentiendo—dijo con renovada vehemencia—. ¿No era amor, no era amor loque mostrabas en el camino y en Bayona? ¿No es amor venir aquí hoy...sola... por verme? ¡Oh! no puedes defenderte.... Urdirás mil sofismas,idearás mil sutilezas, pero.... ¡ello se ve! Mientes si lo niegas,¿sabes? No creí que en tu inocencia cupiese el mentir.

Alzó la frente Lucía.

—No, Don Ignacio; diré la verdad... creo que ya es mejor que la diga,porque tiene usted razón, he venido aquí.... Sí, señor; oígalo usted. Yole quiero como una loca, desde Bayona... no desde que le vi.... Ya looye usted. Yo no tengo la culpa; ha sido contra mi voluntad, bien losabe Dios.... Al principio creí que no era posible, que sólo me dabausted... lástima... y así... mucho agradecimiento por sus bondadesconmigo... Creía yo que una mujer casada sólo puede querer a sumarido.... Si alguien me dijese que era esto... le insultaría, defijo.... Pero a fuerza de cavilar... no, yo no lo acerté, ni porpienso.... Fue otro, fue quien conoce y entiende más que yo de losmisterios del corazón.... Mire usted, si yo supiese que era usted feliz,me hubiera curado... y también si alguien me mostrase compasión a suvez.... ¡Caridad! ¡Compasión!... Yo la tengo de todo el mundo... y demí... nadie, nadie la tiene.... Así es que.... ¿Se acuerda usted de loalegre que era yo? Usted aseguraba que mi presencia le traíaregocijo.... Pues... ya me he acostumbrado a pensar cosas tan negrascomo usted.... Y a desear la muerte. Si no fuese por lo que espero... medaría el mejor rato del mundo el que me pusiese donde está Pilar. Yo erafuerte y sana.... Ya no tengo ni una hora buena. Esto ha sido como si unrayo me abrasase toda.... Es un azote de

Dios. Lo más amargo de todo espensar en usted... que ha de ser desdichado en este mundo, réprobo en elotro....

Artegui escuchaba entre jubiloso y compadecido.

—Entonces, Lucía...—dijo con expresión.

—Entonces, usted que es bueno y rebonísimo, porque si no lo fuese yo nole querría de tal modo, me va a dejar marchar... y en caso contrario, memarcharé yo, aunque salte por la ventana.

—¡Desdichada!—murmuró él torvamente, volviendo a su abatimientoantiguo—. ¡Das con el pie a la felicidad! es decir, a la felicidad no,pero al menos a su sombra, y sombra tan hermosa al fin....

Incorporose de pronto; sacudiéndose y retorciéndose como un león en laagonía.

—Dame una razón—gritó—. Si no, me mataré a tu vista. Sepa yo al menospor qué. ¿Es por tu padre? ¿es por tu marido? ¿es por tu hijo? ¿es porel mundo? ¿es?...

—Es—murmuró ella bajándose y con gran dulzura—. Es... por Dios.

—¡Dios!—gimió el pesimista—. Y si no lo hub....

Una mano le tapó la boca.

—¡Duda usted aún después de que hoy, por un milagro... usted lo dijo,por un milagro... ha preservado su vida!

—Pero tu Dios está enojado contigo—objetó él—. Le ofendiste alamarme; le ofendes al seguir amándome; viniendo aquí, le agraviastesmás....

—Con un pie en el borde del abismo para caer, con el cuerpo mediohundido ya en las llamas del infierno... mi Dios me salva y me perdona,si a él se convierte mi voluntad.... Ahora, ahora voy a pedirle que mesalve.

—Y no te salvará—repuso Artegui tomándole las manos—; no te salvará,porque adondequiera que vayas, aunque huyas de mí hasta ocultarte en elmismo centro de la tierra, aunque te escondas en la celda de unconvento, me querrás, me adorarás, le ofenderás recordándome. No, tusinceridad no te permite negarlo. ¡Ah! ¡Si se pudiese querer o no, avoluntad! pero harto te dice la conciencia que, hagas lo que hagas, yoestaré contigo siempre... siempre. Mira: por lo mismo que tehorroriza... por lo mismo sucederá. Y te digo más: vendrá un día en que,como hoy, desearás verme, aunque sólo sea el espacio de un segundo... yatropellando por cuantos obstáculos se ofrezcan, y despreciando cuantastrabas te lo impidan, vendrás a mí... a mí.

Diciendo esto la sacudía por las muñecas, como el huracán sacude altierno arbusto.

—Dios—murmuraba ella débilmente—. Dios sabe más que usted, y que yo,y que todos.... Le pediré que me ampare, y lo hará; le conviene hacerlo;lo hará, lo hará.

—No—respondió Artegui con fuerza—. Sé que vendrás, que vendrásarrastrada como la piedra, por tu peso propio, a caer en este abismo...o en este cielo; vendrás, vendrás. Mira, estoy

tan cierto de ello, queya no debes temer que me mate.... No quiero morir, porque sé que es laley de las cosas que un día vengas a mí, y ese día—que llegará—quieroestar aún en el mundo para abrirte así los brazos.

A no estar Lucía vuelta de espaldas a la luz, Artegui pudiera habervisto el júbilo que se difundía por su rostro, y sus ojos que un segundose alzaron al cielo dando gracias. Los brazos de Artegui, abiertosesperaban, Lucía se inclinó, y más rápida que las golondrinas, cuando alcruzar los mares rozan el agua, apoyó un instante la cabeza en loshombros de Artegui.

En seguida, y con presteza no menor, fue a la mesa, y tomando elcandelero y entregándoselo a Ignacio, dijo en voz entera y tranquila:

—Alumbre usted.

Artegui alumbró sin pronunciar palabra. Su sangre se había enfriado depronto, y sólo le quedaba, de la terrible crisis, cansancio y melancolíamás profundos que nunca. Cruzaron el dormitorio, el pasillo, sindespegar los labios. En el pasillo ya, Lucía se volvió un momento y miróaquel rostro como si quisiera grabarlo con indelebles y fortísimoscaracteres en su retina y en su memoria. La cabeza de Artegui, alumbradaen pleno por la luz que en la mano tenía, se destacaba sobre el fondoobscuro del cuero estampado que cubría la pared. Era una bella cabeza,más por la expresión y carácter que por la misma regularidad defacciones. El negror de la barba realzaba su interesante palidez, y suabatimiento la asemejaba a las cabezas muertas del Bautista, tanvalientes en su claro obscuro, que creó nuestra trágica escuela nacionalde pintura. También él miraba a Lucía, con tal pena y lástima, que no lopudo ella sufrir más, y corrió a la puerta. En el umbral, Artegui sondeócon la mirada las profundidades del jardín.

—¿La acompaño a usted?—dijo.

—No pase usted de ahí... apague la luz, cierre al punto la puerta.

Artegui ejecutó lo primero; pero antes de realizar lo segundo, murmuróal oído mismo de Lucía:

—En Bayona me dijiste una vez: «¿Me va usted a dejar sola?» Ahora metoca a mí repetírtelo. Quédate.... A tiempo estás aún. Ten compasión demí, y de ti.

—Porque la tengo...—replicó ella ahogándose—. Por eso.... Adiós, DonIgnacio.

—Hasta luego—contestó una voz perceptible apenas. La puerta se cerró.

Lucía miró al cielo, en que brillaban las estrellas, y sintió un fríoagudo. Arrodillose en el vestíbulo, y apoyó la cara contra la puerta. Enaquel momento se acordaba de una circunstancia pueril; la puerta estabapor dentro forrada de brocado rojo obscuro, de los tonos mates delcuero. No supo por qué recordaba tal detalle; pero suele ocurrir así; enmomentos semejantes, acuden ideas que ninguna importancia tienen niguardan conexión alguna con los acontecimientos decisivos que estánpasando.

Miranda había salido aquella tarde a dar una vuelta, para despejarse,decía él, la cabeza. Cuando volvió al hotel subió a la cámara mortuoria,y allí halló a Juanilla, transida de miedo y de cansancio, velando a ladifunta. La criada le dijo, en son de queja, que la señorita Lucía lehabía encargado velar un rato, pero que el rato era ya muy largo,larguísimo, y que ella no podía más.

Por el espíritu suspicaz de Mirandano cruzó ni sombra de recelo entonces, y dijo con naturalidad:

—La señorita se habrá ido a dormir; está muy cansada... pero vete,chica que yo enviaré a Sardiola.

Así lo hizo, en efecto, y oyendo en seguida la campana que llamaba a lamesa redonda, bajó al comedor, sintiendo aquel día excelente apetito,cosa no cotidiana en su enervado estómago. Faltaba aún, para quesirviesen la sopa, los sacramentales segundos y tercer toque. Habíagrupos de huéspedes que conversaban esperando; la mayor parte hablabande la muerte de Pilar en voz queda, por consideración a Miranda, a quienconocían; sólo un núcleo de tres o cuatro navarros y vascongadosplaticaban de recio, por ser el asunto de su conversación de aquellosque no encierran misterio alguno. No obstante, de tal manera fijó laatención de Miranda lo que decían, que inmóvil y vuelto todo oídos, norespiraba casi. A los diez minutos de escuchar supo cuanto saber noquisiera: que Artegui estaba en París, que vivía en la casa de al lado,que se podía pasar a su domicilio por el jardín, puesto que uno de losvascongados declaraba haber lo hecho aquella mañana con objeto devisitarle.... El camarero que cruzaba a la sazón con una bandeja llenade platos de humeante sopa, indicó a Miranda que podía sentarse, y él envez de oírle, tomó escalera arriba como un frenético, y entró sinrespeto alguno en la cámara mortuoria.

—¿Dónde está la señorita Lucía?—preguntó brutalmente a Sardiola, quevelaba.

—No sé...—El fiel perro alzó los ojos y contempló las faccionesdescompuestas del marido, y una intuición rápida le dijo docenas decosas. Miranda salió como un cohete, y recorrió las habitacionesllamando a Lucía a gritos. Silencio profundo. Entonces resueltamentesalió al balcón, y bajó al jardín.

Un bulto negro descendía las escaleras del vestíbulo de casa de Artegui.A la luz de los astros, y a la de los lejanos faroles de la calle, seadvertía su vacilante andar, y a las manos que frecuentemente llevaba asu rostro. Miranda esperó, esperó como el cazador en acecho. El bultoiba acercándose. De pronto salió de entre un seto de arbustos un hombrey se oyó una imprecación soez, que traducida al lenguaje de las personasbeneparlantes pudiera sonar así:

—¡Mala mujer!

Hubo ademanes violentos, y un cuerpo cayó.... Llegaba en esto corriendootra figura humana, que venía también del hotel por la escalera, einterponiéndose, se inclinó para recoger a Lucía. Miranda accionaba, ycon voz ronca, estrangulada y tartajosa de rabia, decía, dando al diablotodo su porte cortesano:

—Fuera de ahí, so tío... so entrometido.... ¿usted que... qué tiene quever?... Yo la abo... la abofeteo, porque pu... pu... puedo y me da lagana.... Soy su marido. Si no se va usted, le parto por la mitad... leabro en canal....

A ser Sardiola alguna pared de cal y canto, atendiera más a lasinvectivas de Miranda de lo que lo hizo. Con soberana indiferencia yfuerza hercúlea cargó en sus hombros el bello bulto inanimado, yseparando al marido de un vigoroso empujón, tomó escalera arriba, noparando hasta depositar la preciosa carga en un sofá de la estanciamortuoria. Tras él entró el energúmeno, pero se contuvo algo al ver laactitud briosa y los centelleantes ojos del ex voluntario carlista, quecon su cuerpo hacía parapeto al de la desmayada.

—Si no se va usted...—aulló Miranda tendiendo los puños.

—¡Irme!—contestó Sardiola apaciblemente—. ¡Bueno es irme! ¡Para queusted la ahogue, y se quede tan fresco! ¡mal hombre! vergüenza debieradarle a usted tocar al pelo de la ropa a la señorita.

—Pero usted.... ¿qué autoridad tiene aquí?... ¿quién le mete?... y lacabeza iracunda de Miranda tenía un temblor senil.... Váyaseusted—gritó con renovado furor, o buscaré un arma—. Los ojosinyectados del marido recorrieron la estancia, hasta tropezar con elcadáver, que conservaba ante aquella escena su vaga sonrisa fúnebre.Sardiola, entretanto, metiendo la mano en el bolsillo de su chaleco,sacó una mediana faca, de picar tabaco sin duda, y la arrojó a los piesde su adversario.

—Tome usted—dijo con ese garbo caballeresco que tan frecuentemente sehalla en la plebe española... a mí me ha dado Dios buenos puños.

Quedose Miranda indeciso un punto, y volviendo a aullar, derramó aborbotones su ira, exclamando:

—Mire usted que la cogeré... la cogeré.... Váyase usted, no me tientela paciencia....

—Cójala usted—replicó Sardiola risueño de puro desdeñoso... a ver cómose lucen esos ánimos... porque pensar que he de irme yo... a no ser quela misma señorita me lo mandase....

—Vete, Sardiola—dijo una débil voz desde el sofá; y Lucía abrió losojos, y clavó su mirada en el camarero, con reconocimiento y autoridad.

—Pero señorita, eso de irme, y....

—Vete, digo.—Y Lucía se incorporó, tranquila en apariencia: Mirandaoprimía en la diestra la faca. Sardiola, arrojándose a él, se laarrebató, y tomando desesperada resolución, salió al pasillo gritando:«Socorro, socorro; se ha puesto mala la señorita». Diose de manos a bocacon dos personas que subían la escalera, y que al oírle se precipitaronen la estancia mortuoria. Eran el Padre Arrigoitia y Duhamel, el médico.Hallaron un grupo extraño: al pie de la cama en que yacía la muerta, unamujer tendía las mano s para amparar sus flancos y su seno de los golpesque le descargaba, a puño cerrado, un hombre.... Con vigor no presumibleen su endeble cuerpo de cañaheja, interpúsose el Padre Arrigoitia,atrapando, si las crónicas no mienten, algún sopapo en la venerabletonsura; y a su vez Duhamel, emulando con científico valor el arrestodel jesuita, cogió del brazo al furioso, logrando pararle.... Lástimagrande que no fuese posible a ningún taquígrafo estenografiar el donosoy elocuente discurso que en chapurradísima ensaladafranco-luso-brasileña dirigió el buen doctor a Miranda, con el fin dedemostrarle cuán bárbaro y cruel era eso de aporrear a una *menina* queestá en las circunstancias de Lucía.... Miranda oía con rostro cada vezmás torvo, mientras el Padre Arrigoitia prodigaba a la maltratada mujercuidados y consuelos afectuosísimos. De pronto el marido se encaró conel médico, y preguntándole broncamente:

—¿Dice usted... que esa mujer está encinta? Lo ha dicho usted.

—*Sim*—contestó Duhamel meneando la cabeza afirmativamente, conrítmica precisión.

—¿De cuántos meses?

—*Acrescento* que de cuatro. *O tempo* justo que hará que se casó....

Miranda tendió la vista por todos lados, hincó sus pupilas en su mujer,en el jesuita, en el doctor.... Después cogió a estos dos de la mano yles rogó tartamudeando, que le concediesen una conferencia de algunosminutos. Pasaron a la habitación inmediata, y Lucía quedó sola con elcadáver. Pudo creer que era terrible pesadilla todo lo ocurrido. Elbalcón, abierto, dejaba ver las obscuras masas del arbolado del jardín;las estrellas brillaban convidando a dulces meditaciones; ardían loscirios ante Pilar, y en la fachada de Artegui se veía luz al través deunas cortinas.... Bajar diez escalones, y encontrarse en el jardín;atravesar el jardín, y encontrarse sobre un pecho amante que para ellaera cera suavísima, acero para sus enemigos.... ¡Horrible tentación!Lucía se apretaba el corazón con las manos, se hincaba las uñas en elpecho.... Uno de los golpes recibidos le dolía mucho; era en laclavícula, y parecíale como si tuviese allí un tornillo que leretorciera los músculos para que estallasen. Si Artegui se presentaseentonces.... Llorar, llorar con la cabeza apoyada en sus hombros.... Alfin se acordó de una oración, que le había enseñado el Padre Urtazu, ydijo: «Dios mío, por vuestra Cruz, dadme paciencia, paciencia». Estuvolargo rato repitiendo entre gemidos: «paciencia».

El Padre Arrigoitia se presentó al fin, solo. Su frente ebúrnea veníacubierta de arrugas y sombras. Hablaron largo rato Lucía y él, en elbalcón, sin sentir el frío, que era más que mediano. Lucía abrió por financho cauce al dolor.

—Ya ve usted si yo mentiría... ahí, delante de ese cadáver.... Ahoramismo pudiera marcharme con él, Padre... y si Dios no estuviese en elcielo....

—Pero está, está... y nos mira...—respondía el jesuita acariciándoleafablemente las manos heladas—. Basta de delirio.... ¿No ve usted cómoempieza ya a castigarla? Inocente es usted de lo que la imputa el señordon Aurelio, y, sin embargo, su atroz sospecha... tiene, tieneapariencias de fundamento... porque usted misma se las ha dado, yendohoy a casa de ese hombre.... La castiga a usted Dios en lo que másquiere; en ese angelito que no vino aún al mundo....

Lucía sollozó amargamente.

—Vamos, ánimo, pobrecita, hijita mía... siguió el padre espiritual cadavez más meloso y consolador. Y ¡por Dios y su madre santa! A España, aEspaña mañana mismo.

—¿Con él?—preguntó Lucía horrorizada.

—Él hace sus maletas para tomar el tren de la noche.... Se va aMadrid... La deja a usted.... Si usted quisiera arrojarse a sus pies, ycon humildad y arrepentimiento....

—Eso no, padre...—gritó la altiva castellana—. Creerá que soy lo queél me llama.... No, no.—Y con más blandura, añadió—: Padre, hoy me heportado como buena, pero estoy rendida..., no me pida hoy más. Fáltanmeya las fuerzas.... Piedad, Señor, piedad.

—Pido, sí, pido por amor de Jesucristo... que mañana mismo se vayausted a España.... No me aparto de usted hasta dejarla en el tren....Váyase usted, hija querida, con su padre. ¿No ve usted que tengo razón?Qué creerá su marido de usted si se queda usted aquí... pared pormedio... usted es demasiado discreta y buena para intentarlo siquiera.¡Por esa criaturita! Que su padre se persuada.... porque se persuadirácon el tiempo y su conducta de usted.... ¡Ah! ¡No separe el

hombre loque Dios ha unido! Él volverá, volverá al lado de su esposa..., no lodude usted. Hoy en su cólera... se dejó arrastrar... pero mañana....

Sollozos más hondos y desgarradores fueron la respuesta.

El Padre Arrigoitia estrechó cariñosamente las manos de la afligida.

—¿Me promete usted...?—murmuró con ardiente súplica, con la autoridadtoda de su voz, acostumbrada a mandar en los espíritus.

—Sí, respondió Lucía.... Me iré mañana... pero déjeme ahoradesahogar..., me muero.

—Llore usted—contestó el jesuita—. Ensanche ese corazón. Yo rezaréentretanto.

Y entrando de nuevo en la estancia, arrodillose al lado del lechomortuorio, sacó su breviario, y a la luz parpadeante de los blandones,fue leyendo en voz alta, compuesta y grave, las cláusulas melancólicasdel oficio de difuntos.

Más de dos semanas dio pasto a las lenguas ociosas de León el singularsuceso de la llegada de Lucía González, sola, triste, desmejorada yencinta, a la casa paterna. Inventáronse mentiras como castillos paraexplicar el misterio de su vuelta, el retiro en que se dio a vivir, latremenda pesadumbre que nublaba el rostro del tío Joaquín González, ladesaparición del marido, y tantas y tantas cosas que a escándalo y dramaconyugal transcendían. Como suele suceder en casos análogos, rodaronalgunos adarmes de verdad envueltos en arrobas de patrañas, y algo sedijo que no iba del todo fuera de camino; mas por falta de datossecretos que enlazara los conocidos, anduvo a tropezones el juicio delpúblico, y allí caigo, y aquí me levanto, acabó por extraviarse deltodo. Bien se colige que los despellejadores de oficio hicieron el suyocon diligencia y afán extremado, y quién censuró al maduro pisaverde quebuscaba novia de pocos años, quién al padre vanidoso y majadero, quesacrificaba a su hija por afán de hacerla dama, quién a la niña locaque.... En suma, pusieron ellos tantas moralejas a la historia de Lucía,que yo creo poder eximirme de añadir ninguna. Lo que con más empeñocriticó la gente, fue este moderno requisito del VIAJE DE NOVIOS,costumbre extranjerizada y vitanda, buena sólo para engendrar disturbiosy horrores de todo linaje. Sospecho que con el triste ejemplo de Lucía,tradicionalmente conservado y repetido a las niñas casaderas en lo queresta de siglo, no habrá desposados leoneses que osen apartarse de suhogar un negro de uña, al menos en los diez primeros años de matrimonio.

Marzo, 1881

Recuérdese la fecha de este Prefacio.

Este libro fue distribuido por cortesía de:

Para obtener tu propio acceso a lecturas y libros electrónicos ilimitados GRATIS hoy mismo, visita:
http://espanol.Free-eBooks.net

Comparte este libro con todos y cada uno de tus amigos de forma automática, mediante la selección de cualquiera de las opciones de abajo:

Para mostrar tu agradecimiento al autor y ayudar a otros para tener agradables experiencias de lectura y encontrar información valiosa, estaremos muy agradecidos si
"publicas un comentario para este libro aquí".

INFORMACIÓN DE LOS DERECHOS DEL AUTOR

Free-eBooks.net respeta la propiedad intelectual de otros. Cuando los propietarios de los derechos de un libro envían su trabajo a Free-eBooks.net, nos están dando permiso para distribuir dicho material. A menos que se indique lo contrario en este libro, este permiso no se transmite a los demás. Por lo tanto, la redistribución de este libro sín el permiso del propietario de los derechos, puede constituir una infracción a las leyes de propiedad intelectual. Si usted cree que su trabajo se ha utilizado de una manera que constituya una violación a los derechos de autor, por favor, siga nuestras Recomendaciones y Procedimiento de Reclamos de Violación a Derechos de Autor como se ve en nuestras Condiciones de Servicio aquí:

http://espanol.free-ebooks.net/tos.html